

91039

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

Arminda

Moscoso

OBRA PÓSTUMA

(1.^a EDICIÓN)

Printed in Spain.

*Elvira Sanz Viuda
de Pérez Lugín*

MADRID

Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.)

FUNDADA EL AÑO 1828

Calle del Arenal, número 11,

1928



Es propiedad de los herederos del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by Alejandro Pérez Lugín, 1928.



Handwritten text, possibly a library stamp or signature, including the number 797.

MADRID. — Imp. de Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.



Alejandro Goyaz Argüín

PARA EL LECTOR



¿Cómo y por qué mi pecadora pluma trazó en este libro las páginas que no escribió Lugín?

Alejandro Barreiro, fraternal amigo de aquél, lo contó ya a los lectores de *El Diario Español*, de Buenos Aires, en una curiosa información que, en parte, reprodujo *La Voz de Galicia*, que dirige, y en cuya redacción formé un tiempo, de grato recuerdo.

Dice así:

“Al morir Alejandro Pérez Lugín, casi mi hermano—tal era de íntimo nuestro afecto—dejó planeadas y a medio escribir dos novelas de que ya os hablé; una de ambiente andaluz, trasunto admirable, como *Currito de la Cruz*, de aquella tierra en que se conjuntan, por el mundo adelante, todos los tópicos de la españolada, el sol, las canciones sensuales, la mantilla, la navaja, los toros, las hembras bravías y los mozos juncales y dicharacheros.

La otra novela, de color y sabor gallego, como la archifamosa *Casa de la Troya*, bendita y alabada.

Repartía casi por igual sus cariños Lugín entre las dos regiones, al parecer de tan opuesto carácter, sentimientos y bellezas. O mejor aún, entre La Coruña y Sevilla, entre Santiago y Málaga la bella. Y de tal suerte se había identificado con esta tierra *meiga* y con

aquella tierra de “María Santísima”... que ahí están como testimonio perenne de esos dos amores, *Currito* y *La Troya*... y también el gracioso refrán que el novelista había atemperado a su modo... “Gallegos y andaluces... primos hermanos”.

* * *

“Las dos novelas inéditas—bosquejadas, iniciadas o a medio hacer—a que me refiero, se denominaban, la de allá abajo, *La Virgen del Rocío ya entró en Triana*...; la de estos *eidos* galicianos, *Arminda Moscoso*.

¡Cuántas veces me habló Lugín de ellas y me explicó su plan y me leyó cuartillas, capítulos enteros, rompiendo, tachando, graduando efectos y proporciones, bien ajeno de que la muerte había de acabar sus días antes de que diera cima a la labor bella y fecunda!

En la primavera, cuando marchaba a Sevilla, trabajaba allá con verdadero entusiasmo, documentándose siempre, compenetrándose más y más con tipos, paisajes y costumbres. Lo mismo desfilaba, en la noche cálida, como penitente de la cofradía de San Bernardo—de la cual era Hermano Mayor honorario—que cabalgaba portando un guión al lado de las blancas carretas bamboleantes de la romería del Rocío, típica y pintoresca...

Llegado el verano, siempre tibio y suave en Galicia, tornaba a nuestros lares, para hacer la devota peregrinación de siempre a la tumba de su madre en Santiago, y asistir a las corridas de toros en La Coruña y cruzar arriba y abajo, sin cansarse nunca, las encantadoras Mariñas y la maravilla de las rías bajas, recreando su es-

píritu en la contemplación de tanta hermosura. Era entonces cuando desenfundaba el mamotreto de *Arminda* y le añadía nuevas páginas de su prosa fácil, tumultuosa, cálida, emocionadora...

Iniciados, promediados quedaron ambos libros; uno más que otro, y, horas antes de morir Alejandro, besando una estampa de la Virgen del Rocío, todavía me habló de ellos.

—Cúidate de *Arminda* y de la *Virgen*... Ponte de acuerdo con mi mujer y con *Mirabal*... Si acaso, las das así... truncadas y todo, en folletín de *La Voz*. Ya tú completarás...

Peró yo, que tanto le quería como le admiraba, no llegué a poner las pecadoras manos sobre las cuartillas. Era para mí arduo el caso y la imaginación lo agrandaba como una profanación a la exquisita labor del artista y del hermano muerto..."

* * *

"Sin embargo no habrían de quedar inéditas. Alejandro Pérez Lugin tenía muchos amigos devotos. A uno de ellos, el ilustre y singular pedagogo D. Manuel Siurot, que trabajando incansable en su escuela de Huelva difundió la fama de su obra como maestro y como literato, no sólo por Andalucía, sino por España entera, encomendó la señora viuda del novelista la prosecución de *La Virgen del Rocío ya entró en Triana*. Un acierto, porque Siurot es un escritor castizo, colorista, de imaginación y estilo fácil, que puede hacer algo excelente.

En cuanto a *Arminda Moscoso* se encargó de termi-

narla Alfredo García Ramos, mi buen amigo y antiguo compañero de redacción; actual vicesecretario del Tribunal Supremo de Justicia y escritor talentoso. Me escribió desde Madrid, sugestionado por la idea, pidiéndome que recabase el asentimiento de aquella dama para revisar las cuartillas y darse cuenta de lo que faltaba por hacer...

—Si después me considero con fuerzas y ella lo consiente, terminaré la obra. Presénteme usted, sincera e imparcialmente...

Eso hice, diciendo de Alfredo como jurista, como orador, como escritor fervientemente gallego, todo lo bueno que pienso y que piensa cualquiera que lo conozca; y he ahí que recibo noticias de que el laudable intento va a realizarse. García Ramos leyó lo escrito y se lanza a proseguirlo, a coordinarlo y a terminarlo. Tiene a la vista, además del montón de cuartillas válidas, notas y apuntes, informes, que va contrastando y desentrañando. Y me escribe que está hondamente satisfecho.

Entiende, demás, que compondría bien una traducción en gallego. La respetable viuda le autorizó para todo ello y yo me felicito de que a estas alturas un escritor andaluz del fuste de Siurot y otro galaico del alto mérito de García Ramos trabajen en las dos novelas de mi inolvidable amigo, procurando adaptarse a su estilo, recoger su pensamiento, asimilarse las dispersas ideas...

Que el mayor acierto presida el generoso intento para bien de las letras y en homenaje a aquella querida memoria..."

* * *

Todo cuanto hasta aquí refiere Barreiro es rigurosamente cierto y exacto, menos los elogios que el camarada del periodismo me adjudica. Ahí dejó que su corazón de amigo mandase sobre la pluma, y si el lector puede reprocharle por su prodigalidad en derramar adjetivos, yo la incorporo a la gratitud bien sentida y bien guardada.

Honradamente declaro que Lugin dejó escrita una montaña de cuartillas, en las que sólo hubo que rectificar ligerísimos conceptos, que fué lo único que me atreví a tocar. Tal como las trazó su pluma y tal como irán en su día, como ofrenda de su viuda para el Museo Municipal de La Coruña, quedaron, como reliquias de la obra cordial, vigorosa, fresca y jugosa del autor de *La Casa de la Troya*.

En hojitas sueltas de bloques, en sobres de cartas recibidas, en pedacitos de papel estaban los demás elementos; apuntes, frases, pensamientos, agudezas, observaciones, para acoplar al plan, a la idea fundamental, que Lugin había comunicado a su esposa y a sus íntimos. Todo fué escrupulosamente incorporado a la trama.

No escribió Lugin una novela trascendental, de profundos problemas psicológicos. Gustaba más de observar la vida y recogerla en lo normal y ordinario, huyendo de lo excepcional, que, por serlo, tiene aspecto de fenómeno. Y aun dentro de la vida le sugestionaba y atraía lo noble, lo emotivo, lo sincero, buceaba en lo bueno y sentimental, y así, porque su espíritu era todo bondad, y simpatía, fácil y propicio a las emociones, los personajes de sus novelas cautivan al lector por simpáticos y conmovedores. Son producto espontáneo de su corazón, en don-

de los forjaba con cariño y los moldeaba con tierna unción.

Lugín, esclavo y siervo de amor a Galicia, trazó en *Arminda Moscoso* una novela gallega, de ambiente, tipos y costumbres *enxebres*, un trozo de la vida aldeana que él saboreó, conociéndola, cada vez que a Galicia iba con el pretexto de reposar de sus tareas de escritor y periodista y, en realidad, para documentarse para nuevas producciones que concebía su imaginación y maduraba su mente.

Mi labor, conociendo como conozco y reconozco que estaba y estoy muy lejos de él en cuanto a fertilidad de creación, agilidad de pensamiento, facilidad de pluma y amenidad de frase, coincidió con la suya en amor congénito a la tierra gallega, de la que se hicieron mis nervios, mis músculos, mi sangre y mis huesos, donde formé mi entendimiento, lento y reposado para pensar, mi corazón sensible para sentir y mi espíritu fácil para creer.

Conocido de los lectores de las popularísimas producciones *La Casa de La Troya* y *Currito de la Cruz*, el temperamento impresionable de Lugín y su insuperado cariño al solar galaico, no les sorprenderá que el pensamiento fundamental de *Arminda Moscoso* sea una apología del campo gallego, un episodio extraído de la vida semi-rural y semi-urbana de una villa, con sus realidades, pequeñeces, rencillas, odios, pasiones, amoríos, lo bueno y lo malo, en una palabra, lo que somos en la relación diaria, en la convivencia social, los hombres.

¿Qué elementos humanos hay en un villaje rural? Un *cacique*, que preside, ordena y encauza la vida administrativa, que manda sobre el alcalde, sobre el juez de paz, sobre el recaudador, sobre los esbirros y sobre los agen-

tes de apremio. Un conjunto de familias sometidas, por temor o por cobardía, al cacicazgo; un puñado de rebeldes; campesinos que labran las tierras, siembran, siegan, trajinan en las ferias; mozos y mozas que se aman; señoritas que murmuran; inmigrados que añoran sus *eidos* y nuevamente se desposaron con ellos. Almas que viven con tranquilidad tradicional, libres de pasiones agitadas y violentas. Sosiego de agua remansada.

Los dramas que produce la Naturaleza.

Un rayo que mata a un hombre o aniquila una res; el granizo que troncha las mieses, la lluvia excesiva, la sequía prolongada... A veces, el vino, la romería, el calor canicular, la sangre moza... Tiros, palos, un herido, un muerto, gritos, llantos, la Guardia civil...

El servicio militar, que se lleva los mozos; la emigración, que se lleva mozos y mozas fuertes y los retorna extenuados; los foros, que se llevan lo mejor de la cosecha; el tiempo, que se lleva las vidas.

Cada campesino, dominado por un ansia constante de poseer su tierra, de hacerla libre, rescatándola del señor directo o de hacerla suya comprándola al amo, ansia que le anima en el rudo trabajo, que ocupa su pensamiento en el descanso, que le alienta en la emigración, fiando y esperando siempre que un día podrá ser, a la vez, señor y siervo de sus tierras con señorío propio y con esclavitud de trabajador.

Tierra de montes y bosques, de nieblas y de sombras la tierra gallega, campea lo sobrenatural y milagrero. La creencia supersticiosa en los muertos que salen de sus tumbas para pordiosear sufragios, a suplicar restituciones, en la santa compañía de difuntos, que forman en las *corredoiras* largas procesiones, en cuevas y guarda-

dores de tesoros custodiados por encantadores, en piedras que fueron personas, hadas benéficas y maléficas... Todos estos elementos los maneja Lugín con arte y maestría, unas veces como fondo y otras como adorno de la fábula de una pasión que surge en dos corazones hasta entonces inéditos para el amor, que una intriga villana rompe... y una emoción reanuda.

La muerte hizo que pasasen por mis manos, pero todo, todo lo bueno que trazó Lugín con su inspiración, ahí está, para mayor gloria del que fué grande de alma y de cuerpo.

Murió del corazón, cuyas cuatro cavidades tenía bien amuebladas con afectos, cariños, amores y ternuras para todos y lo agotó y lo cansó de tanto querer. ¿Escribí morir? No; no mueren los dilectos, los que amamos. "Pasan a la luz desde la sombra", viven en la Verdad Única, aunque aquí doblen, como metálico oficio de difuntos, las campanas de Anllons y de Bastabales.

Y desde allá, una voz me dice:

"DEDICATORIA

A Galicia la *meiga*, conquistadora de almas, que embrujó con sus bellezas místicas y paganas a los padres, a los abuelos, a todos los antecesores, y que con el renacimiento moral y material que está elaborando hechizará a los hijos, y a los nietos, y a todas las generaciones."

ALFREDO GARCÍA RAMOS

12 de octubre de 1927.

Festividad de Nuestra Señora del Pilar.

I

Cariñosa y confianzudamente, sin moverse de sus puestos, le saludaron al verle entrar, los compañeros que trabajaban, charlaban o leían periódicos en torno a la gran mesa de redacción.

—¡Hola, Asorey!

Y siguieron en lo que estaban. Antoñito Asenjo, sentado en la mesa para parecer más alto, rodeado de algunos redactores, que le oían risueños, discutía chuscamente el estreno ruidoso de la víspera con Manolo Mirabal, que no había estado en el teatro, y el cual, sin desatender las cuartillas, que trazaba rápido y seguro, contradecía, más que por convicción, para hacerle hablar con su madrileñismo desgarrado y camelánico.

—¡Oye, éste! ¡Completamente mochaes! ¿Pero eso es un criterio estético? *Amos*, ¡que te den dos duros!... y no los gastes.

Sin que las voces y las risas les molestaran ni distrajeran, Arturo Mori llenaba cuartillas y cuartillas para *El Pueblo* y los periódicos provincianos que, además de aquél, servía como cronista fecundo o activo correspondiente telegráfico, e Ismael Sánchez Estevan, rodeado de artículos y recortes, que iba entregando al regente de la

imprensa, distribuyendo metódicamente el original con pronto y certero ojo periodístico.

—Esto, a primera. Esta información, a dos columnas, en segunda. Esto otro... donde nadie lo vea. Mejor sería no publicarlo; pero quien manda, manda, y dispara-te en el periódico.

Más allá, al otro extremo de la mesa, un sujeto calvo, de bigote hirsuto, de mil colores, quemado por las colillas, apuradas tenazmente hasta la ceniza final, largas uñas negras y amarillas—la bandera de la suciedad—y vieja y descuidada vestimenta, vencida en una inmemorial batalla con los años, el polvo, la ceniza del cigarro y muy de tarde en tarde con las cerdas del cepillo, oía complacido y sonriente a los discutidores aprobando con expresivos movimientos de cabeza lo que decían todos, sin hacer caso de las cuartillas, los recortes, las tijeras y el frasco de goma que tenía ante sí.

Ramón Asorey, el redactor jefe, contestó con otro ¡Hola! al de sus compañeros, y ocupó su mesa, en el rincón del fondo, disponiéndose a leer, con aire de antemano cansado, el paquete de la correspondencia diaria, que, al llegar, le entregó el conserje.

Sánchez Estevan y Mirabal abandonaron el trabajo y acercáronse a Asorey, preguntándole con afectuoso interés:

—¿Hay algo?

—No sé nada—contestó el redactor jefe—. El director anda en eso esta tarde con la Junta de la Asociación.

—Yo creo que ese hombre perdonará al fin—anticipó Mirabal.

Asorey encogió los hombros con disgusto y displicencia. Le molestaba aquello. Era una cuestión enojosa; una

larga y ya humillante gestión de súplicas y recomendaciones desatendidas, que le tenía encalabrinado y harto. Afortunadamente aquella tarde se concluía de un modo u otro. Si querían perdonarle, que le perdonasen, y si no, a cumplir la condena de destierro que sin comerlo ni beberlo le había caído encima por culpa de Gutiérrez, el sujeto del traje sucio, las uñas amarillas y el bigote quemado, uno de tantos parásitos del periodismo, que sin saber cómo, cuándo, por qué ni por quién, se cuelan en una redacción y se quedan incommoviblemente en ella de por vida, mientras los verdaderos periodistas van y vienen de unas en otras hasta el hastío final.

Durante una ausencia del director quedó Asorey al frente del periódico, y en uno de esos días en que la agitación de un conflicto político absorbe toda la atención y actividad del periodismo encargó a Gutiérrez, único redactor ocioso, por inútil, la escritura de un suelto reclamado por unos correligionarios provincianos contra las demasías de cierto político enemigo.

El suelto, como cosa sin importancia, fué a la imprenta sin que lo leyese el director interino, abstraído por las complicadas incidencias del suceso político.

¡Temblad a las plumas obscuras el día que se sienten importantes! En libertad la suya, y sin freno su estulticia, Gutiérrez confundió el tono enérgico con la grosería y vomitó contra el político enemigo la más desbarra-da sarta de injurias.

Como era lógico, el ofendido se querelló, y Asorey, que haciendo honor a su condición, se declaró responsable, considerando la caterva de familia de Gutiérrez y en la creencia de que la cosa no pasaría a mayores, fué condenado a dos años y los meses y días de *ene* en las

sentencias, de destierro a tantos kilómetros de Madrid. Y ahora el ofendido pedía el cumplimiento de la condena para su satisfacción y la de sus connilitones políticos, que apremiaban a hacerlo, gozosos de esta ocasión de vengar las continuas arremetidas de *El Pueblo*.

Aquella tarde el director, con la Junta directiva de la Asociación de la Prensa, realizaban un último esfuerzo cerca del querellante que resistía tozudamente, hasta las recomendaciones de su jefe político.

Para Asorey suponía el cumplimiento de la pena una grave contrariedad, pues le obligaba a salir de Madrid, a comenzar y constituir vida en otra parte. ¿Barcelona? ¿Cuba? ¿La Argentina? No se decidía. Cualquiera solución le inspiraba disgusto y temor, sin contar con lo doloroso del desarraigo para quien, como él, hallábase tan gustosamente acomodado en Madrid.

—Que hagan de mí lo que quieran—contestó desalentado a sus compañeros, cortando la conversación—. Ya estoy harto.

Y se sumió con tedio en la lectura de su correspondencia, cartas del periódico y cartas suyas.

De pronto, hizo temblar su corazón un voluminoso pliego de luto, en cuyo matasellos se leía claramente el nombre de Vilamoura, cabeza municipal y postal de la aldea materna, y debajo su nombre y circunstancias: "Sr. D. Ramón Asorey.—Redactor jefe de *El Pueblo*", trazado con esos grandes e inconfundibles caracteres de letra de los que escriben en papel sellado. Con mano trémula rompió el sobre, temeroso de su contenido, y sólo se tranquilizó al ver, entre los papeles que le traía la letra tosca y amada de su madre, que le escribía largamente, sin gramática, pero con amor.

“San Tirso de Fonte do Abade, 7 de Marzo...

Mi muy queridiño hijo mío de mi alma y de mi corazón: Me alegraré que al recibo de ésta te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo y que Dios Nuestro Señor, y más su Santísima madre Nosa Virgen del Carmen, te acompañen, como se lo pido, y te traigan con bien a mis brazos, que siempre te esperan, y cuídate mucho y vai muy abrigado, y persérvate de las corrientes, que hace un tiempo muy engañoso. Pues la mía es buena, a Dios gracias, aunque estoy muy triste. Pues mi querido fillo, tengo que te dar una mala noticia, que mejor quisiera que no hubiera sucedido, porque yo le quería de veras, y sabrás que hay cuatro días que murió mi hermano Tomás, Dios le tenga en el ceo, que no te lo dije más antes porque siempre hay tiempo de dar una mala noticia, y porque con la enfermedad y el entierro no tuve tiempo ni cabeza para nada, pues estive cinco días sin me acostar, que aunque él estaba ya de muy atrás, como te tengo dicho, muy malo de eso que le dicen la asma, hasta tres días antes de morrer no se quiso meter en cama, porque decía que meterse en la cama era llamar la muerte para que viniese más antes. Y murió como un Santo, que dice el señor Abade que lo confesó que está en el ceo. Amén. Y todo lo que podía esos días hablaba de ti, sintiendo no despedirse, pero no quiso que te avisáramos, para que no pasaras pena. Mucho te quería, como te mereces, que eres un buen fillo. Dios te bendiga, que te tiene que hacer mucho bien, como él decía, porque eres un buen home.

Y sabrás que llevó un entierro de lo mejor que nunca se vió en estas aldeas y vinieron diez cregos y más el de Ans de Tellado, que es el que mejor canta los respon-

sos y dejarónme la casa sin pollos y sin jamón ni huevos ni latas de conserva y ya le mandé hacer una lápida de mármole blanco en Santiago como la que tiene el Señor de Anceis y más ei mandar dicirle, como él dispuso, cien misas y las de San Gregorio a los franciscanos de Louro y las que tú dispongas cuando vengas, y también repartimos muchas limosnas, que yo le llevo llorado mucho y no me acostumbro sin él, pues aunque era así nos quería mucho, que siempre estábamos hablando de ti y ahora está la casa sola y triste que no me acostumbro. Ven pronto junto de tu madre, Monchiño querido.

Pues sabrás como junto a la pena pone Dios Nuestro Señor la alegría que tu tío te dejó heredero de todo lo suyo, que quería primero hacerme a mí y yo no quise para que lo fueras tú, pues yo ya voy vella y me empiezo a despedir de este mundo y no quiero nada para mí, y él muy contento de que lo fueras tú, que te quería mucho por tu buen aquél con nos, que mucho nos tenemos reído con lo de te pedir que me pasaras una mesada por te probar, no haciéndome falta, porque él atendía a todo. Dios se lo pague, pero yo no te quise decir nada porque le conocí la intención y sabía lo desconfiado que era y lo bueno que eres para tu madre, la Virgen Santísima te lo premie. Y ese dinero y los otros regaliños que me mandabas lo fué colocando según me lo enviabas y decía que te has de alegrar cuando lo veas tan crecido. Pues sabrás que Tomás, Dios le tenga en el ceo, era muy rico, yo no sé cuánto, porque él nunca se aclaraba en esto ni yo le preguntaba, pero Jesusiño, el hijo de la Marrueca que era muy amigo suyo y hablaban mucho de ti y está en casa del Notario de Vilamoura que le llevaba todo, lo sabe. Y ya era rico cuando volvió hay tan-

tos años de América con el aquel de que no tenía nada, para nos probar y ninguno de mis hermanos tan cativos le quiso recibir, porque él era pobre y le recibí yo, que también lo era. ¿Te acuerdas? Y ahora nos lo paga. Y más también lo pagó antes, que a mí nunca nada me faltó, pues aunque al principio no daba ni cuando me veía apurada, por ver, porque él era muy desconfiado, luego fué dando a poquiños, y cuando vieron que estaba bien y que compré bienes y después hay tres años cuando nos vinimos a la casa nueva vinieron mis hermanos con los fillos a le bailare el agua y él no les hizo cara y decía que no tenía más familia que nos, pero nunca quiso descubrirse del todo, que yo nunca supe lo que tenía, nin que te dijera nada porque decía que primero te habías de hacer tú hombre por ti, para que supieras lo que cuesta de lo ganar y no te volvieses tolo y le perdieras la afición al trabajo; pero ya él pensaba de te llamar para el verano, sin decirte nada y cuando estuvieras aquí darte la sorpresa de la casa. Y yo tampoco nunca te quise decir nada, aunque mucho lo deseaba por le dar gusto, para tenerlo más contento y que todo fuese bien como ha salido, y bien sabe el Señor que me ve y él también que, aunque hubiera seguido pobre toda la vida, lo mismo le hubiese cuidado, porque yo mucho le quise siempre desde que éramos nenos y nunca nada le hice por el aquél del interés.

Pues, querido fillo de mi alma, yo no tengo ya cabeza para te decir más, que llevo dos días escribiéndote y Jesusiño, que te escribe con esta y entiende estas cosas, te lo explicará mejor, pues yo con la pena de me faltar mi hermano, Dios lo tenga en el ceo, que no me acostumbro sin él, y con la alegría de verte rico, Dios me perdone,

no sé ni lo que digo, y así hasme de dispensar las faltas de esta carta y recibe muchos besos y el corazón y el alma y la vida de esta tu madre, que lo es, Maripepa Varela.

Posdata. Jesusiño, dícame que tienes que venir en seguida para arreglar el hacerte cargo de la herencia e impedir enredos y falcatrúas y yo te digo que te estoy esperando con tanta ansia, después de tantos años sin verte, que tengo miedo de morir sin te abrazar ahora que lo veo cerca. Pues, Monchiño mío querido, siempre creí que iba a morir sin verte y cuando tú me dicías que me fuera contigo pasábanme a las veces buenas ganas, pero no quise dejarle solo porque comprendía que así le daba gusto, porque él no quería salir de aquí ni quedarse solo y así lo tenía contento para que fuese, como ha sido, que Dios Nuestro Señor sabe que no me llevaba ningún mal pensamiento, sino tu bien, y no sabes la alegría que tengo de pensar que vas dar el consuelo de tu vista a tu velliña que te espera y te quiere mucho, mucho, meu fillo del alma, A Dios. Dios te bendiga.

Maripepa.

Avisarás cuando llegas, para prepararte tu cuarto, aunque ya tengo pensado de lo hacer mañana, que te voy poner en la alcoba de la sala, que es la mejor. Ven pronto que te espera tu madre. A Dios”.

Para que no advirtieran su emoción, Asorey metió la cara en la carta, fingiéndose abstraído en su lectura, y la tuvo ante sus ojos todo el tiempo que tardó en serenarse, el corazón puesto en su madre, cuyos sacrificios y abnegaciones acababa de saber.

Y besó respetuosa y tiernamente el pliego. ¡ Santa, santísima!

Luego cogió impaciente la otra carta, escrita con amplia y segura letra notarial y firmada por “su muy devoto admirador, Jesús Gueimunde”.

“Por encargo de su señora madre—decía—le envío adjunta una copia del testamento de su señor tío y mi respetable amigo D. Tomás Varela (q. e. p. d.), y como aquélla no le dirá a usted nada de la cuantía de su herencia, yo tengo mucho gusto en advertirle que, según lo que he podido colegir por los documentos otorgados por su señor tío en esta notaría, por los encargos que muchas veces me hiciera y por conversaciones con mi principal, que he podido oírle, la fortuna del finado don Tomás es muy respetable, excediendo seguramente en mucho de cien mil pesos en fincas, hipotecas y papel del Estado.”

Asorey no pudo reprimir un estremecimiento al leer aquella cifra, que releyó y deletreó, recontando mentalmente los ceros. ¡ Ci...en mil pe...sos! Más, mucho más. En poco estuvo que no perdiese el sentido, pero recobró la serenidad cuando el director al llegar de la calle, le llamó a su despacho.

—Venga acá, Asorey.

Los demás redactores se acercaron tras él, movidos de curiosidad y afectuoso interés.

De pie, ante su mesa el director, malhumorado, le espetó sin rodeos:

—¡ Esa gente!... Hemos visto a ese hombre. Una hora suplicándole... y nada. No hay quien le ablande. Dice que en usted venga a todos los combatidos por nosotros. ¡ Buen regalo le ha hecho con su majadería ese imbécil de Gutiérrez!

Y refería puntualmente la escena. El otro gozándose visiblemente con su humillación y riéndose con una risita hiriente, mientras se restregaba satisfecho las manos y les decía:

—Ustedes se frotaban de gusto las manos cuando escribieron el suelto. Pues ahora soy yo quien se las frota. Así aprenderán, así aprenderán a tratar con educación a las personas. Ya estamos hartos de groserías que no hacen falta para combatir al enemigo político.

Y el director se indignaba.

—Los muy... Claro que le dije cuatro cosas bien dichas. ¡No faltaba más! Por supuesto que de esto tienen la culpa los jesuitas, que son los que le aprietan detrás de la cortina. Como siempre. ¿Quién ha de ser, si no? Hay que hacer un artículo muy fuerte metiéndose con ellos por cualquier cosa. La Trasatlántica. Nos metemos con la Trasatlántica y con Comillas.

Y cambiando de tono, interrogó afectuosamente a Asorey:

—Y usted, ¿qué piensa, qué plan tiene?

—Yo pienso que ya basta de ruegos y de humillaciones... y que tiene razón ese señor; para ser radical y hacer política radical no hace falta ser grosero.

El buen gusto y la distinción espiritual de Ramón Asorey se sublevaban contra ese procedimiento de injurias, impropio de personas bien educadas, que presumen de mentalidad superior y pretenden ejercer de educadores.

—Y en cuanto a los kilómetros de la sentencia—continuó el redactor jefe—, por de pronto me iré una temporada a mi tierra con mi madre, y luego ya resolveré.

—Esta mañana he hablado con el Consejo y están

conformes, como es lógico, con que siga usted cobrando el sueldo, y que nos mande artículos.

Ramón sonrió irónicamente. ¡Valiente sueldo!

Sin sus bien pagadas colaboraciones en los grandes periódicos americanos y las más modestas en las revistas ilustradas españolas, mal hubiera podido vivir con aquellos cincuenta "durazos", no siempre pagados con puntualidad. Con todo, y con saberse rico, no los rechazó. Cautela da tierra. Una peseta siempre es una peseta. Y, como más que aquello le interesaba concluir la lectura de la carta que le anunciaba una vida nueva, cortó la conversación.

—Bueno. Ya hablaremos de todo mañana. Ahora voy a arreglar mis cosas. ¿Cuántos días me conceden para salir de Madrid?

—Seis.

—Ya ve usted que no tengo tiempo que perder.

Y tornó a su mesa a terminar de leer sus cartas. Los redactores le rodearon, cariñosos y sentidos. Gutiérrez, el causante de la condena, se lamentó con frases de suelto necrológico, que era la sección que le tenían asignada.

—Crea usted, don Ramón, que tengo una verdadera pena, un *síncero* sentimiento; que le acompañe en su dolor...

—Crea usted que se dice sincero, y que cuando no se tienen condiciones para un oficio, lo mejor es no ejercerlo. ¡Con lo fácil que es no escribir!

Gutiérrez abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Que es fácil?

—Sí, hombre, sí—le aclaró Asenjo—, no hay más que enterarse.

—¡ Ah!—alegó Gutiérrez.—Pues si uno no está enterado...

—¡ Claro!—exclamaron a coro los redactores.

—La culpa es de las empresas, que admiten tanta gente inútil... ¡ Y barata! Que es a lo que se tira. Mira tú éste.

Asorey se los quitó de encima con un gesto, tomó con prisa la carta del amanuense del Notario, quien le apremiaba para que acudiese pronto a Vilamoura, pues aunque todo estaba en regla, convenía su presencia “para prevenir enredos de los desairados”.

Acababa encargándole secreto con su principal de la indiscreción oficiosa que, por cariño a su familia y admiración a él cometía, y poniéndose a su disposición para cuanto le necesitase, pues era “un gran admirador suyo, que leía todos sus escritos, lo mismo en *El Pueblo* que en *La Esfera*, *Blanco y Negro*, etc., y últimamente era el encargado de leérselos a su señor tío que, por debilidad visual, no podía hacerlo, y los oía orgulloso de su talento, que alababa mucho”.

El testamento, que luego cogió con mano temblorosa Ramón Asorey, no añadió nada a esta noticia. La encomienda del alma, mandas para misas, criados y limosnas. La casa y unos bienes, suficientes para vivir previsoramente, legados a su hermana; otro legado de una casa y dos tierras unidas a ella, a una señorita de la aldea; dos mil pesetas a su buen amigo Jesús Gueimunde, y al fin la institución de heredero, sonora, clara y rotunda, a favor de su sobrino. “Del resto de mis bienes instituyo libremente y sin reservas, por mi único y universal heredero, a mi querido sobrino Ramón

Asorey Varela, hijo de mi citada y muy querida hermana María Josefa...”

Varias veces leyó Asorey la satisfactoria cláusula, y luego guardó con cuidado cartas y documento en el bolsillo interior de la americana, cuyo botón abrochó celosamente.

En seguida escribió un suelto necrológico de su tío, que no quiso encomendar a Gutiérrez, ensalzando sus virtudes ciudadanas, dándose el pésame y atizándose un bombo de paso. “Cuando la crueldad de nuestros vengativos enemigos persigue sañudamente a nuestro ilustre y querido compañero don Ramón Asorey, una desgracia de familia viene a herir duramente su alma...”

Entregó las cuartillas a un ordenanza, le encargó que avisara a la redacción de *El Debate* para que su íntimo e inseparable amigo Augusto Armero fuera inmediatamente que llegase a buscarle a su casa, hizo una ligera recogida de papeles y libros, despidióse lacónicamente del director y de sus compañeros y salió, ansioso de soledad y de aire libre.

Desde la antesala, y mientras encargaba al conserje que hiciéra un paquete con sus libros y papeles y se lo remitieran a su casa, oyó a los redactores comentar brevemente su contrariedad y discutir con apasionamiento su sustitución.

El que más alborotaba era Gutiérrez, feliz cuando se discutía a las personas y complacido señalándoles defectos, de los cuales eran suma y compendio en todos los periodistas de altura el orgullo y la cursilería, que constituían una de las mayores inquinas del sujeto del bigote quemado, las uñas negras y la ropa sucia. Mérito,

verdadero mérito, no lo había en ninguno de los que destacaban en el periodismo.

—¡Orgullosos! ¡Cursis!

Allí, escribiendo sueltos necrológicos, a veces cuatro y cinco al día, y “rataplanes” de mítines, los quería el postergado Gutiérrez. ¡A ver qué hacían!

Ramón sonrió con desdén, no exento de dolor. ¡Aquella había sido su vida tantos años!...

Y bajó la escalera con prisa, huyendo, sin darse cuenta.

II

Preocupado y confuso, llevando ante los ojos aquella cifra insólita, "cien mil pesos", que era lo único que destacaba claramente en el tumulto de sus pensamientos, tomó Asorey el camino de su casa, insensible a cuanto le rodeaba, incluso a las miradas llameantes de las mujeres, que de ordinario tanto le halagaban, mudo y expresivo homenaje a su buena figura.

Y en verdad merecido. Alto y fuerte, sin pesadez ni desproporción, seguro y sin prisa el andar, elegante sin afectación, desdeñoso de los afeminamientos de la moda, el aire varonil, pronunciadamente morena la tez, los ojos negros, desafiantes y provocadores mostachos a lo Kaisser (cuando había Kaisser con mostachos), era lo que se llama un buen mozo, pero sin presumir de tal, porque si gustaba de producir buena impresión en las mujeres, no era por necia devoción de sí mismo, sino a ellas, de quien se le contaba impresionable e inconstante adorador.

—Se enreda en el vuelo de una falda cualquiera—decían sus amigos.

Y en la redacción explicaban sus tardanzas: —Habrás tropezado con alguna.

La afición y cuidado del buen vestir, tan reñida con el descuido usual de sus correligionarios, gente a quien la fiebre de su exaltación política no permitía atención para otra cosa, le enajenaba simpatías en el partido, que sentíase humillado por aquella ropa bien cortada, aquel clavelón rojo, obsequio diario de una florista apasionada, y por el decir correcto y académico de una altisonancia hidalga, en que los vibrantes arrebatos de la oratoria mitinesca estaban matizados por la elegancia y espiritualidad humanista.

Pero lo que, sobre todo, molestaba a la "comuni6n" eran aquellas corbatas de abultado plastr6n, con una perla prendida siempre en ellas; los cuellos, demasiado altos y rutilantes, y los puños, que, a puro brillo, parecían de charol, eran las 6nicas exageraciones en el exorno de su persona, con las que siempre andaban a vueltas los caricaturistas y los redactores de las secciones ligeras, pretensas de frívola e ingeniosa amenidad.

En especial aquellas tiras de blanca y charolada tela nítida e impecables, sobresaliendo de las bocamañas, crispaban por igual los nervios de los "amenistas" con tasa de planchadora y de los correligionarios con puños barbados, que veían como un insulto pasar y repasar ante sus ojos aquella pulquérrima y refulgente blancura de que Asorey hacía inocente ostentaci6n.

Con esto y con rehuir instintivamente el "calor" y el olor de la "masa" para buscar la amistad y compańía de gentes de mayor elevaci6n espiritual, artistas y personas distinguidas, en la exacta acepci6n del t6rmino, con quienes poder cambiar algo m6s que palabras, nunca obtuvo la estimaci6n de sus correligionarios, no obstante su alto

puesto en la redacción de *El Pueblo*, y el mucho talento que todos, amigos y adversarios, le reconocían.

Gran aficionado a la música y al teatro, no faltaba a ningún estreno, ni ninguna noche de la temporada al Real, en donde era blanco de muchos gemelos femeninos y se le atribuían, como en los otros teatros, muchas conquistas dentro y fuera del escenario. Aquel frac irreprochable, que luego paseaba por la redacción, concluía de empequeñecer su prestigio político entre los redactores que estaban allí más a título de vigilantes consumidores de la "idea" que de profesionales del periodismo, y entre los miembros de los comités que a aquella hora concurrían a dejar en el periódico las inspiraciones del distrito, y que abrigados en sus gabanes raídos o en sus burdos chaquetones, hablaban a Asorey con el recelo que inspira un extraño lejano.

Él los desdeñaba. Con verdad o sin ella atribuían al redactor jefe de *El Pueblo* una frase lapidaria, despectiva por el partido.

—La idea magna... pero el tufo de la "masa", insoportable...

Por eso, nunca, en las varias veces que los prohombres del partido, haciéndole justicia, presentaron su candidatura para cargos elegibles, había logrado triunfar, no obstante lo mucho que lo deseaba. Vestía demasiado bien y tenía excesiva distinción de gustos y demasiado talento para ganar simpatías en la masa mal trajeada y en la tenebrosa sinuosidad de los comités, fieles vestales de la mediocridad y la rutina.

Hombre de origen humilde, su elevación espiritual era hija de su buena educación humanista, y la distinción nativa y el deseo de remontarse sobre la vulgaridad

no eran otra cosa que formas de la propia estimación. Los desengaños y las derrotas electorales diéronle al fin un consolador y sano desdén de hombre superior por las aparatosas posiciones políticas, y ahora sólo constituía su interés y su inquietud el Arte en todas sus formas. Tenía algunos estudios artísticos en el magín, novelas y comedias empezadas y versos cuidadosamente escondidos, recatados hasta de su íntimo y fraternal camarada Augusto Armero, y en el periódico dedicaba preferencia a la crítica artística y literaria, que ejercía con mayor amplitud en los periódicos americanos, que pagándole largamente, le permitían vivir con la comodidad y el pequeño desahogo que no consentían las doscientas cincuenta pesetas de *El Pueblo*, no muy puntuales, todo por la idea y por el Consejo de Administración.

Rodeado de libros, cachivaches artísticos, cuadros y pequeñas esculturas, vivía cuidado por un matrimonio viejo en un alegre cuartito, en el que algunas manos femeninas habían ido dejando, al pasar, algo de su delicadeza, allá por el final de la soleada calle de Ferraz, en donde, a pesar de la distancia, le encadenaba la verdura y alegría del paisaje, recordándole con las frondas de la Bombilla y de la Casa de Campo y las praderitas del parque del buen alcalde Aguilera los soutsos, las carbaileiras y el verdor perenne de la tierra, hacia la cual todas las tardes veía nostálgico partir los trenes.

En cuanto llegó a su casa, se encerró en su despacho, ganoso de soledad.

—¡ Soy rico ! ¡ Soy rico !—exclamó dejándose caer en el sillón de su mesa, mirante a la campiña y a los rieles de aquel camino, en donde buscaba tantas veces inspiración.

Y luego de leer y releer testamento y cartas, bañándose en la ternura materna, acercó a los cristales, como tantas veces, el cómodo butacón de sus lecturas y preocupaciones, y con la vista perdida en el paisaje, fecundo semillero de ideas, dejó vagar la imaginación.

Caía la tarde. Los árboles, todavía esqueléticos, alzaban impacientes los desnudos brazos, en demanda de la alegría primaveral y susurrante de las hojas, al cielo, que en las lejanías se pintaba sobre la sierra con arreboles y nubes velazqueñas, en uno de esos incomparables crepúsculos madrileños. Un tren largo, largo y silbante salió de entre los árboles, dobló la curva del puente de los Franceses y corrió hacia el Norte con su penacho de humo gozosamente extendido al verse libre y en su camino. Sin cuidarse de horarios, Asorey le dirigió a la terriña, acompañándole con un suspiro de morriña. ¿Cómo no se había dejado llevar en tanto tiempo? Pero ahora, dentro de pocos días, él también tomaría aquel camino, tantas veces contemplado morriñosamente con decisión de seguirle, y otras tantas veces quebrantada por el tráfico y sujeción de su vida, la tiranía de la ambición y, alguna vez, el ansia de ver otros países y aprender en ellos, apretando la cadena que le enlazaba a las vanidades y anhelos cortesanos.

Entonces, cuando se reprochaba este alejamiento de su tierra y de los suyos, eran sus llamadas a su madre y a su tío, única carga de cariño, para que se vinieran a vivir con él. La terriña luego, para el descanso de las ambiciones logradas.

Y consolaba sus nostalgias charlando largamente en gallego por las noches con el sereno y abriendo el corazón y allanando camino a todos los conterráneos que acudían

a él en demanda de apoyo para conquistar Madrid, singularmente a los artistas y escritores, que fué imponiendo a los periódicos y casas editoriales. Las más de las veces le olvidaban el favor o le correspondían mal, y no le causaba sorpresa cuando en pago de la publicación de un libro, el dinero para comer, el bombo o la recomendación para la práctica de alguna salvadora operación quirúrgica, se encontraba con una arremetida en algún periódico. Pero no importaba, eran gallegos y Asorey pagaba en ellos su deuda de ausencia y de amor a la tierra, manteniendo así con ella un contacto de corazón, ya que no podía ser también de presencia.

Ahora se admiraba de haber podido permanecer ausente tanto tiempo, y se alegró de la sentencia, nueva espada de Alejandro que rompía el nudo de tantas vanas pequeñeces, que le ataban lejos, e impaciente de la partida levantóse y se puso a arreglar sin plan algunas cosas... para dejarlas en seguida y tornar a sus meditaciones, junto al balcón.

Ya cerraba la noche. Las luces lejanas que se reparían por la Bombilla y la Pradera del Corregidor le traían, como siempre, algo de la impresión fantástica de aquella decoración singular, contemplada incomprensiblemente por la escenografía, de las luces de la Coruña, el recuerdo de la noche lejana en que de allí salió.

Mas ahora iba a volver. Y volvía rico. ¡Lo que son las cosas! Que necedad querer forzar el destino. Él salió al mundo a conquistar la riqueza que no encontró, y tornaba a la tierra a recoger la que allí tenía, sin verla, y le estaba esperando.

¡Aquel tío Tomás, tan bueno, que ni daba espacio a llorarle!

Y tornó a verle, como aquel día en que se acercó a la puerta de la humilde casiña de Maripepa, preguntando, entre jovial y triste:

—Hermana: ¿Hay aquí un curruncho de pousada para un caminante sin amparo?

Era una risueña mañana de verano, una mañana de verano en Galicia; una mañana de aire aromoso, de sol, de luz y de felicidad. Llenaba la aldeña la monótona y alegre música de los viejos telares, de los telares primitivos, prehistóricos, con que en el bajo de cada casa se tejen por manos aldeanas los famosos lienzos que dan nombradía universal y aristocrática estima a Vilamoura.

Y Ramón, tan melómano, se dejaba arrastrar, al recordarlo, por la ternura de la sencilla música vernácula, que canturriaba emocionado.

—Tracatrá-trá-tracatrá-trá. Traque, traque, traquetra-catrá-trá...

¡Oh! ¿Quién será el Beethoven de estas músicas cordiales e inacordes de los recuerdos infantiles, que perduran en los corazones como un bálsamo religioso de amor y de ternura? El gotear de aquella fuente, el susurro del regato, el martilleo de la fragua, el golpear de los telares, el chorrear de un canalón, las noches de agua, el áspero canto de los carros, el dolorido pregón de aquella vendedora, el Ave María Purísima del sereno... Toda la vida caminando para luego volver los ojos húmedos y tender las manos y el corazón morriñosos hacia todas estas insignificancias, entonces no atendidas, que forman la sinfonía de lo mejor de la vida.

Al oír la inesperada voz que ahora evocaba en toda su tonalidad Asorey, Maripepa abandonó precipitada-

mente el telar, corrió a la puerta y abrazó emocionada a su hermano.

—¡Ay, Jesús! ¡Tomás! Y ¿quién te esperaba? Pero y luego tú, ¿cuando viniste?

Ramón, en el umbral de la puerta, en pernetas, sin chaqueta y olvidado del pedazo de borona que tenía en la mano, miraba al forastero con ojos de asombro.

Era el tío Tomás, de quien tanto oyera hablar a su madre, que volvía de América, vestido a lo caballero, aunque sin aquellos arreos aparatosos con que los “americanos” pretenden deslumbrar a su vuelta, haciendo alarde de su buena suerte en la otra banda del mar. Al pequeño—once años tenía entonces—no le fué simpático aquel hombre, ni alto ni bajo, magro, cetrino y ya con arrugas y canas y otras señales del malsano vivir en los climas cálidos.

—¿Este es el rapaz?—preguntó el tío, inclinándose hacia el muchacho y besándole cariñosamente—¡Qué cara de pillabán tienes!

—Cada un ten cara de lo suyo—contestó la madre, dejando ver en el acento de las palabras y en la sonrisa la inexactitud del dicho—. Es listo; pero bueno, bueno, no te es.

—¡Pues a América con él!—bromeó el tío.

—¡Ay, hom!—protestó Maripepa, asustada, poniéndose seria—¡ni en chanza!—y seguidos del rapaz entraron en la casa, subieron al piso y allí, en la sala, hablaron largamente libres de la curiosidad de las vecinas, que se habían ido acercando irremediabilmente indiscretas.

¡Ay! Tomás no había tenido suerte en América. Acaso, de permanecer más tiempo, hubiera podido hacer algunos cuartos; pero la salud le venciera en aquel inhu-

mano Panamá, y para no dejar allá los huesos volvía a la tierra, que tiraba de ellos, y apenas si después de pagar el pasaje le quedaba lo suficiente para pagar la consulta y el tratamiento a don Angel Baltar, a quien visitó apenas llegado, y antes de ir para la aldea, en Santiago.

—Y ¿qué te dijo que tienes?

—El clima, que me debilitó una cosa que dice que tenemos, que le llaman el organismo o cosa así.

—Por eso os médicos siempre te andan inventando cosas nuevas. Y ¿qué te mandó?

—Tranquilidad y descanso, y buenos alimentos. Cuidados de ricos.

Anhelante del vivir cariñoso entre los suyos por el que tanto suspirara en las dolorosas soledades de allá, Tomás había acudido a Poleirón, “junto de su hermano Joaquín”, el petrucio; pero éste al saber que volvía pobre, se excusó de tenerle en su casa, alegando los muchos hijos, las necesidades crecientes y los malos años.

—Ese petrucio nunca te tuvo corazón. Sólo le tiene ley a sus bienes. Quiérelos más que a lo fillos—contestó Maripepa.

El otro hermano, aún más rico que éste, el de Amenedo, también le recibió fríamente, y, en suma, se lo quitó en seguida de encima.

—¡A boa porta llamaste! Pobre fué; pero, desde que su mujer heredó tantos bienes, todo se les hace poco. Si yo tuviera algún día necesidad andaría primero a pedir que acudir a él. Ningún pobre peta na sua porta.

—Tampoco yo vengo a llamar en la tuya, que conozco tu pobreza, y sólo vine por verte antes de me partir—concluyó Tomás—. Por el mundo me iré ganando la vida como pueda, que Dios no me abandonará, que nun-

ca mal le hice, y al postre nunca me dejará sin un santo hospital en que darle mi alma.

—¡Ay, Jesús! ¡Arrenegado sea el demonio! Tú, ¿qué dices? Mira que me ofendes. Y luego yo iba consentir el contra Dios de dejarte marchar enfermo por esos mundos?—protestó cordialmente, con los ojos empañados de lágrimas Maripepa.—Non, Tomás, non. Pobre soy, pero corazón también te tengo. Aquí te quedas hasta que cures. Y más también si quieres. Una cunca de caldo nunca nos la ha de negar Dios Nuestro Señor, que salud y buenas manos tengo, gracias sean dadas, y no me cansa el trabajo, que ahora lo hay abondo y más lo pagan bien en Vilamoura; y tenemos una vaca muy lechera, el Señor la bendiga y la preserve de mal—y añadió con presteza, santiguándose con prisa varias veces:

San Xoan esclarecido,
Que en Lisboa foi nacido,
Guárdame o gando de mal
Sin pastor e sin can.
Amén. Amén.

La huerta pequeniña é, pero mesmo está que da gloria de patacas e repolo. O porco, ya lo oyes rebulir no cortello. Más no tengo; pero hambre no has de pasar, ni vas a estar sin cuidados, ni a irte por esos mundos de Dios. ¡Jesús, María! Y luego, ¿había yo de ser tan mala, Tomás? Si ti eres pobre, también yo lo soy, y estamos en paz.

Tomás aún hizo algunas reflexiones, pero Maripepa insistió, con tan buen deseo, que al cabo aceptó el forastero. Y los dos hermanos recordaron alegremente los

dulces años infantiles. Tomás era el segundo, y Maripepa la menor, con diez años de diferencia entre ellos. Siempre se habían querido mucho. Tomás podía decir que había sido la niñera de su hermana, y la pequeña tomárale tanto cariño que sólo con él se encontraba a gusto. Y así crecieron, siempre unidos; ella tiranizando al buen rapaz, y él pendiente de ella, robando la fruta y los nidos para llevárselos a su pequerrecha, y dejando sus juegos con los otros rapaces para divertirla a ella. Como el muchacho salió listo, enviáronlo sus padres a América. ¿Qué iba a hacer en Galicia? Maripepa llegó a enfermar de pena.

—Yo también te recordé siempre mucho. Tanto como a los padres. Por eso me alegro de que seas tú quien me recibe, porque a tu lado estoy más a gusto que con los otros.

Luego se contaron sus penas, los dolores y los trabajos de Tomás en aquella tierra hosca y difícil, que por ser de todos no es de ninguno; y las penas de Maripepa, que sólo vió la felicidad como un relámpago. Casóse con el buenazo de Ramón Asorey, y en cuanto tuvieron aquel neno, el hombre, deseoso de hacerlos ricos, fuese también a América, y allí murió, apenas llegado, que la debía el Señor quemar y hundir en los profundos para que no se llevase más ningún gallego.

Tomás se quedó en la casa. Desde entonces la canción del telar tuvo un acompañamiento que le hacía el bajo, con la tos frecuente y los carraspeos enérgicos del repatriado, quien a la verdad, fuera de su magrez y la palidez del rostro, no presentaba mal aspecto, cual si reviviera con los cuidados de Maripepa. Alguna vez habló Tomás de ayudar con su trabajo; pero la hermana, feliz con ha-

cer el bien, y contenta con aquella compañía que la aliviaba de la soledad en que desde la marcha de su marido viviera, le atajaba imperiosa. Primero, a cuidarse y a se poner bien, y luego, Dios diría. Y Tomás se dejaba cuidar y mimar, sonriendo satisfecho, con cierta socarronería, que Ramón veía y comprendía ahora.

Una vez cayó sobre la casa una terrible desgracia. Murió la vaca. Ni las bizmas con cataplasmas de ortigas e hígado de gallo, ni las azumbres de chocolate que la administró el manciñeiro, la pudieron salvar.

Maripepa lloraba con desconsuelo. La vaquiña es la media vida en la familia aldeana, y su muerte, una ruina. Pero aconteció la venturosa casualidad de que al volver Tomás de Santiago al día siguiente, de se consultar con don Angel Baltar, anunció que había recibido ciertos cuartos que aún le debían allá, y con ellos compró Maripepa a la otra semana, en la feria de Mantible, una hermosa vaca, y más dos terneros para criar, atribuyendo la compra al dinero del seguro y a los rendimientos del telar, que daba mucho de sí aquel año, por la gran demanda de lencería vilamouresa y las buenas manos de Maripepa, una de las mejores tecelanas de la comarca.

Al comenzar aquel invierno Ramón fué enviado a Compostela a estudiar en el Seminario. ¡Cura! La ilusión de las familias campesinas. El rapaz era muy listo; el primero en la escuela y en la doctrina; la madre no quería darlo a la emigración, y el tío opinó que tal listeza no debía perderse sachando la tierra. También ahora acababan de llegar oportunamente otros pocos cuartillos, de los que aún le debían en América, y con ellos ayudó Tomás a los gastos necesarios que aparte las matrículas, la cama

y la ropa, las dos mudas, el traje de paño, el sombrero ancho y la clásica falma con cuello y embozos de felpa color café, eran bien escasos.

Ramón se acomodó con otros seminaristas en un cuartucho de una casucha de la Cuesta de Sar, por el cual, la luz de un candil no muy generoso, la lumbre y la obligación de cocinarle el "caldo de berzas", que constituía, como para los otros, el alimento cotidiano, desayuno, comida y cena, pagaba tres perros gordos diarios, o sea, treinta y seis reales todos los meses. Las patatas, las berzas y alguna vez el repollo, las judías y el unto de cerdo para la sustancia del caldo, y la borona, para desmigada en él y acompañarle en seco, así como la muda semanal, venía de la aldea todos los sábados en la clásica carabela (cesta) de los seminaristas, llevada por la "propia" de Vilamoura, con más una carta de su madre llena de ternuras, consejos y prevenciones, para que no cogiese frío, y alguna vez unos renglones del tío, animándole a estudiar.

Los sábados, al concluir las clases de la mañana, volvía Ramón más de prisa a su casa, sin detenerse con los compañeros en ninguna parte, y comía de prisa el caldo de aquel día, generalmente sin pan, porque a lo sumo la víspera concluyérase toda la borona semanal de la posada, de modo que no quedaba ni el frecuente recurso de "pulírsela" a algún compañero descuidado (que ninguno se descuidaba nunca). Luego salía al balcón a esperar la llegada de la "propia", lleno de temores de que no viniese o se hubieran olvidado de él, temores que no desaparecían hasta que veía doblar la esquina de Pitelos a la hercúlea mujerona, la zarandeada falda a media pierna, recogida con una cuerda en un gordo pliegue a

la cintura, los anchos y fuertes pies descalzos, llenos de polvo, y más frecuentemente del lodo de la carretera, y en la cabeza un enorme canasto, colmado de la más heterogénea cantidad de encargos. Desde la puerta llamaba al seminarista.

—¡Ay, Ramón, baixa!

Y Ramón aparecía en seguida, como quien no necesitaba que lo llamasen, y se llevaba la cesta en que el amor maternal le había puesto, junto al condumio del caldo, alguna golosina aldeana—a lo mejor hasta una costilleta o unas fanecas (1) fritas, que el seminarista devoraba con hambre y prisa antes de que se percatasen y dispusieran a caer sobre ellas en alarde de fraternidad sus compañeros. Después leía la carta, que la propia extrajera de las profundidades del pecho de un pañuelo, ni limpio ni bien oliente, que le servía de valija para la numerosa correspondencia que la desconfianza del correo depositaba en sus manos.

Maripepa escribía siempre contenta. La labor abundaba, gracias al Señor, como nunca. El tío Tomás mejoraba a ojos vistos. “El pobre mucho me acompaña, que sin ti esta casa hubiérame parecido una sepultura.” Y en la impaciencia de recobrarle pedíale ingenuamente: “Acaba pronto los estudios, fillo, para volver junto de tu madre, que sin ti no vive.” A veces contaba que le había venido alguna inesperada y oportuna ayuda de su hermano.

El rapaz tomó gusto al latín y demás humanidades, y alegraba a su madre con sus buenas notas y con la espe-

(1) Pescado.

ranza de verle hecho un señor canónigo, y a lo mejor, ¿quién sabe? un señor arzobispo de la catedral compostelana. Cada vez que le recitaba al tío, que le oía embozado y muy atento, cual si lo entendiera, un discurso de Cicerón y algunos versos de Horacio en latín, o una oda de Herrera, u otra pieza poética clásica en castellano, tan latín como el otro para Tomás y Maripepa, quedaban absortos, asombrados y orgullosos con el saber del rapaz.

Pero un día viniéronse repentinamente todas las esperanzas a tierra. A los diez y siete años, comenzada la Teología, declaró el rapaz que no quería ser cura.

No era sólo falta de vocación, sino que en sus andanzas estudiantiles, y acaso más como protesta de un carácter enérgicamente independiente contra la disciplina, se había sentido hondamente tocado por la dolorosa espada del escepticismo. Y él no era hipócrita, ni traidor a sus juramentos. Despreciaba profundamente a los que, sin fervor, y sólo atentos a su utilidad, seguían un camino para el que no tenían inclinación verdadera.

Maripepa lloró, aún más que la ruina de sus ilusiones, por el temor de que aquel hijo cayera en el descreimiento y se condenase.

Tomás, con mayor experiencia, se resignó, pero como el rapaz no se había de quedar en vago y su alejamiento de la tierra en los años estudiantiles hacíanle inútil para su cultivo, y ni en la aldea ni en la villa había medio de proporcionarle trabajo adecuado y de porvenir, propuso la única solución posible: emigrar a tierras más productivas.

A Maripepa no se le podía hablar de América, y por eso el rapaz partió para Madrid, que estaba a la mano, como quien dice, y al alcance del telégrafo, para un caso

apurado, y con buenas recomendaciones de su tío, quien daba la casualidad de que tenía también relaciones en el comercio madrileño. Y Ramón entró de dependiente en un comercio de tejidos del centro, de clientela aristocrática. Allí, viendo desfilar tantas damas hermosas y elegantes, se despertó su afición al buen parecer y bien agrandar, y se afinó con gusto. Y notando el buen efecto que en algunas producía, procuró ponerse en condiciones de seguir causándolo, y con presunción juvenil cuidó de su buena presentación.

Y llegó un día en que una dama, famosa por sus caprichos, una lagartona, se enamoró de aquel rapaz vigoroso y crédulo, que luego, al pronto desengaño del cansancio, lloró la muerte de sus ilusiones, estableciendo una regla general con la falacia de aquella mujer.

La lección le sirvió para adquirir un escepticismo y un vengativo horror al corazón femenino, ayudado por la ingénita desconfianza que le defendió en lo sucesivo de enamoramientos, no obstante su admiración por la mujer, y lo preparó para pasar mariposilmente entre ellas, libre y sin costas.

Acaso por ello tenía tanto partido entre la alegría del género humano.

El trato dictatorial del amo le fué menos soportable que la disciplina del Seminario. Pero de esto, de la insustancialidad de los compañeros y de los desengaños amorosos, le consoló su afición a la lectura, aumentada en aquella soledad espiritual en que se veía.

Juzgándose una víctima de la tiránica y egoísta organización social, exaltáronse sus ansias de libertad y de bien y su odio a toda disciplina, aunque luego el tiempo templó sus ímpetus anárquicos. Peroró una vez con

tanto éxito en una reunión de dependientes, para solicitar mejoras, que desde entonces fué el *representante* obligado de la clase en todos los mítines a que ésta enviaba representación.

Tras el afán oratorio vino el escriturario. *El Pueblo* y otras publicaciones radicales comenzaron a recibir artículos suyos, que como estaban bien escritos y contenían una noble exaltación ideal fueron muy bien acogidos.

Sus jefes empezaron a mirarle de reojo y a dejar caer amenazas encubiertas de despido, en contraste con las palabras amables y las sonrisas cariñosas con que en las direcciones de los periódicos radicales le acogían cada vez que iba a llevar sus cuartillas. Hasta que un día cambió su plaza de dependiente de comercio por otra de redactor de *El Pueblo*. El sueldo, muy problemático por otra parte, era menor; pero Ramón consideróse feliz estimando que aquello era la conquista de la libertad. Ya que no podía redimir de un golpe a la humanidad entera, por lo menos rompía él sus cadenas. ¡Cuántas veces se rió luego de su inexperta credulidad! La libertad podrá encontrarse en cualquier parte; pero medrado va el que la busque en un periódico, aunque se llame liberal. Se escribe lo que se dicta y lo que conviene, no lo que se piensa. Cuando Ramón se enteró ya era tarde. Le había tomado al oficio ese gusto irredimible de los que a él van por afición, y gozaba por su pluma y por sus condiciones personales de esa estima y consideración entre la clase y entre la pintoresca y atrayente variedad de personas que constituyen el rico y divertidísimo mundo periodístico.

La paga, los puestos... ¿qué vale todo ello al lado del

goce de la popularidad de la firma o de ver oscilar y moverse a gusto de su pluma, como marionetas de un teatro de niños, a los más encopetados personajes? Sólo el periodista sabe el placer de ver a la nación agitada por unas líneas de su pluma. Junto a este goce, ¿qué vale lo demás? ¡Aunque en la administración no haya un céntimo!...

El momento más feliz de aquellos días inolvidables en que todo era juventud para él, fué aquel en que Ramón leyó bajo su nombre en las tarjetas que corrió presuroso a encargar, apenas admitido en el periódico: "Redactor de *El Pueblo*".

Eran aquellos los paradisiacos tiempos en que el amor a la idea y el entusiasmo llenaban gratuitamente las columnas del periódico, por cuya razón los redactores eran mirados desdeñosamente por la Administración, que solía pagarles con unos famosos guisotes de una taberna cercana, con los cuales los escritores se desayunaban, comían y cenaban, todo a un tiempo, entre dichos festivos, maldiciones, quejas y burlas contra los administradores y el Consejo, yendo luego a desahogar en las cuartillas su ira de hambrientos, con acerados y enérgicos artículos, que levantaban ronchas en el mundo político y en vilo a la masa, haciendo la siembra de odios, que tan copiosa e inagotable cosecha de males ha dado. Entendían así las empresas que nada había mejor que el hambre para mantener a sus redactores en el tono de acritud y exaltación conveniente al periódico, y celosamente procuraban sostenerlos en él, con lo que hacían una jugada doble.

Había redactor que en un año no vió dos veces la cara al rey en las monedas. A fin de mes recibían, en vez de

suelo, los vales de los guisados consumidos, y aún solían quedar deudores a la Caja. Hasta que Ramón ideó la formación de una sociedad con otro compañero, repartiéndose entre los dos una ración de guisado, que alternativamente pedía cada socio. Y aún así les costó trabajo verse con dinero, porque al encontrarse alcanzado el administrador, les pagó en sellos de correos, que se vendían con depreciación al Conserje... de quien se decía que trabajaba en esto por orden y cuenta de la Administración. La penuria en que por tales causas vivía Ramón Asorey le impulsó a buscar ayuda en colaboraciones, que cuando vinieron las bien pagadas de América—*Diario de la Marina* y *Diario Español*, de Cuba, *La Prensa*, de Buenos Aires—ya le permitieron vivir con desahogo y organizar su vida con cierta comodidad, cultivar sus inclinaciones artísticas y literarias, que sin que él lo advirtiese, le atraían más que la política, que alternó con la crítica artística y teatral en ese escribir de todo a que se ve obligado el periodista militante.

De vez en cuando, y castigando los gastos a que le llevaba su afición a vestir bien, a los libros y a frecuentar los lugares donde se reúne la gente distinguida, enviaba regalillos de dinero a su madre, obstinada en no salir de la aldea pese a las reiteradas instancias del hijo, regalitos que se convirtieron en una pensión mensual de veinte duros, que gustosamente, aunque perjudicaba a su presupuesto de corbatas y chalecos de fantasía, remitía con toda puntualidad a Maripepa, desde que ésta le dijo en una carta que por la pobreza de los tiempos estaban en necesidad de su ayuda.

Una vez recibió la inesperada visita de su tío, quien le contó que un amigo de la emigración que había vuelto

de América con cuartos se metió en negocios, en los que daba una pequeña participación a cambio de su trabajo a Tomás, y éste iba a Madrid por encargo y cuenta de aquél a gestionar el cobro de unos abonarés y de algunos servicios que el amigo, por conveniencia y seguridad de su capital, pusiera a nombre del tío.

Ramón le ayudó gustosa y diligentemente. No consintió que se alojara en ninguna posada, se lo llevó a su casa, donde le colmó de cariñosas atenciones, y sin avergonzarse de su indumentaria pueblerina, le acompañó a todas partes, a los teatros, en donde el tío se dormía plácidamente, y a los pasillos de las Cámaras, y a los despachos de los Ministros, en donde Tomás gozaba con satisfecho orgullo viendo la deferencia y consideración con que todos aquellos personajes—que tales se le antojaban todos—trataban a su sobrino, y a la prontitud con que los Consejeros de la Corona posaban los dedos ordenadores en los timbres y mandaban a los jefes, que acudían presurosos y serviciales, el inmediato despacho del asunto que interesaba al señor Asorey.

Aún más que el feliz resultado de su gestión satisfizo al tío el ver al hijo de su hermana convertido en un personaje influyente y considerado.

“Ya me dijo Tomás—escribió a Ramón su madre al regreso del tío—el mucho aquél que tienes con el señorío de Madrid y con los Ministros, y dice que si tú quieres, lo serás también. Viene muy contento y agradecido de ti, que tan bueno eres con nosotros.”

Y allí, en aquel testamento que Ramón guardaba en el bolsillo, apretándolo contra su pecho, estaba la prueba de su gratitud.

—Indudablemente es un gran negocio ser bueno y honrado, se dijo en voz alta Ramón.

Todo estaba bien claro. El tío volvió de América rico, ocultando su riqueza para probar la bondad de los corazones, con esa desconfianza del campesino gallego, que teme siempre ser engañado. Presentándose pobre a sus parientes pudo descubrir quién le quería por cariño, y fingiéndose sin recursos mucho tiempo comprobó la firmeza del sentimiento y gozó el excelso placer de ser amado sólo por su persona.

Todo muy prudente, muy previsor y muy paisaniño.

Y a la gratitud al buen tío que dejaba heredero al buen sobrino, Ramón unía la risa y la satisfacción que le proporcionaba el imaginarse la cara desconsolada que sus sórdidos parientes pondrían al ver perdida aquella riqueza, que pudo ser para ellos. Justo castigo a su avaricia y sequedad de corazón. Esto le hizo pensar en la razón con que su madre y el escribiente del notario le apremiaban para que fuese prontamente y se levantó para comenzar el arreglo del equipaje, sonriendo a la idea de abrazar pronto a su velliña. Los ojos de Ramón se llenaron de lágrimas de agradecimiento al considerar los diez años de sacrificios de su madre lejos del hijo que tanto quería, al lado de aquel hermano, si bueno en el fondo, gruñón y receloso, para asegurar con su paciencia, cariño y sumisión el porvenir de su "Moncho", poniendo grillos y cadenas al ansia de volar a su lado para que no se le escapase la herencia del tío.

.....

.....

La voz alegre de su fraternal camarada Augusto Ar-

mero, entrando sin anunciarse, siempre optimista y alborotador, interrumpió a Asorey.

—En cuanto llegué al periódico y me dieron tu aviso despaché a escape las dos cosas que llevaba, y he venido corriendo. ¿Qué te pasa? ¿No tiene arreglo lo de ese hombre?

Asorey se encogió desdeñosamente de hombros y contestó risueño:

—No tiene arreglo.

—¡ Hombre!, ¿y me lo dices con esa cara? Pues ayer, sin ir más lejos, ponías otra.

—Es que hoy... no es lo mismo... A ti, que eres un buen amigo, que no conoces la envidia, que sabes alegrarte con la alegría de los demás y guardar un secreto, te lo diré. Es que no me importa el destierro, ni me preocupa el porvenir, ni tendré que deshacerme de todo esto—y señaló alrededor los libros, los muebles y los cachivaches—que tanto quiero. Es que no me voy a Barcelona ni a América.

Y rápidamente le puso al corriente de lo que le ocurría y le dió instrucciones para luego. Dejaba allí todas sus cosas, al cuidado de Augusto. Su estancia en la terriña no iba a ser larga. Él confiaba en que una vez satisfecho el capricho de verle partir, vendría el perdón. Y, ahora que era rico, la vida madrileña se le ofrecía más agradable. Arreglaría sus cuentas en la aldea y se vendría a Madrid con su velliña. La terriña para los veranos, pero nada de la esclavitud de la redacción. Al diantre los explotadores de ideas. Seguiría con sus colaboraciones, singularmente las de América... y a lo sumo, acaso se determinase a pedir a Luca de Tena, que era su amigo y compañero del palco de los Gazapos—como

recordando una hermosa zarzuela le llamaban las triple-citas del Victoria—un hueco semanal en *A B C*.

—¿Y cuándo te marchas?

—Mañana.

—¿Pero y la ropa de luto?

—¡Caramba! Es verdad. Meteré prisa al sastre. Vamos, y de paso compraré corbatas de luto—revolviendo en el armario—porque no tengo ninguna. Lo que no haré será ponerme guantes negros. No, ¡caramba! que sobre ser feo, parece que aún lleva uno en las manos la cochina tinta de la redacción. Vámonos, vámonos y cenaremos por ahí.

Y reponiéndose, dijo, mientras bajaban la escalera:

—No vayas a creer que no siento la muerte de mi tío. Sí, señor, créeme, la siento y le preferiría vivo; pero, ¡caramba! ¿Quién resiste a la alegría de ser rico? Se acabaron las redacciones y los sueldos misérrimos, las cuartillas de obligación, tengas o no tengas ganas.

—¡Y te vas a la terriña, hombre feliz! Y allí se acabará Don Juan y te casarás con una rapaciña meiga. ¡Qué envidia me das!

—Casarme, no. Ya sabes que eso no entra en mis principios liberales. Además, ya voy para viejo. El otro día me arrancó la “Marinerita” una cana y se la guardó, porque dice que eso da la buena suerte. Pero voy contento y siento la impaciencia de verme en aquel encanto y el dolor de no haber vuelto antes. ¡Viva a terriña!

—Tienes razón al decir que es muy bueno ser bueno—dijo Augusto, deteniéndose en el portal.

—Sí, chico. Si los hombres se percataran de ello, la Humanidad, libre de teorías y doctrinas y de periódicos que las defendieran, sería feliz.

Augusto soltó una de sus ruidosas carcajadas.

—¿Te ha hecho gracia?

—No, me río del suelto lacrimoso que dedicará *El Pueblo* a tu partida. Y corrió para alcanzar un tranvía que pasaba a toda marcha. Pero Asorey le detuvo.

—No, un coche. Mejor es tomar un coche. Vamos a la parada de ahí abajo.

—Tienes razón. Se es rico o no se es rico.

Y los dos rieron, no sin que Ramón, a veces protestase:

—¿Tu ves? Parece que no siento a mi tío, que no le quería. Pues, sí, le quería... pero, no lo puedo remediar; estoy muy alegre.

—La vida, señor—explicó Augusto.

Y tornaron a reír.

III

Tres días después Ramón Asorey acudió, con gallega anticipación, a tomar el correo de Galicia y paseaba por el andén con su gran amigo Augusto Armero, luego de haber entregado al empleado del coche cama una lujosa maleta, un maletín y una fastuosa manta de viaje, presa en las immaculadas correas, que pregonaban esa virginidad comercial de lo no usado. Todo nuevo, así como el "mundo" que iba facturado y bien repleto, con un equipo de rico improvisado. El indispensable ostentoso baúl del "americano", que retorna a la tierra con "plata".

Paseando arriba y abajo, admirando y dejándose admirar de las mujeres y poniendo un gracioso comentario a cada viajero que pasaba con su prisa, cargado con su afán y con sus bártulos, esperaba a los numerosos correligionarios y amigos, que, sin duda, irían a hacerle la desagradadora y merecida despedida.

La víspera y aquella mañana, *El Pueblo* le había dedicado unos sueltos efusivos y lacrimosos en primera plana, anunciando y lamentando la marcha de aquel nuevo mártir de la idea y de la democracia, víctima del espíritu vengativo del clericalismo. Seguramente responderían a la excitación del periódico los correligionarios

y tantas amistades y obligaciones de gratitud como la amable facilidad de Asorey para servir a todo el mundo, y la comunidad de ideas y sentimientos habían sembrado en aquellos años.

Pero el tiempo pasaba y nadie acudía a decir adiós al *mártir* de la democracia ni a la víctima de los curas, ni siquiera al favorecedor particular.

El tranvía de la *Bombi* es el más caro de Madrid. Y cuente usted luego los cincuenta céntimos de andén... La política, la gratitud y la cortesía tiene demasiados gastos.

No hubo allí de los compañeros de "oficio" más que Mirabal y Sánchez Estevan, cada uno de los cuales llevaba encargo de excusar a otros varios. Había Cortes, con sesión interesante en el Congreso, y novillada en la Plaza de toros con debut de novillero de tronío. El Director no podía dejar de oír el discurso de Lerroux, y ya se despidió de Ramón la víspera. Gutiérrez ni fué ni se tomó el trabajo de disculparse. (De amigos sólo estaba Augusto Armero). Y de correligionarios, nadie.

—Para qué te mates por la idea y por la gente del partido. ¡Tantos años y tantos favores...! ¡Qué asco!— comentó doloridamente Ramón con Augusto.

Unicamente apareció por allí a última hora, el señor Manolo, el *Bigotes*, un tabernero influyente del distrito de Chamberí, a quien Asorey debía una crecida cuenta de tortillas de jamón, riñones y *bisteques* con patatas, servidos a sus interventores de las mesas electorales en las distintas ocasiones de sus derrotas.

Asorey frunció el ceño ante la inminencia de una reclamación, y miró impaciente el reloj del andén. Pero el tabernero, gordo y simpático, acercóse hecho todo el

rostro una sonrisa, seguido de un muchacho cargado con una cesta, por debajo de cuya tapa asomaban los golletes de unas botellas, atestiguando su importancia con el rojo y los sellos del lacre que tapaba el corcho y envolvía el cuello.

—Buenas tardes, don Ramón y la “compañía”—dijo el hombre quitándose el sombrero y limpiándose el sudor.—Aquí le traigo esto. Usted no había “pensao” en la merienda, ¿verdad? Pues aquí la tiene. No me haga la ofensa de desairarme. Sube eso, chico. Y ná de protestas. Ya sabe usted, que somos correligionarios y amigos de corazón y que yo le distingo y aprecio como usted se merece, porque aquí se sabe distinguir y apreciar.

Asorey le abrazó conmovido y cuando quiso hablarle de la deuda, el señor Manolo, el *Bigotes*, le atajó satisfecho y protector:

—Usted no me debe ná. Un mártir de la idea, de la democracia y de las convicciones se merece eso y mucho más. Que vea la “clerigalla” que hay aquí unión y conesión. Le he puesto a usted unos langostinos fresquitos de hoy, que no están más frescos a la orilla del mar. Y la carne es de solomillo, ¿eh? Y el vino del que yo bebo; no le digo más. Cosa rica todo; y que aproveche, que ya me pagará usted cuando venga la “niña”.

Ciertamente era todo cosa rica y abundante, como para un viaje al Polo. Todo por kilos.

Asorey se dijo que aún quedaban en el mundo hombres agradecidos “que sabían distinguir”, aunque hubiera que ir a buscarlos entre los taberneros. Y algo consolada, después de la cena, la melancolía que le acompañaba desde la partida, pegó la cara a los cristales del pasillo y se entretuvo en ver llegar y huir el paisaje in-

deciso y fantasmal, mientras el empleado le hacía la cama.

Iba solo en el departamento, pero esta circunstancia, grata siempre por su comodidad, le causaba ahora cierto enojo, representándosele como una imagen de la soledad cordial en que había vivido en el círculo egoísta de las vanidades cortesanas durante aquellos ocho años. Cuántas veces, lo mismo que ahora, deseaban sus nervios a alguien con quien comunicarse para calmar su excitación, y anheló su corazón otro con quien consolar el dolor de sus heridas.

Nada dejaba atrás. Muchas relaciones, cierto, innumerables conocimientos, gente que acaso un día le echase de menos en el revoloteo cansado de una conversación sin interés.

—Se fué Asorey.

—¡ Ah!, ¿ sí? Era un buen muchacho.

Y nada más que este epitafio al ausente. Ni a pesar de su afición a las mujeres, amores para los que el primer desengaño dejó seco su corazón; ni se atrevió a echar cuenta de las amistades verdaderas, esos afectos puros, honrados y perdurables, que teje el cariño y guarda el alma prontos a la correspondencia de la alegría y del dolor, por miedo a que al intentar la suma se le desmoronasen los sumandos.

El desencanto de aquella tarde, que en un principio mortificó su amor propio, lastimaba ahora su sensibilidad. ¿ Era éste el resultado de un puñado de años de constancia y sacrificios a una idea? ¿ Este el premio de tantos servicios leales a una empresa y a un partido que le veían partir, sin molestarse siquiera en sacar la mano del bolsillo para extender el brazo y decirle adiós? ¿ Tan-

tas relaciones, tantos favores hechos, tantos nombres ensalzados, la pluma, la firma, tampoco eran nada ni significaban nada? Se acababa el periodista y aún antes, hecho el favor, se concluía la cochina amistad.

Y encerrado en su cabina, a oscuras, incorporado en la estrecha cama, desvelado, más que por el ruido de las ruedas por la amargura de sus pensamientos, vió con tedio la vanidad de aquella vida, sin fraternidad, dominada por el egoísmo, en la que todo se sacrificaba a la visibilidad, y suspiró por el tiempo estérilmente empleado y por las ilusiones y las esperanzas que veía arruinadas.

Afortunadamente, ahora podría, con su riqueza, tomar de la vida, sin comprometer el inútil corazón, la parte agradable, aquellas encantadoras frivolidades que con su apariencia engañosa la entretenían y la pintaban grata.

Era inútil buscar en ella más, porque no lo había. Y se afirmó en la pesimista convicción de que en el mundo no hay nada, absolutamente nada, que merezca la pena de molestarse por ello.

Se durmió con los puños desesperadamente cerrados, ante la clara vanidad de las cosas que intensamente le preocuparon y por las que luchó entusiasta, doliéndose de que por ser hombre de corazón que hubiera querido meter en él a la humanidad entera y hacerse amar de ella, tuviera que caminar por el mundo solo, sin paz y sin correspondencia afectuosa. ¡Asquerosa vida! Se llevaba a uno con la misma indiferencia que aquel tren que caminaba incansable, absolutamente insensible a las alegrías y a los dolores, a los desfallecimientos y a las esperanzas que conducía...

Soñó agitadamente mil disparates y, de pronto, le des-

pertó el latir apresurado de su corazón, invadido por una emoción extraña y dulce. No se dió cuenta inmediatamente. En la vaguedad del despertar, que todavía es sueño, parecióle que alguien llegaba consoladoramente hasta él y le acariciaba, como en aquellas mañanas remotas cuando creía en el amor, los besos inesperados y furtivos de la amada venían a despertarle con prisa. Buscó en derredor y le extrañó verse solo.

—Pero *alguien* ha pasado por aquí—se dijo seguro.

Y fuera, una dulce voz femenina pregonó, con música, mezcla de canto y quejido acariciadores:

—¿Quen quere leite? (¿Quién quiere leche?)

¡Era la tierra!

Sintió un gran consuelo y un ansia viva de ver. Con movimiento rápido saltó de la cama y sin calzarse las zapatillas, abotonándose el pijama con prisa, alzó la cortina y miró.

Sí. Era la tierra. El tren estaba parado en una estación. No se veía cuál porque el andén hallábase del lado opuesto; pero decían lo que era aquello, el inconfundible río Sil, que corría allá abajo, unos castaños que en la ribera abrían pomposamente sus anchas copas y trepaban luego, ladera arriba, hasta asomarse a la vía, para dar la bienvenida a los que llegaban; la tierra, tapizada de verde allí en donde las peñas no lo impedían... y aún en donde lo impedían, y el canto, tierna diana para los corazones que saben oírle, de aquellas mujeres con el pañuelo de colorines anudado a la cabeza, que iban con sus jarros y sus vasos de leche de un lado a otro, chacoloteando sus zuecos.

—¿Quen quere leite?

Y además del idioma regional, le dijo donde se halla-

ba, la lluvia, la suave lluvia gallega, una lluvia fina, seguida, mansa, mansiña, dulce, que riega la tierra mimosamente, sin violencia, acariciándola...

Ramón abrió con prisa el vidrio y respiró ansiosamente el aire patrio. Y se sintió otro hombre; borrado de repente cuanto dejaba atrás. Era un aire suave, blando, que olía a tierra fecunda y fecundada y a plantas jugosas; aire, aire de su tierra, airiño que oreaba los pulmones y ponía fresca en los espíritus caldeados.

El tren arrancó lentamente, y como si tuviera la delicada misión de entretener y deleitar al viajero, comenzó a jugar con el paisaje, ocultándoselo con los frecuentes túneles, para dejarlo ver aún más hermoso a la salida. El Sil le seguía, tan pronto sumiéndose en estrechos y tortuosos desfiladeros, que ensombrecían ingentes picachos, recordando la aspereza del Vallhalla, como corría juguetón y libre, besando raudamente las atrevidas peñas que salían a cortarle el paso y los verdes prados que intentaban detenerle con su molición, y seguía adelante, dejando tras sí la blanca risa de sus espumas, con que se burlaba de aquellas constancias que pretendían sujetar su eterna inquietud.

No era todavía el paisaje mimoso y blando del corazón de Galicia y de las rías, sino un camino abrupto y ziz-zagueante entre montañas y rocas amontonadas hasta el cielo, cual si un ejército de titanes hubiera querido defender la entrada de la tierra venturosa. A veces no había más que el camino ferrocarrilero, el río y la escabrosidad de la sierra, a través de cuya resistente inercia se habían abierto paso, en demanda del paraíso, la naturaleza, con la fuerza de la inconsistente agua, y la mano del hombre con la de su inteligencia,

Era la "cuenca bárbara del Sil", que también se dejaba tentar por la ternura del paisaje que iba buscando, y permitía expansión a los mansos prados, a las alegres vides, o a los umbrosos castaños que se despeñaban desde las altas cumbres al lecho del río, que corría incansable, encubriendo el misterio de sus arenas de oro, a la vigilancia de los toscos lavaderos puestos aquí y allá para apresarlas.

Ramón hizo de prisa sus abluciones y, asomado a la ventanilla, olvidado de todo, gozaba la dulce sensualidad de dejarse llevar por allí, algo así como debe ocurrir a los pájaros felices al abandonarse inertes a la onda del aire que los lleva por encima de las nubes.

Los ojos de Asorey se llenaron de dulces lágrimas y tendió los brazos, con movimiento irresistible, hacia fuera, con el ansia de abarcar en una *aperta* fuerte, muy fuerte, todo lo que veía y oía: tierra, aire, música.

—¡Terriña meiga! ¿Cómo pude vivir tanto tiempo ausente de ti?

El tren paró otra vez en una estación, a la que servían de fondo casas irregularmente repartidas, cubiertas de ennegrecidas piedras pizarrosas.

En el barandal de las solanas mostraban, como en una fiesta geórgica, la fantástica colgadura de rosarios de mazorcas de maíz, doradas y rojas. Al otro lado, y bordeada por una tortuosa corredeira, a cuya entrada alzábase un crucero de piedra, se extendía umbrosa y centenaria una carballeira (roble), por donde picoteaban las gallinas y corrían unos cuantos rapaciños rubios, descalzos y sucios.

De pronto, guiado por una rapaza descalza, desembocó en la corredeira, cargado de ramaje de pino, que

iba llenando el aire del picante y saludable aroma de la montaña, uno de esos carros del país, pequeños, de maticas ruedas tirado por las sumisas vaquiñas amarelas, que con el chirriar del apretado y tosco eje, producía el característico "canto del carro gallego", esa voz del agro, aguda y persistente, a un tiempo áspera y grata, en la quietud campesina, que va avisando a los otros carreteros que por allí camina el carro de Fulano, y sube, y sube, dejando en el aire una nota, y luego cruje, cual si tomara aliento, para volver a empezar, sin cansarse, la canturía incopiable y emotiva de la corredoira; algo del roncón de la gaita y de la cadencia sin término del alalá...

A mediodía, parada, fonda, sol y cambio de tren y de paisaje. La aspereza y hosquedad de las montañas estaba suavizada por la ternura del verde en toda su infinita variedad de tonos, a veces combinados con el oro. Las inesperadas peñas que surgían acá y allá y la pesadez pétrea, dorada por los líquenes de las grandes construcciones, pazos e iglesias, con siglos encima, adquirirían colocados allí, cierta ingravidez que les quitaba toda su dureza, poniéndolos a tono con la blandura del paisaje, cuyo vigor acusaban fuertemente. Era ya el corazón de Galicia; el paisaje familiar de Ramón. Aquello era ya "su casa". Tomó apresuradamente sitio en el nuevo tren, junto a una ventanilla, y como ya había almorzado, gracias a la pantagruélica merienda del señor Manolo, el *Bigotes*, fuese ligero y contento a tomar café en la fonda.

Cuando volvió se alegró de encontrar en su departamento otros viajeros, que lo llenaban, con sus conversaciones de cadencioso tonillo de la tierra. Él también, con-

tagiado de la cariciosa música, se había sorprendido alegremente a sí mismo hablando con el más puro y cantarino acento de la terriña al mozo que le trasladó los bártulos. Y se rió contento, con una *alegría* nueva.

Al ir a sentarse en su sitio, junto a la ventanilla, lo encontró ocupado por una damita, que había trasladado al asiento inmediato el maletín y el gabán de Asorey. Y como Ramón se quedase parado un momento con ese gesto de reproche mudo que adoptan finamente los viajeros bien educados, para recordar sus derechos, ella se disculpó con cierta mimosa coquetería, sin moverse, y ofreció el puesto, con visible deseo de no dejarlo.

—¡Ay! ¿Era de usted este sitio? Usted dispense—dijo con una voz intencionadamente mimosa, en que se mezclaban melosamente el tonillo gallego y cierto dejo “americano”, un poco exagerado, al par que provocaba con ojos picarillos y coquetuelos a su mudo y sorprendido interlocutor.

Asorey correspondió puerilmente a la provocación con toda su superioridad de buen mozo, y contuvo con un ademán galante el movimiento de la damita.

—Va usted bien, va usted bien.

Concluyó de acomodar su equipaje y sin interés ahora por el juego tan de su gusto a que se le invitaba, absorbido todo él por la fuerza irresistible y cordial del paisaje, por los recuerdos que despertaba y por las emociones que sentía, salió a la plataforma, deseoso de contemplarlo a sus anchas.

Era un tren con el que se entraba más en la intimidad de la terriña. Un tren pequeño, familiar, netamente gallego, en el que ya no predominaban ni apenas eran notados, reclusos con cierto acobardamiento en la obs-

curidad de sus rincones, los viajeros de los grandes recorridos.

Todos eran gentes del país, que más que viajar iban de una casa a otra; mejor, de una habitación a otra, dentro de su misma casa. Paisanas cargadas con grandes cestos, que llegaban apresuradamente a las portezuelas antes de que parase el tren, y con cierto terror en las caras de que el convoy partiera sin ellas, haciéndoles perder las *cadelas* del billete, se metían atropelladamente en los vagones, llevando por delante su impedimenta, arrollándolo todo sin hacer caso de protestas, y asomándose luego a las ventanillas, pisotón por aquí y pisotón por allá, para hacer a los familiares y conocidos que quedaban en el andén recomendaciones y encargos de "trasacuerdos", con gritos que no cesaban hasta que el tren reanudaba la marcha y se alejaba. Hombres serios, de bigotes y dedos quemados por el cigarro, a quienes los aldeanos saludaban con temeroso respeto, gentes de temer, a juzgar por los rollos de papeles que asomaban por los bolsillos y que denunciaban su naturaleza curialesca. Paisanos de mirar desconfiado y socarrón, oído atento y disimulado, "como quien que no quiere" y boca callada, sentados en el borde del asiento, con el aguijón del ganado en la mano y al hombro la cuerda de atar la vacas o los bueyes que iban a comprar o acababan de vender en la feria; señoritos pueblerinos, vestidos pretenciosamente por figurines de diez modas atrás, que viajaban con billete de tercera, y algunos sin él, en las plataformas de primera, para disimular; graves y observadores abades, de balandrán holgado, sombrero ancho y paraguas, que conocían a todo el mundo y hablaban familiarmente y con todos, enterándose de todo,

Las estaciones, frecuentes, pequeñas, rodeadas de geranios florecidos, y algunas sombreadas por *uveiras* desplegadas en parral, tenían unos nombres eufónicos: Ans de Tellado, Viduido, Fisteus, Poleirón, Reselle, Lei-redo...

En casi todas había prisas ruidosas, que recordaron a Asorey las de los puertos morunos que visitara. Y no faltaban en ninguna damitas que veían partir el tren y miraban a los fugaces viajeros con ojos nostálgicos.

Los jefes vigilaban pacientemente con cierto aire paternal la colocación de los viajeros, y, sin hacer caso del horario, no daban la señal de partida hasta tenerlos instalados a todos.

A veces, próximo a salir el tren, llegaban corriendo, sofocadas, a la valla, una mujeres que pedían al maquinista con desesperadas voces:

—¡ Espera, ti! ¡ Esperáde! ¡ Esperáde!

El jefe hacía un gesto de resignación, detenía el tren e iba a despacharles el billete.

—¿ Canto é?

—Tres pesetas y dos patacones.

—¡ Ay, hom!—gritaban disgustadas.—¿ Y no puede ser menos? Dareille diez reales. En el automóvil de Sotelo levánle eso.

—¡ Vamos, vamos!—replicaba el jefe con mal humor.—Si lo quiere lo toma, y si no lo deja, que voy a dar la salida al tren.

—¡ Tome, señor! ¡ Jesús! No se ponga así, que no es muerte de hombre—y colocaban el dinero sobre la taquilla.

—Aquí faltan tres cans—reclamaba el jefe, contando rápidamente.

—Verdá, señor—contestaba la mujer, sin alterarse—. Los tengo aquí en la mano.

Y luego se metían en el vagón más cercano, con las mismas prisas, atropello y voces que las otras, y mientras se hacían aire con el pañuelo echaban mentalmente cuentas, con expresión desconfiada, y exclamaban, consultando con los ojos a los compañeros de viaje.

—Non sei si me cobraría demais.

Al fin el tren partía lentamente, como dispuesto a detenerse en cuanto alguien lo pidiese.... “¡Espera, ti!”, y seguía pausado, renqueando, recreándose en la contemplación de aquella felicidad, dejando atrás las aldeñas, los pazos, las iglesias, las casiñas blancas de las carreteras, con sus pórticos de espléndidos parrales, los hórreos pintarrajeados, los cruceros, abriendo amorosamente los brazos en todos los caminos, como una bendición permanente de paz, las velas blancas de las barcas que se balanceaban en las rías y las olas mansiñas que en la marea alta llegaban, juguetonas, a salpicar los rieles.

Asorey miraba enternecido el paisaje, impaciente de nuevas visiones y pesaroso de verlas escapar. Era el paisaje netamente gallego, sin violencias, blando, mimoso, pleno de femenino ternura, pero no falto de virilidad. Como chiquillos que troulean al salir de la escuela, bajaban y ascendían por los montes los pinos susurrantes, tan pronto curiosos del llano y del mar, como ansiosos del cielo en las cumbres. Las vides, dispuestas en parrales sostenidos por postes de blanco granito, se escalonaban por las laderas, prestando una gracia y una alegría helénicas al paisaje. Pasaban bullidores, saltando de peña en peña, los regatos. Aquí y acullá rompía bruscamente el fuerte verdor de un prado, el rojo refajo de una rapaza que “anda-

ba a la hierba". Asustadas de la rapidez y el ruido del tren, deteníanse, tímidas, ante la vía, las rudas y tortuosas correderas, que se escondían en seguida, en las curvas, como ruborizadas de su desigual andar. En las vallas de los pasos a nivel se encaramaba la chiquillería, gozosa, saludando con chillidos al tren. Había en los campos la luz de las chambras blancas, de los pañuelos y los refajos rojos y amarillos de las mujeres que labraban la tierra. Mujeres eran también las que, inclinadas afanosamente sobre la arena de las playas, la falda recogida por cima de la rodilla, y al brazo el cesto, "andaban a los berberechos y a las almejas"; y mujeres eran las que guiaban las lentas carretas, tiradas por las dóciles vaquiñas, que en las carreteras, a veces, se complacían en caminar a par del tren, como reprochándole su prisa.

Los hombres estaban en la emigración, sufriendo la tortura espiritual del alejamiento de la tierra y de los corazones amados y ausentes, trabajando infatigablemente, pensando siempre en volver, liberados, de las angustias de la escasez.

Ramón comprendía el dolor de la ausencia por el suyo, y la alegría intraducible en palabras del que vuelve dichosamente a la patria, que ciego abandonó.

Y se imaginó el dolor de su velliña y su impaciencia mirando llorosa el camino que tanto le retardaba la llegada del hijo.

Sacó y miró el reloj. Una hora todavía y tres estaciones aún... El trayecto y la hora más larga de los viajes. Y se quejó, injusto y olvidadizo, de la lentitud del tren.

Y al sentarse en el asiento que, cortésmente, se apresuró a cederle junto a la damita el caballero de edad que

la acompañaba, se lamentó con la misma familiaridad de las paisanas que echaban cuentas.

—¡Qué tren más calmoso!

—Nunca se ve acabado este camino—corroboró aquel señor.

La damita nada dijo, fingiéndose abstraída en la lectura del *Blanco y Negro*; pero después de examinar, disimulada y complacidamente a Asorey, deseosa de hacerse admirar, extendió al descuido sus bien calzados pies, que eran ciertamente pequeños y lindos. Mas Ramón no estaba en aquel momento para dejarse prender por la eterna tentación femenina y sólo tenía ojos y pensamiento para una aldeita, que su corazón iba a buscar por cima de los montes que aún se la ocultaban y en la que había una casiña humilde, con un telar incansable, y sentada a él una tecelana, que dejaba ir la lanzadera sin atenderla, exclamando impaciente:

—¡Cuánto tarda o meu fillo!

Y así no aprovechó Asorey el pretexto que la caída del periódico le brindaba para entablar conversación, aunque se apresuró, galantemente, a recogerlo y ponerlo en las manos de su dueña, y volvió a su mutismo y a su mirar impaciente por la ventanilla.

Un topetazo violento del tren al detenerse en Reselle, la estación anterior a Vilamoura, arrancó un ¡ay! asustadizo y dolorido a la damita.

El señor de edad se alzó presuroso y alarmado de su asiento.

—¿Te has hecho daño, hijita?

Ramón se creyó en el caso de manifestar su interés.

—¿Se ha lastimado usted, señorita?

Y la señorita, que a la par se dolía de un porracillo en

la interesante cabecita y de un desperfecto más importante en el sombrero, recién comprado, destinado a epatar a las amiguitas pueblerinas, renegó, prosaica y despóticamente, encendidos en ira los ojos.

—¡ Esos brutos !

Pero, en seguida, atenta a rectificar el duro gesto, compuso una sonrisa para Ramón y le contestó con aire resignado.

—No ha sido nada.

—Pero, ¿te asustaste, hijita?—le dijo su padre.—¿Quieres agua? Sí, un poquito de agua. ¡Agua!—gritó desde la ventanilla.

—En estas estaciones no hay nada, ya lo sabes—gruñó ella.—¡Aquí no hay nada!—agregó con despreciativo tono.

Mas ya el padre gritaba, llamando imperativamente al jefe y al mozo, que con las banderas de señales bajo el brazo y la campana tintineando en la mano corrían a dar la salida:

—¡Eh! ¡*Larberco!* ¡Varela! ¡Esperad! ¡Venid acá!

Ambos empleados acudieron a enterarse, diligentes y sumisos, y corrieron en demanda del agua que les pedían. Que esperase el tren.

—Aquí tiene, don Atilano.

Le ofreció cada uno un vaso de agua, deseosos de agradar.

—Pero, ¿qué barbaridad ha sido esa?—preguntó autoritariamente don Atilano.

—El freno, señor—disculpó humildemente el jefe.

Y relamiéndose, obsequioso, dijo:

—¿Quiere que le ponga unas gotitas de aguardiente? El aguardiente le es muy bueno para los sustos.

Entonces Asorey ofreció a don Atilano:

—Mejor será coñac. Yo lo traigo muy bueno—y sacando un frasquito de la bien surtida cesta del señor Manolo *el Bigotes*, vertió una gotas en el vaso.

—¡Basta! ¡Basta, que me voy a emborrachar!—protestó la damita.

Ramón se fijó en ella mientras bebía con mil aspavientos. Sin ser guapa, no era fea. La movilidad y la animación de su cara y la blancura y perfección de la dentadura, juntamente con el verde de las pupilas, le daban cierto extraño encanto. Era más bien de estatura baja que alta, el pelo rubio, tirando a rojo, los ojos pequeños, verdes, de fijeza acerada y molesta, bien vestida, pero con excesivo alarde de lujo y con muy ostensible deseo de agradar, que emanaba de toda su persona. En conjunto era, por la picardía del mirar, cuando no asomaba a los ojos la contrariedad o el imperio y la picante coquetería que la envolvía, una mujer atractiva, que hubiera entretenido durante el viaje a Asorey.

—¿Puedo dar la salida, don Atilano?—solicitó, respetuosamente el jefe al recibir el vaso.

Y con la autorización del que, por lo visto, debía ser empingorotado personaje, partió el tren.

Ramón miró otra vez el reloj. ¡Veinte minutos aún! Y para entretener la impaciencia se puso a arreglar sus bártulos y los colocó sobre el asiento.

La damita le miró complacida, puso al alcance de la mano el cabás, la sombrerera y una maleta.

—¿Va usted a Vilamoura?—También nosotros. ¡Qué casualidad!

Pero Ramón no la oyó. Asomado a la ventanilla sa-

ludaba con los ojos húmedos a su aldea, que acababa de descubrir en la falda del monte, al otro lado del río que dividía a Vilamoura.

—¡Allí estaba Fonte do Abade! ¡Y aquella debía de ser su casiña! Y olvidado de los cambios de fortuna, se imaginó allí a su madre, esperándole a la puerta. Pero no. Su madre estaría en la estación. Y con el ansia de descubrirla pronto, echó la cabeza fuera de la ventanilla, cual soldado alocado que torna al pueblo feliz con su licencia.

He aquí, al fin, la estación de Vilamoura.

Asorey se llevó la mano al pecho para sujetar el corazón y buscó con la vista a su madre entre los grupos que esperaban, sin descubrirla. Y se apresuró a salir. Hizo una precipitada despedida a sus compañeros de viaje.

—Nosotros también nos quedamos en Vilamoura—dijo la damita.

—¡Ah! Muy bien—contestó Ramón, sin enterarse.

Y bajó apresurado. Pero no vió a nadie.

Parado ante el vagón, con su equipaje en el suelo, miraba anhelante y desencantado a todas partes, y ya iba a entregar sus bártulos a una mujer que los reclamaba insistentemente:—“¿Quere que llos leve?”—cuando se le acercó un joven alto, descuidadamente vestido, de ropa negra, lo que le hacía parecer más flaco, escondido el rostro bajo las anchas y caídas alas del sombrero, y con los pantalones ridículamente cortos, todavía más escasa una de las perneras, dejando al descubierto las botas de color, escondido bajo el barro y el polvo de muchas caminatas.

Pero al descubrirse, cogiendo el ancho sombrero por

la hundida copa, mostró un simpático rostro pálido, con unas rosetas rojas como de fiebre en las mejillas, el pelo rubio, ojos azules, grandes, profundos, de mirar bondadoso, humilde y aire aññado, que atraían. El semblante y el traje daban en seguida idea de un hombre que vive en las nubes, lejano e ignorante de las trivialidades de la vida.

—Usted es don Ramón Asorey, ¿verdad?—preguntó.
—Mucho gusto. Yo soy Jesús Gueimunde.

Asorey le preguntó, inquieto, alargándole la mano, que el otro estrechó con respeto y cortedad.

—¿Y mi madre?

—Está muy bien.

—Entonces, ¿cómo no ha venido?

—Iba a venir; pero luego le dió no sé qué reparo y decidió esperarle a usted en casa. Y me envió a mí. Yo hubiera venido lo mismo. ¡No faltaba más! ¿Eh? Pero me dijo que le diga a usted...

Y como viese bajar del coche a la damita rubia con su papá, allí se atascó. Se coloreó vivamente su cara y le tembló el sombrero en las manos.

—¡Ah! ¡También ha venido Niní!

Y aunque le entraron muchas ganas, no se atrevió a acercarse a saludarla. Sólo tuvo valor para decirle, desde lejos, atragantándose:

—¡Bienvenida! ¡Bienvenida!

Ella no se dignó contestarle, entregándose a un ruidoso besuqueo con las amiguitas que acudieron, parloteras y reidoras, a recibirla.

Y alguna, mirando burlona al sitio en que Gueimunde parecía como petrificado, le dijo con chunga:

—No te quejarás de infidelidad. Ya ves cómo se te espera, en esta muy fiel y muy leal villa...

La damita le cortó la palabra con gesto de mal humor, y las risas de todas ahogaron sus frases.

Jesús Gueimunde, sin enterarse, continuaba contemplándola embobado. Asorey se sonrió y tuvo que llamarle la atención. ¿Quién le llevaría el equipaje?

Jesús llamó a un hombre y a dos mujeres, que esperaban allí cerca.

—Son los criados de su casa—explicó—. Ellos lo llevarán todo. Usted y yo iremos en el cochecillo de mi principal, que se lo ha enviado para que llegue usted más pronto y cómodo.

Y llamando al mozo de la estación, que iba tintineando la campana le encargó:

—¡Ay, ti, Polveiro! Dale el baúl de este talón a éstos.

Y se llevó con prisa a Ramón, porque ya saliera la damita. Pero cuando llegaron al coche encontráronse con que don Atilano, que no podía comprender que se tuviesen atenciones con nadie más que con él, había hecho subir a su hija y se disponía a seguirla, sin que el cochero se atreviese a contradecirle.

—Vámonos a pie—cortó Ramón, llevándose a Gueimunde.

Y seguidos por las criadas, que con andar ligero y mucho zarandeo de caderas y faldas, llevaban en la cabeza el ostentoso equipaje, alternado en la conducción del baúl, tomaron a buen paso el camino de Vilamoura, que tenían que atravesar para ir al cercano Fonte do Abade.

Asorey iba reconociendo, gozoso, los lugares donde quedaron clavados los recuerdos de su infancia. La ro-

bleda centenaria de la feria, por donde correteaban, traviosos, los rapaces los días de mercado. El jardín solitario, que parecía hecho con el único objeto de proporcionarles flores que robar. Y la villa, Vilamoura, inalterable, en su quietud, plantada en el tiempo y en el espacio, refractaria a las novedades y sin ninguna variación en su aspecto, de tal modo que le parecía a Asorey que tornaba a ella después de un corto paseo por los pintorescos alrededores. El mismo relojero, con el mismo reloj-péndulo en el escaparate, parado en la misma hora. La misma puerta, descuajada, y los mismos montones de basura bajo los soportales de la casa abandonada, casa señorial de los Membiela de Monterroso; el mismo cristal roto, con el mismo papel amarillento, y roto también en la zapatería de "Anda os tumbos", quien rumiaba la misma borrachera, mientras los mismos chiquillos le gritaban en la puerta los mismos insultos de toda la vida, hasta que se dispersaban a la amenaza de tirarles una horma, que nunca fué arrojada. Las mismas caras curiosas, asomando tras los mismos visillos, al sentir ruido de pasos en la calle, y los mismos ojos examinando, investigadores y prolijamente, al forastero, preparando el mismo tema de conversación de todas sus tediosas noches:

—Vinieron don Atilano y Niní.

—¿Quién era el forastero que iba con Jesusiño Gueimunde?

—Llevaba gabán azul obscuro.

—No mujer, que era negro, como el traje.

—Las botas eran claras.

—Tiene tipo elegante.

—¡Ya lo creo! ¡Llevaba guantes!

Pero ya está aquí el río y el puente, y el otro barrio más humilde de Vilamoura, y la carretera, que en un paso lleva a la aldea de Fonte do Abade.

Allí se ve. Ramón aviva el paso. Aquella gente que va por la carretera es "suya". Si pudiera pararse, recordaría sus nombres. Esa es la tienda de la Franqueira. Esta otra, la taberna del *Andalús*. Las voces con que las mujeres llaman desde las puertas de sus casas a las que están en el campo le son familiares.

—¡Aaaay, Sabela!

Y Fonte do Abade, con sus oscuras casas de piedra, esparcidas por la ladera del monte, al alcance de la mano. En el corazón, antes que en el oído, sonó el incansable traquear de los telares, la música inolvidable de la aldea. Traca...trá... traca...trá...trá...trá.

Y Ramón se dispone a trepar hacia una casiña, que se alza allá arriba. Pero Gueimunde le señala en la carretera, al término de la aldea, una casa grande de señores, con amplia galería, que ocupa toda la fachada, poyos de piedra a la puerta y muro de huerta que va a perderse más allá.

—Aquella es la casa de su tío... y ahora de usted.

En la galería se ve una mujer.

Asorey no espera más, echa a correr, llega a la casa antes que su madre, que ya baja con toda la diligencia que le permiten sus bien llevados años, llega al portal y se entra por allí, gritando, jubiloso, desde la calle:

—¡Aaaay, señora Maripepa! ¡Aaay Maripepa!

Y en la oscuridad de la escalera unos brazos nerviosos le ciñen fuertemente, le aprietan, le aprietan con mimo, y unos labios dejan atropellados besos en su cara, sobre la que caen también las lágrimas maternas.

—¡Meu fillo! ¡Meu fillo quirido! ¡Monchiño de mi alma!

—¡Mi má! ¡Mi má!

Y abrazados, suben la escalera y quedan fuertemente unidos en la primera habitación, hasta que Maripepa, abandonada de sus fuerzas, se deja caer, llorando, en una silla. Con el pañuelo tapó los ojos y con la otra mano apretaba nerviosamente una de las de su hijo, quien también deja correr las lágrimas, mientras acaricia suavemente los blancos cabellos de la anciana.

En tanto, Jesús Gueimunde, con la cara pegada a los cristales de la galería, tamborilea en ellos con los dedos.

—Vamos, vamos, mamá—animó cariñosamente Ramón a su madre.

Maripepa mezcló risas y lágrimas, y, levantándose, besó nuevamente a su hijo, lo cogió por los hombros, lo llevó a la galería y allí, a la luz, lo estuvo contemplando, recreándose en él, orgullosa.

—¡Qué buen mozo estás! Más guapo que en el retrato que me mandaste... Recuerdas a tu padre, Dios le tenga en el ceo.

—Con parecerme a usted, señora Maripepa, tendría bastante. Porque usted sí que está guapa, señora Maripepiña—contestó él alegremente.

Y no le faltaba razón. Los años no habían hecho estragos en aquella cara, casi limpia de arrugas, que todavía conservaba algo de los rosados colores que enloquecían a los mozos allá, en la lejana mocedad. La estatura y el cuerpo robusto, tirando a grueso, la daban cierta dignidad patricia. En toda ella había una gran fortaleza.

—¡Guapa! ¡Pobre de min!—comentó risueña.—Ya te

soy una velliña para andar a pedire—y orgullosa de su fortaleza añadió, haciéndose la chiquita :—Ya te pasé de los sesenta.

—Pues si no fuese usted mi madre—insistió él abrazándola—, abofellas que había de venir a tunar con usted a la puerta. Y mozo que se arrimara... palo en él.

—Calla, calla, lagarteiro. Pero tú tendrás ganas de tomar algo.

Y yendo, ligera, hacia la escalera, gritó:

—¡Francisca! ¡Ay, Francisca! Dáte prisa... Francisca, ¿me oyes?

Y como nadie contestase se volvió cómicamente indignada hacia Ramón:

—¡Condenada! Ya se fué. Digoche a ti que no hay modo de que pare en la casa. Como no la dejé ir a la estación, largóse por ahí a husmear. Voy yo a la cocina.

Pero la detuvo una fresca voz de mujer que subía por la escalera:

—Francisca no está; pero aquí estoy yo, para lo que haga falta.

Quien así habló fué una muchacha desenvuelta, joven, más bien gruesa, ni alta ni baja, entre cortesana y señorita, y guapa, ¡caramba!, guapa. Tenía la tez rosada y suave; la boca, carnosa; la nariz, respingoncilla; el pelo, oscuro y graciosamente ondulado, peinado en trenza, que le caía sobre la espalda, suelto el cabello desde la mitad de aquélla, con estudiada coquetería, para lucir los rizos, y los ojos negros, grandes y parloteros, que ella jugaba, gachona y picarescamente, mirando tan pronto con burlona fijeza como entornándolos con travesura.

—¡Alabado sea...! ¡Outra! ¡Ya tardabas!—dijo Maripepa, con fingido enfado, que denotaba a las claras la

complacencia con que la veía.—Extrañábame a mí que no aparecieras por aquí a curiosear, Clara, Clarona, cariña de mona. Pues sí, señor, éste es mi hijo. Aquí lo tienes. Míralo bien... ¿Verdad que es muy *guapo*?

—Es, señora, es—contestó la muchacha, sin pizca de cortedad.—Ya le van a tener pelea las señoritiñas de la villa.

—Y las muchachas de la aldea, ¿no?—interrogó Ramón cómicamente, siguiendo el tono de broma.

—¡Ay! Las rapazas de la aldea no le estamos por el señorío. ¿Verdad, señora Maripepa? Además, que usted ya hizo, según mis noticias, conquista en la villa, que me ha contado un pajarito cantarín que hay en mi huerta, que ya lo chifló Niní, la preciosa hija de don Atilano, que vino con usted en el tren. Todo el que la vé se enamora de su hermosura, ¿verdad, Jesusiño?

Pero Jesusiño no contestó, limitándose a hacer un gesto de disgusto y enfado.

—No me negarás que ella es guapísima—insistió con acentuada ironía la pícara—y capaz de enamorar, no digo yo a un rapaz de la aldea, sino a un caballero de la Corte como don Ramón.

—¡Mal de Dios! ¡Arrenégote!—rechazó asustada Maripepa el supuesto.

—Pero, ¿quienes son esa Niní y ese don Atilano, mis compañeros de viaje?—inquirió Ramón.

Don Atilano Resende, según las explicaciones de Clara, era nada menos que el señor político o cacique máximo de Vilamoura, el censo electoral y el pensamiento político y administrativo del distrito, hechos carne.

Y a veces no se paraba en la política, sino que también intervenía en los demás órdenes de la vida de sus súbditos.

tos. Sin su permiso allí ni se compraba ni se vendía. Ni casi, casi se casaba nadie; porque su "monísima" hija, señora tirana del señor despótico, gustaba también de intervenir en estas cosas.

—Y a las veces se le pone a coquetear con el novio de una amiga, y el infeliz se lo crée, y boda deshecha. Es muy coqueta, y le gusta que todos se le rindan.

—¡Calumnias!—protestó, airado, Jesusiño.

Un momento se cubrió de un tinte de seriedad la cara alegre de la rapaza y sus ojos miraron reprochadores y tristes al escribiente.

—¡Ay! Jesusiño se dolió.

Y siguió contándole a Asorey, entre burlas y seriedad, que la muchacha había nacido en Panamá, adonde don Atilano fuera a hacer fortuna, gracias a su matrimonio con una norteamericana fea y rica, hija de uno de los ingenieros o contratistas del Canal, la cual murió a poco de repatriarse don Atilano a Vilamoura. La niña manejaba a su padre como quería y traía a todo el mundo al retortero de sus caprichos. Se llamaba Avelina, pero encontrando el nombre prosaico y vulgarote, se hizo llamar Nina, y luego, a la vuelta de un viaje a la Coruña, todavía más elegantemente, *Nini*.

—Como la perra que se le murió al comandante de la reserva el año pasado. Ahora que la gente, cuando ella no está delante, la conoce por la *Roja*.

—Lo que tienes tú es una envidia de ella que te come—protestó, indignado, el escribiente del notario.

Pero Clarita, aunque los ojos temblaron un momento, no se alteró.

—¡Ay! ¡Y más puede ser! ¿Cómo le llaman a esa Venus de que hablan siempre las novelas y los periódicos?

cos, don Ramón? ¿Usted se fijó bien en la señorita Niní? Le será ella?

—¡Vaya! ¡Deja en paz a Jesusiño, mujer, y no le hagas rabiarse más! Siempre están como el perro y el gato—explicó Maripepa a su hijo—, y son los mejores amigos del mundo. Viven vecinos y nunca se hallan el uno sin el otro; pero esta pícara se burla hasta de su sombra, y le trae a mal traer con la *Roja*.

—Y ¿qué mal hay con que le guste a Jesusiño, mujer?

—El mal... de que no le hace caso... y de que es mala y se burla de él.

—¡Mentira! No la haga usted caso—tornó a protestar infantilmente Jesusiño.

—¡Y mira que lo vale, hom! ¡De quién te fuiste a chillar! Enamoráste de otra que lo valiera, como Armin-da, y vaite con Dios, hombre, que se te puede perdonar por el buen gusto. ¡Pero de semejante monicreque!...

—¡Armin-da! La señorita del pazo—comentó con admiración y simpatía Maripepa.—Esa sí que es una mujer de vez. No te la hay más buena en todo Galicia.

—Ni más guapa—asesoró Clara.

Mas como Maripepa observara que tenía allí a Ramón esperando la merienda, se dirigieron todos al comedor. Y mientras Clara entraba y salía preparando la mesa, Maripepa sacó cubiertos y servilletas del gran aparador empotrado en la pared y contaba a su hijo:

—Esta Clariña te es muy buena rapaza. Y donde la ves, tan alegre y parloteira, muy formal y nada moceira. Mucha risa, mucha broma, mucha contestación a todos, que no hay quien la haga callar, y nada más. Su madre y yo somos muy amigas, y ella me hace mucha compañía.

En cuanto tiene un momento libre ya está aquí. Tu tío también la quería mucho. Lo hacía bien de reír, cuando andaba a vueltas con sus males, y lo manejaba como quería, para que tomase las medicinas. Por eso te le ha dejado la casa y la huerta en que viven, ahí, en Tramundi, donde tiene la madre el estanco y dos leiras.

—Y ahora le saldrá novio, si no lo tiene—auguró Ramón.

—No lo creas.

Clariña no era aficionada a los noviazgos. Y tampoco había quién. Para los mozos de la aldea y los artesanos de la villa era mucho y para los señoritos, poco, aun cuando ellos eran menos. Y eso que Clara era de buena familia, hija de don Bernardo Barreiro, el vinculeiro de Poleirón. Pero el padre salió un mal gastador y “acabó con todo”, en comilonas y borracheras, mozas y pleitos. Y ahora la madre tenía estanco.

—Pero si fuiste tú quien se lo sacó, porque te lo pedí yo. ¿No te acuerdas?

Y ella anda a coser por las casas, pues no te hay mejor modista ni con más aquél por aquí. Pero se hace mucho de rogar y no va a donde no le gusta. Es muy rara y caprichosa. A lo mejor le dice que no a una señora, y se pone a coser para una aldeana que quiere estrenar en la fiesta. Así que las señoritas la tratan con mucho mimo. Y la Roja no la puede ver, porque en cuanto ella viene con una moda nueva de la Coruña o de Vigo, ya te está Clariña haciendo un traje igual a cualquier aldeana, o si a mano viene, se lo regala a una criada.

—Es raro que no tenga pretendientes.

—Tener, tiénelos así—y puso los dedos en piña—,

pero no hace caso a ninguno. ¿Tú no sabes cómo la llaman? La Caramoniña.

—Pues yo declaro, juro y proclamo—dijo Ramón con solemnidad cómica, viendo aparecer a Clarita con unas fuentes, seguida de la azorada fámula—que está muy bien bautizada, y que de hoy en adelante para mí la señorita Clara Barreiro de Tramundi será, y la nombraré, la señorita Caramoniña.

—Y yo—contestó ella enfadada—le raparé a usted los bigotes con mis tijeras.

Pero Maripepa cortó la discusión, apresurándose a servir a su hijo, yendo y viniendo con diligente solicitud.

—Come, meu fillo. ¿Apareciste ya, Francisca do demo?—interpeló a la criada.—Voite a atar a una pata de la artesa.

—Dame aquel plato, Clariña.

Y con cierta cortedad, temerosa de no acertar con los gustos de su hijo, le fué poniendo delante los manjares.

—Hay unas xoubiñas (sardinas) fritas que antes te gustaban tanto... ¿Quieres?... ¿Tú tomas de esto?... Non sei si te gustará esto otro... ¿Te hago otra cosa?

Ramón, enternecido, la atrajo hacia sí, cogiéndola por la cintura.

—Todo me gusta, mamá. Por ser de aquí y sobre todo, por ser de usted. Pero quiero que coma usted conmigo. Siéntese aquí, a mi lado. Clariña, Caramoniña, hará el favor de darle a usted lo que quiera para que no se levante.

Y así fué pasando tiernamente aquel día feliz, hasta que, por la noche, vencido de cansancio y de emocio-

nes, Ramón fué a acostarse, “rendido, rendido que no se podía tener”.

¡Blanda cama del hogar materno!

Así que estuvo acostado entró Maripepa a arroparle mimosamente, como cuando era niño.

Él, medio dormido, la dejó hacer, gozando entre sueños el deleite de la caricia materna, que le arreglaba cuidadosamente el embozo, y luego le besó en la frente con un beso largo, largo, regado con dulces lágrimas... y mirando agradecida a la imagen de cromo de la Madre de Dios.

Y cuando a la mañana, tras un sueño profundo y sosegado, lleno de visiones felices, despertó Ramón, se encontró sentada, junto a la cabecera, la cabeza caída en el extremo de la almohada, a su madre dormida, con expresión dichosa.

El corazón se le salió a la boca, y con él besó largamente a su velliña, que se despertó risueña al cariñoso contacto.

—¡Mamá! ¡Pero mamá!—le reprochó él, cariñosamente.

Y ella, venturosa, se disculpó, confusa:

—Meu monchiño! ¡Me quedé aquí contigo, tronzada de sueño y de felicidad! ¡Tanto tiempo sin verte!...

IV

Tantas emociones en tan breve tiempo, la temida muerte del hermano, la riqueza inesperada y la ansiada vuelta del hijo, vencieron la fortaleza de la tecelana, que al tercer día, tras una agitada noche, amaneció postrada y febril.

Cuando Ramón se levantó y supo la enfermedad de su madre, ya estaba allí Clariña, que dejó en blanco a una señorita de Vilamoura, impaciente por ver terminado el vestido que debía estrenar al día siguiente, animando a la enferma y dando disposiciones para el diario trajín a las criadas.

Ramón se alarmó mucho, y aunque Clara le aseguró, apoyándose en su gran práctica de enfermera y en su conocimiento de la naturaleza de la paciente, que aquello "no era nada", él envió a buscar al médico de la casa, despachando con apremio al criado para que galopase hasta Leiredo y se trajese a don Adolfo Pulleiro, que allí tenía un sanatorio famoso en todo Galicia, y que empezaba a serlo ya fuera de ella.

Antes de que regresara el criado con el caballo todavía sudoroso por las dos leguas de galopada a la ida, pese a los descansos que a la vuelta dió el jinete ante todas las casas que ostentaban colgado en la puerta el

anunciador ramo de laurel, llegó en su auto a Fonte do Abade el doctor Pulleiro, risueño, esparciendo seguridad y fortaleza:

—Un abrazo, carísimo Asorey. Otro abrazo... Otro... Basta. ¿Qué ocurre? ¿Qué quiere de mí? ¿Que mate a alguien que le estorba a usted? Pues aquí traigo bisturíes bien cortantes, jeringa...

—Mi madre—respondió Ramón.

—¡Ah! Eso es cosa seria para usted y para mí y... nada de bisturíes, ni de jeringas. ¿Dónde está?

—Vió a la enferma, bromeó con ella y tranquilizó a Asorey, reprendiéndole chancero y cariñoso.

—Y ¿para esto me llamó con tanta prisa? No le es nada, santo. La reacción de la alegría de verle aquí. Un poco de debilidad en los nervios, que se encalabrinaron para recibirle. Nada, santiño, una enchenta de bicos de hijo ausente que vuelve. Alma en ayunas, que se dió un atracón de caricias.

La curación era cosa de un día o dos de reposo y tranquilidad, ayudados de un calmante que iba a recetar, de la entretenida conversación de Clariña, a quien Pulleiro estaba deseando convencer para llevársela de enfermera, a fin de que curase a sus pacientes con sólo la alegría de su presencia, y, sobre todo de los mimos del fillo.

—¿No se lo dije que no era nada, don Ramón?

—¡Ay, Caramoniña, pero yo no sabía que fuera usted médico de tan seguro diagnóstico! Perdone usted, doctor, la innecesaria molestia y disculpe mi explicable susto y temor.

—Pero si Pulleiro se alegró de que le hubiera hecho venir, porque así no retrasaba la visita retardada por

los quehaceres y bien debida a miembro de una familia tan querida para él, a la cual adeudaba muchas atenciones, aparte de la gratitud que guardaba a Asorey por los favores que le hiciera en Madrid.

—¿Yo?

—Sí, hombre. ¿No se acuerda usted? Yo le llevé una carta de su tío cuando fuí colocado a Madrid; usted me recomendó a don Jacobo López Elizagaray y me presentó luego a Mariano Gómez Ulla, en aquel consulado gallego de la Tropical, para que practicara con ellos y aprendiera a su lado lo mucho que podían enseñarme.

Asorey no se acordaba. ¡Había recomendado a tanta gente y lo habían olvidado también él, y sus recomendados...!

—¿Yo no lo olvido, corchis, que tengo buena memoria para los favores! Pero de esto hablaremos luego, comiendo. Porque ha de saber usted que es de tabla que yo coma aquí, cuando vengo a estas aldeas o a la villa. Clariña, ¿habrá sollas?

—Si las hay en la plaza... ya le dije a la criada que las trajera. Y más las cañas de casa de Gigirey. Y le haremos aquel raxo que le gusta tanto.

—Estás en todo. No sé qué piensan esos rapaces solteros que no hacen por llevarse este tesoro. Aún va a ser para mi pequeño.

—Mal de Dios... tres años que tiene. Íbase a casar con su abuela.

—Y yo muy contento.

—Tanto me dirá, que voy también a ponerle aquella lengua de ternera con los pimentíños de Herbón...

—Clariña. Voy a buscarte un príncipe chino para que te haga feliz.

—¡Huy, chino! Chino no, que le son muy feos.

—Como lo quieras. Y, entretanto, pondré la receta, y luego me voy a ver unos enfermos que tengo por aquí y hacer la visita obligada al pazo de Moscoso. Es también de tabla. Doña Peregrina tiene siempre males y dolores de que quejarse y consultar.

—Déle muchos recuerdos a Arminda. Dígale que si puedo iré a verla mañana—le encargó Clariña.

Acabó Pulleiro de escribir la receta y se la entregó a Asorey.

—Voy yo mismo a buscarla—dijo Ramón.

—Pues cuidado cuál de las dos boticas elije usted, porque según a la que vaya le filiarán políticamente, sin que nadie se lo levante.

—¡Caramba! Pues entonces póngame dos recetas, para que me vean entrar en las dos boticas.

Y Ramón, después de besar a la enferma, medicina mejor que la de la receta, y de arroparla con mimo, se dirigió a buen paso a Vilamoura y entró en la primera botica que halló a su paso.

Detrás del mostrador no había nadie, fuera de un gran retrato ecuestre de Prim, bandera en mano, como en la hazaña de los Castillejos, presidiendo la asamblea de tarros de letreros hipocráticos con extrañeza de Hipócrates y Galeno, dos bustos de pintada escayola, cubiertos, sin duda en señal de protesta, con sendos y un tanto grasientos sombreros flexibles. Uno de los cuales pertenecería, sin duda, al boticario, y el otro, a un hombre como de treinta años, cargado de espaldas, la tez amarillenta como de ictérico, bigotillo recortado y mirar rencoroso, que fuera del mostrador leía un periódico, en cuya lectura sumióse desdeñosamente al entrar

Ramón, sin hacer caso tampoco de las voces de disputa que en el interior sonaban tras el portier que cubría la puerta de la rebotica. Mejor dicho, sólo sonaba una voz, áspera e hiriente, aunque de mujer, arrojando una catarata de improperios sobre el dueño de otra voz masculina, que mansa y sumisamente alguna vez arriesgaba una tímida defensa, cortada en seguida atropelladoramente por la otra.

—¡Cala, cala, que me pones fora de min! No tienes carauter, ni pantalones. ¡Ay, si yo llevase tus pantalones...!

Ramón se atrevió a golpear con cierto temor en el mármol, sin que le hicieran caso ni cesaran los denuestos. Al fin, a la tercera llamada, la misma voz mujeruna le gritó con mal humor.

—Si quieres, te esperas, y si no, vaite a la botica de Conejito a que te envenenen.

—Mujer, déjame salir a despachar—solicitó humildemente la voz de hombre.

—¡Eso quisieras tú—chilló aún con más fuerza y rabia la inagotable furia—, pero ainda no acabé! Tienes que oirme todo.

Y tornó a gritar hacia la botica:

—¡Deja ahí en el tablero la receta y vuelve luego!

—Por mí no se moleste usted, señora—dijo Ramón con zumbona finura—. Volveré después. Usted dispense. A los pies de usted.

La cortina de la rebotica se movió al salir Ramón, sin que el sujeto que leía se dignase mirarle.

—¿Tú ves? ¿Tú ves?—se arrojó a reprender humildemente el hombre.

—Y ¿qué? Y ¿qué? En mi casa hago lo que me da

la gana. Y al que no le guste, que me mire aquí—gritó la mujer descargándose una gran palmada en sitio bien repleto de carne, a juzgar por lo sonoro. Y siguió riñendo a su marido, con regocijo de los espectadores que asistían a la escena desde la sastrería frontera de Nipintado y la ferretería del Ferrancheiro.

—Hay que pasarse al otro partido—se dijo Ramón, y se encaminó a la botica del licenciado Mosquera, alias Conejito.

El Farmacéutico y la tertulia de la botica recibieron a Asorey con manifiesto agrado, que halagó el amor propio del periodista, adivinando en él cierta admirativa estimación.

Conejito dejó la fórmula que estaba manipulando y, al recibir la receta le interrogó con afectuoso interés, al cual expresivamente se adhirieron los contertulios.

—¿Hay enfermo en su casa?

—Sí, señor. Mi madre.

—Por la receta veo que no es cosa de importancia. Me alegro. Tendrá usted que esperar un poquito. Siéntese. Tú, Jaime, déjale la silla al señor, que ahora te bajarán otra.

Pero ya se había levantado y ofrecido su asiento con demostraciones de mucha cortesía el más atildado y llamativamente vestido de los contertulios, hombre como de treinta y tantos años, bien corridos, poblado y cuidadosamente ensortijado bigote negro, brillante como el pelo, planchado más bien que peinado a raya, rematando en dos caracolitos o rizos cerca de las sienas. Aun sin oírle hablar, adivinábase su condición de “americano” por la gruesa cadena de oro, que bien podría servir para ancla de un barco de mediano tonelaje, la moneda

de veinte dólares que por dije llevaba encerrada en un aro de brillantes y rubíes, la gran herradura de topacios y diamantes, que prendía la corbata y las grandes sortijas en que tenía casi enfundado el meñique izquierdo; un tresillo y un solitario aseguradas por un sujetador, que casi le llegaba a la uña. No eran menos grande la sortija de oro labrado que lucía en el anular vecino y el enorme sello con iniciales muy floreadas que llevaba en el derecho. Con dos dedos cogía delicadamente un bastón de manatí, con puño de acero labrado en Eibar. Hablaba con marcado acento ultramarino, en el que se mezclaban diferentes dejos.

Pronto establecieron los contertulios de la botica amable comunicación con Asorey, empezando por interrogarle todos por el tiempo de su permanencia en Vilamoura.

—¿Por muchos días por aquí?

—¿Cuándo es la marcha?

Ramón no pudo sastifacerles la curiosidad, porque él mismo lo ignoraba. Dependía del sesgo que tomasen sus asuntos. Y, además, se encontraba muy a gusto allí, en su pueblo, al lado de su vieja, después de tantos años de nostálgico destierro.

—¡Cómo se va usted a aburrir aquí!—profetizó otro.

—Y echará mucho de menos la villa y Corte y no se acostumbrará a esta monotonía—corroboró uno que parecía hacer la competencia al “americano” con la negra del bigote, el pelo y las espesísimas cejas, que de cien leguas olían a tinte... y no de los caros.

Y todos despotricaron contra Vilamoura.

—¡Tan feo!

—¡Tan triste!

—¡ Tan sucio !

—¡ Tan descuidado !

—¡ Tan pobre de todo !

La gente "cocona" siempre metida en casa, escondida. La política dividiendo profundamente al vecindario. Todas las energías se consumían en odiarse un partido a otro, y nadie se preocupaba ni ocupaba del progreso del pueblo. Como Asorey vería, estaban estancados no sabían en cuántos años atrás.

Parecía como si todos se hubieran propuesto hacer antipático el pueblo e invitar a pasar de largo o alejarse pronto a sus visitantes.

—Y si alguien tiene aquí espiritualidad e ideales elevados, nadie le secunda, le desamparan y le desdeñan todos—se dolió el de las cejas peludas y negrísimas.

Todos estaban poseídos de hondos resentimientos contra el inocente pueblo.

Asorey protestó. Sin duda el cansancio de vivir allí les hacía ver las cosas con pesimismo. Que hubieran estado ausentes tantos años como él, y otro sería el modo de sentir.

—El señor de Asorey tiene razón—dijo el "americano"—. Si ustedes hubieran salido a andanzas por el mundo y estuvieran en lejanía tanto tiempo como el señor Asorey y como yo, pensando siempre en la madre patria, y suspirando por volver a ella y por acobijarse en este rincón en que hemos nacido, no hablarían así, sino que encontrarían la madre España lo mejor del mundo, y lo mejor del mundo Vilamoura y su campaña. ¿Verdad, señor? Ciertamente que vos pensais así. Vilamoura, cosa linda, ¡ché!

—¡ Bravo, bravo !—aplaudieron unos, con chungá.

—Amigaso—comentaron otros burlescamente—es usted un orador formidable. En las primeras elecciones habrá que pensar en enviarle a usted al Parlamento.

—Mire, no me vengáis vos con pavadas y nada más que pavadas. Yo no soy orador, ni lo pretendo, precisamente porque he oído a muchos y muy buenos oradores. A los mejores de allá, y cuando he venido a España, a los de aquí. ¡Cosa buena, gaucho! Allá he ido muchas veces a la Cámara, como le dicen al Parlamento. ¡Cosa linda! Hay también muy buenos discursadores. Yo oí varias veces a Don Belisario Roldán, que luego se suicidó. El mejor de todos, señor. Y a Alvear, y... ¡Cosa linda, señor! Pero yo creo que como los nuestros, ninguno, ¿sabe? Será pasioncita de español, pero mire, para mí, como lo de España, nada.

—¡Cosa linda, ché!—tornó a decir el contertulio de las cejas ennegrecidas.

—Cosa linda, mi señor, cosa linda—reiteró el americano con orgullosa y simpática altivez—. Mire, don Sandalio, es necesario haber estado mucho tiempo ausente de la madre patria para comprenderlo, ¿sabe?—y ponía una tierna entonación de respeto y cariño al nombrar la patria. Yo he estado en toda la Argentina, ¿sabe? Hasta en la Tierra del Fuego, en el Uruguay, en Chile y en el Perú, y en Bolivia y en Cuba y en Méjico y en los Estados Unidos, y siempre mirándolo todo con ganas de admirar y de aprender. Y al regreso he querido visitar Nueva York, Londres y París, para saber cómo son las capitales del mundo, y ¿sabés vos qué le digo? Que hay naciones con más adelantamientos de progreso, pero que en todo el mundo no hay nada, nadita, como mi España. Mire, señor, cuando yo pasé la frontera llovía mucho, y

todo era niebla, pero yo, así que respiré aire español, sentí una alegría tan grande y no sé qué cosa, que lloré, lloré sin poderlo remediar, y cuando los empleados aduaneros viéronme los ojos así, preguntáronme si me ocurría alguna desgracia, y yo les dije: "Lo contrario, señor, una alegría muy grande. Que vuelvo a mi tierra, después de veinticinco años ausente". Y con la alegría, declaré todo lo que llevaba, hasta el tabaco que estaba fumando. El que no ha estado lejos, pensando todos los días en el lindo rinconcito de su pueblo, no sabe lo que éste vale. Mire, señor Asorey, me perdone si digo alguna pavada, y me perdonen también todas las ciudades y todos los lugares del mundo, pero ninguno tan bello como este currunchiño de Vilamoura.

—¡Cosa linda, ché! Yo no le niego belleza, pero, ¿y el atraso en que vivimos?

—Otra vez y ciento, cosa linda. Mire, allá se pasan fatigas, muchas fatigas y privaciones, y ¿sabe por qué y para quién? Por el pueblo, por el rinconcito lindo que tenemos en el corazón y continuamente ante los ojos, ¿cómo le diría yo?, como a través de un velo. Vamos, como si lo viéramos todavía con las lágrimas que los nublaban en la despedida y que siempre acompañan al emigrante cuando tiene el pensamiento acá. Y ese es mucho consuelo en aquellas penas tan grandes... ¡Qué sabés vos, si no habéis estado nunca lejos!

—¡Bravo, amigo mío, bravo!—dijo Asorey con emoción, estrechándole la mano.

—¡Y que le echen oradores!—añadió con sorna don Sandalio, el de las peludas y negrísimas cejas.

—Sí, señor, que le echen oradores—insistió amablemente Asorey—porque la mejor fuerza oratoria, estoy

por decir la única, es el sentimiento. Y el señor acaba de decir unas cosas muy bien sentidas, que tenemos en el corazón, sobre todo los que hemos sufrido el mal de la ausencia tantos años.

Todos los contertulios asintieron, menos don Sandalio, que creyó del caso manifestar su superioridad con un gesto escéptico.

Y la entrada de un nuevo personaje distrajo la conversación y la atención, muy interesada de los demás a otros rumbos. Era el que entraba un hombre de edad, pero fuerte. Los ojos pequeños y burlones, y todo el empaque militar subrayado por el bigote y la perilla blancos, y los pantalones con travilla. Llevaba un sombrero hongo de copa plana y se envolvía con donaire, dejando caído el embozo en una cumplida capa de color castaño.

—Hoy hay fiesta en casa de las Cacheiriñas, señores. ¡Tienen jurelos de principio! También en el pazo de Moscoso están de banquete. La criada ha llevado dos sollas. Un día es un día. En cambio las de Monelos siguen en perpetua vigilia. Hoy no tienen más principio que solomillo de ternera y merluza.

—Buen aire lleva esa herencia—apuntó uno.

—Pero lo de la merluza es para que aquí, don Sandalio Fernández, lo ponga en poema. ¡Vaya lance divertido!

—¡Cuenta, cuenta!—reclamaron, golosos, moviendo sus sillas para acercársele.

—Pues veréis: El caso es que la Pamplina llegó a la casa de Cansentado con una pescada, y la ofreció. Cansentado la propuso a su mujer, y la Perrecha llamó a la de Comecaldo y a la de Fionegro, y se pusieron de acuerdo para comprar a escote la merluza. Pero la Pe-

rrеча no autorizó a su marido para que diese más de cinco pesetas. La Pamplina se plantó en siete. Y en esto llegó el *perro* de la mayor de Monelos, se asomó al balcón y, cuando iba calle abajo la Pamplinas voceando “¡Quen quere pescada e xoubas?”, le ofreció lo que pedía por la merluza... y no quieran ustedes saber la que se armó. La Perrecha salió desahogada a la calle, se plantó frente a la puerta de las Monelos y las puso verdes. Que si tantos humos desde que heredaran, que si ellas son las que encarecen las subsitencias, que la pescada era suya, porque fué la primera que tuvo intención de comprarla, y que si las de Monelos hubieran dejado ir a la *pescada* ésta habría tenido que volver a darle la merluza. ¡La mar! Una escena de sainete. Y luego se fué a su casa con la pretensión de que su marido le quitase la pescada a las de Monelos. ¡El pobre Cansentado, imagináos! “Toma, le dijo ella, dándole un duro, ti vas, le quitas la pescada y les tiras el peso.” ¡Qué iba a ir el infeliz! ¡Y le puso!... El señor—por Asorey—presenció parte de la dulce escena conyugal.

Hubo un rato de amena charla sobre las interioridades del pueblo, que hicieron reír con ganas a Asorey.

—¡Vaya tijereteo, señores!

—Aquí no hay mejor cosa que hacer—dijo el militar—. Sin diversiones ni espectáculos, nos vemos obligados a darnos el de nosotros mismos... y lo mejor es adelantarse a ser espectadores, por las veces que tiene uno que hacer de actor. Y a tiempo que esto dijo pasó por la calle con su andar largo y distraído Jesús Gueimunde, y le llamó Asorey:

—¡Eh, Jesusiño! ¿Va usted para la aldea? Venga, iremos juntos.

En la botica hubo un rebullicio de risas a la entrada del escribiente.

—¿Qué, estaba ahora asomada al balcón?

—Esta mañana pasó por delante del escritorio y miró para dentro con un interés... ¿No la viste tú?

—Yo creo que ya está chifladita por ti.

—En cuanto le dedique unos nuevos versos como los del otro día, se fuga con él—afirmó don Sandalio, con despechada ironía.

Jesusiño, colorado y confuso, no acertaba a eludir la vaya con sus torpes negativas.

—¡Porra!—intervino el de la perilla.—Yo no entiendo de versos, pero malos, hay muchos. No les haga caso, muchacho. Si yo estuviera en tu pellejo, me liaba un día a tortas con ellos. Verías cómo te dejaban en paz. Y puede que entonces ella se chiflase por ti de veras. Las burlas, señores—añadió entre bromas y veras—, con quien tenga buenos puños. ¡Pero con santos así, no es hazaña, porra!

Conejito entregó a Asorey la medicina.

—Que venga usted por la botica cuando se aburra y quiera. Aquí siempre hay gente del humor que usted ve. Y a veces se pelean el coronel Porras y el amigo Sandalio, y es muy divertido.

Ramón se despidió de todos amablemente.

Cuando le tocó la vez al coronel, éste le estrechó la mano con efusión.

—Mucho gusto. Yo soy hombre sin letras, comparado con estos sabios, pero le conozco a usted de antes de ahora, y celebro esta ocasión de hacer el conocimiento personalmente. Venga usted por aquí y alíese conmigo, y pondremos a pedir a este fanfarrón de don Sandalio,

que se ha empeñado en erigirse en nuestro mentor literario. ¡El muy Cañete!

—Yo soy moro de paz, mi coronel.

—No importa, venga usted. Y si necesita algo de la zona, ya sabe, Álvaro Soto. Aunque si no pregunta por el coronel Porras puede que ni los asistentes le den a usted razón de mí. Aquí es de rigor que todos tengamos mote. Dentro de dos o tres días lo tendrá usted también. Y como tenga gracia yo se lo diré a usted, ¡porra!

—Pues yo también quedo muy gustosamente su amigo, mi coronel. Mi casa está a su disposición. Y sólo tengo que añadirle que hoy tenemos caldiño, sollas también.

—Si lo sé, ¡porra!, y solomillo, y cañas de casa de la Bobiña, y de convidado al doctor Panduriño. No falla. El día que en casa de usted compran cañas y sollas es que come allí Panduriño. Déle usted recuerdos.

Rieron todos largamente y Ramón salió con Jesusiño y el "americano", que se les agregó.

—Llevamos el mismo camino. Yo vivo en el Piñeiral, más allá de su aldea, y si el señor Asorey me lo permite, yo seré muy honrado en ir en su amable compañía hasta Fonte do Abade.

—¿Cómo si lo permito? Encantado.

El americano le contó modestamente su historia. Era hijo de unos aldeanos del Piñeiral. Se llamaba Cosme Seoane. A los quince años emigró. Trabajó mucho, con mucha aplicación. Entró en la tienda de un *bochinchero*, que empezó tratándole muy duramente, pero como le vió humilde, callado y laborioso, acabó tomándole cariño. Iba a las estancias a llevar género, y nunca tuvieron una trabacuenta.

—Siempre le llevaba más dinero que el que me había marcado, señor.

El amo tenía un perdis por hijo. Una mañana apareció muerto a la puerta de un restaurante de baja categoría. El padre, para olvidar, se metió furiosamente en negocios y contratas con una suerte loca. Cuanto más aventurada la operación, más beneficios luego. Hizo de Seoane su hombre de confianza, y le obligó a viajar mucho para colocar sus mercancías y para que aprendiese. Así recorrió media América, vendiendo y comprando por cuenta de los grandes almacenes de Buenos Aires. Hasta que un día el viejo, que empezaba a rendirse al peso de los años y los disgustos, cuando entró en el escritorio a despedirse de él para emprender un largo viaje, le detuvo, abrazándole enternecido.

—Estoy muy solo y muy viejo. No te vayas, hijo mío.

Y se quedó. Fué para él como si hubiese encontrado un padre. Y él, a su vez, fué para el viejo como si hallase un hijo bueno. Hijo le llamó desde entonces. Y cuando, pasados cinco años, murió, le dejó por heredero de la mitad de su caudal. La otra mitad fué para su parentela de España, en Guipúzcoa, y para fundar una escuela.

—Y yo, así que me ví rico, organicé aquello y me vine para acá a ver mi tierra. ¡Ay! Pero aquí, en su tierra, le miran a uno como si fuese un extraño. Los de la villa se burlan del habla y del vestir. Y los del campo no hacen más que echar cuentas con su plata. Y todo es hablar de mormuranzas, y de contar los defectos de la gente. Así, ¿cómo van a progresar, si no tienen interés por nada? Nunca les oye usted hablar de asuntos. Todo es lo que comen, lo que beben, lo que gastan, y su política, la po-

lítica de ser enemigos todos y ver quién perjudica a quien. ¿Quién les tiene la culpa de vivir atrasados? No tienen acción. Sólo se mueven para negar y hacer daño.

Llegaban ya a Fonte do Abade.

—Almuerce usted conmigo—invitó Ramón al americano, cautivado por su simpático patriotismo y hombría de bien.

Seoane se excusó. Agradecía tan señalado honor, pero la familia le esperaba.

—¿Y usted, Jesusiño?

El escribiente del notario, vencido de su cortedad, también se excusó, alejándose muy colorado, como chico que teme le cojan.

Y Ramón, muy satisfecho, sobre todo por las palabras tranquilizadoras del médico respecto a Maripepa, le contó durante el almuerzo los sucesos y el grato acogimiento de su estancia en Vilamoura.

El doctor Panduriño rió mucho con la escena de la botica de Cansentado. Bien le estaba a este calzonazos la cadena que arrastraba, casado con la criada, luego de no haber sabido hacer feliz a su primera mujer, que era una señora y una santa.

Cuando Asorey pintó al desdenguado lector del periódico, el doctor hizo un gesto de repulsión.

—¡Meigas fora! ¡Arrenégote!—comentó con acritud Clariña.

—Llámanle Bichito, porque es muy malo. ¿No le vió la cara de envidioso?

—Clariña lo ha definido exactamente: un envidioso. La peor casta de hombres... ¿De hombres? No sé, porque les faltan las dos condiciones más elevadas del hombre: la alegría ante la belleza y la bondad y la ternura

para sentir el dolor ajeno. La humanidad ha discutido y aun practica sin discutir la extirpación o separación de aquellos desdichados que por razones patológicas suponen un peligro para la salud de los demás. Pues por iguales razones debiera también acordar la extirpación de los estigmatizados por el terrible y dañino mal de la envidia... Ahora, que esa iba a ser una solución demasiado radical del problema de la vivienda, que traería otro no menos pavoroso para los caseros.

—No opino como usted, doctor. Al menos en el cuerpo literario y artístico, el envidioso es un ser de suma utilidad. ¡Digo! No hay mejor ni más barato reclamo que el de esos dolientes crónicos del bien ajeno, que teniendo siempre un nombre entre los caninos y en el aguijón de la lengua lo mantienen en constante actualidad. No, Pulleiro; nada de extirpación. Al contrario, deben cuidarse y conservarse como cosa de utilidad suma, y el que no disfrute del excelso privilegio de poseer envidiosos, deberá considerar la conveniencia de tener un Bichito o varios Bichitos a sueldo.

—Lo malo, amigo mío, es que estos bichitos que se mueven en círculo tan reducido, no se contentan con silbar, ni aun con clavar en los nombres el aguijón de sus lenguas, sino que cuando pueden, y ocultándose siempre heroicamente, clavan de veras los rabiosos dientes en la carne y hacen daño.

—¿Usted no se fijó, don Ramón, en lo cargado de espaldas que es ese Bichito?

Terció Clara:

—Y ¿sabe lo que es? Que en la giba lleva la envidia. Y cada día le tiene mayor la joroba.

—¡Bah! El veneno se lo inoculan a sí mismos. Por eso sufren tanto. ¡Envenenados con su propio veneno!

—Sí, sufren los retorcimientos tan dolorosos del tétanos... Y, como los perros rabiosos, muerden todo lo que se les pone delante, sin respetar nada.

—Y éste, ¿por qué está enfermo?

—Sufre el dolor del fracaso.

—Pero quizá usted lo haya conocido en Madrid.

—No tengo idea.

—Pues él allá intentó el periodismo, y de su malogrado intento sacó una confusión de términos que le dictó un odio... de vencido, contra el Madrid que no admiró en él un genio de la raza, y contra España entera.

—Ese es el separatismo.

—Luego hizo la misma intentona en la Argentina. Allí encontró buen acogimiento en el periódico de un paisano, pero el mal de su alma lo llevó a ser ingrato y traidor con su protector, y de allá regresó otra vez vencido. Y aquí le tiene usted, vomitando veneno en un periodiquín entre literario y político, que publica irregularmente, metiéndose con todo el mundo, en especial con los que hacen algún bien. Se llaman él, sus tres o cuatro compañeros y el periodiquín, "defensores de la comarca de Vilamoura", pero que no salga nadie haciéndola bien o ensalzando su belleza o su nombre, porque cerrarán inmediatamente contra él a insultos. Los éxitos de nuestros paisanos mundo adelante los ponen a morir. En fin, en uno de mis viajes aquí, cuando yo aún vivía en Madrid, encontré a este sujeto, gravísimo, casi desahuciado, muriéndose, necesitado de una operación que no podían hacerle aquí y sin dinero para que le opera-

sen fuera. Yo lo operé, lo puse todo, no le cobré nada... Y cuando al año siguiente establecí mi clínica, como unos amigos me obsequiasen con un banquete, y yo correspondiese a su atención y a sus discursos con otro, me llamó en un periódico regional orador cursi, espíritu mediocre.

—Vamos, sí, uno de esos tipos que todas las palabras buenas las gastan en pedir un favor y, para agradecerlo no les quedan más que las malas.

V

Tres días después Maripepa había recobrado la ponderación de su ánimo, alterado con la emoción del regreso del hijo, cuyas caricias engolosinaban su espíritu.

Asorey reentró con cariño en la tierra, pero todo lo encontraba pequeño y raquítico. Los modestos edificios públicos, el Ayuntamiento, la escuela, la cárcel y las casas. Las gentes, que en Vilamoura caminaban con lentitud, le parecían perezosas, como si retrasasen toparse con el trabajo, con el que, sin embargo, veía que vivían en constante abrazo.

Ni en la niñez ni en la mocedad había posado su atención en las cosas del agro, ni penetrado en su entraña, y ahora, afinado el instinto para una observación reposada, y robustecido el discurso para formar juicio, se dió cuenta de que el espíritu campesino estaba en la tierra, que para sus cultivadores tenía alma consustancial con la que llevaban en el cuerpo, y con los sentidos, con el pensamiento y con la voluntad encaminábanse hacia su posesión plena.

Todos luchaban, en lucha mansa, llena de atisbos y de disimulos, por la dominación jurídica de un trozo de campiña. Los "señores", por adquirir más tierras o más rentas, ansiosos de un mayor relieve en la jerarquía local;

los labradores por afán de fecundar lo suyo, por codicia digna, de redimirse del amo. ¡Ardiente ilusión de poseer un pedazo, núcleo acrecedor que los cautiva por toda la vida!

Su misma madre, que tenía muchas más *leiras, veigas*, prados y montes de los que podía cultivar y vigilar, ansiaba y codiciaba más. Un anhelo constante, atrayente, avasallador, que les conducía a pagar las tierras, no por lo que producían, sino por lo que satisfacían.

En aquel villaje urbano, aun sin ahondar, notó un ambiente de hostilidad de unos contra otros, ausencia de cohesión, que mantenía los espíritus recelosos, desconfiados y recluía a cada familia en su propio hogar, por temor de cada uno a la justicia implacable del vecino. Todo cooperaba a que la vida colectiva fuese monótona, como el oscilar de un péndulo de reloj, uniforme, de inercia estéril. Estaba persuadido de que en aquella juntanza humana del villorrio, en la parte que a sí misma se llamaba selecta, era difícil topar con semejantes.

¡Qué distinto a lo que él contemplara en Castilla! La inmensidad de la llanura, sin casas, sin albergues, sin refugios, le daba la idea de una posesión más virtual que real de la tierra. En "su" Galicia, sembrada de caseríos, el cultivador convive con el agro, lo mima, lo cuida, lo vigila. Allí, el dueño de la tierra se agazapa y esconde detrás de un derecho, de una ley, de unos jueces, de una fuerza; acá se ampara en el deber de herirla, de fecundarla, para hacerla madre. Allí, abierta la extensión a todos los pasos de los caminantes y de los ganados que trashuman; aquí, cerrada con muros de piedra o con setos de zarzas y madre selvas, para que no la pisen.

Estas y otras emociones del que descubre una tierra

7
2

casi desconocida se sucedían para Asorey, sin dar tregua ni al espíritu ni al cuerpo. La juntanza y comunidad con la madre, amorosa, tierna, vigilante, solícita y atenta a toda necesidad y aun a adivinar el deseo o el capricho, eran un formidable y abrumador contraste con la recordada vida fría, dura y despiadada del sórdido hostel madrileño, en donde las atenciones requerían pago anticipado y larganza en las propinas.

Pasar de la existencia libre, en la relación diaria, a quedar a merced del comentario pueblerino y aldeano, que investiga y vigila los más sencillos actos de la vida ajena con afán policiaco, como si en ello estuviese la seguridad de la propia, era tránsito rudo para un espíritu refinadamente independiente.

Pero, ¡qué diablo! París bien valía una misa. Era menester enterarse, arreglar la inesperada herencia del tío y, tan pronto dejase todo en orden, otra vez a una gran ciudad. Me aburriré un poco, se decía, bostezaré de hastío, tomaré unos baños de silencio, que los sentidos y los nervios, atormentados por el infernal ruido callejero de la Corte reclaman. Si ese hombre no perdona la injuria que no le inferí, entonces, ya que no pueda ser Madrid, a Barcelona. Allí, con mi madre, con la *viejíña*, a durar lo que se pueda. Verdad, pensaba, que no es una vida ciudadana, de urbe populosa y agitada lo más conveniente para el cuerpo, pero...

Todo era habituarse: el casino o el círculo, en donde toda banalidad o toda honra ocupa a diario la mesa de disección en que unos cuantos contertulios, cómodamente sentados, taján, cortan y pinchan, dejando al aire heridas sin cuenta; las conferencias, las exposiciones, el choque cotidiano de ideas, el contraste de pensamientos,

el cambio de comentarios, enriqueciendo el entendimiento, era encantador. ¡Las mujeres! Ornamento de la calle, vistoso y agradable entreacto en el teatro, figura decorativa en los halls de los suntuosos hoteles, y en los cabarés de noches y madrugadas tempestuosas, le interesaban como accidente, no como fin. En él se daba la paradoja espiritual de que pensando siempre en querer a una sola mujer, iba queriendo a todas.

¿Y la añorada tertulia del café? El plebeyo entretenimiento de tantos y tantos trabajadores, intelectuales y manuales, que se permiten el lujo de gastar media peseta todos los días para tomar, hundidos en un diván o apoltronados en una silla, agua teñida, respirar vahos de aliento ajeno, humo de cigarros y soportar ruido de palmas y los gritos con voz de falsete de los mozos: "Fe..." "Vá..." Allí fué donde a diario oía los análisis más descarnados y minuciosos, las síntesis más enjundiosas, las críticas más duras, las soluciones fáciles, varias y audaces para los problemas sociales, económicos y políticos, y donde cada concurrente exponía un programa original, defendido entre chupada y chupada del pitillo y sorbo y sorbo de café, y acerca del que casi nunca transigía con el adversario.

Descendiendo a la realidad presente y abandonando recuerdos y reflexiones, se hizo cargo de que había que tomar posesión solemne de la plaza, recientemente obtenida de propietario, hacer el aprendizaje de rentista, en cuyo papel presentía existían cuidados, atenciones y responsabilidades. Era algo desconocido que no tuviera oportunidad de practicar en la precaria vida del periodista antidinástico, de permanente oposición, vida ruda en la que había que ganar en audacia a compañeros y

correligionarios, correr los riesgos de la responsabilidad, siempre en acecho, y de la libertad, en constante peligro. El puñado de duros que mensualmente le entregaba el administrador del periódico era fácil de administrar, después de pagar a doña Casilda, la intolerable patrona; al mozo, una veintena de cafés y refrescos, no satisfechos al contado, y al sastre el traje adquirido a plazos, pasado de moda casi siempre antes de estar totalmente pagado.

Para enterarse de la calidad de los bienes que fueron de su tío, solicitó el concurso y la ayuda de Jesusiño Gueimundi, que, como escribiente de notaría, algo debía saber más que él. Constituía la herencia foros, *leiras*, *veigas* y "lugares" en arriendo o en aparcería, *gando* a medias, papel del Estado, que tenía en su poder el banquero don Marcelino, allá en la ciudad santiaguesa, algunas "obligas" de convecinos, al cinco por ciento de interés, relacionadas minuciosamente en un "libro de deudas", que el finado tío llevaba con cuidado mercantil, y un detalle que revelaba gran sentido práctico.

"Chinto da Portela: le presté el veinte y dos de San Juan, para la ropa de la hija que se le casó y para el convite, sesenta pesos. Los intereses los pagará por la vendimia.

Andrés da Cabada: para librar el hijo de quintas, ciento cincuenta pesos, que pagará cuando la hija, que está de "mucama" en Buenos Aires, se los mande.

Antón de Barbeito: para reponer dos becerras, que se le murieron de la peste, ochenta pesos; los intereses los pagará por San Miguel.

Doña Peregrina, la del Pazo, me debe lo que ella diga,

y si no dice nada, nada me debe. Aunque lo diga, no apurarla.”

Al leer en el libro tan extraña “apuntación”, Moncho, dirigiéndose a Jesusiño, le dijo:

—¿Te fijaste? Esta anotación hecha por mi tío es un secreto que tú y yo tenemos el deber de guardar, tirándolo al fondo del alma, como si lo arrojásemos en el pozo “Mourisco”.

—¡Ah, mi tío—gritó exaltado—era más caballero que todos los caballeros de la Tabla Redonda, que todos los Sueros de Quiñones, habidos y por haber! Esa nota seca, árida y concreta es una prueba más grande de caballerosidad que todas las genealogías que se piden hoy para ingresar en una Orden caballeresca. Al mismo tiempo revela un alto concepto de la honradez del deudor. ¡Oh, si mi tío fuese un mozo y doña Peregrina una señorita joven, qué novela o qué historia de pasión sentida y no correspondida podía forjar una imaginación fecunda! Pero, cuidado, ¿eh?—añadió—, ni novelas ni realidades; ninguno de los dos sabe nada de esto. El libro, desde este instante, queda bajo mi custodia y pasa a la categoría de “papeles secretos”. Le colocaremos en la pasta una de esas calaveras con tibias en cruz que usan los boticarios para pegar en algunas botellitas y las empresas de luz eléctrica en los postes de alta tensión, con un letrerito, muy claro, que diga: “No abrirlo, no leerlo; peligro de muerte.”

Protestó Jesusiño de guardar secreto, protesta que Asorey no precisaba oír, pues tenía cabal conciencia de la lealtad de aquel rapaz, y allá en sus propósitos se forjó el de sonsacar algo que aclarase el asunto a la *viejíña*.

Y prosiguieron la tarea de leer y releer aquellos pa-

pelotes sellados y timbrados, símbolos de dominios, hipotecas, resguardos de títulos mercantiles y valores públicos, pagarés y "obligas".

Ramón no conocía la codicia ni la ambición, pero no podía sustraerse al gozo, contentamiento y placer que le invadía al sentirse dueño de una cantidad que excedía en mucho de los cien mil pesos supuestos por su amigo Gueimunde. En este caso el refrán que dice que de riqueza y santidad la mitad de la mitad, fracasó, pues resultó que de riqueza lo triple de la mitad.

A través del pesado y rutinario formulismo, la lectura de aquellos papeles no sólo interesaba, sino que recreaba y emocionaba, como si un libro nuevo y selecto impresionase su alma.

Y después del aprendizaje teórico recogido en la detenida y reflexionada lectura de los "documentos", hizo Ramón la visita a "sus propiedades". Las casas de la villa, los "lugares" de los alrededores, las "leiras" de acá y las "veigas" de acullá adquiridas por la vista certera y el seguro instinto mercantil del tío al liquidar sus negocios de América y trasladar el capital a la tierra, al alcance de la mano, le causaron una emoción nueva, mezcla de codicia y de ambición, que, sin sentirlo, sin quererlo, y acaso sin desearlo, se filtraba por todo su ser y le hacía pensar regocijado:

—Esto es mío. ¡Mío!

Quien había prodigado la palabra en los mítines populacheros y la pluma en los artículos para paladares bastos contra la propiedad absurda, brutal y egoísta, ahora sentíase transformado por el arte milagrero de la posesión, dispuesto a proclamar la santidad del dominio, con derecho de uso y de abuso,

Con qué fuerza asentó los pies al dar sus primeros pasos por la huerta, amplia y provechosa, trazada por el tío para su recreo, cuidada con minucia mimosa de viejo forzado a quietud casera en los últimos años de su vida. Con qué pueril energía taconeó sobre los enarenados paseos, como si se propusiese hacer sentir a la amalgama de arcilla y de arena la orgullosa afirmación material de su propiedad.

En otra breve visita, que en la misma tarde de su llegada hizo al huerto, intentó mostrar su improvisada suficiencia de dueño y ante la madre y el hortelano sumiso y servicial que le acompañaba indicó mejoras para hacer y defectos para corregir, que el criado elogiaba socarronamente, pero alabando sincera y ampliamente el gusto del finado "amo".

—Don Tomás—explicaba el campesino, con ánimo de contener la innovadora impaciencia del flamante heredero—le era muy entendido en "cousas" de labradío.

Y Maripepa—para no censurar a su hijo y respetar al muerto, añadió:

—Se miraba en la huerta como en un cristal una moza presumida.

Y bien se echaba de ver el solícito cuidado del tío en la distribución de las plantas y arbustos, en el cauce formado con toscos trozos de cuarzo que imitaban un improvisado regato cantarín, en la galanura y novedad de aquella exuberante "parra", nunca vista en aquellas tierras, adosada a lo largo de todo el tapial, en la que se entremezclaban las vides de uvas negras y blancas, con rosas de té y francesillas, formando vistoso y aromático pabellón, que templaba los rigores del sol en los días agosteos.

El espíritu práctico, grandemente utilitario del "americano" había desbordado en sus postreros años un sedimento lírico insospechado, y los repollos, las coles, las lechugas, sufrían una expropiación cada año, para dejar lugar a rosales de múltiples variedades, que en el mes sanjuanero ofrecían copiosa cosecha de aromatizantes flores rojas y cremas, blancas y rosas, de color de sangre y de color de lirio. El que no supiese quién era el dueño de aquel vergel, imaginaríase una damita romántica, más proxima al arte que a la utilidad, y no sospecharía el dominio, "cuido" y predilección de un buen señor, que en la época de la recolección de las patatas contaba los golpes de "sacho" y anotaba el número de cestas que cada moza transportaba durante la jornada.

Había rosales por todas partes, con enojo sordo y disimulada protesta del hortelano, que estimaba robado el espacio ocupado por las rosas a frutos más útiles. Cubrían caprichosas enredaderas los muros de piedra que cerraban la finca y asomaban por encima de ellos a la "corredoira", para ofrecerse coquetteadores y tentadores a los viandantes; encuadraban los trozos de tierra acotada para cultivo de panzudos y rojos tomates, cebollas florecidas en altos tallos, judías con flores blancas y rojas, que se enredaban en luengas cañas, achatados pimientos de Herbón, ventrudos repollos. Por unos frutales pródigos trepaban a la portuguesa, escalantes sarmientos de vid y por otros se encaramaban audaces y reidores, como en el sevillano parque de María Luisa, los rosales, de tal suerte que las rojas guindas y las doradas "claudias" maridaban con vistosas rosas entre las hojas entremezcladas, ofreciéndose a la recolección como víctimas para una ofrenda de enamorados o de dioses,

—Esto de las rosas le era una manía del difunto señor—explicó el hortelano, con mal contenido rencor de labriego hacia las flores.

—Y en su tiempo—dijo Maripepa con orgullo—esto se pone tan lindo, tan bonito, que viene gente sólo por verlo. Una hermosura, *filliño*. Y el día de *Nosa Señora* del Carmen, todas, todas cuantas rosas y capullos dan estas “roseiras” las cortábamos el pobre Tomás, Clarifña y yo para el altar de la Virgen. Y hemos de hacer nosotros lo mismo este año por su alma. ¿Verdá, Monchiño?

—Aquí no se hará más que la voluntad de santa Maripepa, madre, a quien si es menester otorgo y concedo poder delante de José, el hortelano, por medio de un abrazo y un *bico*, que a los dos nos va a saber a gloria. Y rodeando con sus fuertes brazos el cuello de la *viejña*, la besó con la ferviente y mansa pasión del buen hijo, haciéndola llorar y casi desfallecer de ternura.

Días después, una tarde, entró en el zaguán de la casa de Ramón, dando fuertes golpes en el pavimento, con su bastón de roble, el coronel Porras.

—¿Qué, no hay nadie en esta casa? Ni siquiera el *can* de palleiro que ladre?

—¡Ay, don Álvaro!—exclamó Maripepa, que pronto acudió a las voces del coronel.—Pase, señor, pase; allá está Monchiño con Cosme.

—Pues a él vengo a buscar. Me alegro esté también *ché* Cosme. Así daremos juntos los tres un paseo.

Entró y al ver a Ramón dijo:

—¡Eh, muchacho, no se le vé a usted por ninguna parte, encerrado en esta torre de marfil, y es menester salir.

¿No *vos* parece, Cosme? *Andáte* y vamos a pasear por la carretera nueva.

Bromeando imitaba el modo de hablar del “americano”, y continuó:

—¿Es que piensa usted hacer vida de retiro o ser el fundador y único fraile de su propia Orden? ¡Ea, a la calle! A acompañar al *abuelito*.

Obedientes y complacidos siguiéronle Cosme y Ramón. Ya en la carretera, después de haber caminado un par de kilómetros, se sentaron en el pretil de un pequeño puente, y el coronel inició la conversación, decaída hacía rato, por esa fácil propensión que todos los gallegos sienten a dejarse sugestionar y a adormecer el espíritu ante la contemplación del paisaje.

—Bien, amigo Ramón—dijo el coronel—. Es menester romper el aislamiento en que se ha constituido usted. Hay que incorporarse a la vida local. Yo no le aconsejo a usted que como actor, sino como espectador; tomar su butaquita, y a reír y a rabiarse, que comedias aquí tenemos, pero también hay sus tragedias. Al fin usted paga, como pagamos todos, la entrada o el asiento, que siempre nos espera, porque presentes o ausentes nos arrancarán de la piel todas las tiras que puedan. Y pueden mucho, porque se entrenan a diario en esta gimnasia. ¿No *vos* parece a *vos*, *ché* Cosme?

—Dice muy bien el coronel. Yo también hice recién llegado de allá como hacéis *vos*, Ramón. Me noticiaron que en la botica, en el casino, en la bodega se hablaba de mí. Que si no tenía nada, si allá era un *bochinguero*, decían unos. Que si tenía mucho, decían otros. Que si las sortijas, el reloj, la cadena... Entonces me dije... a estos

gauchos les salgo yo al paso, y como delante de mí no hablarán, eso menos tienen de mal en su cuenta.

—¿No conocen la vida de usted?—continuó el coronel.—Pues eso no es obstáculo; la inventan, fabrican una verdad y la circulan como tal. Moneda falsa, pero sirve para sostener el comercio de la murmuración. Casi siempre lo que ignoran lo interpretan torcidamente. Yo, cada vez que voy a la capital, compro unos cuantos libros, los traigo bien empaquetados y, como no les hablo de ellos, ni menos se los presto, para evitarles la contrariedad de que no me los devuelvan, dicen que lo que traigo son golosinas, y como no las regalo, por goloso me tienen.

—Este pueblo es curioso, curiosísimo, prosiguió—. Es un pueblo par. Aquí todo es doble, a causa de la política, que trazó una división entre sus habitantes. ¿Odio? ¿Rencor? No llega a tanto; incompatibilidad, que se traduce en una enemiga descortés, fomentada para halagar o no disgustar a don Atilano. Usted le conoce, Ramón. El señor que viajaba en el mismo tren el día que usted llegó. Ese es el ídolo de un bando del pueblo, ídolo que tiene la cabeza de paja y los pies de barro, el amo. Hay dos lugares de recreo: el casino y el círculo; capuletos y montescos; dos botiças, la blanca y la roja; dos empresas de coches; la Comercial y la Competencia; dos médicos, con clientela partida; dos cafés conformes en la cantidad de achicoria con que adulteran el brebaje que nos sirven. Verdad es que no hay más que un solo Ayuntamiento, pero ese es de la exclusiva de don Atilano, que divide sus efectos en dos partes: los del bien, para sus devotos; los del mal, para sus enemigos. Tenemos una sola iglesia, pero como se celebran dos misas, los de un

bando asisten a una, y los del otro bando a la otra. Ni aun es el mismo el sol que conforta a todos, porque unos lo toman en un lado y otros en otro, ni el mismo aire, ni el paseo... Aquí las empresas mercantiles no se fundan para perseguir un lucro, sino una finalidad política; son *servicios* liberales o conservadores.

Lo único que aún no se desdobló fué don Evaristo, el usurero. Tuvo siempre la habilidad de cobrar a todos crecidos réditos, y cada deudor es un voto seguro. Alguien intentó hacerle competencia, pero hábilmente lo desplazó. Fué una cosa muy chusca. Costeó una misión, para enfervorizar al pueblo, y encargó a los misioneros que combatiesen el arraigado pecado de la usura. Tuvo gracia, ¡porra! Y los pobrecitos frailes, palo y más palo sobre los réditos y los lucros excésivos, y las gentes, a reír, creyendo cándidamente que pegaban a don Evaristo con sus propias disciplinas. Y aquél debió reirse a carcajadas de la risa de los demás. Graciosamente repugnante.

—Vaya chungada, *ché*—comentó Cosme.

—Muchas otras podrá usted conocer, amigo Ramón, cuando le presentemos en sociedad. Porque usted entrará.

—Como yo no pienso permanecer aquí mucho tiempo, quizá no merezca la pena de tomar parte en ella—alegó Ramón.

—Sin ser beligerante, sí; neutral, amigo mío, neutral—comentó el coronel—. ¡Oh! Si usted no se contiene dentro de la neutralidad, entonces me lo figuro enamorando a *Niní* o dejándose enamorar por ella, yerno un día de *Don Anteriori*, así le llamamos a don Atilano, porque tuvo el acierto de sustituir con aquella palabra la latina

a priori; señor más tarde del Ayuntamiento, jefe de una fracción, etc., etc.

—Muy lejos de eso, coronel, pues yo en mi modestia no aspiro a tanto—atajó Ramón. Sólo cerebros locos pueden querer ser dioses, para hacer el bien, o demonios, vulgo caciques, para hacer el mal. No ambiciono tan brillante porvenir.

—¡Quién sabe, Ramón, quién sabe! Aquí tiene usted a Cosme, que parecía no reparaba en las cosas de las mocañas, y ahora *tuna* y *parraféa* con Clariña, a quien rondaron vinculeiros, mejorados... y nada.

—Vos también interpretás como querés—coronel—respondió Cosme. Verdá que me gusta decir pavadas a Clariña, pero...

—Sí, sí; las tres etapas serias de los amores: *pavadas*, amonestaciones, bendición. Y has tenido buen gusto, ¡porra! Y buena dentera que les has dado a las señoritas, que ya se adjudicaran el galán. Clariña es una gran rapaza, ¡porra! Inquieta como una *anduriña*, lista como una pajarita de las nieves, dulce como una claudia madura, áspera como una *silveira*, si alguien intenta propasarse.

—Buen retrato—exclamó Ramón—; y sólo con materiales de la tierra.

—¿Vos gusta, *ché* Cosme?—dijo sonriendo el coronel. Para que *veás vos* que soy generoso, os lo regalo.

Y dirigiéndose nuevamente a Ramón agregó:

—Y otra cosa, mucho más seria, amigo Ramón, y otro consejo que se va a permitir el *abuelito*. Se comenta que no asiste usted a misa, que no visita la iglesia... Excusado es decir que también se comentaría si frecuentase usted el culto... La cuestión es comentar. Pero aquel hecho cierto es peor que el aislamiento. Aquí no se puede

ni se debe vivir alejado de la religión. Es consustancial con nuestras gentes y con nuestra tierra. Frente a nosotros tenemos argumentos formidables que lo confirman. Mire usted el bosque, la robleda, el pinar. Pues nos recuerdan religiones drúidicas, que en ellos se practicaban. Y esas piedras tumularias por las laderas del monte ¿no nos dicen de altares y sacrificios? Y los hórreos, con sus crucecitas ornamentadas y pulidas, los cruceros en los encuentros de los caminos, las fiestas populares bajo la advocación de un santo, el escudo del pueblo ostentando cáliz y cruz, todo, todo, nos indica que aquí hay que ser religiosos... Yo no sé, si como dicen por ahí algunos, ha cambiado usted de religión... En ese caso diré a usted que religión por religión, no merece la pena de trueque, y primero la nuestra... Ignoro si, como afirman otros, abandonó usted el culto, y siendo así, es preciso volver a él. Y perdone esta intromisión, pero la simpatía que le tengo...

—Perdono, aunque sé que nada hay que perdonar, y agradezco, porque comprendo que tengo que agradecer— replicó Ramón—, y confieso que ni abandoné ni cambié de religión. Estoy como tierra en *barbecho*, preparándome para florecer con más fuerza. Y volveré... cuando pase el tiempo de la *barbechada*... Y entonces complaceré a usted y me complaceré a mí mismo, incorporándome como espectador a la vida de sociedad.

El sol sobre un *curuto* tendíase en un lecho rojo, que parecía la gigantesca brasa de un inmenso incendio, y prometía retornar para lucir al siguiente día; los pajarillos cantaban sus últimos trinos, saludando a la noche; comenzaban su revoloteo zumbón los voladores insectos nocturnos; una telaraña de niebla, que nacía del agua

evaporada de los regatós, de los remansos y del río, flotaba a ras de tierra y crecía, como si manos invisibles la tejiesen rápidamente; el silencio parecía que iba derramando mansedumbre y humildad en el paisaje; se oía el resoplar lejano de la máquina del tren, que pugnaba por vencer una pendiente; los brujos *alalás*, prolongados, cadenciosos, resonaban de cumbre en cumbre y de valle en valle; las campanas expandían reposados volteos, retornaban los labradores a sus hogares humeantes, las aves a sus nidos... Anochecía...

—Vámonos amigos—dijo el coronel. Esta hora y este espectáculo tan sugestionadores es un gran sedante para el espíritu, pero un mal enemigo para mi reuma, que luego se cobra con usura... Y le ayudan a darle la razón mis criados, que me regañan... Tratándose de mis males, ellos, por cariño, son los amos, los que mandan... Ese rocío que dicen los poetas que son lágrimas que el sol llora al despedirse de nuestra tierra, cuando cae sobre mí, lágrimas me cuesta... de dolor.

Y despaciosamente caminaron, siempre atentos a admirar en la tierra nativa sus encantos. Al llegar a la cima de una cuestecita, desde donde se veía todo el luengo valle destacaban las viviendas pobres de los lugareños y las esbeltas torres de las iglesias robustas, amplias, de traza románica unas, renacentistas otras.

—¿Meditó usted, coronel—preguntó Ramón—en este contraste que ofrece nuestra Galicia, entre las casas modestas y austeras y los templos suntuosos, magníficos?

—Cabalmente esto es una razón más que abona los consejos que le dí antes. Somos un pueblo de magnas espiritualidades—contestó el coronel.

—No recuerdo dónde, ni cuándo, en esas lecturas que

se hacen sin método—añadió Ramón—he recogido una vez un pensamiento que expresaba la idea de que en las buenas repúblicas los ciudadanos viven en chozas y los dioses en templos soberbios...

—Por eso, querido ché—dijo el coronel mirando a Cosme—, no me entusiasman a mí esas naciones y ciudades nuevas, en donde los templos son mezquinos y los individuos habitan palacios, aunque estén por dentro partidos en cuarterones como las naranjas.

—Observo con satisfacción, mi coronel—agregó Ramón—, que es usted un místico profundo del *galleguismo*.

—¡Místico! Sí; yo siento que mi alma se eleva de modo dulce, devoto, extasiador, hacia mi tierra, y me une a ella íntimamente, y ante su nombre me descubro y la alabo y la bendigo. Admito y creo que entre el gallego y su tierra hay una íntima y secreta comunicación, que le consagramos veneración noble. Que en la tierra negra de los valles y en la roja de los montes, en los árboles y en las plantas, en las congostras y en las corredeiras, en las ventiscas y en las lluvias, encontramos sentidos ocultos, interpretaciones que nos producen invencibles sentimientos e incontentidos entusiasmos y culto... A mí ese misticismo que usted dice me llevó en una ocasión a imponer un castigo quizás poco justo. Nunca toleré nada que pudiese significar desprecio para mi tierra... Mandaba yo un regimiento en cierta ciudad andaluza, y un día recibí la queja del alcalde contra un teniente, que estando de guardia en el Gobierno militar, no rindió honores a la corporación municipal, que iba en visita oficial. Llamé al oficial, un muchacho muy simpático, y le pregunté por los motivos que había tenido para no rendir los honores de ordenanza al excelentísimo Ayuntamiento,

—Mi coronel—explicó el oficial—porque la visita tuvo lugar después del toque de oración, y a esa hora está prohibido, y además... ¡ Si eran unos tíos tan brutos, que parecían gallegos !

—Muy bien, ¡ porra !—le dije.—Ha cumplido usted con su deber, y así se lo haré presente al alcalde. Pero, por el parecido que encontró a esos brutos con los *gallegos*, pase usted arrestado a su casa ocho días. Así aprenderá usted a ser mejor fisonomista, ¡ porra !, y a no blasfemar.

—¿ Yo, mi coronel ?

—Sí, hombre ; llamar bruto a un gallego es una blasfemia.

—Bien que estuvo eso—dijo Cosme.

—Requetebién y muy justo, coronel ; porque, ¡ confundir a un gallego con un hombre bruto ! Hay que ser ciego de ojos y entendimiento.

Al llegar a un punto en donde un camino aldeano unía la carretera con el lugar del Piñeiral, Cosme se despidió.

—Qué, ¿ vamos a verla, eh ?—preguntó el coronel.

—Estoy convidado a una *esfolleda*, en casa de *Bieito* de Andrada—respondió el joven.

Y allá fué *che* Cosme. Aquella noche celebrábase una deshoja de maíz en la casa de un convecino. Una fiesta del trabajo, que reunía a las mozas y a los mozos del *rueiro*, concluídas las tareas diurnas, para auxiliar a *Bieito* a despojar las espigas del maíz, guardadas en el hórreo de las hojas, que luego servirían para rellenar los jergones de las camas o para venderlas en el mercado.

Llameaba en la amplia *lareira* una alegre lumbre de tojos, que chisporroteaban, y de ramas de roble que crujían. Colgado de la larga y fuerte *gramalleira*, ennegrecida por el humo y el hollín, un caldero grande, en donde

clocleaba hirviente el agua, amenazando rebosar las burbujas que el vapor formaba en la superficie. En el centro de la cocina, sobre el suelo *terreño*, negruzco y apisonado por el constante pisar, se alzaba una gran pila de espigas de maíz, y en su derredor había toscos bancos. Un candil de aceite, pendiente de una rústica percha, alumbraba tibiamente la estancia. Percibiánse vahos del establo, separado por una valla de madera; oíanse relinchos de la yegua, triscar de las vacas, gruñir de los cerdos. Por la franca puerta del corral fueron entrando mozas robustas, sanas y coloradotas, envueltas las cabezas en rameados pañuelos de colores rojos y amarillos, como si fuesen tocadas por amapolas silvestres o por maravillas trigueras; refajos burdos o faldas cortas dejaban al aire las fuertes pantorrillas, cubiertas con medias de lana y calzados los pies con zuecos de dos pulgadas de grueso. Después llegaron rapaces, con las chaquetas al hombro, sombreros con alas caídas y en la mano palos de castaño.

Reidoras las rapazas, alegres los mozos, acomodáronse en los asientos. La *dona* de la casa sacó del fuego el caldero, vertió el agua y en una cesta cubierta de un blanco lienzo casero volcó los *cachelos*, que desprendían agua evaporada, a la par que una *mociña* de piel de melocotón, crenchas castañas, redonda cara, en donde las flores rosadas dejaron sus mejores colores, tomó un pan de borona, lo cogió con una mano, lo apoyó entre el pecho y la cintura y, después de hacerle una cruz con el cuchillo, partió rebanadas que distribuyó entre los concurrentes. Comieron despacio, callados, y remojaron la comida con un vinillo ágrico, ligero, que *Bieito* echaba de un jarro de barro vidriado a un vaso, que pasaba de unos labios a otros labios, sin ascos ni remilgos.

Allí estaban Clariña y Cosme. Cuando ya los estómagos no pedían más condumio y los mozos liaban los cigarros de tabaco maloliente, comenzó la faena.

—¡Vaya, rapazas—dijo la *dona*—, a ver quién topa primero con una espiga roxa! Bien *sabedes* que es señal de *sorte*. Y haber las hay muy encarnadas, que bien las vi yo en el *milleiro*, cuando hicimos la *sega*. A ver a quién le toca de ser reina esta noche.

—¡Boh!—exclamó una guapa moza que tenía fama bien ganada de holgazana.—Reina que tenga que levantarse *cedo*, coidar facendas, *mollarse* en el prado y *queimarse* en el monte, andar a pie y *depressa* siempre, *poca reina es...* ¡Si fuera como la que hay en Madrí, que di mi hermano *Goros* la vió cuando sirvió al Rey! Y que es muy fidalga, señorona, siempre en coche y que le *bican* la mano, como al señor Obispo...

—Vamos, destonces, tú querías que te bicásemos la tuya también—dijo zumbonamente un mozo—. Pues por eso no haya *conveniente*, que yo empezaré *hoxe*, y non solo la mano, si non en la cara...

—Háriate mal—replicó a tono la moza—, pues siempre te oí que hay animales que non puede comer miel. Tú sabrás cuáles... No tendrás la boca feita pra ella...

—El mozo calló y una niña quinceña esbozó un ingenioso programa de comida, en el supuesto de que ella fuese Reina, y dijo:

—Pues yo, si fuese reina de veras, comería siempre roscas de huevo, torradas de manteca y chocolate...

—Bueno, bueno—dijo un petrucio, vejete, sabedor de leyendas y romances—. *Non vos* hay que soñar con *tolerías*, nin que pensar en reyes, ni en gentes que no se *conozan*. *Voivos* a contar una *hestoria* que pasó en una

casa como ésta. Debe hacer muchos años, pues yo se la oí a mi abuelo, que Dios tenga en gloria, y a él se la contara su padre. *Reuniránse* la mozas y los mozos para una desfolia, y entre aquéllas una rapaza llamada María Antonia, a la que ningún rapaz del lugar gustaba. Contaban que una *fada* le había *dito* que casaría con un Rey. La última noite de la deshoja, la dona de la casa dijo a la moxedá, que en el fondo del monte de espigas había una olla de castañas y una botella de *augardente* para les dar ánimos. A *modiño* llamaron a la puerta y pidió licencia para entrar un mozo bien fornido, *risciro*. Había lugar para todos, y el rapaz deshojó, sabiendo bien lo que hacía, y no quitaba ojo de María Antonia, que le hizo cara. Acabado el trabajo palicó con ella y acompañóla hasta su casa. Y cada noche de tuna, volvió y hasta que cantaban los gallos, *parola* que te *parola*, como namorados. Pues señor, fué el caso que una noche venían juntos de una romería y, al atrevesar el Castro, el mozo agarró por el pano a la moza y más le echó mano al mantelo y la quiso *guindar* en el *chan*, y ella clamó por *Nosa Señora* la Virgen, y destonces se abrió la tierra y se tragó al mozo, del que sólo quedaron los zapatos, con olor a azufre, que tardó mucho tiempo en desaparecer. Y la rapaza cayó, privada de sentido... Desde entonces, para que las gentes se aparten de aquel lugar, colocaron dos piedras, que llaman "os zapatos do demo", y a ella la apodaban en la aldea "la moza del diablo". Por *toleirona*, por *desprecear* a los mozos de su lugar la castigó Dios.

Un aire de impresionante tristeza pasó por el ambiente. Una moza, capaz con su hermosura de dar un chasco al mismísimo diablo, dijo:

—Pues el díaño, a veces también sufre burlas como la que le dió un rapaz de la aldea. El mozo era *nogallán* como la misma Nogalla. Estaba una vez en la huerta, tumbado al pie de una higuera, y se le apareció el demo en figura de humilde mozo, para tentarle. El perezoso siguió acostado y ni siquiera contestó a los buenos días que, muy educado, le dió el díaño. —¿E logo?—díjole éste. —Nada. —¿Puédote servir en algo? —Como servir, no sé, pero si tienes ganas de trabajar, podías subir a la higuera y cogermé un higo muy maduro que estoy viendo. —Con gusto hombre.—Y el diablo, en un brinco, se puso arriba y agarrando el higo le gritó: —Ahí te vá... —Bájalo, que puede esmagarse.—Y el diablo, bien mandado, lo bajó. —Toma. —Métemelo aquí, en la boca.—Y el diablo, obediente, le colocó el fruto en los labios. —Ahóra, remata el favor. Dame a las mandíbulas, que no tengo ganas de trabajar.—Y el diablo, amoscado, replicó: —¡Abofellas, que sabes mais que eu!—Y huyó.

Rieron.

Aún se refirieron más cuentos, consejas y leyendas maravillosas, del tiempo en que los animales hablaban, de la reina Lupa y sus toros, de aparecidos, de almas en pena que vagan por redimirse, de brujas que chupan la sangre a los niños. Fantasmagorías y supersticiones, milagros y hechicerías, encantamientos, funerarias procesiones de muertos se relataron, con detalles que ponían pavora en las almas, angustia en los corazones, estremecimientos de terror en los cuerpos y espanto en los ojos. Hablaron de los castillos, de historias trágicas, de las cuevas temerosas, de los bosques espesos en donde daban el alto ladrones asaltadores de casas rectorales, todo

un mundo de creencias populares, arraigadas profundamente en aquellos campesinos, hipnotizados por relatos que enfriaban y arrugaban los corazones, producían sacudidas de miedo en las médulas, incendiaban de pavor las miradas y batían de terror los dientes. Aires de cosas ultrarrestres y sobrehumanas, milagrerías divinas y diabluras entraban por la chimenea, se ocultaban, acechadoras, en las sombras de los rincones, agazapadas en las negruras que había más allá de los ventanucos y de la puerta, en los huertos, en los bosques, en los caminos.

Clariña tenía en la mano una mazorca roja, de granos menudos y apretados, y ya se disponía a arrojarla en la cesta, sin decir nada, cuando un mozo gritó:

—¡Eh, Clariña! ¿Seica no vés? Esa espiga *roxa*... ¡Viva la reina!

—Viva el rey, para cuando te cases—dijo un rapaz mirando intencionadamente para Cosme. ¡Vivaaa!

—¡Viva!—gritaron todos, mientras aquél sonreía, y Caramoniña sintió que la sangre afluía a sus mejillas, que tomaron el color de la espiga...

—Vaya, Clariña—dijo la dona—la buena suerte este año es para ti, mujer. Bien lo mereces, que corazón de reina lo tienes y no te faltará otro buen corazón sobre que reinar. ¿No te parece, Cosme?

Este, esquivando la respuesta, contestó:

—Yo no puedo dar parecer.

Pero la dona, dispuesta a no dejar escapar la presa, replicó:

—¡Claro! El que no puede dar parecer, es porque lo tiene ya dado.

—Usted vé visiones—añadió Cosme.

—Hombre, sí, te veo a ti, antes de ir para América,

que por lo esmirriado, *chuchado* y descolorido, visión parecías. Pero ahora eres un buen mozo y hombre cabal...

La tarea se terminó y concluyó la *esfolla*. Bieito obsequió con un último trago a todos, y emparejados mozos y mozas, salieron al *rueiro*.

Y Clariña y Cosme, por un sendero, mirábanse a los ojos, buscando la luz del alma, que los iluminase en el camino de los quereres, y ambos lo veían franco, llano, alegre.

No era ficción. Clariña era reina y reinaba en el corazón de Cosme...

VI

Un poco alejado de Vilamoura, pero presidiéndolo con su negra e histórica silueta, yérguese el *pazo* de Moscoso. Fórmanlo una torre cuadrangular, de gallarda planta, resto de más antigua, amplia y completa edificación, que fué castillo guerrero y señorial. La torre está flanqueada por cuatro garitas circulares que coronan el almenado adarve. Por el paramento trepan las hiedras destructoras; en las uniones de los sillares crecen las zarzas; musgos y líquenes, decoran cornisas, aleros y tejados; halcones y buhos, murciélagos y vencejos tienen allí sus nidos, y las lagartijas sus madrigueras.

En la planta baja existen cuadras y divisiones que denotan que otrora fueron animados cuerpos de guardia, tristonas cárceles y lúgubres prisiones, almacenes de pertrechos de guerra y de víveres para mesnaderos, y hoy convertidos en *tullas* o graneros vacíos, en cobijo, donde se amontonan áperos de labranza, vigas y tablones carcomidos por la polilla y cuajados de luengas y espesas telarañas, albergue de murciélagos y de alimañas. Representa el pasado, con su inseparable leyenda, ideada por la imaginación de las gentes del agro, tímidas y espantadizas, creyentes propicias en brujerías y milagros. Cuentan que nadie se atreve a aproximarse por la no-

che a la torre, porque por allí vaga el espíritu de la condesa Floralva, en señal de penitencia.

Adosada a la torre se alza el verdadero *pazo*, de construcción más moderna, más civil que militar, más adecuado para albergar damás y caballeros galantes y amorosos que trágicos guerreros feudales. Una puerta de honor, sobre la que campean emblemas nobiliarios, da a la entrada un aspecto gentil: zaguán amplio, cuidadosamente enlosado de fino granito del que arranca una escalera de piedra, con robusto balaustre tallado. Salones y saletas de noble traza y artesonados techos; ventanas con poyos; gran balconada de hierro en el centro frontero.

Conjunto con el *pazo*, un jardín recoleto, de bojés y enormes camelios y naranjos, que sombrizan una fuente de aguas abundosas, que caen con monótona canturía en un amplio tazón, y, hundiéndose en regueras de piedra, penetran en la huerta, nutren el lavadero, riegan las praderías hidrópicas y huyen, por una brecha abierta en el tapial, al bosque de robles y castaños que forma el fondo de la finca, cercada por alto muro, pletórico de plantas silvestres y florescentes madre selvas.

Don Diego de Távora Villamayor fué el penúltimo morador y dueño del *pazo*. Su ascendencia derivaba de las casas más linajudas de Galicia. Los Monterrey, los Ulloa, los Ossorio. Antepasados suyos lucharon en las cruzadas, fueron virreyes en las Indias, dieron generales a los ejércitos, consejeros a los monarcas, inquisidores al Santo Oficio, chancilleres y oidores a la Justicia. Para ser leales a la verdad histórica, no podemos omitir que una empingorotada ascendiente suya fué muy amada de un Arzobispo de Compostela; que otra, lla-

mada Inés de Castro, mató con ponzoña a un su antenado; que un octavo o noveno abuelo suyo, Ruy Sánchez, era tan poco respetuoso con los prelados, que al de Santiago lo llevó preso por la barba desde Noya a Vimianzo; pero estos hechos estaban ya juzgados o prescriptos, eran aguas pasadas y en nada empañaban la alcorniada brillantez de los Moscoso, que anota en sus genealogías grandes pecadores y eminentes arrepentidos, hombres castos y mujeres livianas.

Si grande y selecta era la prosapia de los Moscoso, a ella correspondía su fortuna; los señoríos de San Julián de Cabaleiros, de Vimianzo, de Lage, del Val de Traba, de la Torre de Boenzo, de Val de Cabrera y las tierras de Barcala, de Amaya, de Val de Barcia, Alabacolla, Salcedo, Alfoz de Moros, Sorrizo y otros, por enlaces, donaciones regias, conquistas, foros y tal cual rapacidad, legitimada por el tiempo, les pertenecían.

Cuando tenía veinte años de edad, don Diego casó muy enamorado con una bella dama, doña Casilda Somoza de familia de abolengo ilustre, fundada por un caballero de origen francés y de estirpe real, que en los campos de Mellid luchó con los moros para rescatar a las doncellas que, como tributo se llevaban, por cuyo hecho recibió en recompensa las tierras de Somoza.

Nueva aportación de bienes trajo al connubio la hermosa desposada, y nuevos blasones: tres flores de lis de oro en campo azul, y seis dados, con seis puntos cada uno, en campo rojo, unas ondas al pie de ellos y un brazo con una maza. Escudo y el blasón, que dice:

El Somoza con la maza
con los moros se embeleña,

muchos de ellos despedaza,
las doncellas desempeña...

lo había hecho pintar don Diego en la sala de honor del pazo, como pleitesía galante a su esposa.

Los primeros años del matrimonio transcurrieron en el dulce sosiego del amor y de la paz, bendecido un día con el nacimiento de un hijo, hasta que en 1836, después de la entrada del general Espartero en Bilbao, don Diego se creyó en el caso de tomar parte en la defensa del legitimismo, y a los requerimientos, llegados de no se sabe dónde, y comunicados no sabemos por quién, vendió unas haciendas e hipotecó otras, cuyos productos envió al presunto rey.

Pronto tuvo éste noticia del generoso concurso de su súbdito, y sin conocerlo, pero para captarlo mejor, lo llamó a su lado, a formar parte de aquella improvisada Corte de Oñate, en la que entró Moscoso para confundirse con los clérigos, los burócratas, los covachuelistas y los ambiciosos que rodeaban a Don Carlos.

Don Diego, que disponía de recursos económicos entre tanta gente necesitada, pronto fué el blanco de todos, para acudir a su bolsa. Los halagos, las adulaciones, las promesas, los falsos honores, fueron rindiendo la prudencia de Moscoso, que con cartas y mensajeros a sus administradores convertía en metálico los foros y los caseríos, para atender a la santa causa. Y el caso era que los pícaros liberales, los isabelinos, fueron los compradores ventajosos de los bienes vendidos con apremiante urgencia, porque su dueño, sugestionado por el ardor bélico, creía que de su desprendimiento dependía el éxito de una batalla, y quizá el trono.

Y cuando un día, aminorado el entusiasmo de los leales, las tropas carlistas aclamaron en Elgueta a Maroto, delante del pseudo rey, don Diego, que lo presencié, siguió a Don Carlos en aquella dolorosa desafección y se negó a asentir al convenio de Vergara. Tan carlista como al comienzo de la guerra, volvió a sus lares, y al darse cuenta de que el patrimonio acrecido durante trescientos o más años, había menguado por sus locuras guerreras, tornóse sombrío, se aisló casi totalmente del mundo, encerrándose en el *pazo*.

Al regresar su padre, su hijo Diego Moscoso de Tavora Villamayor y Somoza era un mozo que sabía de cazar jabalíes y corzos, correr yeguas bravas y algo de latín, que un preceptor eclesiástico le había enseñado.

Pronto su padre, que tenía el carlismo infiltrado en la médula, pensó que su hijo, además de heredero de sus apellidos y glorias, debía serlo de sus ideales políticos, y concibió la idea de ganarlo para la causa, casándolo con la hija de un jefe faccioso, con quien había intimado. Y como en su hijo no encontró oposición, un día se celebraron los desposorios de don Diego Moscoso con doña Peregrina Méndez de Gurrea. Pasaron pocos años, y los viejos señores de Moscoso murieron, sin que vieses asegurada la continuación del apellido, que parecía iba a extinguirse en su hijo.

Al retoñar, en 1873, el carlismo, don Diego Moscoso sintió revivir la tradición paterna y, después de trasladar a su esposa a Santiago, dejándola al cuidado de unos deudos lejanos, se ausentó para presenciar la entrada de Don Carlos en España, vendiendo antes lo más saneado y codiciado de su patrimonio, para cooperar a la entusiasta suscripción que abrieron los carlistas. Satisfecho

aquel empeño, y cansado de seguir a Don Carlos en sus correrías, quiso engrandecer sus blasones, y levantó una partida en Galicia, haciendo teatro de sus fechorías las montañas arzuanas, gastando mucha hacienda y obteniendo algunas victorias, que terminaron cuando las autoridades pusieron en juego recursos de energía.

Vencido y arruinado, pero con la dignidad a salvo, retornó con su esposa al *pazo*, en donde años más tarde murió inesperadamente a causa de traicionera enfermedad. Meses después nació su hija, que recibió el nombre de Arminda.

Don Diego, durante su estancia en el lugar, dejó recuerdo de su temperamento enamorado. El deambular con el corazón tenía como signo de señorío, y quizá de clandestina supervivencia de abusivos derechos de tiempos lueños. Ni prudente ni recatado, sus hazañas amorosas eran públicas e hirieron los sentimientos afectivos de su esposa, resignada ante las reiteradas deslealtades y la constante peregrinación amorosa de su marido.

La hacienda que dejó al morir era escasa, y aun mermada por hipotecas, deudas y anticipos de rentas. Apenas suficiente para sostener una vida modesta en paraje villano. Eran los del *pazo*, según frase pintoresca de los vilamourenses, una familia *tronada*.

En el recogimiento de aquel silencioso *pazo*, cuya soledad agrandábase con la recatada pobreza, el luto persistente y el duelo inacabable de la madre, pasó Arminda los primeros años, hasta que para preparar su educación cultural fué llevada a Santiago, en uno de cuyos conventos ingresó a cargo de la superiora, dama ilustre de la familia de los Villamayor y religiosa de insuperadas virtudes. Así hasta los diez y seis años, en que, sin

pasar ni rozar el mundo, salió de los luengos y sombríos salones conventuales para volver a la casa solariega.

No tuvo más compañera que Clariña, a la que conoció como modista, y a la cual, por su alegría, su pulcro desenfado y su lealtad bien pronto trocó en amiga.

En la época en que Ramón llegó a Fonte do Abade, veintidós veces había sonreído el cielo en otras tantas primaveras que habían florecido en el jardín de Armin-da, y era ésta una mocita guapa, de discretas proporciones; por ser delgada parecía más esbelta; un busto en que la nubilidad había dejado mesuradas curvas, prolongábase en un cuello redondo y alto, para sostener una cara de tez pálida, fina y transparente, que recordaba el blanco marfileño; los ojos oscuros, de mirar apagado, enmarcado en una espléndida cabellera de castaño color.

Conjunto de mujer bonita, más que de belleza rigurosamente estética. Señoril continente, dulce, lento y parsimonioso decir, parecía troquelada en serena y atrayente majestad. Al hablar cautivaba por el frecuente uso que hacía de los diminutivos, esos brujos y hechizadores *iños e iñas* del idioma gallego, que, aun mezclados con el habla castellana, tienen un fuerte poder avasallador, que rinde sin vencer.

Talentosa y culta, habíase formado en la lectura de libros de discurso y meditación, obras de *psiquis* y de moral. Nativamente sentimental, como todas las mujeres de su raza, pasaba con frecuencia, y de un salto rudo desde la reflexión hasta la ternura; tan pronto rendía tributo al artificio de su alcurnia como sentíase avasallada por la llaneza y sencillez campesina.

.....

.....

Atrajinada estaba Maripepa en el *salido* dando de comer *millo miudo* a una *rolada de pitos*, y defendiéndoles la pitanza de las acometidas de las gallinas, y especialmente de los asaltos de un gallo fanfarrón de enhiesta y roja cresta y cola de brillante plumaje azul, cuando se coló de rondón Caramoniña, que espantó la pollada.

—Pero, ¿qué haces, toleirona? No ves que asustas a los pitos?

—¡Ay, Jesús, ni que fuera yo la raposa!—replicó la rapaza. ¿Está don Ramón?

—Vélo allí viene, por el emparrado.

Y al aparecer aquél, Caramoniña dijo:

—Pues traigo encargo de la señora del *Pazo*, ¿que si puede hacerle el favor de ir allá esta tarde?

—¿Y luego, hay alguna novedad?—preguntó Maripepa.

—No, señora, sólo esa.

—Pues dile a doña Peregrina, que sí, que irá, y que ya sabe que siempre puede mandar.

Y con un ¡adiós!, y sin esperar la respuesta de Ramón, desapareció.

Aproximóse aquél a su madre, con ánimo de explorar si ésta tenía conocimiento de la deuda, y con naturalidad dijo:

—Oí que el tío llevaba buena amistad con los del *Pazo*, y que esto extrañó siempre mucho, pues dicen que son orgullosos.

—No hay que dar *creto* a todo lo que se dice—contestó Maripepa. ¡Orgullosos! ¿Porque están en su lugar y no salen de él? Entonces, *diriasme* que también es orgulloso el castaño que está allá, en la cima del *outeiro* y no viene a vivir al tojal. Los del *Pazo* son señores

por natividad, nacieron ya de señores, y todos, todos los demás vecinos, no somos señores, ni aunque nos lo llamen. Pero ¡si no los hay más llanos, ni más limosneiros, ni más buenos cristianos que doña Peregrina y la señorita Arminda! Tomás, que esté en gloria, fué allí algunas veces, a llevarles plantas y semillas, de las que a él le mandaban de Vigo, y luego porfiaban a ver quién les daba mejor coido. Lo estimaban mucho. ¡Como que vinieron a verlo cuando ya el pobre estaba tan maliño!...

Desde que recibió el recado de Caramoniña, Ramón no pudo apartar ni un instante su pensamiento del *Pazo*. Sentía el ansia y la curiosa voluptuosidad de conocer el motivo de aquel aviso y de descubrir a las personas que habitaban tras los impenetrables muros. Iba a descorrer el velo de unas vidas casi para todos ocultas, y presentía los comentarios absurdos y las interpretaciones arbitrarias que su visita, divulgada, había de motivar en su pueblo, en donde todo movimiento de las personas era escrupulosamente vigilado, y el incidente más insignificante pasto abundoso para la murmuración más desatinada.

Por la tarde, al subir la holgada escalera de piedra, sentíase intimidado, y luego, cuando una vieja criada lo guió hasta un salón, advirtió que su espíritu estaba cohibido. Aún no perdido el recuerdo de las raquílicas habitaciones madrileñas, parecíale en aquel momento que se encontraba en un vastísimo espacio, de artesonados techos y pintadas paredes, parcamente alumbrado por la luz solar que penetraba por unas ventanas churriguerescas. Imponíanle las consolas, con relojes parados en una hora de un lejano año, y los sofás solemnes y recios, las doradas cornucopias, con velas amarillentas por

los años, retorcidas y dobladas por el calor; los vargueños y secreteros, tallados y policromados, las sedas y flecos, rancias y descoloridas, de los cortinones, los retratos de damas luctuosas, unas, como si el pintor las sorprendiese en viudez; enjoyadas, otras, como si en día de sarao las reprodujese el pincel; los de caballeros de traza guerrera y de veste eclesiástica. Percibíanse sutiles aires de pавanas y de minuetos, rancios galanteos, batir de abanicos, música de armonium, rostros de gracia lánguida, reflejos de luces pálidas... El más ligero ruido le hacía estremecerse, como cuando en los bosques silenciosos cae, desprendida, una hoja seca.

Ramón curioseó y puso sus manos en un album que había sobre una consola. Lo abrió y a su vista quedaron fotografías antiguas, de señores enlevitados, una de cuyas manos posaba sobre una silla, de señoronas de cinturas estrechas, de faldas con encajes, abanico pendiente de lengua cadena; grupos familiares. Una niña con melena recogida por una cinta, carita y cuerpo cohibidos; la misma, ya más crecida, vestida de blanco, con un crucifijo en las manos, y tocada con un velo que llegaba al suelo; otra vez la misma carita, y el cuerpecito encerrado en un uniforme negro, con grande lazo, sujetando la cintura; ahora el busto de una bella mujercita, con el moderno traje de calle, diferentes etapas gráficas de la vida de Arminda. Cerró el album y la obsesiva idea le volvió a la realidad. ¿Para que le llamarían?

Con el reposado andar, característico de las personas que no suelen frecuentar la calle, entraron doña Peregrina y Arminda, que, afables y cortésmente saludaron a Ramón, invitándole a sentarse en el sofá sedoso; sen-

tóse también la madre en un amplio sillón fraileroy y Arminda en una silla, junto a la ventana, buscando más luz, para labor de costura que traía en las manos.

—Ante todo—comenzó diciendo doña Peregrina—disculpa, Ramón, que te haya hecho venir a esta casa, cuando por la índole del asunto que motiva esta entrevista, acaso debía ser yo quien fuese a la tuya, pero mis achaques...

Iba a interrumpir Ramón para decir unas obligadas frases de cortesía ante tal preámbulo, mas la señora, sin darle espacio para intervenir, prosiguió:

—Van transcurridos meses desde que por la muerte de tu tío Tomás regresaste, para hacerte cargo de la herencia, y has tenido la delicadeza, que agradecemos, de no decirnos nada de algo que nosotras debemos solventar. Si he de serte franca, tu misma delicadeza, que estimamos, nos mortifica al mismo tiempo, y...

—Yo soy el que pido a usted perdón por interrumpirla—atajó Ramón—, pero no comprendo la causa ni del agradecimiento ni de la mortificación a que usted alude. Mi silencio, en este caso, es ignorancia.

—¿Sí?—respondió doña Peregrina.—Pues como hay intereses por medio aclararé yo, pero muy claro, para que no sigas cohibido y obres con libertad.

Ramón en su interior sintió el pinchazo de la injusticia de estas palabras, reveladoras de que la señora del pazo, atribuía a cortedad lo que era desinterés caballeroso, que aquélla, quizá en su orgullo, no reconocía pudiese existir en el estado llano, pero calló y se dispuso a seguir oyendo cortésmente.

—Supongo que al registrar los documentos de Tomás habrás topado un recibo nuestro por la cantidad de diez

y seis mil reales, que nos prestó para la restauración de la capilla, que se derrumbaba.

Contestó Ramón que ni había visto ni tenía semejante documento, que en los apuntes y contabilidad que llevaba su tío no existía ninguna anotación referente a semejante deuda y que de ello se alegraba mucho para que cesase una mortificación que él no causara y se cancelase una gratitud a que no era acreedor.

Doña Peregrina cambió una mirada de sorpresa y admiración con Arminda, que observaba y cosía, y con solemne tono, dijo:

—Puede ser, ya que tú lo afirmas; pero si no apareció el documento, quizá es porque tu tío lo habrá traspapelado o perdido y, poniendo en duda nuestra honorabilidad, no se atrevió a solicitar un nuevo recibo, que le hubiéramos expedido.

Este injusto agravio en poco estuvo que no rompiese la ponderada cortesía de Ramón. La intervención de Arminda que, como reproche, pronunció un dulcísimo ; ma-mañá, por Dios!... fué un suave enervante, que produjo el efecto de que aquél dominase el impulso que bramaba por salir y desbordarse.

Algo adivinó doña Peregrina, que adoptando tono menos agrio y agresivo, habló:

—Dejémonos de supuestos aventurados y vamos a un hecho cierto: nosotras, con documento o sin documento, adeudamos a Tomás diez y seis mil reales, y eso es menester hacerlo constar.

Rechazó Ramón tal propuesta, razonando que él no podía, ni quería ni debía acoger más obligaciones que las que dejó su tío, y, por tanto, no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Ni nosotras—replicóle doña Peregrina—podemos negar nuestras deudas.

—Abramos un paréntesis; yo revisaré otra vez los papeles de mi tío y no se mortifique usted, señora, que si el documento existe, aquí presente está el acreedor, que ejercerá sus derechos inexorablemente—dijo sonriendo Ramón, y se levantó para despedirse.

—¡Ah!—exclamó doña Peregrina.—Ya que conociste las águilas, ahora vamos a mostrarte el nido. Acompáñanos, Arminda, que voy a enseñarle el pazo a Ramón, que como inteligente, podrá apreciar algo del pasado.

Y comencemos por contemplar el sugestivo cuadro que desde este lugar se vé y que es pasado, presente y venidero, por lo inalterable. Aproximáronse a una arcada ventana, desde la cual por el lado naciente, se domina con la vista el espléndido valle, de tierra fecunda. Ródeanlo, como monstruoso anillo, montes por donde los pinos trepan formando bosques; el suelo matizado por los grupos de oro de los tojos en flor; en las laderas viñedos, que al abrigo de los vientos norteños convierten los rayos de sol en ópimo fruto; en plano más suave las *veigas* de maíz, los patatales frondosos, los huertos cruzados de regatos, sombreados por manzanos y perales; aquí y acullá casitas blancas, recién encaladas, que a lo lejos parecen palomas que descansan de un vuelo para volver a volar y otras casas acurrucadas entre frutales, como reposadas en nido de hojas. Y detrás de los montes, ceñudos y huraños, de piedras roídas por las heladas y lamidas por las lluvias, oculto, el mar, que envía brisas que traen el olor acre de las algas. Un trozo de ensueño de la ensoñadora tierra gallega, ante cuya contemplación

callaron todos, para concentrar en los ojos y en el alma todas las sensaciones.

Fué Ramón, quien queriendo expresar con palabras, el vasallaje a la tierra nativa, exclamó:

—¡Oh! ¡qué bella, qué hermosa es Galicia! Esto—continuó—es deliciosamente admirable por el paisaje: dulzura, placidez, colorido. El sol no tiene rudezas, que atormentan, sino *agarimos* que consuelan; el cielo no es raso, con el trágico acompañamiento de las escarchas y de los hielos que asolan, sino que para nosotros viste siempre el cendal de las nubes blancas o pardas; el viento es música, que hiere las cuerdas de los pinos, de los retorcidos robles, de los castaños fuertes, de los gentiles álamos; la lluvia es sonata que pone en las tierras fecundidad; la brisa es abanico que agita dulcemente las arboledas, los mansíos de trigo y de centeno, y perfuman con auras de montesía y de valle floridos; los ríos son idilio de aguas mansas que cantan tonadas de hadas... Parece que Dios tuvo el eterno propósito de idear e ideó y creó una jaula con todos los recreos y atractivos que su imaginación sin límite le permitió, y en su grandiosa bondad, tuvo la delicada atención de colocar ruiseñores, mirlos, jilguerillos, *pardillos* y verderones y otros muchos pajarillos alegres, parleros y piadores, pero en algún descuido del Señor, el diablo, que nunca está quedado, debió colar de matute, urracas, lechuzas, buitres y cuervos, que chillan, graznan y gruñen asustando a las demás avecillas. ¡Qué pena!—Y ustedes, perdónenme esta expansión sentimental—concluyó Ramón para disculparse.

Arminda le oyó, embobada gratamente y aun notó que sus ojos se inundaron de lágrimas, que no llegaron a des-

bordar, y su madre se regocijó, disimuladamente complacida, de la entusiasta apología.

—Nada hay que disculpar—dijo prontamente doña Peregrina.—Nosotras sentimos, admiramos y queremos como tú esta tierra, mas no acertaríamos a decirlo tan bien como el escritor atildado, que en Madrid no siempre empleó su pluma para gloriarse a su tierra, si no para otras cosas... Y, ahora, verás el pazo. Y le entraron en otros salones, de menores proporciones, cámaras en donde había lechos altos, de doradas columnas salomónicas, que nadie ocupaba; el majestuoso comedor con lozas de Sargadelos, amplia mesa de castaño, sin tallas y de una sola pieza y sillones de cuero; en la galería dispuesta para recoger los últimos rayos del sol de poniente, armas y trofeos de caza, cabezas de ciervo disecadas, grandes reproducciones de timbres y blasones; pasaron luego a la solana, por donde descendieron al jardín. La visita fué acompañada de explicaciones que hizo doña Peregrina, historiando el pasado de la casa de Moscoso, sus grandezas, genealogías y enlaces, concluyendo por decir con amargura:—No has conocido la hoguera, Ramón, pero esta es la hora de las cenizas...

Bajaron al patio y jardín y ya aquí doña Peregrina dijo:

—Cesé como guía, porque entramos en los dominios de Arminda, bajo cuya vigilancia, cuidado y atención está todo lo de puertas afuera.

—Esto no tendrá interés para Ramón. Arriba se quedó la poesía y aquí está la prosa de la vida, que, quizá aunamente el prosaísmo por ser vida aldeana.—¡Quietos, Turco!—gritó al perro de *palleiro*, que inquieto comenzó a ladrar y a pugnar por desasirse del *cepo*, a que estaba

sujeto. Y, corriendo para acariciarlo, se presentó *Caramoniña*, que oficiosamente dijo:

—Voy a sacar la *juvenca*, para que tome el aire y la vea don Ramón. Y entróse en la cuadra y agarrada del testuz trajo una vaquiña, a la que siguió un ternerillo retozón, que debía ser muy glotoncillo, a juzgar por un bozal de cintillas de roble, que le tapaba la boca...—¡La Marela!—exclamó Caramoniña—la mejor vaca de estas tierras. ¿Lechera? A Dios dar. Como que dá para el gasto de la casa, más para requesón y manteca y para dos enfermos pobres.

—¡Clariña!—reconvino Arminda.—Te olvidas de la discreción.

—Ay, señorita, ya sé, ya sé. Una medida que tengo que comprar, pero como nunca voy a las ferias... Y mientras tanto, déjeme, que no creo sea pecado sepa don Ramón que usted no sólo socorre al hijo del *Legoeiro* con leche, y al tío Marcos da Cancela, si no que los visita y aun les lleva otros cariños. ¿Y luego? ¡Malpocados! ¿Qué sería de ellos si no fuera por ustedes? *Enterradiños*, dando malvas en el campo santo, hace mucho tiempo.

—¡Clariña!

—Ay, sí, señorita, Clariña, que quien me puso el nombre debió adivinar que clara había de ser en todo.

—Bueno, sigamos—dijo Arminda resignada. Y entraron en el huerto partido por seto de mirtos, en otros huertecillos en los cuales se veían legumbres, frutales y praderas. Por el centro un suntuoso paseo delimitado por tilos, cuyas ramas se entrecruzaban, formando túnel y por todas partes, lirios, hortensias y rosales trepadores.

Como un lebrél seguiales cerca, detrás, la parlotera

Clariña, que mirando a Ramón y a Arminda, dijo para sí: ¡Qué buena pareja hacen! ¡Buena por guapos y buena por buenos!

Concluída la visita, despidióse Ramón.

En vez de encaminarse a su casa, como el espíritu le pedía soledad y aislamiento, lo hizo hacia las *Pontellas* una baja floresta, en un altillo, desde donde se divisaba la fértil planicie de la vega. Allí se sentó. Corazón sediento de puros amores, ansioso de florecer, había recogido la figura de Arminda. Su belleza recatada y más su dulzura y modestia, le habían impresionado, causándole sensaciones desconocidas, que no eran ansia loca, sino esperanza reposada. Él no sabía nada del amor. En el tráfigo del vivir madrileño supo de tráficos de cuerpos que se venden o se alquilan, de conquistas en que los sentidos o el bolsillo lo eran todo y nada las almas, falsos amores, que finalizaban con el hastío.

Solo, en el silencio campesino, ahora soñaba... y Arminda estaba allí, en su imaginación, en su deseo. Ideas de fácil optimismo le nacían en el cerebro, mas luego otras le señalaban los obstáculos. Aquel pazo, aquellos blasones y escudos acuartelados, los cascos de cimera, labrados en la piedra, los retratos de aquellos señorones se le aparecían como barrera infranqueable. Y otra vez... Arminda, que ya no estaba en el pazo, pues se había trocado en un pajarito piador, que reposaba en un nido de venas azuladas, en el arca fuerte de su pecho. ¡Ilusiones! pensó y levantándose tomó *corredoira* abajo, la dirección de su casa y con aire de melancólico y tierno *alalá* canturreó:

Enguedelléime n'ises teus ollos.
n'ise teu polido mirar...
Enguedelléime, desenguedelléime
é non me poiden desenguedellar.

—¿Enguedelléime?—interrogábase Ramón a sí mismo, al entrar en su casa, en donde Maripepa, curiosa le esperaba para conocer el resultado de la visita.

—¡Uy!—exclamó la madre al mirarle.—Parece que no vienes *ledo*, Monchiño. ¡Tienes una cara de pésame, Dios mío!... ¿Seica no te recibieron bien en el *pazo*?

—Nada de eso, mi madre. Ni estoy contento, ni estoy triste, ni me recibieron mal, ni podían hacerlo, cuando yo no las busqué, si no que me llamaron y, además, son señoras educadas y corteses.

—Luego, díjete yo bien, de que no eran orgullosas. Non, fillo, non. Atiéndeme: doña Peregrina, porque no sabe bien de nuestras costumbres, pues es de otras tierras y porque la salud es poca, anda allá a lo suyo, que son las penas, por dentro de su casa; pero la señorita Arminda trabaja y sabe como una de nosotras. *Coida* de lo que tienen y entiende de *gando*, de sementeirás, de *recolleitas*. ¿Y corazón? *Manteiga* pura. Al hijo del *legoeiro*, que está del pecho, ella lo visita y lo consuela, y la leche de la *Marela* y los huevos frescos de las gallinas, para allí van a diario. Y al tío Marcos da Cancela, bien *malño* que está del estómago, le manda todos los días leche. ¡*Malpocadiños*! Si no fuera ella y más tu tío, que Dios tenga en su gloria, que les pagaba las medicinas, ónde estarían ya.

—Pero si yo vengo satisfecho y, además, convencido

de que Arminda no sólo tiene corazón si no de que sabe usarlo.

—¿Y para qué te llamaron?

—Pues, para eso... para lo del hijo del *legoeiro*... para lo del tío Marcos... que si les podía ayudar... Claro...

—Y no has de poder, ya lo creo. Gracias a Dios y al finado de tu tío. Sí, filliño, sí. Caridades todas las que se puedan. Que la caridad te es cousa que da mucho gusto al Señor, que también con El la tuvieron, cuando nació y estaba desnudo... Y más también la tiene a diario con nosotros. Por tener ley a los de nosa sangre y caridad para mi pobre Tomás, tenemos lo que tenemos.

* * *

Allá, en el *pazo*, la visita de Ramón dejó huella. En la vida monótona y rítmica de Arminda, un mozo gallardo, cuya nobleza de alma y buena hombría delataban la franca mirada, tenía que dejar impresión. Ella ni había abierto nunca ni tampoco cerró las puertas al amor. Nadie había llamado a ellas. En sus vagas soñaciones vislumbraba días claros y floridos, que creía eran inquietudes de magines exaltados, locuras pecaminosas, que rechazaban como turbadoras de su vivir sin relieves.

No era el suyo un corazón que pudiera tomarse por asalto; si se rendía había que ganarlo, no por bravura, si no por dulzura. Quien quisiese penetrar en él tenía que llamar quedamente, y si no abrían, insistir más quedamente.—¿Quién es?—Soy un *corasonciño*, que pido abrigo para cobijarme de las tempestades del mundo.—

No, aquí no acostumbramos a dar entrada a quien no conocemos.—Pues, déjeme pasar, para descansar un poquito y seguiré mi camino.—Terco és; pase y descanse, no diga que aquí no hay caridad...

Y se entreabre la puerta, el corazón pordiosero pasa, se queda un rato y, como no parece malo, le consienten que prolongue la estancia, un día... y otro día, y pasados unos pocos, ni se puede marchar ni le dejan marchar. Echó raíces, las enredó y entremezcló con las de otro corazón y... ¿quién se atreve a cortarlas? Correría la sangre de dos corazones...

Si Ramón llamase, ¡quién sabe! Ella no podía ser cruel y... si él sabía llamar...

No había oído nunca las llamadas al corazón y, sin embargo, parecía que no le asustarían. Figurábase que debían ser llamadas dulces, silencios que producen ruido y bulla en las almas, aldabadas con la mirada, con la sonrisa...

Y aquella noche, al cerrar los ojos y disponerse al sueño, murmuró:

—Si es así y llama quedo y viene para siempre, que llame, Virgen mía, que llame...

El alma sincera, llena de ternura, de la señorita sin fortuna, de corazón virgen, iba a dormirse inundada con estas risueñas esperanzas, cuando se levantó airada en son de protesta, la inteligencia, para razonar. "No abrirás, no, aunque llame quedo. Eres una Moscoso, una Somoza, y tus mayores se presentarían con sus lanzas y con sus espadones, para defender la entrada contra el intruso. ¡Poco que se iban a reir de ti en el pueblo! Verdad que Ramón es abogado, rico, culto, buen mozo, pero

es el hijo de Maripepa, sobrino y heredero de Tomás, el *americano*.

Y Arminda, vencida antes por el sentimiento, ahora se rindió por el razonamiento y lloró... ¡Que no llame, Virgen mía, que no llame!... No podré abrirle... Y el *neboeiro* se deshizo en lluvia de lágrimas... Era hora de tempestad en su espíritu, y con la tormenta salieron a la superficie los reptiles... Los prejuicios, el orgullo... atormentaron un sueño inquieto.

VII

Asorey se sentía sugestionado por la vida aldeana, de sosiego, reposo y calma. Rehuía todo contacto social y se recreaba en concentrarse en sí mismo, recorriendo los montes, refugiándose en los pinares, para deleitarse con su música susurradora saturando la vista del verde de los prados y, sobre todo, para enfervorizar su alma con el inseparable recuerdo de Arminda Moscoso, cuya hermosa figura veía constantemente, ora en el bosque, ora deslizándose por las márgenes del río, como hada bienhechora con su belleza serena y majestuosa. ¿Estaría enamorado? Él, que se consideraba invulnerable para el amor, hombre fuerte, capaz de libar en todas las flores, pero no de reposar en ninguna, ahora sentía algo que nunca había sentido, que le encadenaba con el corazón y el pensamiento a una mujer. Él, que presumía de desengañado, de precavido, de estar siempre en guardia, ¿caería como un adolescente? ¿Qué quedaba entonces del hombre fuerte? Y se reía. ¡Fuerte! Y una muñequita, muy hermosa, eso sí, pero provincianita, confinada en el nido de una aldea gallega, una carita sin artificios, para lucir a plena luz solar, sin coqueterías ni arrumacos, lo tenía avasallado y vencido. Él que no se había ahogado en el mar de Madrid ¿iba a ahogarse aquí, en un jarro de agua? ¡Tendría gracia!

Pero la verdad era que la señoritinga se le había colado en el alma, como se filtra la tenue neblina a través de los cuerpos, y allí estaba, fija, perenne, a todas horas, con su faz de santa, en la que, a veces, se dibujaban unos graciosos gestos burlones, que parecían decir: "Pero tú, ¿qué habías creído? ¿Que aquí, como allá, en el agitado rebullicio de donde vienes, entre luces brillantes, música chillona, audacias de los ojos, palabras fáciles, se entra en los corazones? ¡Pobriño! No. Aquí, sin ruido, sin algazara, calladamente, sabemos hacer sentir y hacernos querer." "Pero, ¿y queréis y sentís?" "¡A usted qué le importa, señor curiosón! Si encontramos el alma gemela que toda mujer ansía topar, enraizamos y florecemos en ella y la sometemos a una bruja y encantadora cautividad, haciendo de la nuestra el carcelero que la acompañe." Y Asorey reanudaba su monólogo mental. ¡El hombre fuerte... sin fortaleza! Vencido y sin lucha. Pero, ¿fué ella la que se adentró en mi corazón, señoreándose de él, o soy yo quien con el deseo, la voluntad y el pensamiento la coloqué allí, complaciéndome en que lo avasalle y lo esclavice? Pensaba a veces si sería una impresión pasajera, debido a que como había tan pocas en aquella vida plácida, se producían con mayor vigor y persistían, porque no se presentaban otras que las borrasen. ¡Sí, sí! ¡Impresión! Pasaban unos días, venían otros y Arminda, cada vez más guapa, atrayente y seductora, allí, en la mente, en el corazón, posesionada del alma toda de Ramón, muy señorilmente, pero con posesión constante. ¿Era eso el amor que funde las vidas, las anuda y las liga, les impone un camino paralelo y las hace marchar unidas? Él no entendía mucho de ello, pero debía serlo, y le parecía agradable ligar su

alma con la de Arminda, anudar corazón con corazón, fundir vida con vida. Si era así, ¡ bendita la hora en que dejó de ser hombre fuerte! Otrora recreábase risueño con su pensamiento. ¿ Enamorado? Concedido. Sea. Pero si fuese en otros tiempos yo aprendería a tocar la cítara y le daría a mi amada serenatas al pie de la torre del pazo. Ahora me contentaré con figurarme que cualquier día la veré surgir en mis paseos campestres por entre las aguas del río o de entre la espesura de la robleda. ¿ Qué dirá para estos casos el protocolo amatorio de Fonte do Abade o de Vilamoura?

.....

.....

— ¡ Ay, señorita Arminda, qué desgracia! ¡ Ay, Dios mío, vou a morrer si Él no lo salva! ¡ Ay, Virgen Santísima, qué gran dolor para una madre!...

Acongojada, llorosa, afligida, así exclamaba Maripepa, ante la señorita del pazo, que al mismo tiempo que la abrazaba interrogábale:

— Pero ¿ qué es? Explícate. ¿ Qué te ocurre? ¿ Por qué te desconsuelas? Cuenta, Maripepa, cuenta...

La pobre mujer estremaba más y más su llanto y su aflicción, sin acertar a decir palabra, pues los suspiros ahogaban su garganta. Arminda, cariñosamente, la hizo sentar, y cogiéndole una mano, sobre la que daba mimosas palmadas, insistió en sus preguntas:

— Bueno, Maripepiña, dime por qué lloras y gimes y te lamentas.

Pasó aquélla el pañuelo por toda la cara, humedecida por el copioso llanto, y respondió:

— ¡ Ay, señorita Arminda! *Onte* me llamó el señor cura

y díjome que Ramón era un *xudío*, que non quería la ley de Dios, ni la religión. ¿*Xudío* o *meu Monchiño*, tan bueno que no haría daño a un lobo, un corazón tan tierno? Verdá es que desde que llegó no le vi ir a la misa, pero... Y me dijo, también el señor cura que en una *vila* como ésta eso no podía ser, que lo tendrían que excomulgar, que no me podría bendecir la casa por Pascua, ni los sembrados... ¡Ay, Jesús, yo le *toléo*, señorita Arminda! ¡Qué vergüenza! Nunca tal se vió en Fonte do Abade.

—¿Y hablaste sobre esto a Ramón?

—Claro que hablé, señorita, y rompió a reir y díjome que no hiciese caso, que eran habladurías, y al verme llorar, me dió muchas *apretas* y muchos *bicos*, y me acarició tanto, que me dejó sin fuerzas para decirle más nada. Yo, en vez de incomodarme, también lo *biqué* mucho. ¿Tendrá el *meigallo*, señorita? Le voy a poner dentro de la almohada un *escrito*, de esos baratos y benditos que *merqué* en la *feira* por San Pedro Mártir y está sin estrenar. ¡Ay, Virgen del *Corpiño* me valga! ¿*Xudío* o *meu Ramón*? En nuestra casta jamás los *houbo*, que todos mis antepasados fueron buenos cristianos, que oían la santa misa y pagaban la oblata y los diezmos... *Xudío* no és, ¿verdad, señorita?

—No, mujer, no. ¡Qué ha de ser judío!

—Ya me lo parecía a mí que no lo era, señorita.

—Oye, Maripepa. Para hacer de un hombre un santo, se necesita de la gracia de Dios, y esa tenemos que suplicarla. Vamos tú y yo a ofrecernos a la Virgen de la Ermida, para pedirle por tu Ramón. Dios siempre está dispuesto a entrar en las almas, y tu hijo abrirá las puertas de par en par, si Aquél llama.

—¡Ay, sí, señorita, descalza he de ir y a pan y agua!

—Y yo contigo.

—Dios se lo pague, que me dió buen *consolo*. Y ¿cuándo vamos ir?

—Pedir a Dios no *admite* espera. Mañana iremos a la Ermida.

.....

Era el alba. Todavía el sol no había remontado el anillo de los montes que rodean a Vilamoura. Ramón oyó desde la cama, que su madre ya en pie hablaba con alguien en voz baja, y decidió levantarse. Al salir de su habitación, su asombro fué grande al encontrar en la salita a Arminda, tocada con un velo, descalzos los pies y ver aparecer a su madre, también descalza, con una vela de cera en la mano y cubierta con un amplio y sencillo pañolón negro.

—¿Qué es esto?—preguntó Ramón a las dos mujeres, que se miraron azoradas al verse sorprendidas y no acertaron a contestar.—¿A dónde van, tan temprano?—insistió interrogante Asorey.

—Nada, *filliño*... Cosas nuestras, de devoción... Una oferta... Vamos a la Ermida...—contestó Maripepa.

—Les acompañaré—dijo Ramón—pero calzadito y vestidito, como Dios manda.

—¿Usted?—exclamó Arminda.

—¿Tú?—dijo Maripepa, y añadió.—Es muy cedo para ti, y el camino es largo, nada bueno y muy *costeiro*...

No contestó Ramón, que se retiró, y a los pocos instantes apareció de nuevo y vestido, con decisión de acompañarlas.

Los tres se encaminaron hacia la *corredoira*, que como una serpiente rodea el monte de la Ermida. Silenciosas,

pasando las cuentas de los rosarios, fortalecidas por la fé, las dos devotas marchaban por aquel sendero, pobre, sembrado de guijarros, abierto y trazado por la acción del tiempo en los peñascos. Ramón, sugestionado y respetuoso, callado, iba delante apartando las zarzas que colgaban de los valos y estrechaban el camino, buscando los pasos más fáciles, mostrándolos con señas, para no interrumpir los rezos, y ahuyentando a los atrevidos y aulladores canes.

Al atravesar una hondonada en la cual el camino era más sombrío y húmedo, un sapo grande dió un salto delante de Asorey, que impulsado por la repugnancia, y aun cierto terror hacia las alimañas que se arrastran, iba a descargar sobre el bicharraco su bastón, cuando Maripepa, que lo observó, le detuvo con un gesto de miedo, y con voz implorativa exclamó:

—¡Ay, por Dios, no lo mates! No nos valdría la oferta. Te es un alma en pena, que también te va de romaxe a la Ermida.

—Pero, mi mai, ¿usted cree eso?

—Créo, fillo, créo. Te es tan cierto como que hemos de morir.

—Bueno, pues indultado—expresó Ramón, condescendiente, sin atreverse a contrariar aquella superstición, que encontraba absurda, y sin embargo, le parecía respetable.

Cuando llegaron a la cima del monte, en la explanada sombreada por viejos castaños, de tronco carcomido y ramas jóvenes y retoñadoras, plantados un día por piadosas manos, Maripepa y Arminda besaron la tierra y rezaron, poniendo en las palabras fervores de súplicas.

Frente a ellas la ermita humilde, edificada sin ador-

nos arquitectónicos, rematada por una pequeña espadaña. La puerta, franca, y el interior sencillo, con un solo altarcito, en donde se venera a la Virgen María.

Allí se detuvo Asorey para dejar paso a las dos mujeres.

—¡Ramonciño! Ven, entra—dijo Maripepa, tendiendo la mano a su hijo. Y Arminda le dirigió una mirada, que era súplica muda. Vamos, *Monchiño*, ven *filliño*—y tomó una de las manos de su hijo, y cogiendo de otra a Arminda, los tres penetraron en la *Ermida*...

Allí estaba Él que buscaban. Enfervorizados oraron... Y Asorey sintió una emoción honda, una sacudida en todo su ser. La modestia de aquel altar, sencillo, con una imagen de la Virgen, toscamente tallada, habló a su alma con expresión más acentuada que las iglesias modernistas, de altares pomposos, de múltiples columnas enlazadas por racimos de uvas y flores de oro, en las que por curiosidad y no por devoción había entrado en días de boda o de ceremonia caballeresca.

Al salir la madre se abrazó a su hijo, exclamando:

—¡Gracias, *miña* Santa Mariña. Gracias, *filliño*!

—Gracias a usted, madre, y gracias, muchas gracias—unas gracias que paso al fondo del corazón—a usted, Arminda, que por mí acaba de realizar un sacrificio... Descansemos un poco—y se dirigieron a una fuentequilla, en donde brotan de una peña aguas abundantísimas y frescas, y en donde se descubrió la imagen de Santa Mariña, consagrada por una poética y religiosa leyenda.

Un día, tan incierto como lejano, los rapaces que apacentaban los ganados en la cima del monte, observaron que la fuente *arrecendía*, que de sus aguas se desprendían gratisimos olores, aun en la *invernía*, cuando no

había flores, y más gratos que los que despiden las más aromáticas rosas. Y los viandantes que de noche por allí pasaban, veían misteriosos resplandores de blanca luz, que rodeaban el peñasco, en donde la fuente nacía.

Para investigar lo que "aquello" tenía de extraordinario, se hicieron excavaciones, que terminaron con el hallazgo de una imagen de la Virgen, que fué colocada en el altar de la ermita. Pero fué grande el asombro de todos cuando al día siguiente notaron que la imagen había desaparecido y estaba otra vez junto a la fuente. Volvieron a la iglesia y volvió por la noche a desaparecer, reapareciendo en el punto donde fuera hallada, hasta que se hizo en piedra otra imagen para la fuente, y desde entonces permanece en el altar la primitiva.

—Sentémonos aquí, Arminda, y también usted, mi madre, que bendito debe ser este lugar, en cuya fuente nacen los santos.

—Y santa bien milagrosa, la santa *Mariña*, que aquí *apareció*, y buen milagro el de hoy, que te trajo a su lado—contestó *Maripepa*, a la que replicó vivamente Ramón:

—No lo niego, madre, pero ya sabe usted, que es tan refranera, que adonde el corazón tira, el pie camina, y como el mío va hacia ustedes...

Y al decirlo miró suavemente a Arminda, que experimentó una sensación, como si un pedazo de gloria invadiese el fondo de su alma, que arreboló sus mejillas.

Adivinó en aquellas frases una discreta confesión de amor, que halagó sus sentimientos, pero pronto el orgullo surgió altanero, para atravesarse en el camino, y así replicó:

—No hay que fiar del corazón, que también engaña.

—Cuando bien se ama, no engaña. Aquí, en esta fuente y en esta peña, encuentra usted corroborada la verdad de mi afirmación. El corazón de nuestras gentes, que propende siempre a amar lo sobrenatural, los encaminó a registrar la tierra y a descubrir la estatua de Santa *Mariña*.

—Tenían la guía de los aromas y de los resplandores misteriosos...

—El corazón siempre va guiado por algo, visible o invisible, y hasta por razones que la propia razón ignora. Para juzgar de algunas cosas, si el corazón falta, la razón desatina. Los conflictos de las almas solamente el corazón los resuelve.

—Discurre usted, Ramón, como si viviésemos en una sociedad primitiva; pero la civilización complicó las cosas: la riqueza, la genealogía, las diferencias de clase, los prejuicios sociales, crearon veredas ocultas, caminos peligrosos, precipicios que con frecuencia hacen fracasar al guía.

—A un corazón cualquiera, sí. Un corazón que sea algo más que endeble mecanismo del cuerpo, dispuesto para usarse, salta por encima de esos obstáculos ridículos, vanos y presuntuosos, sin consistencia moral, y triunfa.

—Sí, pero ese triunfo no es gloria, sino piltrafa que se arroja como pasto a la murmuración, al comentario, a la crítica impía, y ¿tienen todos valor para resistirla?

—Quien aspire a recorrer el largo camino de la vida sin lastimarse los pies, sin recibir un golpe o una magulladura, es un iluso. Por algo la vida es un poema heroico, por lo que tiene de conquista, de lucha.

—¿Y el que no se siente con vocación de héroe o no tiene fuerzas para serlo?

—Con su debilidad labra su propia desgracia, y acaso, sin saberlo, la ajena.

—Y todo queda pagado, pues su propio pecado es su propia penitencia.

—Aparentemente, sí; en realidad, no, porque sólo sufre la mitad de la pena, pues la otra mitad recae sobre la ajena desgracia. Y yo pienso que a la vida ha sido lanzado cada ser humano, en primer lugar, para procurar la felicidad de uno de sus prójimos, y en secundario lugar, la suya propia.

—Magnífico altruismo.

—Cristianismo puro, de la más vieja solera, de la única, de la predicación evangélica, que no sólo era predicación, sino ejemplo.

—No le tenía por cristiano tan riguroso.

—Lo fuí siempre, con un breve paréntesis, que hoy, principalmente gracias a usted, comenzaré a cerrar. Y el paréntesis es el que la gente censura, como sucede al escrupuloso pagador de sus deudas, que aún después de satisfacer miles o acaso millones, solamente porque un día no pagó o demoró pagar un puñado de pesetas, le llaman granuja y pillo, cuando no estafador. La sociedad está más preparada para condenar que para perdonar. En este aspecto el judaísmo está más extendido de lo que parece.

—¡Por Dios, no me incluya entre los judíos!

—Imposible en quien empezó a escalar el cielo para intentar colocarla entre las santas, porque siéndolo podré adorarla sin el estorbo de los prejuicios sociales, y

aún tendré la seguridad de que podrá quererme, porque los santos quieren a todos los que tienen fé.

—Sin estar tan alta, yo le estimo, Ramón.

Maripepa, vencida por el cansancio, dormía, tumbada al pie de un castaño, y Asorey, que se sentía inspirado por el recogimiento silencioso del lugar, conmovido por la piadosa ofrenda de Arminda, y sugestionado por su serena belleza, replicó, con voz ténue, más apagada aún por la emoción que por la voluntad:

—En querer es soy muy ambicioso, Arminda, y aspiro a más que a la estimación. El rumbo de un alma y de una vida, depende de un instante, de una decisión, y el de la mía, hasta ahora incierta, está a merced de la lealtad con que voy a hacer una afirmación, y de su respuesta a la pregunta que he de dirigirle. Arminda, yo le quiero, le amo a usted. ¿Cómo nació ese amor? ¡Qué importa! Como nace siempre, sin sentirlo, y yo, cuando me dí cuenta del mío, era ya crecido, vivía conmigo, compartía mis soledades y mis pensamientos, y hasta el muy pícaro me quitó el sueño, me causó desvelos. Estos amorcillos inquietos no pueden vivir sólo en un corazón, necesitan dos corazones para anidar, y ¡me daría tanta pena que se muriese en el mío! ¡Me iba a producir tanto dolor! Arminda, ¿no habrá un hueco en el suyo?

Aquella bajó los ojos, que tuvo fijos en los de Ramón, bebiendo sus miradas, mientras éste hablaba; apretó en el blanquísimo cuenco de sus manos el rosario y, muy quedamente contestó:

—Yo no amé nunca, Ramón...

—¿Ni pensó en amar?

—Sí; el amor, como idea, vagó muchas veces por mi mente; pero fué siempre algo borroso. El amado no te-

nía nombre, ni figura. Muchas veces intenté concretarlo con la imaginación y no pude. No era ninguno de los jóvenes de aquí, de los conocidos, y sin embargo, lo presentía.

—¿Y no lo deseaba?

—No creo que eso haya sido malo. Porque amar, querer mucho, *muchiño*, debe ser bueno.

—¿Entonces?...

—Entonces, si ese *amorciño* que tiene usted no puede vivir solo, le dejaré, por de pronto, un *rincunchiño*, y si se comporta bien, pues ya veré de hacerle más espacio. Morir, que no muera, al menos por mi causa... Como tengo que contestarle lealmente, espere un momento, antes de darle entrada, porque hay en el aposento unos trastos viejos: los prejuicios del pasado y del presente; voy a quemarlos. ¡Fuego!—dijo, y poniendo las manos sobre el corazón, continuó:—¡Ya está! ¡Cómo arden! Mire, Ramón, allí, en lo alto, aquella nube blanquecina, es el humo de la hoguera purificadora. Así Pérezcan todos los enemigos del corazón.

—Entonces—preguntó sonriente Asorey—, ¿se puede pasar?

—¡Ah!—exclamó Arminda, enfilando hacia aquél el imán de sus ojos.—¿Es usted el del *niño*?—y con risa de gloria añadió:—¡Adelante, hombre, adelante; no lo deje de la mano y... pase usted también!

—¿Para siempre?—preguntó, insinuante, Asorey.

—¡Vaya hombre! Aún acaba de entrar y ya quiere quedarse para siempre... ¿Se encuentra a gusto? Pues ande, con tino, despacito, poco a poco, y... ya veremos—dijeron los labios de Arminda, cuyo corazón era como una de esas plantas generadas bajo la nieve, que, al lle-

gar la primavera y ser acariciadas por el aire y el sol se desbordan en hojas y flores.

Las palabras de Ramón al descubrir su amor las recogió Arminda con el alma y las materializó con los sentidos, figurándosele acordes dulcísimos, fragancia de rosas, y las saboreó como la más dulce miel, como jugo de frutas maduras.

—De modo, ¿que me quiere, Arminda?

—¡Ay, Jesús, yo no dije eso! Pedía sólo un rinconcito, y cree que le han dado toda la casa. ¡Ay, filliño, los corazones hay que ganarlos, no se regalan!

—Pero, entonces, ¿es que no me quiere?

—No le dije eso tampoco. Qué malas entendederas tiene.

—Es que yo quisiera...

—Oiga. Usted, que es tan culto, recuerde aquello de...

Quando la codicia en el pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

—Usted no es codiciosa de espiritualidades, de querer...

—No sé, no sé. ¡Jesús, qué preguntón! Todo lo quiere saber...

—Bueno; pero desde hoy será usted la única flor del jardín de mi alma, y para mí solo los colores, los aromas...

—Pues si soy flor, las flores no hablan y... allá el jardinero. Si las cuida y las mimas y les muelle la tierra, y las riega, pues son más galanas, más aromosas, viven mejor... Además, Ramón, tenga en cuenta que aquí, en la aldea, las flores son rústicas y... puede usted sufrir

un desengaño, sobre todo si las compara con las que usted habrá visto...

—¡Alto ahí! Dejémos el simbolismo. No hay tal rusticidad en las gentes que saben pensar y sentir, aunque vivan en el campo. Sin bagaje alguno de pensamiento se puede vivir en las grandes ciudades; pero los que viven frente a las montañas rudas, rodeados de bosques, tierra bajo los pies y cielo sobre la cabeza, si tienen jugo en el cerebro y frescura en el corazón, son más civilizados. El que vive en los núcleos rurales demuestra poseer un gran caudal de recursos espirituales.

—No se me había ocurrido esa idea.

—Y sin embargo, la viene usted poniendo en práctica. ¡Vivir en el campo, en la aldea! Hay que tener un espíritu selecto. Por no tenerlo huyeron de nuestra tierra los aristócratas, tras el espejismo de la Corte Real, los leguleyos, persiguiendo la burocracia. No sabían leer ni hablar con la naturaleza, no entendían los rumores de los pinares cuando en la invernía los abate el viento, ni sus quejidos cuando en el estío se desprende una rama seca, no tenían oído musical para recoger las sonatas de las aguas de los ríos, al deslizarse por el cauce o al romperse en las rocas, ni sus ojos sabían gozar con la múltiple gama de colores del monte, del valle, del prado, de la veiga; ni acertaban a comprender cómo se sembraban de esperanzas las tierras en el otoño y cómo se segaban logros en el verano. Eran unos ignorantes del medio, gentes de corazón frío, y de mudez en el alma. El sentido oculto de lo animado y de lo inanimado sólo aciertan a sorprenderlo las inteligencias penetrativas.

—Cierto es que aquí, en el campo, estamos más cer-

ca de la verdad, que las cosas naturales nos recuerdan todos los días.

—Quizá por temerla se huye de ella. No gustan de tener a Dios siempre presente. ¡Oh! Y Él se muestra más en la campiá. Doquiera volvamos los ojos, allí está, Sale el sol... Dios. Entonan sus himnos los pájaros... Dios. Muere el día, aparecen la luna y las estrellas... Dios. Pelean los elementos, ruge el viento, se encrespa el mar, se desborda el río, cruza el rayo por el espacio... Dios. Se encuentran dos corazones aquí, en la cima de este monte... Dios. ¿Verdad, Arminda?

En este momento despertó Maripepa y, asombrada, dijo:

—¡Ay, Jesús! ¡Y no me tomó el sueño! Vámonos, señorita.

Emprendieron el regreso al lugar, y desde aquel día Asorey hizo frecuentes visitas al pazo, unas veces para llevar plantas y semillas, otras flores, y ya con el consentimiento de doña Peregrina, las regularizó, con pretexto de estudiar los retratos, los muebles, la arquitectura, examinar documentos y comprobar datos en el archivo, para la historia de Fonte do Abade que se proponía escribir.

La tós, el amor y la riqueza no pueden estar ocultos mucho tiempo, y el visiteo asiduo de Asorey al pazo trascendió a la calle, se extendió como gota de aceite en papel, dió pábulo al comentario, ansioso de motivos nuevos.

Y así, en el atrio de la iglesia, a la hora en que la campana toca para la hora angélica, invitando a las almas al recogimiento al agonizar el día, dos jornaleras de oraciones, de miradas semitas, dialogaban con el entusiasmo que suelen sentir ante las cosas humanas muchos que afirman seriamente que sólo aspiran a las divinas.

—¿Usted ha visto? Ahora la santita Arminda, la moína, nos sale en amoríos con el hijo de la Maripepa. ¡Un renegado, un descreído, un hombre sin Dios!

—En estos tiempos la mocedad no repara en nada. ¡Como Asorey tiene dinero! Así, “levantará” la casa y pagarán las deudas.

—Aunque la riqueza no parece que sea para tanto. ¡Y sabe Dios cómo la ganó su tío Tomás!

—Y él también no sé de qué se enamorizó. Porque muchachas más guapas, y hasta ricas, las hay en la villa.

—Eso dice Niní, la de don Atilano, y no será por ella, que, según habladurías, le dió una calabazas sanjuaneras a Asorey.

—Lo creo, porque si se le pusiese en el *periquito*, le birlaba el mozo, pues, como dice el coronel Porras, esa es capaz de quitarle el novio a la mismísima Julieta.

—¡Ay, si una fuese murmuradora, cuántas cosas podía hablar! Pero, gracias a Dios, estamos libres de ese pecado.

—En buen hora lo diga. Buenas obras, caridad con el prójimo, eso; nobleza en el alma, que es lo principal.

—Nosotras, con cuidarnos del bien y de la salvación de la nuestra...

—Mire, mire para allí. ¿No ve a Clariña, tan fachendosa, con dos jarros de leche en la mano? Lo de todos los días. Es el pregón de la caridad de Arminda; la leche para el hijo del *legoeiro* y para el tío Marcos da Canela, como si ella sola los atendiese. Yo, sin decirlo, hé seguido por la salud de ellos algunas novenas, y, por si Dios no fuere servido de darles la salud del cuerpo, ya les tengo adelantados rezos por el alma.

—Es que algunas gentes no miran más que a lo mate-

rial. En fin, allá no valen engaños, y cada uno tendrá su merecido.

—Dios nos vé a todos y las cosas que pasan.

—Adiós, doña Ramoniña.

—Adiós, doña Antoniña.

Las dos mujeres, después de poner el grito en el cielo, que era lo único que hasta entonces pusieron, se separaron en dirección contraria. Volvieron las espaldas y simultáneamente también, volvieron atrás los rostros, las miradas semitas se encontraron y se sorprendieron, mutuamente vigiladas. Las desdentadas bocas fingieron una sonrisa y las cabezas, para disimular, insinuaron una humillación cortés. Los murciélagos, atraídos por la luz ya brillante de las lámparas de la iglesia, acudían golosos a beber el aceite de las ofrendas.

También la Roja, como todo el villano vecindario de Vilamoura, conocía los amoríos de Arminda y de Asorey, y ella, que coquetuelamente se insinuara para que el joven se animase, al verse desposeída de una ilusión, derrotada y vencida por la señoritinga del pazo, experimentó una sensación mezcla de contrariedad, de odio y de venganza. La primacía local, que nadie se había atrevido a disputarle, estaba en entredicho; su influencia, que se extendía desde el Ayuntamiento a los corazones, disminuía; el poderío de su riqueza, ineficaz. Los amoríos de Asorey con Arminda, representaban para Niní un desaire, y engendraron en su espíritu un rencor. ¡Que se fuese Ramón! Casarse allí, en su presencia, olvidando que magnánimamente en el primer encuentro que tuvieron en el tren le hizo la merced de sus sonrisas, de su simpatía, para desdeñarlas, eso, no y mil veces no. ¿Qué se creía ese fátuo? A ella no le importaba nada, nada. Ni

tanto así, como la media luna de sus pulidas y rosadas uñas, pero ¿enamorar a una cursi, a una pobretona como Arminda?

El amor propio, airadamente desatado, como vendaval seco, le sugería las más disparatadas locuras, como en todas las mujeres que se entregan a él; mayores y más locuras que cuando las domina el verdadero amor. Su temperamento tropical se lanzaba desbocado y se sentía dictador, verdugo, juez y carcelero para castigar a Ramón. Acostumbrada al mando y al triunfo, no comprendía que nadie pudiese ni vencerla ni desobedecerla. Este primer desengaño en su vida la exasperó. Además, aunque ella quisiese convencerse de lo contrario, lo cierto era que su corazón, hasta entonces infértil para el amor, se había interesado por Asorey, lo deseaba y era capaz de rendirle su instinto tirano, para trocarse en esclava sumisa. ¡Y se lo robaban! Robado, sí, robado, pensaba. Yo fui la primera que lo conocí, me pareció agradable, quise que le perdonasen la pena de destierro que sufre y otra me lo arrebatara... Y no es que lo quiera, ni lo desee... No... Ya podía venir a mí rendido de amor, y lo rechazaría... Es que no quiero que se lo lleve esa *santioria* de Arminda.

VIII

Es la víspera de la festividad patronal. El sol había sido una hostia de brasa, un sol fecundo y nutridor, que forzó la madurez de las mieses ya logradas, mostrando la ubérrima voluptuosidad de la tierra, tras la larga continencia de la invernía. El ambiente caldeado, fué entibiándose al promediar la tarde, por gentil y suave brisa montañesa, que abanicaba los árboles, hacía que las hojas se besasen y retornaba a los cuerpos el vigor arrebatado por las horas caniculares. Comienza el prelude de las fiestas patronales.

La chiquillería, inquieta, corretona y vocinglera, va de aquí para allá, en incesante carrera, pregonando a gritos las novedades. ¡Alberte...é...é! ¡Ven, *que xá chegou o fogueteiro...*! ¡Ay, Andrés... corre, que *vele ahí veñen os músecos...*! ¡Puriña...a...! ¡Socorriño! ¡Pepa...! ¡Bulide, *que xa puxeron os paus pra os titeres!* Contentamiento, alegría y bullanga infantil; alegres voceríos que resuenan en las plazoletas, en las estrechas ruas, en los arrabales. Viejos y mozos, hombres y mujeres caminan con desusada prisa, entran y salen en las casas, como enjambres de abejas que liban la alegría en las calles y acuden a depositarla en los hogares. Parece que rien el sol, los pájaros, las flores, los árboles, y que can-

ta el agua al deslizarse por los regatos, al caer por las cascadas, al brotar en las fuentes.

En el jardín de Ramón entraron en florido saqueo Maripepa y Clariña, con tijeras y podadera en manos, y no dejaron flor en su tallo, ni rosa en su rosal, porque todas las fueron cortando y colocando cuidadosamente en *carabelas*, para adornar y perfumar la iglesia.

—¡Ay, qué clavel más pulido!—exclamaba Caramoniña, aproximando más a los labios que a la nariz un magnífico ejemplar de reventón.

—¿Y esta rosa? Que no tiene tan fina la color ni la señorita más fina.

—Te parece hecha por los ángeles, para adorno del altar de *Nosa Señora*—repuso Maripepa.

—¿Pues, y estos geranios? ¿Y esta dalia?—argüía, entusiasmada la rapaza.

—Este capullo a medio abrir, tan rematado, es para usted, don Ramón, que se lo voy a poner yo en el ojal. Y seguida la acción a la palabra fuéase hacia el joven, que silencioso presenciaba la florida devastación y le adornó la solapa con la flor.

—De tu mano, prenda, todo lo que venga, y de tu mano, rosa, cualquier cosa, como diría uno de nuestros mozos del agro, cuando les dá por hablar en verso—dijo Ramón, sonriente.

—No creía yo que usted también sabía de *parafeos* aldeanos—exclamó Caramoniña.

—Como cajón de sastre, recojo lo que observo, y casi siempre me interesa lo que los demás desprecian u olvidan.

Ya no quedaba ninguna flor útil que cortar. Las dos mujeres cogieron las *carabelas*, y cuando ufanas se dis-

ponían a encaminarse a la iglesia, la fácil franqueza de las puertas campesinas galaicas dió entrada a la tía *Chinta*, y a *Farruca* de Xuana, dos mujeres, vieja la una, joven la otra, destocadas, vestidas con chambras de percal rameado, y las faldas negras.

—A las buenas tardes nos dé Dios y tengan ustedes—saludaron.

—Así las tengáis vos—contestó *Maripepa* por todos, e interrogó:—Y luego, ¿qué vos trae por *acá*?

—Pois veníamos a por unos pocos de *carabeles* para la Virgen del *Cruceiro*—dijo *Chinta*. Porque ésta—señalando a *Farruca*—ofrecióle de arrosar el camarín cuando la enfermedad del hijo, y como aquí, en esta galanura de horta, los hay, gráceas a Dios...

—Sí, señora—continuó *Farruca*—que lo ofrecí por salvarme a mi *Antoninho* d'aquella enfermedad que *nin* todas las *meiciñas* juntas de las dos boticas, *nin* los dos médicos le certaron; pero lo encomendé a la Santísima Virgen y al Cristo del *Cruceiro*, que todo lo saben y lo pueden, y sanáronmelo. Y mañana lo he de llevar descalzo en la procesión y más yo he de dar tres vueltas de rodillas al *adro*, que el Señor tiénemelo muy merecido.

—¿Y d'estonces ya está bueno?—interrogó *Maripepa*.

—Sanísimo; agora corre, *lata* a la escuela, *agacha* por los árboles.

—Ya lo creo—comentó *Chinta*—. ¡Que o diga a miña *figueira*...!

—Bueno, mujer, bueno; pues cumple tu oferta, y aquí tienes *carabeles* para le poner al Cristo y a la Virgen. Y le dió flores en abundancia, complacida de la dádiva.

—Vaya, que Dios se lo pague, y vayan por el alma de don Tomás que esté en gloria. Otras también me dió

la señorita Arminda, la del pazo, que es bien dadivosa. Y se despidieron agradecidas.

El camarín a que se referían las buenas mujeres estaba en un crucero, en el encuentro del camino del monte y de la carretera de la estación, a la entrada de un bosque espeso y temeroso. Una escalinata sostenía la alta cruz de piedra; en el anverso, mirando a la villa, la imagen del Crucificado, y en el reverso, la Virgen, con su hijo sangrante y yerto en los brazos. Al frente de la escalinata, adosada a un muro, una hornacina de granito labrado, guardaba una tosca imagen de la Virgen. Era aquello un diminuto santuario, centro de devoción popular, como probaban las flores, las espigas doradas, los exvotos de cera, figurando brazos y piernas, y por la noche un farol, siempre alumbrando al Cristo y al caminante, gracias a la piedad del vulgo.

Trás *Chinta* y *Farruca*, fuéronse Maripepa y Clariña hacia la iglesia. Era ésta de traza modesta; una torre alta, esbelta, de tres cuerpos, graciosamente superpuestos, con las campanas grandes y un reloj, flanqueaba el lado derecho de la fachada y en el izquierdo se alzaba un modesto campanario sencillo y rematado por una cruz. El pórtico románico lo coronaba el grupo de la Trinidad divina y augusta, reciente y escandalosamente embadurnada de bermellón y azul, reclamando un castigo para el vil restaurador. El interior formábalo un amplio crucero, elevadas bóvedas, con dos altares laterales y el mayor consagrado a la advocación de la Virgen del Carmen.

Unas cuantas rapazas y el capellán combinaban con ramaje aromático y vistosas y multicoloradas flores y con mejor intención que arte, ramos que colocaban en flores vidriados y búcaros de tosca arcilla, que luego dis-

tribuían pródigamente por todas partes; en las altas cornisas de piedra, en las hornacinas vacías, en los altares y, sobre todo en el principal, que quedó convertido en jardín abundoso y pletórico, en el que campeaban majamente los colores amarillos y blancos, rojos y rosas de las dalias, las margaritas, los jacintos silvestres, las francesillas y tornasolados capullos de té. En el centro, rodeada de cirios blancos una bella imagen de Nuestra Señora del Carmelo, ideada y trazada por el imaginero compostelano Paco Asorey. Una virgen, cuya cara recuerda la de las más bellas muradanas, de facciones griegas, todo serenidad y dulzura en el rostro, destacando los rasgados ojos entornados humildemente y que a pesar de ello, irradian luz. Ojos de piedad, de esperanza, de misericordia, de consuelo y otorgamiento para los creyentes que piden y ruegan.

La tarde es de actividad y ajetreo en todo el pueblo. Las gentes dejan las labores de la "campía" más temprano que de costumbre y el "gando" también anticipa el retorno a sus albergues. En la torre de la iglesia parroquial, en el Ayuntamiento y en el pazo de Moscoso flaméa la bandera nacional; las estrechas y tortuosas ruas están alfombradas con *fiunchos*, *espadañas*, amapolas silvestres, hojas de laurel, maravillas trigueras y tiernas ramitas de pino.

En la Plaza de la Constitución, unos toscos pinos, recién cortados, sirven de sostén a escudos y gallardetes, cadenetas de papeles multicolorados y farolillos japoneses. En el centro, con un armazón de tablas, se improvisó un templete para la música. Esparcidas aquí y acullá, se ven mesas cubiertas con manteles, ni muy blancos ni muy holgados, sobre los que se amontonan galletas de almen-

dra, roscas *bañadas*, caramelos, *resóleo*, anís estrellado y otros formidables y explosivos licores elaborados a brazo.

En los hogares despliegan actividad las *donas* sacrificando gallos y conejos domésticos, corderos o cabras, interin los *petrucios* echan leña en los hornos caseros, para recibir los *molletes* de pan de trigo y las rezumantes empanadas.

Al atardecer muchas gentes que quieren celebrar también espiritualmente la fiesta acudieron a la parroquia a purificar sus almas.

Ramón, con su madre entró en la iglesia y se confesó con el Padre Núñez, fraile franciscano, venido de Herbón, para predicar el sermón en la misa solemne. Su confesión larga, despertó la curiosidad, turbó el pensamiento y, acaso interrumpió las oraciones de algunas devotas.

Cuando Maripepa y su hijo salieron al *adro*, las campanas volteaban alegres, anunciando que comenzaban las vísperas; cohetes que iluminaban con desprendidas bengalas el espacio y bombas de dinamita que atronaban; la gaita gemía un *alalá ribeirano* y la banda de Merza tocaba briosa y encarnizadamente un flamenco pasodoble, que sonaba a herejía al expandirse sus ecos por los valles.

En torno de la música se formó el baile *agarrado* y, alrededor del gaitero el típico, el céltico danzar galaico. Ante éste se detuvieron Ramón y Cosme, para admirar la destreza de los mozos y la agilidad de las mozas, en admirable torneo.

El gaitero, arrimado al tronco de un *carballo*, inflados los carrillos hacía sonar, tentadora, la gaita: primero unas notas breves, retozonas, saltarinas, sobresaliendo el roncón burlesco; luego sonidos más amplios, ligeros,

apremiantes, agudos; después tonadas tristeras, gemidos y sollozos acompasados por el cascabelero tamboril; unas veces semejaba rocío y gorjeo de pájaros, otras vendaval y batir de follaje; en un momento parecía adentrarse en el corazón, ensanchándolo y en otro instante lo oprimía, estrujándolo.

Un círculo de colorines giraba acompasadamente sobre sí mismo; un iris movedizo eran los pañuelos rojos, dorados y azules, las chambras floridas, los refajos encarnados; de pronto, la rueda se rompe y los sexos se separan y bailan frente a las mozas los mozos. La *muiñeira*, lánguida y melancólica al comienzo, abandona la nostalgia y crece pujante, fuerte. Los bailarines saltan, bordan trezados y arabescos con los pies, giran, dan vueltas de vértigo enloquecedor, cierran o rompen la cadena, siguiendo con los cuerpos los ecos de la gaita, que ora deja oír notas de torbellino desenfrenado, ora de desfallecimiento.

Asorey y Cosme se lamentaron de que lo típico y regional, poco a poco, se difuminaba en costumbres nuevas, que, por no ser sentidas ni comprendidas, aparecían ridículas y ponían en ridículo a quienes las aceptaban y a ellas se rendían.

—Sobre todo—exclamó Ramón—lo que no soporto es que se bailen schotis chulescos y danzas canallas, por mujeres y hombres que no conocen la perversidad moral y que nuestra gaita, ideada para expresar quejas y dulzuras de la raza, toque pasacalles de torería. A mí la *muiñeira* me parece una danza presidida por dioses paganos y circunspectos, y el *agarrado*, como dicen aquí con fuerte expresión gráfica, un baile dirigido por diablos pecaminosos.

—Y lo curioso és—añadió Cosme—que los bailes y la música que aquí olvidan y desdeñan, en otras tierras son admirados y aplaudida. ¡Cuántas veces allá, en la Pampa, celebramos modestos regocijos, confortándonos con oír un alalá o una alborada de Montes!

—Los Ayuntamientos, si se inspirasen algo en el sentimentalismo regional—comentó Ramón—debían estimular las *foliadas* típicas y exigir que esas murgas contratadas no tocasen más que música gallega. Pero, cuanto más se descaste el país de lo viejo, más fácilmente entrará el *cunerismo* y ganarán con menos falsedades las elecciones los caciques mayores. El desdén por la música regional nos acusa de incultos y de menguado interés por conservar el sello de la raza. La *muiñeira* es muy parecida a las melodías de los montañeses (Ingerlanders) de Escocia y los alalás galaicos son semejantes al canto de *Ultima rosa de verano*, de Irlanda. Además, implica ignorancia de lo mucho bueno que hay en la tierra gallega y desconocimiento de que la *alborada* es la danza de Balcantes, que aplauden a Gounod; los coros de la *Sonámbula* de Bellini, son rapsodia de la *muiñeira*; en la ópera *Linda de Chemounix*, destaca una canción que entonan al compás de los remos nuestros pescadores; la plegaria que se dice en el *Moisés*, de Rossini, son notas de nuestros cantos montañeses... Ya ve usted, amigo Cosme. Los grandes músicos de Italia y de Alemania toman nuestros motivos musicales más populares como inspiración, y nosotros... Confiemos, con sano optimismo, que algún día emprenderá Galicia su propia reconquista.

Después de este desahogo se retiraron ambos. En la plaza los furiosos redobles de un tambor y las llamadas de un cornetín, anunciaron la función de títeres. Un rin-

cón de aquel espacio rectangular consagrado para proclamar o publicar la Constitución, cuando las cosas constitucionales preocupaban a los pueblos, y hoy utilizado para mercado dominguero y centro de curiales desocupados estaba acotado con unas cuerdas de esparto. Cuatro quinqués de acetileno lo iluminaban y en el centro, sobre paja triguera cuidadosamente esparcida, una vieja alfombra raída y perdida la color, un banco, una mesa, una botella y un trapecio, formaban la improvisada pista de aquel improvisado circo. Hombres, mujeres y niños se apretujaban y agitaban inquietos; los había previsores que, en primera fila ocupaban sillas, bancos y *tallos* que ellos habían llevado; otros improvisaron asientos con enormes *croyos*; la mayoría sentados en el suelo o de pie. Algunos mozos y rapaces tomaron posesión de las ramas fuertes de las añosas acacias y de los frondosos plátanos más próximos, y en los balcones y en las ventanas de las casas se apiñaban sus moradores, allegados e invitados.

¡Pom-porrompón...! ¡Tararí...! fueron el último redoble del tambor y el final toque del clarín anunciador.

—¡Vamos señores, quién quiere entrar, pasen ustedes que va a empezar!—gritó estentóreamente el que hacía de director, músico, amo y empresario de aquella farándula. Agitó una campanilla reclamando atención y silencio. Colocándose sobre la desvaída alfombra comenzó a dar saltos y vueltas sobre sí mismo, un chiquillo esquelético, pálido, con la cara embadurnada de albayalde, a cuyas piruetas ponía fin con ridícula postura de gladiador. Alentado por los pródigos aplausos del público, comenzó el rapaz unos ejercicios de fácil dislocación con brazos

y piernas, colocando éstas sobre el cuello, hasta convertirse en rueda que volteaba.

Muchas mujeres, madres, comentaban compasivas el trabajo del infeliz:

—Ese rapaciño debe ser roubado; si foran seus pais non lle deixaban facer esas cousas. ¡Probiño!—y una de ellas apretujaba contra el pecho al hijo pequeñín que tenía en brazos. Otra, mejor enterada, añadió.—Yo, tengo por oídas, que les quitan los hosos para que puedan hacer esos trabajos. ¡Pobre madre! ¡Parir y criar un hijo para eso!

—Y luego que los tratán *coma cans*, fora el alma... Y les pegan... ¡Loubanas!

Cesaron los comentarios en el momento en que sonó de nuevo la campanilla y traída de la mano del director, se presentó una mujer, con el pelo lustroso y suelto, vestida con un *mallot* usado, que delataba más de lo decoroso en ella, los signos de una maternidad avanzada. Agarró el trapecio, se encaramó y poniéndose de pie, sueltas las manos, inició un vaivén de izquierda a derecha; luego se puso de rodillas, para coger con la boca un pañuelo de seda rojo; volteó, haciendo anillo con las axilas hasta que sudorosa y congestionada se dejó caer de un salto sobre la pista, para fingir una sonrisa y enviar con la punta de los dedos unos besos a un lado y a otro, para los espectadores.

—¡*Cocha!*—exclamaba una ingenua campesina. *Non sei como non lles da noxo poñerse así desnudas, diante da xente. ¡O que fan algunhas mulleres por non traballar!*
¡Lacazana!

Ahora correspondió el turno a un hombre cuarenteño de pelambreira hirsuta y brava, enmarañados bigotes,

vestido con un pantalón rojo, un smoking raído y calzado con alpargatas. Hizo una cómica reverencia y cogió de sobre la mesa un puñado de estopa, colocó en su centro un carbón vegetal en brasa, sopló y comenzó a engullirla, espirando fuerte, de modo que salían grandes bocanadas de humo. Así que se hartó, dejó el resto sobre la mesa, tomó en la mano muy finamente una varita y comenzó a extraer de la boca cintas azules, cintas negras, cintas rosa, cintas verdes, entre la cándida admiración del público exteriorizada en ¡Ahs! ¡Ohs!, repetidos y prolongados.

—¡*Meigo*, debe ser—afirmaba una vieja—ou ten pauto co demo!

Sonó la campanilla para anunciar el descanso. Esta vez el director dijo al respetable público, que se iba a hacer una colecta. Cada uno de los artistas tomó una bandeja y fué pasándola por delante de los espectadores. Tardíos, como gotas de lluvia deseada y perezosa, fueron pasando a ellas, después de muchos registros y consultas con las faltriqueras, bolsillos y las atadas puntas de pañuelos, las monedas de cobre.

Para corresponder a la galantería del público, ahora la *compañía* iba a hacer un regalo. Una botella de vino Jerez, de una de las mejores marcas de Andalucía... Aquí hizo una pausa el director, para dar un respiro a su conciencia, sin duda abrumada con el peso y responsabilidad de tamaña afirmación... y prosiguió el espich, añadiendo que ante la imposibilidad de regalar una botella a cada uno de los espectadores, habían decidido adjudicar una a la suerte, en una rifa. Cada cinco números diez céntimos... Total... un millar de números.

* * *

En la botica de "Conejito" estaba reunido el señorío de la villa, en abigarrada y pintoresca tertulia, formando dos grupos, divididos, no por el odio, si no por la categoría oficial.

Ante la puerta, en un trozo de acera cubierta de pizarra, sentados en sillas que la providente mano del "mancebo" había colocado, el Juez y el Registrador, que lucían sendas medallitas de falso esmalte en las solapas de la americana y exhibían al público respeto su alta calidad de funcionarios del Estado, con derecho a tratamiento de usía y bastón con borlas, y daban guardia a sus respectivas señoras, encorsetadas, hinchadas, sin una arruga en los flamantes vestidos.

Dentro de la botica la espuma de la sociedad local: el boticario y su áspera consorte, el coronel *Porrás*, que no sabía de cobardías en los campos de batalla, en donde gracias a Dios nunca había estado, y temía ser vencido por el rocío nocturno.

Doña María, viuda de don León Chao, arrendatario de *alfolies de sal*, y al final de sus días, rentista, fácil ocupación que transmitió a su señora esposa. Esta actualmente se entretenía en cultivar el beaterío profesional. En su ya muy lejana mocedad fué algo escritora y publicó un libro de poesías. Por cierto que, como esto desentonaba en la vida vulgar del pueblo, un entrometido e indiscreto convecino habló a su marido y le dijo:

—Yo no sé cómo consientes que tu mujer escriba en los periódicos y ahora salga con esa *tontaina* de los versos. Un hombre serio, dedicado a los negocios, como tú, se pone en ridículo.

El bueno de don León, que era un *mándria* ante su mujer, replicó:

—Amigo, en el matrimonio no se debe tirar mucho de la cuerda... hay que transigir... tolerar...

Don Benito, que tal se llamaba el convecino, al oírle replicó desabridamente, al tiempo que le volvía la espalda: ¡Vaya, hom! o que *che puxo* a ti *Lion* de nombre entendía pouco de animales...

Doña María, que compartía el mostrador de una tienda de ultramarinos con su marido, y ahora, por conveniencias políticas, la alcaldía. Gorda, grasienta, de cutis rezumante, su declinante y opulenta juventud estaba aprisionada aquella noche en un vestido de reluciente seda, que parecía iba a declararse impotente para contener tanta exuberancia. Semejaba una gallina clueca, cuyo buche, bien lleno, pugnaba por salir y huir. El cuello, que parecía tres blancas morcillas enlazadas por una piel común, soportaba un collar de oro, de legítima procedencia brasileña y sudaba riqueza.

La *Recaudadora*, así conocida más que por su nombre de pila, que era el de Concha, mostraba una espléndida exposición de joyas, en armonía con la profesión de su marido: larga cadena de oro, que daba dos vueltas sobre el busto, en el que descansaba una *pelucona*; pulsera hecha con *doblones de a cuatro*, de la que colgaba una moneda isabelina de cinco duros; sortijas de hombre y de mujer, en los sarmentosos dedos. Los escoliastas locales decían que todas eran producto de embargos a contribuyentes ejecutados. Era una señora tan pudorosa que de soltera no se desnudaba ni en presencia del canario y ahora, las malas lenguas, le atribuían ciertas diabluras con don Atilano.

Era aquel conventículo festinador un conjunto de falsificadas perfecciones, que ayunaban, privándose de

manjares, y bebían sin tasa la sangre del prójimo, hasta embriagarse de murmuración; rezaban sin medida, y desbocaban la lengua contra todos; daban limosna a los pobres, pero guardaban rencor a los enemigos; culminaban en devociones, y culminaban en ruindades.

La heterogénea tertulia huía del bullicio inmediato de la fiesta, con relación a la cual se sentían seres superiores. ¡Iluminaciones! ¡Bien estaban para divertir a los paisanos, pero a ellos que habían visto en solemnes años santos en Santiago, la Herradura y la Alameda como un áscua! ¡Bailes! ¡Inolvidables los que celebraba el Casino de Caballeros en Compostela, y no estas *muiñeiras* záfias! ¡Música! La Banda del Hospicio en la ciudad del Apóstol, cuando la dirigía Martínez y no la murga que ensordecía la plaza con instrumentos que destilaban vino tinto.

Para aquel conglomerado pueblerino tenía más atractivo la cotidiana murmuración, que inició el boticario, lengua de hacha, que según decían algunos la afilaba diariamente.

—Este año las fiestas tienen un número más—dijo.

—¿Cuál?—interrogaron todos.

—Pero, ¿no lo saben ustedes? No les han dado el noticia—añadió, recreándose, ante la curiosidad expectante que despertó en la concurrencia. Y continuó.—La conversión de don Ramón Asorey... su entrada en la iglesia, su confesión con el padre Núñez.

—Habrás visto—comentó la Alcaldesa—el rebelde, el ateo, ahora sumiso.

—¡Qué saco de pecados, Dios mío!—afirmó la señora del boticario, con una convicción de certeza, como si los hubiese contado y clasificado.—Y prosiguió—¿de qué

tamaño serían, que yo vi salir del confesonario al Padre Núñez sudoroso y pálido! Y no era por el calor, aunque en la iglesia hacía mucho, no. Me consta. Me consta.

Doña María, la cónyuge del Recaudador municipal, señora muy llegada a Dios, sin duda para compensar lo mucho que de Él se alejaba su marido, cobrando recargos indebidos y recibos prescriptos, añadió:

—Me dijeron unas devotas que al dejar Ramón el confesonario quedó allí un fuerte olor a azufre. Yo creo—añadió—que no le daría la absolución.

—Vaya usted mañana a la iglesia y lo verá usted con traje blanco y lacito de primera comunión en el brazo—comentó el boticario.

El Coronel Porras oía y se revolvía inquieto en la silla, luchando por decir algo, hasta que no pudiendo contener las ideas que le bullían en el magín y las palabras que peleaban por salir a los labios, lanzó un formidable ¡porra!, seguido de un “ustedes perdonen”, y con autoritario ademán gritó:

—Basta, señores. Más piedad, más justicia y más sentido común. Todos ustedes, fervientes católicos, socios y presidentes de cofradías religiosas, debían mostrar satisfacción y gozo porque un réprobo volviese al seno de la iglesia. Son ustedes una contradicción viviente, ¡porra! Antes censuraban y criticaban que el pobre Ramón no asistiese a misa y no cumplierse con el precepto Pascual. ¡Un ateo más aquí!... y ahora, porque confiesa, comulga y oye misa se escandalizan ustedes y gritan: ¡El mundo está perdido! ¡Un hombre así, en la iglesia, mezclado con los que hemos sido creyentes siempre! Gazmoñería y fariseísmo puro, ¡porra! Es que se han propuesto ustedes moler a palos a Ramón y unas veces co-

gen el palo por el lado gordo y ¡trás! y, para variar, cambian ustedes, lo cogen por el lado delgado y ¡trás! Que Ramón, rema, palo. Que Ramón no rema, palo. La cuestión es pegar siempre y eso, señores, no es cristiano, ¡porra!

—Bien, muy bien, mi coronel, pero en esa conversión hay gato encerrado; ese sastre no da puntada sin hilo y hay que prepararse a más sorpresas—replicó el boticario mientras los demás asentían.

—Si ustedes me lo permiten, yo diría ¡porra!, que aquí no se le perdona a Ramón que siendo joven, buen mozo, y rico, no haya dicho aún a ninguna de nuestras beldades locales, “buenos ojos tienes”. Y es que no se dan cuenta de que entre la caciquería reinante, la murmuración que impera y la envidia que manda, el ambiente no es propicio al amor. Santa Teresa tenía miedo al infierno, porque es lugar en donde no se ama, y Ramón debió tomarle miedo a esta Excelentísima villa, porque es lugar en donde se odia. Está claro, ¡porra! Y no hay que apurarse, ¡porra!, que aunque yo no tengo una idea muy completa del cielo, creo que es mayor que nuestro Excelentísimo ayuntamiento y... hay sitio para todos. No hay más que merecerlo.

La acometedora filípica del Coronel hizo mella en el ánimo de los contertulios. Espíritus de escasa fertilidad, cortado el tema de la murmuración impía, carecían de inspiración para seguir hablando y callaron.

Solamente el boticario, cucamente, respondió al Coronel:

—He ahí una batalla bien dada y bien ganada por usted. Aquí estamos los vencidos.

—Nada, nada de batallas, amigo mío, que no admito

la ironía—repuso el aludido—simplemente aplicación inmediata de la triaca al veneno.

Ajeno estaba Ramón en el patín de su casa, a que su reintegro al catolicismo practicante había de despertar crueles comentarios a los fervorosos devotos de la villa. Sentado, oreándose con el regalo del ambiente tibio y perfumado que subía de las floridas praderas ribereñas, en las que el heno crecía pujante, y descendía de los altos y los bajos *piñeirales* del monte, su alma estaba en uno de esos momentos en que ni se piensa, ni se recuerda, ni se quiere nada; la paz corría por todo su ser, como agua por regato manso. Recreaba el oído con la variedad de los nocturnos sonidos campestres, inacordes, y que, sin embargo parecen encadenados a una mágica partitura. El lánguido, tristero y monótono cantar de los sapos, el algarero croar de las ranas, el ladrar de los canes vigilantes y el aleteo zumbón de los murciélagos que huyen de la luz, el manso susurro de los pinos enhiestos y el dulce abaniqueo de los centenales ya secos, sacudiendo al impulso de la brisa, que sobre ellos resbalaba, las melenas de espigas; en la lejanía el *aturuxo* gallardo de algún mozo medroso o el chirrido de un carro que subía por honda *corredoira* y cerca, muy cerca, el *zongue, zongue* del molino y del agua encauzada, que se queja al despeñarse y, desde todas partes, los incansables grillos cantarines, sonábanle mejor que las óperas que algunas veces había oído desde el “paraíso” del teatro Real. Los ojos los tenía fijos en el cielo, obscuro, sin nubes y sin luna, y tan pronto los pasaba desde unas estrellas que brillaban inalterables a otras que intesificaban su luz o la debilitaban, como si fuesen los faros guaidores de un mar sin lindes, y un instante se deleitaba

con la contemplación del "lucero" y otro momento admiraba "las tres Marías", para detenerse y seguir lento, recreándose en el camino de Santiago, sin viandantes, pero siempre lleno de pensamientos, votos y plegarias que circulan invisibles.

Y bajando la vista a la tierra intentó penetrar en las sombras y en las tinieblas; la negra masa enorme de los montes y de los "castros" que cerraban el horizonte, los robledales y los pinares que recortaban el cielo, los valles sombríos, en donde los casales se adivinaban por la luz de los candiles que se filtraba por alguna ventana, se lo imaginaba como un inmenso cuadro que le impresionaba más que los que tantas veces contemplara en el Museo del Prado.

Fatigados los sentidos, Ramón abrió las amplias puertas del espíritu y cerró los ojos para penetrar en el fondo de los recuerdos e hizo rápido examen de su pasado. La niñez, sin amarguras ni penas; el deber escolar no siempre cumplido con rigor, quizá más exactamente incumplido por los hervores de la sangre, las correrías infantiles con los compañeros, en el verano trepando por los árboles frutales, libres de vigilancia, buscando nidos de pájaros, cazándolos con trampas, zambulléndose en las aguas del Río Viejo, sorprendiendo liebres en su *tovos*, cazando lagartos en las ruinosas paredes del convento abandonado; y en el invierno, cuando las heladas endurecían los caminos, jugando al *marro* y a la *estornela*, lanzando los bolos o haciendo bailar el "trompo".

Luego sus fracasados estudios en el seminario, en el frío internado, sin más agarimo que la estéril disciplina y el estudio, los paseos semanales en colectividad ameni-

zados por los *rillotes*, que al pasar les decían ¡cuá-cuá! mañana chove.

Más tarde el éxodo a la Corte, el duro aprendizaje, las privaciones, la vida cruenta del periodista, en ejercicio permanente, con el tiempo hipotecado al suceso y la atención pendiente de un mal vino, de un mal genio, de un descuido o de una imprudencia, lo trágico o lo cómico que, bien inflado, sirviese de basto manjar al público. Y, además, interin no pasó la edad de la candidez, la esperanza en el éxito seguro, afirmado por los correligionarios enterados del complot tramado más allá de fronteras o en la conspiración fraguada en clandestinos centros políticos, dirigida por militares de la reserva o sargentos en activo, que, cualquier día daba al traste con el régimen... lácteo. Y ahora vía libre: el problema económico resuelto, el hogar confortable, la vida serena, sin claroscuros, sin relieves, desliziéndose en un solo plano.

Verdad es, pensaba, que soy rico, tengo la bondadosa y tierna asistencia de mi madre, inagotable en su cariño y, sin embargo, me siento menos feliz que cuando solamente ambicionaba el dinero. ¡Rico! Satisfago mis necesidades, puedo acumular un sobrante, pero aquí, campo infecundo para el cultivo de ideales y para el logro de aspiraciones, corro el peligro de ser víctima de la avaricia y petrificarme en un calculista, que avaramente guarda y guarda cada año un poco más, de trocarme en un roñoso que cada día rinde a la codicia una nueva humillación. Tengo miedo de insensibilizarme en este ambiente de hostilidad pueblerina, acumular una fortuna por falta de caridad con el prójimo y aun para mí mismo y, un buen día ni sentido, ni llorado, desaparecer. No,

no, se decía. Eso sería estúpido; semejaríame a quien se pasase la vida construyendo una hermosa carretera, sin fin, para no transitar por ella, ni dejar transitar a nadie, hasta después de su muerte. ¡Solo! Me siento aislado y me atemoriza la idea de que, al morir mi madre, el aislamiento sea mayor y entonces pueda convertirme en el solterón ególatra, de los que conocí ejemplares que todo, tiempo y dinero, lo invertían en cuidarse físicamente, para retardar la vejez o evitar la enfermedad, admirándose a sí mismo y hasta creo que algunos, a fuerza de adorarse, rezan a su propia persona. Uno de tantos esclavos del "yo". ¡Casarse! Esta idea nunca había germinado en su mente en el tráfago de la vida madrileña. Sin relaciones sociales, sin conocimiento entre familias, dejarse sugestionar por un buen palmito, por una figurina, sin más antecedentes, era un riesgo y una aventura que él no quiso correr. ¡Ahora?... Al hacerse esta interrogación la figura serena, pálida y majestuosa de Arminda, se le apareció como el deseado y mágico final de un ensueño que alejaba sus temores, desvanecía sus miedos y era guía en el porvenir obscuro. Después de noche muy tempestuosa para el corazón, ella, ella era la alborada que traía luz y sombras en los ojos, rayos de sol en la cabellera, rosicler en los labios, nácar en la frente...

Memoraba la serenidad conmovedora e imponente, ponderación suprema de la dignidad y de la humildad, que se reflejaban en la bella cara de Arminda y las comparaba con el pizperetismo empalagoso y el *flirt* constante de las señoritas que él había tratado, siempre en guerra de conquista acometedora al hombre, utilizando como armas las miradas, los gestos, la desenvoltura in-sinuante... ¡Arminda! Reina que imperaba sin tiranizar,

señora que esclavizaba sin cadenas, diosa que se hacía adorar, alma encerrada en cuerpo galano, ojos brillantes, como el sol de mediodía, que miran acariciadores con mansedumbre de atardecer...

Despaciosamente, sin ruido, Maripepa que lo estaba observando, se aproximó e interrumpió el madrigal que Asorey estaba mentalmente ideando en honor de su amada y le acometió con esta pregunta de inquisición maternal:

—¿En qué piensas?

—¡Ah! ¿Es usted, mi mai? Pues en este momento no pensaba en nada ni en nadie.

—Pues hayte que pensar siempre en algo, fillo, porque la vida sin pensamientos te es como tierra sin siembra y sin plantas. Pensa, hijo, pensa, que el pensar es bueno; lo malo es el malpensar. Así, por una *comparanza*: pensar en una buena moza, aunque sea *guapiña*, cristiana, como Dios manda, dona de lo suyo, que te *coide*, y te quiera y hasta te dé hijos, *non* es malo. ¡Qué ha de ser! Ahora pensar en *toleironadas*, con unas y otras, engañar a esta y *aloumiñar* la otra, eso no te es cristiano, ni de buenos hombres.

—Yo ni pienso lo uno ni lo otro—replicó Moncho—y prosiguió: no basta querer si el cariño no es correspondido por otra persona a quien el corazón lo dirige, y yo, si fuera cazador, jamás apuntaría a pieza que no matase. Perder el tiempo, gastar la pólvora y cansar la vista es tontería, que es pecado contra el Espíritu Santo.

—Bien; pero ahora acabas de descubrir una pieza que yo veo, con mi vista aguda. ¡Tú estás enamorado, Monchiño! ¡Estas noches de verano, y de aldea, siembran amor en los corazones!

—¡ Madre!—exclamó aquél en tono de reproche.

—Non te me vuelvo atrás. Horas y más horas, solo, por *carballeiras* y *piñeirales*; mucho callar y mucho más mirar al *ceo* y a las estrellas, namoramiento es; al menos por estas tierras y como tú en ellas naciste y te criaste...

—Puede usted equivocarse, madre.

—No, hijo, no; no me equivoco, que las madres no nos equivocamos nunca, cuando de los hijos se trata y no es milagro que acertemos, porque en ellos, en sus cosas, en sus pensares, en sus deseos, ponemos todos nuestros sentidos y el alma y el corazón y todo. Y no te me dá *tristura* si no que te estoy *leda* porque te *namores*. ¡ Y si Dios me oyese y te diese por compañera la que yo soñé...!

—No sueñe, señora *Maripepiña*, no sueñe, que los sueños sueños son y yo por ahora no me casaré.

—Calla, hombre, calla y non digas eso, que ya sabes que “casamiento y...” Y a lo mejor la Virgen del Carmen te lo tiene preparado, sin saberlo tú. Porque también te es muy *milagreira* y con aquella mano tan bonita, donde tiene el escapulario, te manda que te cases... y te casas. ¡ Tú no vas a dejar mal a Nosa Señora, una Virgen tan *feituguña* como la que tenemos en la iglesia! Otra como ella no te salió de las manos de tu primo Paco *Asorey*, ni la hay en cuarenta leguas a la redonda. Y buenos miles que le costó a don Marcial Campos, que la regaló. Yo se lo voy a *pedire* ya esta noche a la estampa que tengo a la cabecera de la cama. Y confío que la Virgen me atenderá, porque siempre le tuve devoción y eso te es ya de familia, pues un pariente *noso*, ya hace cientos de años, que se llamaba Fray Pedro de Mezonzo, d'aló de la montañas de Arzúa, fué el que hizo la Salve

y, así que la rezó por primera vez, *fuxiron* los moros, que hasta a caballo entraran en la Catedral de Santiago... Y tengo mentres de decirle: Reina y señora, *daile* a mi Ramonciño una moza buena, como escogida por *vosté*, bonita como él la desee y, si tiene a mano una que sea *galleguiña*, como nos, mejor...

—Gallega o no gallega ¿qué más da?—interrumpió Ramón.

—Ay, no te es lo mesmo, fillo, una rosa que vemos nacer acá, en nuestra *roseira*, que las rosas de lejos. Y el maíz que sembramos y cuidamos, te es más de nuestro gusto que el que traen de fuera. Ay, sí, eso no tiene duda. Y la Virgen me dirá que sí, con los ojos; y yo, desde entonces, empezaré a preparar todo para la boda, a engordar los gallos y más una becerra, y blanquear la casa y...

—Y para tener ánimos—dijo Ramón tapando con las manos la boca a su madre—deje descansar un poco la lengua y vamos a cenar, para tener fuerzas para esos lejanos preparativos, que parecen un cuento de las *Mil y una noches*. Y cogiendo cariñosamente del brazo a la vieja entraron en la casa.

En la lejanía oíanse alalás lentos y quejumbrosos, *aturuxos*, desafiantes o triunfadores, cantigas de amor aldeano en noche de estío, alegría plácida que vuelve a los hogares campesinos... Y a su puerta se detiene y bajo los emparrados suspira los diálogos del amor rústico, hilados con dulces y sencillos *parrafeos* rimados, en que el ingenio, la agilidad nativa, los sentires y los quererres, las ansias y los deseos, estrujándose las manos entrelazadas, van de los labios de un mozo a los oídos de una moza, replicados por ésta en un inacabable romance, al que los gallos, el reloj de los enamorados campesinos, pone un... “se continuará”...

IX

Las visitas de Ramón al pazo, que tanta trascendencia tuvieron para el visitante y los visitados, tan pronto como fueron conocidas en la villa se comentaron en todas partes y produjeron gran impresión en Don Anteriori, quien preveyendo que aquella relación pudiera convertirse en amistad, o en algo más, temía tuviese en lo futuro consecuencias desagradables. Conocer la visita y arrugar el entrecejo fué simultáneo. Los señores del pazo eran los insumisos a su cacicato, y no desconocía que si económicamente la familia Moscoso no tenía fuerzas, contaba con grandes respetos, conservaba un señoril ascendiente en cuantos fueron sus colonos o de ellos descendían, en los foratarios, en los criados, que con esa insuperada lealtad de la raza gallega, les seguían fieles, con más arraigada fidelidad, pues por lo mismo que no podían mandarles obedecían o se ofrecían más gustosos.

Era añejo su cacicato, y no se resignaba a perderlo; soñaba con trasmitirlo a quien maridase con su hija, con Niní. Tenía muy arraigado el afán de dominar con imperio. Capataz de *peonada* allá en América, le inspiraban la rudeza y la dureza del que luchó siempre por un interés, persiguiendo el dinero. Dotado de la astucia del *raposo* y de la crueldad del lobo, sagaz para adivi-

nar el pensamiento de los demás y ocultar el suyo, contaba en todo instante con la decisión y la audacia a su servicio.

Al conocer el regreso de Ramón formó sus proyectos en relación con Niní. Podía ser el rapaz el auxiliar poderoso y el sucesor indiscutido. ¿Que, según decían, era algo rebelde? ¡Bah! Cuestión de habilidad. No había que olvidar que “todos los burros comen cebada; la ciencia está en sabérsela dar”, como decía el refrán. Mas cuando supo que Ramón visitó a las del Pazo, masculló una maldición para la condena que allí le había traído, y cambió de táctica. La caza que él creyó matar a la espera ahora decidió tirarle al ojeo.

Hombre de lasa moral, no escaseaba en recursos para el logro de sus fines. Contábase de él que en ocasión en que iba a Madrid, llamado por el valedor político que amparaba sus fechorías, al llegar a la Corte el baúl que había facturado desapareció, no pudo entregárselo la Compañía ferrocarrilera. Hizo la reclamación; puso en juego la influencia de sus amigos y la empresa, condescendiente, le indicó que justipreciase el importe de lo perdido, para pagárselo. E hizo una cuenta que, en trajes de etiqueta, de mañana y de tarde, ropas interiores de finas calidades, etc., ascendía a cuatro mil pesetas, y en el momento en que iba a percibir la indemnización tuvo la fortuna de que apareció el baúl, con un traje y dos mudas de ropa interior y un par de jamones, que traía como regalo para su protector. Y ni palideció, ni lo encarcelaron.

Para compensarle la contrariedad, su jefe político obtuvo del Gobierno que le hiciese comendador de una Orden civil, y así fué ilustre por disposición Real.

Días después de que Ramón hizo su visita al Pazo de Moscoso se encontró con don Atilano, quien lo saludó con afectada efusión y lo invitó a su casa. Intentó Aso-rey excusarse, agradecido, pero Don Anteriori le objetó:

—Nada, nada; no admito excusas. Aquí hay tan pocas ocasiones de conversar con personas cultas, que quien recibe el favor soy yo. A no ser que usted no quiera favorecerme, honrándome...

No hubo medio de rehuir, ni disculpa posible, y al siguiente día, allá se fué Ramón, a quien recibieron con amabilidad acentuada el cacique y su hija Niní.

Era ésta una niña frívola, sin la exquisita sensibilidad que da la educación materna. La adulación ajena la había hecho vanidosa, y como nunca tropezara con obstáculos, los más caprichosos deseos se le antojaban necesidades. Su espíritu se nutrió en la lectura de novelas, y su pasión eran los trajes, para jugar a la última moda, en un lugar en donde triunfaba siempre. Gustaba de que la cortejasen y necesitaba del cortejo como las flores la lluvia. Vivía de las admiraciones que despertaba o creía despertar y de las impresiones que recibía. Incapaz de sentir ni de inspirar con sus frivolidades y mariposeos sensaciones hondas de corazón, complacíanla los galanteos que rozaban sólo la piel.

Cerca de su padre ejercía esa tiranía femenil que jamás siente debilidad en el dominio.

Por las criadas tuvieron un día los pacatos *vilamourenses* motivo de escándalo con esta noticia. “La señorita Niní se vestía, al levantarse de cama, un traje como el de los hombres, con pantalón atado con cordones, y fumaba como un carretero”. Las señoras de las cofradías querían acudir al señor Cura y al señor

Obispo, a ver si lograbán un real decreto restableciendo la Inquisición; los hombres rieron y comentaron con tolerancia, y al fin todo se acalló prudentemente, por temor a que don Atilano les hiciese sentir que dentro y fuera de su casa él era el cacique.

Ella fué la que inició la conversación con Ramón, preguntándole de la vida de Madrid, los teatros, los estrenos.

—¡Oh a mí me gusta mucho!—dijo, y añadió interrogante:—Y usted, ¿habrá sentido abandonarlo? El motivo, según he oído, fué una condena de destierro. ¡Qué lástima! Aunque ello nos hubiese privado del placer de conocerle, de retornarle a la tierra.

—La condena no me abruma—dijo Ramón—. Me facilitó la oportunidad de venir a abrazar a mi madre, ordenar los intereses que dejó mi tío Tomás... Sin esa causa, quizás no hubiese venido, porque aquel Madrid es un mónstruo que se traga las voluntades y los propósitos, y con los míos se alimentó muchas veces... Después... ¡quién sabe! Una circunstancia cualquiera puede variar la línea por donde uno pensó en caminar siempre... Lo imprevisto, que es con lo que casi nunca contamos y es lo que más influye en la vida...

—¿Volverá usted para Madrid cuando extinga la condena?—interrumpió, preguntón, Don Anteriori.

—No sé; necesito reposo, y luego, sería formar programa para día aún demasiado lejano.

Entonces el cacique se ofreció a Ramón:

—Hombre, eso de la condena—dijo—tiene que terminar pronto... Yo voy a mediar con el agraviado para que perdone... Usted puede ser muy útil a este pueblo... Yo le vería con gusto presidiendo el Ayuntamiento, y

como esa sentencia que pesa sobre usted es un obstáculo, hay que borrarla...

Ágilmente se dió cuenta Ramón de que trataban de cazarle con trampa, y muy cortésmente rechazó la mediación ofrecida.

—No lo tome usted ni por desaire a su gentileza, ni por soberbia, pero creería ser traidor a mis compañeros de periodismo si lo que ellos no lograron por medio de la Asociación de la Prensa, se brindase a la magnanimidad de la política... Mi gratitud a su desinteresado propósito la guardaré en el archivo del agradecimiento...

Insistió, disimulando la contrariedad que le producía el que la presa se escapaba, el cacique, pero los razonamientos eran poco persuasivos.

Niní oyó y observó, y al ver que su padre iba a perder la partida, con audacia felina quiso ganarla, y mirando coquetona y sonriente a Ramón, sacó una pitillera y le ofreció un cigarrillo femenino. Colocó ella con desenvoltura en los labios otro y dijo:

—Porque supongo que usted no se escandalizará de que yo fume, como se escandalizan las niñas gazmoñas y las mamás anticuadas de esta villa cada vez que me ven arrojar humo por la boca.

—No soy corrector de costumbres—contestó, poniendo descortés frialdad en sus palabras.

—¿Mala la de fumar?

—Perdone usted; pero no tengo formado juicio definitivo sobre el asunto.

—Y ¿cuál es el provisional?

—De que es contrario a la estética física y moral de la mujer.

—¡Ah! Yo creí que había usted vivido en el mundo.

—Sí, pero casi siempre confinado en rincones, y poco, muy poco, en los espacios libres.

—Entonces, ¿tampoco gustará usted de esas danzas apasionantes, que se bailan al son del *jazband*?

—Sobre eso tengo un juicio completo. Como son peculiares de gentes que usan taparrabos y viven en los bosques parece que pierden mucho bailadas por quienes cubren el cuerpo a la europea y dan cabriolas en un parquet encerado.

—¡Huy, ya veo que tenemos sobre estas cosas opiniones distintas! Yo no me dejo vencer.

—Pero si ambos las defendemos, sin abdicarlas, y le aplicamos la ley física de que fuerzas iguales y contrarias se destruyen, pues sigue el equilibrio, y no hay vencedor ni vencido.

—Lo celebro mucho, porque eso me permite volver sobre el asunto de su destierro—y bajando la voz, para poner en las palabras lentitud insinuada, añadió:—¿Y si la mediadora no fuese esa cosa vieja y fea que llaman “política”, y sí una personita fea, pero joven, que llaman Niní?

Ramón, inesperada y alevosamente asaltado, se creyó vencido, y al reaccionar contestó:

—Dijo bien quien afirmó que la mujer parece destinada por Dios para ocuparse de la felicidad de los demás, y usted, Niní, acaba de demostrarlo, ofreciéndose a ser la varita mágica que trueca los males en bienes... Pero mi firmeza es como la de las rocas de los montes que rodean la villa... No puedo consentir que usted contraiga una deuda para recibir yo una gracia, que ya no aceptaré de nadie... No habiéndola bebido en la copa que ahora se me brindaba, no la beberé en ninguna otra.

Conservaré el recuerdo de su generoso ofrecimiento.

Niní, que con imprudente ligereza hizo su oferta, al oír que la rechazaban estimó que su amor propio había sido herido por el desaire. Acostumbrada a ganar las batallas, antes de darlas, la primera derrota encontró fácil acogida en su soberbia. Fracasados los propósitos del padre y de la hija, y embarazosa la situación de Ramón, éste se despidió, dejando florecido un odio.

Ingrata impresión produjo en el ánimo de aquél la escena en que acababa de intervenir; amargor en el alma, inquietud en todo su ser. Sentía la necesidad de confiarse a alguien, y dirigióse a casa del coronel Porras, a quien contó el suceso.

—Malo, amigo Ramón, malo—comentó aquél. Y cuidado, mucho cuidado. Es el odio de la serpiente al cerbatillo. Peligrosa lucha, porque aquélla ataca rastreando y éste tiene que defenderse a saltos... En cada Troya hay una Helena. Pronto tendremos indicios... En el Casino y en la botica del Conejito los notaremos, porque el ataque comenzará por golpes de sartén que, aunque no duelen, tiznan. Esperemos...

Fonte do Abade y el Piñeiral son dos lugares formados por unas cuantas casitas campesinas, y ambos, espiritualmente pertenecen a la parroquia de Valvello; la distancia que las separa de ésta es pequeña, pero hay un telón entre ambos, pues las divide el comunal monte das Xestas. No ven los vecinos de aquellos caseríos su feligresía, y allá en el adro tienen sus muertos, privándose del consuelo de contemplar a diario sus modestas tumbas y los cipreses que las cobijan, de pasar todos los días por entre ellos, pues los cementerios aldeanos son vieiro

obligado para *veigas* y prados, tienen a veces servidumbre de pie y carecen de tapias que los aislen.

No se sabe cuándo, pero sí que muy lueño, en un pedazo del monte, en la ladera en donde están enclavados Fonte do Abade y el Piñeiral, hay un bosquecillo de cruces toscas, de diferentes dimensiones. El pequeño espacio está delimitado por *mimosas*. Es un cementerio puramente simbólico e ideal, sin cadáveres, sin lápidas, sin inscripciones. Cada cruz corresponde a un muerto. Cuando muere un habitante del Piñeiral o de Fonte do Abade, allí se detiene el cortejo fúnebre, reza el Cura un responso, agudizan sus llantos las plañideras, interin un deudo del difunto clava en la tierra una cruz, generalmente de madera y de cortas dimensiones. El cadáver es llevado a Valvello. A la vista de sus parientes, más cerca del *lar*, queda como recuerdo material la cruz que lo perpetúa. Sentimental y piadosa costumbre, rigurosamente practicada. En aquel santo lugar estaban las cruces de los padres y del esposo de Maripepa, el padre de Asorey, del de Clariña, de los abuelos de ché Cosme...

Días después de la visita que Ramón hizo a don Atilano, el celoso Ayuntamiento de *Vilamoura* acordó que se dejase libre y expedito el terreno que en las Xestas había acotado la piedad de los vecinos de Fonte do Abade y del Piñeiral, y que para ello se les requiriese en forma. Ya *La defensa de Vilamoura*, el periodicucho semanal que dirigía el Bichito, y secretamente costeaba don Atilano, bajo el título de "Costumbres ridículas", llamara la atención de las autoridades locales sobre el abuso que suponía acotar bienes del común de vecinos, para *jugar* a los cementerios; que tales costumbres nos

ponían en ridículo ante los *extranjeros*, que significaba un atraso mental, etc., etc.; “total, unos palos toscos...”

El pretencioso artículo y el desaforado acuerdo municipal alarmaron a los vecinos, especialmente a la buena de Maripepa, que lloró.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó, dirigiéndose a su hijo—. Pero, ¿qué mal pueden hacer las cruces? Mal, la cruz, sólo se lo hizo a Noso Señor, que lo clavaron en ella y fué por nos hacer bien a nosotros. A mí paréceme que arrancarlas de allí es meterse con las almas. ¿Y no les dará *medo*? Ay, non; antes que quiten la cruz de tu padre, y la que le puse a Tomás, y las que pusimos a mis padres, han de quitarme la vida. Aún quedan mozos en Fonte do Abade y en el Piñeiral. Y que te los hay muy *fortes*, que con un *fungueiro* matan un *boi*.

El comentario y la repulsa indignante corría por los *rueiros*.

Y todos buscaban el amparo de Ramón y de Cosme, quienes sentían también que en sus venas corría el fuego, pero en brasa, sin llamaradas alarmantes.

—¡Mirai o Bichito! Disque le llama palos a las cruces. Para *nos* son *mortos*, que alí *choram*os. Como él non *chora*, porque non sabe—decía una moza enlutada.

—No es porque no sepa, sino porque las serpientes non lloran—añadió otra.

—Ni arden, que si no, poníamósle lume—agregó un mozo resuelto.

—No seas tan *súpeto*, Cidre—le objetó, riéndose, un compañero. Antes que el fuego hay que *arrecadar* la leña.

Y un *petrucio* de guedejas blancas, que asomaban por debajo de un *pucho* de burda lana, calmamente dijo:

—Pues yo *vos* pienso que no tiene tanta culpa el Bichito como quien lo manda...

—¡Morra! ¡Morra!—gritaron todos, con el pensamiento puesto en don Atilano, y sin que nadie se atreviese a nombrarlo.

Asorey procuró calmar los ánimos de aquellas gentes, heridas en sus sentimientos, atacadas en sus costumbres, que ellos consideraban superiores a todas las leyes y a todas las autoridades y prometió mediar, para que todo se arreglase, decidido aunque tuviese que violentarse, a visitar al cacique. Antes fué con Cosme a ver al Coronel, que noticioso ya de lo ocurrido, le dijo:

—Ya sé, amigo Asorey. ¡La serpiente! Don Atilano no está. Como Júpiter, cada vez que lanza un rayo desaparece. Marchó a la capital, y a su regreso no le visitará usted solo. Iremos también Cosme y yo. Hay visitas que no deben hacerse sin acompañamiento o sin testigos. Vamos un rato a la botica del Conejito.

Enfaenado éste en preparar una mixtura que debía exigir gran cuidado, a juzgar por el tino que ponía en contar gotas y pesar en la balancita de precisión polvos y papeles, acompañábanle, sentados frente a frente, el Bichito, ensimismado en su nativa maldad, y don Cándido Crespo, alcalde constitucional, cuando entraron el Coronel, Cosme y Ramón.

—Señores, buenas tardes—dijeron a coro.

—¡Hola! Salud a los tres mosqueteros, como les llaman a ustedes por ahí, contestó regocijado el boticario.

—El nombre no hace el animal, porque entonces...—insinuó, cáusticamente el Coronel, con evidente malhumor.

—¡Huy! Se conoce que hoy el reuma aprieta—apun-

tó tímidamente don Cándido, barruntando un chubasco.

—Indignación simplemente, señor alcalde, aunque creo que no estuvo usted desacertado, porque tengo para mí que la indignación debe ser el reuma de los espíritus—repuso agriamente don Álvaro. Y es que cuando no se sabe por donde se anda, se dan tumbos y el Ayuntamiento que usted preside, que si es excelentísimo, por obra y gracia de quien sea, le falta mucho para ser excelente, la tomó con el cementerio das Xestas y quiere que desaparezca, y eso no puede ser, ¡porra!

—Hombre, así, en crudo, es muy fuerte—replicó el alcalde. Hay razones... Ese lugar y otra parte del monte fué denunciado como mina, hay que medir, demarcar... Y en cuanto a que no sabemos por dónde andamos...

—No, señor, y por eso tropiezan—dijo el Coronel.

—Pues tendrá usted que cuidar no tropiecen con usted—apuntó friamente el Bichito.

—¿Conmigo? ¿Por qué? ¡Porra, y cien veces porra!

—Como no saben por dónde andan, no tendría nada de extraño—contestó Bichito, poniendo una acentuada y fingida candidez en sus palabras.

—Nada de hipocresías ni de ficciones, que conmigo no valen marrullerías. Agua, agua clara, de peña, no de charca. Eso de la mina, y que hay que medir y demarcar, son cuentos para asustar a papanatas. Esa es la tapadera, la argucia consignada en esos terribles rollos de papel sellado que veo llevar diariamente a los curiales al Juzgado y al Ayuntamiento. Contienen veneno, dinamita, bien diluídos en palabras enrevesadas, de secreto y doble significado. Aquí se atenta a un sentimiento respetabilísimo, el del culto a los muertos; a una costum-

bre digna de estudio por literatos e investigadores; se hiere a las almas y a los corazones de los vivos, y eso sí que es ignorancia y carencia de sentimentalidad.

—¡Antiguallas!—exclamó despectivamente Bichito.

—Permita usted—dijo Ramón—que exprese mi disconformidad. ¡Antiguallas! Sin quererlo las avalora usted. Porque son antiguas y viejas son santas y benditas, son acarreo espirituales que hicieron nuestros abuelos, nuestros padres; son, quizá, la única herencia de muchos vecinos del Piñeiral y de Fonte do Abade.

—Pequeñas ridiculeces y sensiblerías románticas, incompatibles con el sentido positivista de la vida—institió Bichito.

—Es un juicio que no comparto; pero esas costumbres nosotros las amamos y las practicamos, no porque sean grandes, sino porque son nuestras—replicó Ramón.

—Yo no tengo ilustración, como ustedes—intervino Cosme—pero tengo corazón y pienso que estas cosas que aquí el señor—señalando al Bichito—dice que son ridiculeces, cuando estamos ausentes tienen la virtud de animarnos al trabajo. Cuántas y cuántas veces yo, allá, en tierras americanas, antes de dormirme, recordaba mi lugar y sus casitas pobres, y sus aposentos rústicos, y al padre en el *lar*, y el cementerio de las Xestas, porque allí está la cruz de mi madre, y a ella enviaba una oración y mi alma, porque ese camposanto lo tenía más presente que el otro donde tiene su sepultura. Y ¿por qué se quita esta ilusión a los que, esperanzados aún, volverán ansiosos de visitar su cruz, descubrirse y rezar? Yo vos digo que sin los recuerdos que de aquí llevamos, y que esperamos ver aún al regreso, no resistiríamos allá mucho tiempo. ¡Es tan poco lo que tiene el la-

brador, que me parece cruel quitárselo! Y lo que no comprendo es que se lo quiten en nombre de la autoridad y de la ley. Si ni la autoridad ni la ley se lo dieron, ni lo hicieron, ¿por qué se llaman dueños para quitárselos?

—Es lamentable— añadió Ramón—que siendo todos gallegos no estemos conformes ni en la discusión teórica ni en la realidad práctica.

Don Cándido, pretextando que no era conveniente discutir los asuntos públicos, se marchó, y con él el Bichito, pero no sin que el Coronel le replicase:

—Son ustedes asombrosamente paradójicos. Para lo público, la clandestinidad, el secreto, el tapujo. Para lo privado, aunque sea lo más íntimo de las vidas del prójimo, la publicidad y hasta el pregón. Y lo malo es discutir lo privado, las honras, las vidas y esas las ponen ustedes diariamente en la picota, ¡porra!

Entre la razón herida y la astucia acometedora se iba a celebrar un torneo campesino.

Regresó don Atilano cuando creyó que pasara el furor del vendaval, y recibió la visita de don Álvaro, Ramón y Cosme, que le expusieron el disgusto que causó el acuerdo del Ayuntamiento.

Con marrullería les contestó que él no lo conocía, pero algo había oído, que no solía intervenir en los asuntos municipales, mas si las cosas eran tal como le acababan de decir, interpondría su influjo con el denunciante de la mina para que se respetasen las cosas. A él le gustaba hacer bien, y complacer, sobre todo, a personas de su predilección, como eran los visitantes. ¡No faltaba más!

Salieron éstos y el Coronel dijo a Ramón:

—El reptil volvió a su madriguera. Hoy estuvo en su lugar el zorro. Hasta que le convenga cambiar de figura.

Pasaron pocos días y una mañana, por el sendero que desde el Piñeiral conduce a Fonte do Abade, una mujer corre alocada, los cabellos desmelenados, el pañuelo de la cabeza en la mano; grita, gesticula, hipa y llora.

—¿E logo que tés, Chinta? Ay lume en algún *palleiro*? ¿Por qué *choras*?—preguntóle un hombre al paso.

—¡Ay, *ogallá*. *Viñeron os ceviles, pra levar* preso a Cosme. *Vou* dar aviso a don Ramón Asorey.

—E ¿por qué, muller?

—Disque por pegar o Recaudador. ¡Ay, Jesús!—y prosiguió su carrera, sin cesar en los llantos y en los gritos.

Ya en la casa de Ramón escandalizó con sus gemidos y llamó:

—¡Ay, don Ramón, que *veña* pronto... que levan preso a Cosme!...—y se dejó caer sentada en el zaguán, rendida por la agitada caminata y para llorar más fuertemente.

—¿Por qué, mujer, por qué?—interrogó Ramón, a tiempo que salía con prisa.

—Dicen que lle votou as maus o Recaudador.

—Y tú lo crees, ¿verdad?

—Que voy a creer, señor, a no ser que *toleara*. Un hombre tan de bien, tan cabal... ¡Ay, Jesús! Pero vaya, vaya pronto, don Ramonciño, que Clariña está sin sentido y el padre de Cosme *chora* que parte el alma... y los veciños todos... ¡Ay, Jesús! Ben decía hoy mi madre: Vámoste *ter* alguna desgracia en el lugar. Te voaron mucho los corvos por aquí...

Por la mente de Asorey pasó un negro pensamiento, y corriendo mucho llegó al Piñeiral.

La casa de Cosme era una vivienda aldeana, algo ur-

banizada y aseñoritada, por la reconstrucción que aquél hizo para ponerla más confortable. Dos cuerpos, el bajo destinado a cuadras, cocina y menesteres de labranza; el alto un piso amplio, con balcón voladizo al Mediodía y galería al Poniente. Un parral ancho delante de la puerta.

Cuando llegó Ramón, hombres y mujeres, viejos, mozos y rapaces hablaban en grupos. Incoherentes exclamaciones, quejas, vocerío, gritos, gemidos, todo ese inconfundible barullo que sigue al suceso inesperado. Los chicos contemplaban, entre asustados y curiosos, a los guardias civiles, que con los fusiles en descanso, esperaban; los viejos, prudentes, recataban sus juicios o los exponían en voz baja; los mozos y las mujeres iban de un lado a otro, clamando indignados.

Al llegar Ramón todos le hicieron paso; entró en la casa y encontró a Cosme vistiéndose ropa de calle y a su padre que, aturdido, lo contemplaba silencioso.

—¿Qué significa esto?—preguntó Ramón, estrechando las manos del petrucio y mirando a su amigo, que, pálido, con sonrisa de amargura, contestó:

—Habrá que preguntárselo a cualquiera menos a mí. Nada sé, pero dicen que si maltraté esta mañana al Recaudador. Allí estuve en la oficina, a pagar el consumo... Tuvimos unas palabras, por si una moneda era o no buena... Nada... Cosas de todos los días.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza—objetó Ramón.

—*Pois* por eso *habrá* que *gardarse* más—afirmó el viejecito—porque los bichos que non tienen pies ni cabeza y se mueven, cuando pican son *moi pezoñentos*.

Nada más hablaron y bajaron. Antes que los guardias pudiesen impedirlo, todo el gentío rodeó a Cosme,

Unos se quitaron respetuosamente el sombrero; otros le cogieron la mano; las viejas le besaron, dejando en su cara lágrimas; todos los rostros denotaban la brutal impresión que deja la huella de la injusticia y del atropello.

Un poco separada del grupo, esclavizada por el dolor, los ojos enrojecidos por el llanto, el estupor en el rostro, estaba Clariña. Aproximóse a ella Cosme, sonrióle dulcemente, le estrechó ambas manos y ella cerró los ojos para recoger en su corazón y volcar en los de su novio una mirada de pena íntima y de ratificación muda de promesas y de querer.

—Hasta luego. No llores—dijo Cosme, a tiempo que la moza caía desvanecida en los brazos de su madre.

Y hacia Vilamoura se encaminaron el detenido, acompañado por la Guardia Civil y seguido por Asorey y algunos vecinos.

La villa vió pasar curiosa e insensible al delincuente y a su cortejo. Al atravesar la plaza, como los buitres al olor de la carroña, surgieron de sus covachas oficinescas abogados y procuradores, que se acercaron a Cosme para ofrecerle sus servicios. También doña Xeroma, una señora muy rezadora, tan cargada de indulgencias que con el peso no podía tenerse erguida, se brindó en el acto, solícita y piadosa, a comenzar aquel mismo día una novena.

Rezaba mucho y rezaba por todos, aun cuando las malas lenguas decían que algunas de las indulgencias traídas de Roma, de Jerusalén y de Santiago las había perdido en el camino, como cosa mal ganada. Cosme agradeció el delicado propósito de aquella buena alma.

El Juez se apresuró a constituirse en el modesto pretorio de Vilamoura para recibir declaración al detenido,

que explicó el suceso con la naturalidad del que no se siente culpable. Por si un duro tenía el moño así o asá, si era o no era sevillano, discutieron tercamente el recaudador y Cosme, concluyendo por decir aquél que lo primero que debía conocer quien recaudaba arbitrios era la moneda. El recaudador le replicó que si era autoridad o agente... que no se le podía faltar... que era un atentado... y nada más.

Cuando Cosme terminó su declaración también concluyó la arbitrariedad con un acto de justicia, alzándose su detención.

En la calle le esperaban los acompañantes y el coronel Porras, que al verle exclamó, riéndose:

—¡Pero hombre! Creí no llegar a tiempo más que para poder saludarle, desde lejos, en el patíbulo. En la botica oí contar que habíais *vós*, terrible ché, cometido un tremendo delito, que saliera la Guardia Civil a buscaros. ¡Horrible, amigo, horrible! *Vos* no sabés—continuó con ironía—lo que es un recaudador, los adornos que le ponen las leyes. ¡Poner las manos en un recaudador, que presume tener más pudor que la sensitiva! ¡Vos habés perdido la razón!

Asorey y Cosme reían. Los vecinos de éste corrían ya camino de la aldea a llevar la noticia de la libertad. El Coronel, acentuando la cómica seriedad de que se había revestido, continuó humorísticamente:

—No se rían ustedes. He oído a los abogados esta tarde que el caso es grave, que tiene pena de tanto y de cuanto, que si es un atentado... ¡Y ahora resulta que le ponen a usted en libertad, así, sin más ni más, cuando en la cárcel ya tenía usted preparado alojamiento!... ¡Tanto ruido, y tan pocas nueces! Nos ha defraudado

usted, amigo Cosme. El *enfant terrible* resulta que ni siquiera merece la cárcel. Gracias a que todo ello no me costó nada, porque en otro caso pediría la devolución del dinero... En conciencia debe usted una indemnización a la villa por dejarnos sin drama. ¿A quién adjudicamos ahora la conmiseración que le teníamos preparada? Para otra vez hágalo usted mejor, ché.

La desatinada detención de Cosme produjo impresión en el ánimo de Asorey. El hecho podía repetirse, y era menester evitarlo, y a él correspondía en primer lugar. Las ideas de aquellos artículos nerviosos escritos en la prensa con levantado espíritu, impugnando todas las tiranías, cualquiera que fuese su forma, acudían en tropel confuso a su memoria. Y las frases aceradas, cáusticas, duras, que tantas veces trazó su pluma, y que, por su audacia merecieron la aprobación y unas palmaditas del director del periódico, retoñaban en el cerebro... Sí, sí—pensaba Asorey—, y mentalmente monologaba: “Son mías, las escribí yo porque las engendrabam mi convicción y las paría mi mente. No os niego, no, y aun abrigo el propósito de daros vida, acción y realidad... Voy a intentar probar que no sois palabras huecas, sonoras y sin contenido, sino que podéis tomar carne y convertiros en hechos. Voy a ofreceros en comunión redentora a estas gentes de Vilamoura, sumisas, pacientes, que sufren y soportan las demasías caciquiles.”

Entonces surgió en su pensamiento la asociación de campesinos, para fortalecer a los tímidos, animar a los cobardes, encauzar a los rebeldes. Es menester—se decía—que, además de labradores, sean hombres.

Al día siguiente fué en busca del coronel Porrás, para exponerle la idea y solicitar su consejo. Oyóle, y

cuando Asorey, con brevedad de índice, concluyó, dijo:

—Eso, eso está haciendo aquí mucha falta, ¡porra! Una “Xunta dos Homes”, que griten, que chillen, que protesten, que reclamen. Muy bien, hombre, muy bien. Y constituirla bajo la protección de un Santo corajudo, para que pida a Dios nos envíe un poco de ira, porque la paciencia no nos dió resultado.

—No desconozco que tropezaremos en el camino con obstáculos, que la obra es de voluntad, más que de inteligencia, pero es necesaria—afirmó Asorey.

—¿Dificultades, obstáculos? Muchos, ¡porra! Hágase usted cargo que se va a dar una montería para acabar con los lobos. Pues ya se sabe: hay que reunir gentes, rodear el monte, lanzar los perros, y cada uno, quieto y firme en su puesto, con el arma que tenga: hoz, guadaña, *sacho*, bisarma, escopeta. A éste le pincharán las espinas de los tojales; aquél encharcará los pies en los breñales, el uno recibirá un golpe, otro una desolladura, mas, como no rompan el cerco, los lobos morirán. Vaya si morirán, ¡porra!

—Don Atilano—apuntó Asorey—se defenderá.

—Naturalmente, hombre, por instinto, por amor propio, por conveniencia. Y hágase de cuenta que él está en posesión de la plaza y ustedes son los que han de sitiársela.

—Es muy desigual la lucha.

—Claro, como que ustedes por toda arma llevan en la mano el derecho y él tiene la fuerza, el mando, los intereses creados... Ahora bien, amigo Asorey. Yo aplaudo su propósito y me preparo para romper las palmas de las manos si llega a ser realidad. Pero permítame un consejo de militar teórico. Si plantea usted la batalla,

debe darla y no retirarse. La retirada puede ser el ridículo. Recuerdo que cuando estudié la historia sagrada, al leer aquel pasaje que relata cómo Moisés, rodeándose de fuego y de humo subió al Sinaí, en busca de las Tablas de la Ley, pensé que si, al descender, vuelve con las manos vacías, el inquieto y descreído pueblo hebreo le hubiese silbado. Y cuente usted que en esta lucha que se va entablar entre el lobo y los corderos se dará la paradoja de que, los que medien, sujetarán a los corderos y dejarán en libertad al lobo.

El Coronel se había propuesto, y lo logró, excitar el temperamento nervioso de Ramón. Éste salió de allí llevando fuego en las venas, fiebre en la sangre y dispuesto a poner en su obra el ardor de un cruzado medieval. Habló con Pulleiro, con el maestro de escuela, con Cosme, con los vecinos de Fonte do Abade, y, en muy pocos días quedó constituida la sociedad titulada "As Xuntanza dos Homes de Vilamoura", presidida por Asorey.



X

“¡Qué dirás de mí, querido Augustiño!—escribía Aso-rey a su amigo Armero.—Te habrás preguntado: ¿Se ha-brá muerto ese nuevo rico? ¿Perdió la memoria? ¿Lo ha-brá tragado la tierra? ¿Será feliz? Pues nada de eso, que acaso pudiera justificarme o disculparme, ante tu afecto, por el pecado de este largo silencio. Te lo explicaré. El cambio de ambiente trocó mi actividad en pereza, o por lo menos en un insaciable sosiego que me clava a un asiento, y como aditamento de él me extasío, vuelvo a extasiarme, miro y remiro, sin cansarme, el verde de estos campos, sobre los que Dios arroja diariamente puñados de ben-diciones y en su bendita e inagotable prodigalidad le acompañan los santos y santas protectoras de las mie-ses, de los frutos, de los árboles y de las flores.

”Y a veces pasan horas y más horas, y yo mirando el cielo, camino con los ojos por su azul, sin tropezar con nubes, o sin mirar afuera los pongo en el interior del alma, la recorro y, ¿a que ocultártelo a ti, mi amigo?, me detengo en el corazón, que estoy a punto de alhajar con una sombra de belleza, con un recuerdo de mujer... Sí, hombre, sí, no te rías...

”Aún no te dije que hoy decidí consagrarte unas ho-ras, papel y pluma, que es media noche, víspera de San-

ta Margarita, imagen muy venerada en Rendal, a donde suelen ir de "romaxe" todas las gentes de este contorno, de otras comarcas lejanas, de casi toda la provincia y de fuera de ella; que hace un poquitín de calor, que te escribió en la galería y que, por la carretera, pasan grupos de romeros a pie, devotos enfermos en carromato, cantando, haciendo sonar panderetas con "ferreñas" y algún que otro acordeón. A cada plumada me asomo curioso para ver y oír a estos campesinos enfebrorizados, la mayor parte de ellos dispuestos a orar mucho, bailar lo que puedan y comer las viandas de que van provistas las "caravelas" de los peatones y las alforjas de los caballeros. Dan a la devoción lo que le pertenece como sacrificio, y al cuerpo lo que pide como holgorio. Un eclecticismo muy estimable.

"Chico, ¡cómo te hubiese complacido ver el grupo que hace poco pasó! Marineros de las rías, jaraneros, algo mareados por la estabilidad de la carretera, entonando barcarolas a las que falta el compás de los remos y el batir de las olas mansas. Como la estela que deja el timón en el agua, así, con languidez, con acento que se alarga y alarga, ahilándose las voces, cantaban:

"El remero cuando canta,
en medio de su dolor
el eco de su garganta
va diciendo amor, amor..."

"Bueno, vuelvo a donde interrumpí la comunicación. ¡Ah, sí! Pues como te dije, estoy enamorado, enamoradoísimo, chaladito del todo. Releo lo escrito y me convenzo de que no te lo había dicho, pero ya está. ¿Que cómo

fué? Sin duda estaba escrito en esos grandes registros de la vida que deben llevarse en el cielo, que había de conocer yo a una rapaciña que reúne las tres bés: Bonita, bonita y bonita, y que, ¡casi nada!, le entregué el corazón,

c'unha chave pra ó abrir

como dice una cántiga, y como la misma cántiga añade,

nin eu teño mais que darlle
nín ela mais que me pedir.

"Otra vez dejé la pluma para asomarme y contemplar un puñado de rapaces alegres, aseñoritados, que también van de romería. Enganchados unos a otros por los brazos, algo roncós, se detuvieron a beber en la fuente que hay en la linde del camino, y mientras los unos bebían, los otros cantaban, llevando el compás con palmadas:

Tabernero eche usted vino,
vino venga de Montilla,
de Jerez y Manzanilla...

"Quedábamos en que Arminda, se llama Arminda Moscoso, señorita muy principal, etc., etc., me pondrá el yugo y yo me lo dejaré poner, como las vaquiñas dóciles, sumisas, que jamás se rebelan. ¿Esclavo? Lo confieso; después que tanto y tanto grité, peroré y escribí ¡Viva la Libertad!, quiero y me gusta variar, y cualquier día subo a la cima de los montes que rodean a Vilamoura y

grito: ¡ Viva la esclavitud... del amor! Yo creo que aquellas señoras emperatrices que tenían miles y miles de esclavos los conquistaban llamándoles ¡ filliño! ¡ Queridiño! ¡ Vidiña!

“Porque yo no me había fijado en ello hasta ahora, pero una de estas dulces mociñas le dice a una paloma, ¡ suriña...a...a...! y la paloma se planta de un vuelo a los pies de la mujer; los *iños* y las *iñas*, dichos con cadencia de música paradisiaca, son formidable fuerza conquistadora...”

“Tuve que interrumpir lo principal de esta carta, porque pasó otro grupito de romeras, señoritas de la ciudad, ya maduritas, algo cursis y un mucho forasteras, a juzgar por una romanza que entonan. Sí, aquí está, porque la apunté:

Recuerdos de la niñez,
de amor, dicha y contento,
que volaron tras el viento
con inmensa rapidez.

“Y a esto, que cantaba una solista, respondía el coro:

Eres bella
y tan hermosa,
cual la rosa virginal,
que aparece, a la mañana,
salpicada de cristal.

“Vayan con Dios las romeras y que el camino y el canto les sea leve, ya que me dejan reanudar la carta.

“Pues verás. La conocí, me pareció que era la per-

fección hecha mujer, la recordé, la volví a recordar, es decir no la olvidé ya, y un día, una mirada, unos ojos que se me posaron como pajaritos sobre el corazón y se columpian, se balancean, después palabras que salieron no sé cómo, afirmaciones rotundas, súplicas que hice, en fin, chico, no sé, no sé... pero lo cierto es que Armin-da y yo nos queremos...

"¡Otra parrandita! A éstos los conozco, son vecinos de ahí cerca, del Piñeiral, los preside el Cubanito, un buen rapaz que se asusta de los bichos más insignificantes, no fuma, y con fingido acento criollo rememora la tierra hospitalaria, donde a fuerza de trabajo ganó unos miles de pesos. ¡Guajiras!

Con un cocuyo en la mano
y un buen tabaco en la boca,
un indio desde una roca...

"¡Bien!...

"Otra rumbera:

Pancho, que borracho estás,
cuanto aguardiente has bebido...

"Bulle también en el grupo un tipo pintoresco, que nunca falta a ninguna romería. Cuatro veces fué a Roma como peregrino, a pie, sin dinero y de cada viaje dicen que trajo muchas indulgencias y bendiciones, y además debió traer algunas pesetas, porque siempre celebró el regreso con la compra de un buen trozo de prado o una buena "leira".

"Hay quien piensa que cuando a Estevo, que así se llama, le gusta una "veiga", susceptible de adquisición, prepara esclavina y bordón y toma el camino de la ciudad del Papado.

"Dejemos esto, porque escribo y escribo, y poco de lo mío, que es lo que a ti te interesa saber. ¿Qué hago aquí, cómo es mi vida?

"Muy sencilla. No hacer nada, nada, y créeme, no me canso. Ni siquiera leo. Me entero por *El Pueblo* de lo que sucede en el mundo, y con tal motivo os consagro un recuerdo diario a todos. Os reconozco por el estilo y me digo: hombre, esto es de fulano, esto de zutano, esto lo escribió el idiota de perengano, estotro el imbécil de perenganito.

"¿Crearás que aquello que tanto nos preocupaba ahí de si Sánchez Guerra, que si Maura, que si Dato dijo esto y Romanones dijo lo otro, aquí ni me interesa, ni me conmueve, ni me apasiona, ni a nadie importa?

"Y menos en estos días en que la aldea tiene un aspecto de inusitado trajín. Los campesinos hablan menos que de ordinario y caminan con más prisa. No se oía por las mañanas más que el chirriar de las muelas colocadas en los alpendres de las casas—unos porches rústicos que sirven de cobijo para el carro, la yerba y el tojo—, que ruedan rozando y afilando las hoces que segaron el trigo y el centeno.

"Las veigas dieron, como dice mi madre, un ben de Dios de espigas gordas, bien granadas, paja alta y dorada. Los labradores están contentos, pues por lo que vi, el pan del año está asegurado. ¡Y como él es la base del menú en estos eidos!

"Y mañana todos van a llevar un puñado de grano a

Santa Margarita, un obsequio de las primicias, una especie de vasallaje devoto. Van contentos.

"Acaban de pasar los enxebres, mujeres mozas de montaña, hombres barudos. Sus aturuxos interrumpieron otra vez mi escritura con un sugestivo aire de foliada:

Xa fun á Marín,
Xa pasei ó mar,
Xa comin laranxas
Do teu laranxal...

"Ei, loño! ¡ Viva Brandeso!

"Ese grito retador, vitor de lucha, no pasó de ahí. Las mozas y los mozos entonaron un cantar lánguido, dulce como un atardecer, compadecidos de los robles quemados por las heladas.

"Tú no puedes comprender, porque no tienes alma gallega, cómo entran en ella estas canciones.

O carballo da Portela,
ten-á folla revirada...
que lla revirou ó vento
unha mañá de xiada...

"¿No lo vés? Yo sí; veo un roble solitario en un lugar en donde la ventisca azota con furia, con las hojas nuevas, abarquilladas, arrugadas, ennegrecidas por el hielo, que el viento duro puso en ellas. Y un campesino que pasó por allí lo retrató con una copla, ya que él ni tenía a la mano una máquina fotográfica, ni aunque la tuviese, entendería su manejo, ni podría poner en el cliché la

compasión y el dolor que sintió ante un carballo tan fuerte, con las hojas muertas apenas nacidas.

"Sigue la troula romera, por el camino pasan y pasan más grupos, y yo te olvido un momento para verlos pasar, porque por aquí las noches con vida, con actividad, son tres o cuatro en el año. Me parece que hasta la carretera y las calles de la villa se asustan de que las despierten.

"Bueno, vuelvo a lo esencial de la carta. ¿Preguntaron por mí los compañeros? ¿Me echáis de menos en la tertulia? Supongo que ni una cosa ni otra. De mí te diré que voy acomodando de tal modo sentidos y espíritu a esto, que me aterra la idea de volver a oír a todas horas el tintineo de los tranvías, el bocineo constante de los autos, el vocear de los periódicos, el pregonar de los trapeiros y vendedores.

"Y no te digo si entre el cavilar en la política o dedicar mis pensamientos, todos, todos, a una mujer guapa, discreta, que es cariño cuando mira, cuando habla, hay diferencia.

"Aún pensaba seguir emborronando otro o más pliegos, pero el reloj, un reloj campanudo, sonoro, que mi tío tenía en esta galería, acaba de dar las tres, ¡las tres! Que ahí es hora propicia para nuestro trabajo y aquí es regidora del descanso. *Ainda mais*. ¿No te lo dije? Yo también he de ir mañana temprano a la romería de la Santa Margarita, porque mi madre lo ordenó así. Es costumbre que ella tiene de llevar un cuarto ferrado de centeno, otro cuarto de trigo y un pollo, y no quiero contrariarla.

"Estas tradiciones son sagradas, las tenemos en la sangre, yo creo que también las llevo... E iré a visitar a la

Santa. A la Santa, rapaciño, a la Santa. ¿Qué creáis? ¿Que íbais a monopolizar los de *El Debate* la religiosidad? Ya cuento que así que se enteren de esto mis correligionarios de ayer me pondrán como digan dueñas, me motejarán de reaccionario y qué se yo cuántas cosas más. No pienso perder el tiempo en rectificarles, ni tan siquiera a mi necrológico amigo Gutiérrez, a quien debo el inmenso favor de que, con su estulticia inconsciente me reintegrase a la terriña, lo que no hubiese logrado, por sí sola, la inesperada herencia de mi tío. No tengo sueño, pero voy a descansar unas horas, antes de ponerme en camino de romaxe, y mañana, después de mi regreso, continuaré escribiéndote.”

A las siete ya estaba en pie esperando a su madre, a Cosme y a Pulleiro. Cuando el auto que los condujo llegó al santuario, las modestas campanitas tocaban a regocijo, repiqueteaban. El extenso campo, poblado de robles, lo llena una abigarrada muchedumbre, bulliciosa, que entra y sale en la iglesia, deja allí la ofrenda del fruto, reza, bebe el agua milagrosa de la fuente, besa las piedras del templo, pone las manos en el manto de la Santa, deja algún patacón en los cepillos limosneros... Las dolientes tienen que soportar interrogatorios curiosos sobre sus enfermedades.

—Ese rapaciño esmirriado, ¿que ten?

—Nada, doulle así, ó mal, en poñerse amarelo, sin gusto. O médico dí que ten ó sangue moi floxo...

—¿E non sería que llo zugou unha meiga?—pregunta una.

—Ou tendrá á paletilla caída—añadía otra.

—É ese mozo tan guapo, ¿qué ten na man?

—Pois disque, durmindo n'un cómaro, pasoulle un bicho pezoñento.

—E vosté, señora, ¿leva así moito tempo baldada?

—Fai tres meses, colléume unha orballada é entaloúme a perna. ¡Jasús canto mal da Dios!

Y los enfermos desconfiados de los médicos, desfilan incontables, esperanzados.

¡Es tan milagrera la Santa Margarida!

Ahora sale, procesionalmente, llevada en andas por unas mocitas. Tintinean las esquilas, estallan los cohetes, la gaita canta la alborada, la música toca una marcha, rezan los sacerdotes, imploran los enfermos y la santa, con su carita de virgen y la palma del martirio en la mano, parece con serenidad inerte que va dejando a su paso una misteriosa estela de esperanza en los espíritus.

Al mediodía la carballeira es un gran comedor al aire libre; al pie de cada roble forma un grupo. Los mendigos van recogiendo su parte de las meriendas. Los ciegos piden con versos forzados, a veces picantes, a veces insolentes. Uno, pícaro y zumbón, el de Gonzar, temple el violín delante de Asorey y de su madre, carraspea el lazarillo y canta:

A señora Maripepa
Ten-ó color da cereixa...

La copla la concluye el ciego añadiendo:

é como é tan rumbosa
sin limosna no-nos deixa.

—Tóme, tóme, un bocado de lacón é un anaco de em-

panada—dijo la aludida—é váyase, váyase, que a lagarteiro nadia lle gana.

Cogió el ciego lo que le dieron, pero comprendiendo que aún podía sacar más, dió un codazo mal disimulado al rapaz, volvió a rascar el violín y aquél cantó, mirando a Ramón:

El del sombrero enlutado,
es un noble caballero...

.....
que a los pobres que le piden
rejala de su dinero.

completó el truhán.

—Bueno, lárguese con el violín a otra parte—dijo Aso-rey; echando unas monedas en el pandero al rapaz.

—Vaya, pues que de hoy en veinte años les cante una copla.

—Es el ciego más popular que conocí—dijo Pulleiro—. Tiene algunos bienes, ganado propio y una mujer guapa de verdad. El hombre recorrió media España y hace años iba yo, bien ajeno al encuentro, por una calle de París, cuando me pidió limosna. Por el acento y por la traza adiviné el personaje y le pregunté:

—¿Y usted, ¿de dónde es?

—¡Oh! De muy lejos, de Galicia.

—¿De qué parte?

—Boh, vosté no sabe.

—Pero diga, hombre, diga.

—De tierra de montaña, de un lugar que llaman “Teiraboa”.

—Y ¿cómo vino a parar hasta aquí?

Y como la cosa más natural y sencilla me contestó:

—É, señor, pois andandó...

Para decir truhanerías a las mozas en las tabernas y en los mesones para beber, no tiene arriba de cuarenta años; mas para pordiosear, siempre gemebundo, pasa de los setenta. Así logra conmover a los reacios. “Déme unha limosna É á última que lle pido. Outro ano xa non’o ei de vere.”

Pásolle xa dos tres pesos é medio.

No cosechaba limosnas más que entre el señorío, pues los campesinos lo increpaban duramente si se les acercaba:

—Vaite d’ahí, nogallán. Traballa coma nós. Ainda non podemos chegar a ter terras própeas, como ti.

El huía, regañando, diciéndoles:

—Que habedes vos de dar limosna. ¡Sarmentas! Cala-de, lurpias, que eu son neto de catro abós é non todas podés deci-lo mesmo.

Ahora los petrucios, las donas, las que gobiernan y rigen casa, van aproximándose al atrio del Santuario, en la puerta del cual el sacristán está colocando sobre unas mesas pollos y gallinas que va a subastar.

Son los donativos hechos a la Santa, que al igual que sucede en las tómbolas urbanas que organiza la caridad, los donantes regalan los objetos y luego compran las rifas, van a ser ofrecidos a los devotos. El subastador se encarama sobre una silla de madera y, agarrando por las patas dos pares de pollos, los pone en alto y grita:

—¡A ver, cuatro pitas noviñas. ¿Cuánto valen?

—¡Cuatro pesetas!—ofrece uno.

—¡Cuatro pesetas!... ¡Cuatro pesetas!...

—¡Diez y siete reales!...

—¡ Cuatro pesetas y un real!...

—¡ Y dos!—puja otro.

—¡ Y dos!... ¡ Y dos!... Pero, santos de Dios, ¿ no vos da vergonza no ofrecer más? Terédes concencia pra roubar a la Santa?

—¡ Diez y nueve reales!...

—¡ Un peso!...

—Vaya, eso es ir poniéndose en razón. Aún hay almas buenas. Miráde que dos son pitas y tienen cresta de que van a ser muy ponedoras... ¿ No hay quien dé más? Un peso, a la una... Un peso... a las dos... Un peso...

—Un peso é unha cadela...

—Vaya, que ca puxa vas a quedar por portas. Ben pudéches estar calada, porque valen mais que á cadela os berros que ainda teño que dar y ó folgo que vou gastar. Un peso y una cadela a la una... a las dos... a las três. Que le haga buen provecho y la Santa la bendiga...

El campo romero tenía un aspecto pintoresco, pero superior a todas las inspiraciones de los pintores, y que no serían capaz de interpretar las combinaciones más diestras que pudiera hacer un pincel en la paleta. Parecía aquello un inmenso jardín: los colorines vivos, fuertes, de las chambras rameadas, de los paños rojos y amarillos semejabán flores rústicas, abatidas por el sol canicular, y esta semejanza imaginativa era mayor, pues las mujeres y hombres, cansados por las caminatas y ahitos por la abundosa comida, estaban sentados o tendidos en el suelo.

Aún no nos explicamos satisfactoriamente cómo no sonó el cornetín de la música al entrar en el campo Niní, seguida de un puñado de bellas damitas vilamouresas, que, como corte de honor la rodeaban, y detrás don

Atilano, acompañado de una especie de guardia pretoriana de empleados, escribientes y curiales.

Más por miedo que por cortesía, los paisanos levantábanse por parecerles irrespetuoso seguir tumbados, o se quitaban los sombreros, al paso del magno señor, que seguía indiferente, altanero, con aire de sultán. Paseó arriba y abajo, por entre aquella muchedumbre, que se apresuraba a abrirle calle, a pesar de que su presencia amargaba el contentamiento místico y el regocijo pagano de que estaban henchidos los espíritus y los cuerpos.

De pronto un murmullo de simpatía, que partió de junto al camino al aparecer la figura venerable del señor cura de Vilamoura, y la fina silueta de la señorita de Moscoso, del brazo de Clariña. La sombrilla roja con que aquélla se defendía de los ardores del sol se le antojó a Asorey que eran las hojas de una flor, en la que destacaba como bellísima corola la cabeza de Arminda.

También ella había venido, no por la rutina, sino para traer su ofrenda a la Santa Margarita, porque en la campiña gallega no se concibe cultivo que no haya sido rociado con agua bendita, con aspersiones hechas con una rama de oliva, ni fruto de que no participe la iglesia.

Fervorosos creyentes los campesinos, aran y labran la tierra, siembran, cavan, cuidan y celan, como si todo dependiese solamente de su heroico y agotador esfuerzo, pero fructificación y cosecha quedan fiados a la protección divina, como si todo dependiese exclusivamente de Dios.

Asorey observó cómo la señoril llaneza de Arminda atraía a aquellas sencillas gentes que se acercaban a saludarla.

—Sea bienvenida, señorita. Pasaron los corvos y ago-

ra vienen las pombas—dijo una vieja mujer, en el lenguaje sentencioso y simbólico que suelen emplear los campesinos, sin duda aludiendo al paso del cacique y sus compinches y a la llegada de la señorita de Moscoso.

—Vaya, Agosta, tú siempre con tus cosas—comentó, sonriente y cariñosa, Arminda.

—¡As miñas cousas! ¿Porque digo verdades? Le teño xa moitos años y no me le arrepinto de la comparanza de las xentes con las aves. Le es moi verdadeira. Mire. Le hay hombres... é mulleres tamen—que le son man-sas como las rulas y las pombas; cobizosos, q'andan sempre detrás de lo alléo, como las pegas; outros que fan mal de ollo, como los corvos; alguns moi amigos de Dios, com'as anduriñas; sirvengonzas, como las labercas... Y el Señor nos garde d'alguns homes é d'alguns páxaros...

—Bueno, deixa de andrómenas a la señorita—interrumpió otra mujer, añadiendo: —Dió la garde y la bendiga, que vosté, señorita dános a todos buen exemplo. La ley de Dios manda que le demos a Él algo de los frutos. ¿Non-é verdá, señorita Arminda? Mire, onte, cando eu, que son unha probe, saquei da arca ó trigo que troixen a santa Margarita, parecióme que ó que quedaba alí medrou, que canto mais eu sacaba el Señor mais poña.

El espíritu sencillo, primitivo, creyente, del agro, por tales modos exteriorizado, sonaba bien en los oídos de Arminda, que volvió la cabeza al oír la voz de Asorey, que se quitó el sombrero y le tendió la mano que ella estrechó efusiva, interrogándole, entre curiosa, sorprendida y complacida:

—¡Ah! ¿También tú?

—También yo—respondió riéndose—. Quíse poner mi corazón allí donde esté el tuyo.

—Y ¿qué pediste a la Santa?

—Como todos, una buena cosecha; pero no de frutos del campo, sino de las flores de un alma.

—Y entonces, ¿es que no estás satisfecho de la pasada?

—Lo humano es pedir constantemente... más. Más de todo: de bienes materiales, de satisfacciones espirituales, de riqueza, de gloria, de honores... En la inmensa vastedad de lo conocido no topamos límite. Hasta cuando el espíritu no encuentra aquí lo que apetece o se cree fracasado o desilusionado, pedimos el... más allá... y no lo tememos; lo ansiamos, lo deseamos.

—No estarás tú en ese caso—afirmó con cierta viveza reprochadora Arminda.

—No, vidiña, no. Yo limité el espacio para mis ambiciones espirituales, pero dentro de lo acotado tengo muchas, muchas, y exigiría satisfacerlas todas, si las cosas del querer fuesen compatibles con las exigencias. Como alimento mi ambición de peticiones y de dádivas, me concreto a pedir mucho, y me resigno, aunque no me satisfago, con recibir lo que me dan, que a veces—agregó riéndose—es poco, porque tropiezo con una personita tacaña...

—¡Ingrato!—exclamó interrumpiéndole Arminda, fingiendo enfurruñamiento en el gesto, desmentido con los ojos.

—¿Entonces la Santa oirá mis ruegos, y puedo esperar una cosecha a colmar, con sobrante?...

—¡Sobrante!—repitió con desaliento Arminda—y luego interrogó:—¿De modo que piensas que pueda sobrarte?

—No, no he querido decir eso. Es que tú coges las mariposas al vuelo, y hasta el vuelo sólo. Por Dios, Ar-

minda, no apartes de mí los ojos. Mírame. ¿Ves? Nunca, nunca me sobraré, aunque me mires mucho, así, con ese mirar de gloria, de amanecer, con que me miras ahora; o con ese otro mirar sombrío, más acariciador; ni con estotro brillante, de sol que mima los campos, y aun cuando cierres los ojos para mirarme al fondo del alma.

¿Qué encanto puso Dios en tus ojos, Arminda, que alucinan y hechizan, fascinan y embrujan? Encadenan, esclavizan, dominan, halagan, deslumbran, *enguedellan*, como dice esa cántiga que entonan aquellos mozos. Escucha:

Enguedelleime n'eses teus ollos,
n'ese teu polido mirar...
Enguedelleime, desenguedelleime
é non me podó desenguedellar...

Así, así me pasó a mí.

—Bella es la cántiga, Ramón—contestó Arminda, interiormente envanecida por el sincero madrigal—, pero ella explica lo que te parece misterioso. No son los ojos, es el pulido mirar, limpio, en que no se pone nada, nada de los sentidos y se vierte toda, toda el alma. Mirar de caricia pura, de agarimo sin mácula, mirar campesino, que tiene algo de primitivo y de paradisiaco. A los que habéis vivido mucho en las ciudades os parecen enigmas lo que nosotros encontramos natural. No son mis ojos, son los de todas esas mozas que bailan, que parrafean. Fíjate, son de polido mirar... Nosotros nos vamos, Ramón, antes que se ponga el sol.

Aquella noche continuó aquél la carta suspendida en la madrugada.

“Hace unas pocas horas, querido Augusto, que regresé de la romería de Santa Margarita, en donde tuve la dicha de encontrar a *mi* Arminda. Cada día descubro en ella un nuevo motivo que alabar. Bien sabía yo que era una muchacha culta, y, sobre todo, con un entendimiento natural, formidable. No vayas a figurarte que su cultura es la cultura cursi de las señoritas *ad usum*, que tienen nociones, muy incompletas, o inutilizadas por incompreensión, de un puñado de cosas; no. Arminda adquirió nociones sólidas del difícil arte de observar y de discurrir y lo aplica a lo que nos ofrece el mundo interno y el externo, y así resulta hasta original, de sencillez encantadora. Esta tarde me dió una explicación del poder sugestionador de sus ojos y del mirar de las mujeres de esta tierra, que me sorprendió y convenció. Me dijo que si los ojos de estos encantños fascinan y esclavizan, es porque la mirada es pura, “polida”, sin mácula, que son mirares del alma. Y es verdad. No son miradas de fuego y queman; son apagadas y sombrías... e iluminan; acarician con tanta dulzura que embriagan de mansedumbre, parece que ruegan, y dominan. A mí me parecía misterio y enigma, y ella me explicó que no hay más que limpidez y pureza. Y aún añadió que son mirares rústicos, primitivos y paradisiacos. Convencido lo afirmo, sobre todo esto último. “La romería me divirtió, aunque es una como todas las de esta región. Holgorio, alegría serena, sin estrépitos, como no sean los de las campanas que voltean y repican, las bombas que ensordecen, las músicas y las gaitas, que también hacen su ruido, aunque algo más acorde que el de las campanas, la troula de los bailes, los cantos... Todo esto bajo robles y más robles, que entrelazan las ramas, tamizan la luz y amen-

guan el calor; entre colores vivos, fuertes, colores simples del arco iris, que van muy bien a las caras sanotas de estas mozas, que tienen las mejillas como las manzanas, los labios como guindas y los bustos blancos, blanquísimos, como la leche.

”Lo mejor de la romería es cuando ésta se deshace, se rompe la multitud, en pedazos. Todo el regocijo del día se trueca al anochecer en melancolía. Las carreteras son una foliada que camina. Las gargantas no se cansan de decir cántigas amorosas y cántigas satíricas; las cadencias de los alalás van a morir en los bosques de carbillos y en los pinares, besan las crestas de las montañas, se elevan como oraciones hasta el cielo.”

”Allí se quedó el santuario solito, hasta el año venidero, pues esta santa Margarita recibe visitas en bloque, en recepción magna. Los demás días del año algún rezo al pasar... y nada más.”

”Si quieres que la felicidad no te coja por su cuenta, para colmarte de dichas, no vengas nunca por esta tierra y, si vienes, procura no tropezar con uno de estos “encantiños” que “enmeiguizan”. ¡Ay de ti si tropiezas! Caerá sobre tu vida la ventura, corres el peligro de que te anticipen un pedazo de gloria y de verte envuelto en la fortuna de ser bien amado.”

”Y aquí hago *stop*, como ponen los cursis en los telegramas, en vez de decir “punto”. Un abrazo de tu camarada, Asorey.”

XI

El asiduo visiteo de Asorey al pazo, no pasó inadvertido para su madre que sóspechaba que allí germinaba o fructificaba el amor. Maripepa daba por hecho que la sospecha era certeza y, en lo íntimo de su alma, sentía un contentamiento que exteriormente disimulaba. Ramón no le había hecho confidencia alguna sobre el motivo de su relación con Arminda y ella, aun cuando sentía inquietante curiosidad por conocer la verdad, aceptaba las disculpas de su hijo. Éste a todos daba una versión inalterable: quería escribir una monografía histórica de Vila-moura y en los archivos de la familia de Moscoso era menester recoger datos... Alguna vez su madre, procurando poner en las palabras ingenuidad, le dijo:

—Vaya, parece que *tomáste* con calor lo de escribir ese libro. Ay, *fillo*, ni que fueras al jornal, que no faltas un día para leer en esos papeles del pazo.

—Me distrae eso, madre, y me entretiene en esta grata ociosidad aldeana—contestaba sonriendo.

—Ya te deseo bien que acabes de escribir esa historia, para verla.

—La verá, la verá. Si Dios me conserva la vida.

Verdad era que Ramón se recreaba ensoñado en el amor de Arminda, que si al comienzo pecaba de timidez,

cada día nuevo se ofrecía con esplendores de llamarada, que ilumina y quema. La pasión de la señorita del pazo, al principio, fué como mañana tempranera, envuelta en nieblas y en brumas, que ahora el sol borraba poco a poco. Aquel mirar manso, lento, descansado de los ojos de Arminda, adentraba dulcemente en el corazón de Asorey; el hablar mimoso, que parecía queja y caricia, le esclavizaba el alma; sus palabras, no era materialidad de sonido, si no algo aéreo y espiritual que le embriagaba con su ritmo. Sentíase complacidamente avasallado por la belleza, la ingenuidad y la sencillez, que conjugaban en el espíritu y en el cuerpo de Arminda.

Pero un día Clariña, con tono misterioso, con cautela y encargándole mucho secreto, confirmó a Maripepa la realidad de aquellos amoríos, que colmaban su felicidad de madre.

—Me dás una buena noticia, rapaza—exclamó aquélla. No por nada, si no porque Ramón casado aquí, ya no se separará de mí. ¿No te parece Clariña, que cada uno debe casarse en su tierra, pues así mujer y marido tirarán para el mismo sitio y no cada uno para lado distinto? Los hombres que se casan fuera pierden la ley a su tierra y eso no está bien, que siempre se debe querer más y mejor a lo suyo. Y luego... los nietos... Si son de aquí... gallegos serán y si nacen en otro lado, pués... no son de acá... Siempre le tuve mucho miedo de que Ramón se casase en *Madri*, con una señorita, como esas que vienen por aquí a veranear, que montan a *cachapernas* en los burros y parecen *toleironas*... ¡Cavilar que la nuera podría avergonzarse de mí, porque visto saya y *socos* y cojo el *sacho* y abro un *rego* para poner patatas o echo una camada de *estrume* a los cerdos...! ¡Y que

podía pasarme lo que a la *Quintela*, que sus nietos, los fillos del que casó en la Habana, ni se dejan *bicar* por la abuela...!

—Bueno, tía Maripepa: pero eso no pasará, porque la señorita Arminda no sólo es muy santa y muy principal, si no muy llana y muy buena...

—No te lo niego, mujer, más también mi Ramón es un mozo guapo y tiene un corazón como manteca.

—Y además es rico, dirá usted, y ella es pobre.

—*Non*, mujer. Eso no lo pongo en la cuenta, porque la riqueza no te es virtud, y, además no importa nada que ella no tenga; gracias a Dios, tiene mi hijo para los dos...

En el vivir rutinario y monótono de los *vilamourenses* los amores de la del pazo y de Asorey renovaron el pasto murmurador, que entretenía a los contertulios de trastiendas y reboticas.

—¿Con que las visitas eran con el fin de tomar datos para escribir una historia, eh?—comentaba Conejito en su farmacia. Y acentuando la ironía, añadió: Una historia amorosa que terminará en la iglesia. Capítulo único: "Cómo se enamoran una señorita hidalga y un joven rico".

El Bichito recogió la festiva frásé del boticario y dijo:

—Hay que añadirle otro capítulo, que puede titularse así: "De demagogo a Presidente de la cofradía de... cualquier santo." Es una boda en que se unen el *ligon* de la casa de Asorey y la maza de los Somoza—continuó acentuando la ironía agresiva.

—Hombre—interrumpió Pulleiro—en tono de reconvencción.—Se unen dos corazones, que quieren fundirse.

—Quién sabe si aun se casarán—apuntó el Alcalde.

Renqueando una pierna, aquel día atenazada por el

reuma, entró en aquel momento el Coronel y al mismo tiempo que se sentó dijo:

—¿Qué piel se arranca hoy o en qué reputación se muerde, señores?

—Ninguna, mi Coronel—respondió Conejito—tenemos los dientes y las uñas en su lugar... descanso. Comentábamos los amores de Asorey, y el alcalde pone en duda ese casorio.

—¡Claro! ¡Puede oponerse el excelentísimo Ayuntamiento!—respondió humorísticamente el Coronel.

—Mi duda—explicó el Alcalde—se funda solamente en la mudanza de parecer de los novios. Hoy piensan así y mañana pueden pensar de otro modo.

—Como que Asorey no es un modelo de consecuencia—dijo el Bichito con agresividad.—Mudó de creencias...

—¡Alto ahí!, ¡Porra!—gritó el Coronel y se puso en pié, con movimiento enérgico, sin cuidarse de la pierna dolorida.—No hubo tal mudanza de creencias. Olvido de ellas simplemente. ¿Y es que todos nosotros podemos asegurar que no olvidamos nunca nuestros deberes? El vicioso, al serlo, ¿es que cambió la virtud por el vicio? Si la olvidó puede volver a recordarla y practicarla.

Se sentó otra vez en la silla y, acallada la indignación, dijo con tono apaciguado:

—¡Vaya, vaya, y decía usted, querido boticario, que hoy estaban quedas las uñas y los dientes!... Y, a propósito de sucesos locales, ¿qué travesura habrán hecho los hijos de la Quintana y el Noyés, ese nuevo oficial del zapatero, pues los llevaba detenidos Campiñas, el guardia municipal?

—Poca cosa—contestó el boticario. Uno que apaleó y

otros que se defendieron. Ayer noche, los chicos de la Quintana convencieron al Noyés para que los acompañase a cazar *gozofellos*, en el monte das Xestas, cacería nueva y nunca oída por el incauto rapaz, que les preguntó:

—¿Y en qué consiste?

Y le dijeron lo de siempre:

—Pues tú traes un cajón de madera y un saco, te pones en el puesto que te señalaremos y, con los nudillos, acompasadamente, golpeas sobre la tabla a tiempo que dices:

Gozofello, vente o relló,
que Alfabarda
por ti agarda...

Entretanto nosotros recorreremos el monte y echamos la caza hacia tu lado, y, a medida que vayas cogiendo los bichos, los metes en el saco. Después de las doce se reunieron, lo llevaron a lo más alto del monte, le indicaron puesto y allí lo dejaron. llamando a los *gozofellos*, hasta que dolidos los nudillos y seca la garganta, quiso volver, pero desconocedor del camino se pasó hasta la madrugada, al sereno. Esta mañana encontró a los que así se burlaron y... palo y tente Quintana. No fué esa la única fechoría que en la noche pasada hicieron los mozalbetes. Y van a trastornar el juicio a la pobre madre de Jesusiño como trastornaron el de su hijo.

—Cuenta, cuenta usted—interrogaron todos curiosamente.

—Pues que la buena mujer había colocado, cuando

ya creía que por delante de su casa no pasaría nadie, un pucherito volcado, cubriendo tres piedrecitas y un cuerno, un artificio contra el *mal de ojo* que cree le hicieron a su hijo, esperanzada de que al día siguiente, ante el temor de arder como tojo seco, vendría el causante del mal a rogarle que retirase el puchero. Pero en tal hora pasaron por allí los Quintana, que se percataron de aquello, y rompieron el cacharro, tiraron las piedras y se llevaron el cuerno, no sin la protesta de la buena mujer, que gritó, los increpó, pero como son más *lavados* que *eixo* de río...

—El rapaz—dijo el coronel—está alelado, y el notario cuenta que no da plumada sin equivocación. Está perdidamente enamorado de Niní. ¡Coitadiño! Hace unos días, en una escritura, en vez del “Ante mí”, puso ante Niní...

—La madre consultó conmigo—añadió Pulleiro—sobre la palidez del muchacho, falto de apetito y de sueño... Está seco como un frutal después de una helada. Ella cree que tiene la *paletilla caída*, y presumo que ya lo llevó a *curanderas* y *sabias*, que le habrán medido los brazos, acostado sobre una piel de carnero, hecho comer durante nueve días tortilla con nueve hojas de oliva... Todo lo que es de rigor ensayar en estos casos, antes de acudir al médico.

—A tal punto llega su obsesión de enamorado, que le han hecho creer que a Asorey le gusta Niní, y rehuye encontrarse con él.

.....
.....
Al mediodía el sol empalideció; su luz anémica puso en los campos color de tristeza y en los rostros tintes de

espectro. Unas nubes blanquecinas, que aparecieron por el naciente, multiplicábanse por roturas, por desprendimientos, y los trozos desprendidos crecían y crecían, agigantándose, y colocábanse como cortinas delante del cielo azul. Unas parecían mónstruos de algodón, otras bloques de nieve, las de acá cabelleras gigantes, las de allá, islotes helados, en vasto mar; aproximábanse, juntábanse y luego se fundían o confundían las unas con las otras, lentas, casi inmóviles. Un aire sofocante, enervador, envolvía el ambiente en fiebre, y empujaba las nubes unas contra otras tornándolas parduzcas, cenicientas... A veces, por entre una abertura, como tela rasgada, asomaba un trozo de sol, cada vez más pálido, con palidez de cirio amarillento. Un viento seco bajó de las montañas, salió de los espesos robledales, arañando las carreteras y los caminos y arrancando nubes polvorientas, tierra y arena azotantes, como cilicios penitenciales... Los bosques y los pinares, batidos por el aire enfurecido, lanzaban quejas dolientes, al sentirse heridos. Lejanos y roncós oíanse retumbos de trueno, que los montes lanzaban unos a otros, como catapultas de sonidos que agonizantes morían en el valle. Las golondrinas piaban de terror refugiadas en sus nidos; los gorriónes chillaban en los aleros de los tejados; desaparecieron del espacio los vencejos. El cielo negruzco, oscuro, semejava anochecer prematuro. El ganado, mustio, macilento, acongojado, buscaba presuroso el refugio de los establos. Las nubes comenzaron a lanzar unas contra otras chispas de luz cárdena. El viento, cada vez más enloquecido, arrancaba desahogado las hojas de los árboles, tronchaba ramas, doblaba las flexibles mieses. Se cerraron las puertas de las casas, pero los silbidos del vendaval,

los bramidos de la tempestad penetraban en los hogares por las junturas de las tejas, por las ventanas podridas o taladradas por la carcoma, por los vidrios rotos. Crujían las flebes techumbres. Rayos deslumbradores acobardaban los espíritus y los estallidos, retemblantes y horrísonos, de los truenos, aparentaban que la tierra se rompía en pedazos. La lluvia, abundosa, barría los caminos, y las aguas del río se tiñeron de turbio color de arcilla. Así una hora. El viento aminoró sus alocados furoros. El ruido tronante sonaba cada vez más lejano. La nube negra que cubría todo el cielo comenzó a agrietarse por todos lados, partíase en pedazos, que se sumergían en el mismo espacio o se difumaban; por las brechas y las roturas veíase el azul sedoso. El aire ozonizado, fresco, comenzaba a ser caricia seductora. Cantaron los gallos en las corralizas como si pregonasen una nueva aurora; reaparecieron chillones y trinadores los pajarillos en los aires y en los árboles; retornaron los ganados a los prados y a las *chousas*. Renació la paz aldeana al desvanecerse la tempestad. Las nubes esfumáronse y el sol recobró su pujante brillantez de oro. Los campos tenían las huellas de la tragedia; las florecillas, arrugados los pétalos, humillados los tallos; por todas partes hojas y frutos caídos, ramas desgajadas.

También hubo que registrar tragedia humana. Un carro chirriante bajaba lento desde la cima de un monte; una sábana cubría piadosamente los cadáveres de una mujer y de un niño; el rayo los había carbonizado. Unas mujeres benignas y curiosas caminaban detrás, gimiendo y oficiando de plañideras, con llanto que parecía un oficio de difuntos, lúgubre de clamores y piedades. ¡Pobre Malé! Tragedia su vida y tragedia su muer-

te. Huérfana, tartamuda, semiidiota, era un despojo de la vida *vilamourense*. Un día pusieron bajo su cuidado un rebaño de ovejas de largos vellones, que apacentaba por collados y veredas. A su lado caminaba la favorita, de tintineadora y sonora campanilla al cuello. En el campo, libre de los rapaces del *lugar* que la injuriaban, sentíase feliz corriendo por agrales y labrantíos, registrando los zarzales donde anidaban los pajarillos. No bajaba al *rueiro*, ni aun para procurarse alimento, porque en el invierno bebía la leche en las ubres de las ovejas y hurtaba castañas, y en el estío comía las negras moras y asaba patatas en los fuegos de las *estibadas*.

Fué su vivir entre salvaje e idílico. Su entendimiento era informe, y en el cual apenas si bullían más ideas que las del instinto, pero su corazón, perfecto para el amor, lo presentía en sus virginidades, que iban abriéndose a la pubertad. Ella veía como los pájaros, cuando la naturaleza despertaba del sosiego invernal, picoteábanse amorosos para formar el nido; observaba con qué dulzura los bueyes, que pacían allá en el prado, acariciaban a las *vaquiñas*, y deseaba para sí un nido, un hogar con otro pastor, que compartiese las correrías por el campo, que durmiese en su regazo, como dormía la oveja favorita.

Pero los pastores huían de ella; no le hablaban más que para burlarse o arrancarle noticia de dónde tenían su nido las tórtolas, para robarle las crías y encerrarlas en jaulas hechas con juncos, o cuando le espantaban el rebaño, dispersándolo, para reír cruelmente con el llorar desesperado de la pobrecilla idiota.

Una vez los campesinos que regresaban de decalvar monte, divulgaron asombrados una noticia que parecía

milagro. Malé tenía un niño. Ellos, ellos lo habían visto, envuelto en harapos sucios, en una cama hecha con retamas, con hojas secas, con velloncillos de lana, que formaban un nido cuenco, como el de los pajarillos. Contaron cómo la infeliz amamantaba al niño en sus senos negruzcos por la carroña, cómo lo abrigaba con trapos que arrancaba de sus hediondos vestidos. No conoció el amor, pero tuvo un encuentro, acaso con un vagabundo, quizás con un caminante encelado o con un borracho.

Aquello quedó en misterio. A cuantas inquisiciones hizo la autoridad judicial y a cuantas preguntas le hicieron los curiosos, jamás respondió. Temerosa estrechaba y apretujaba al hijo, producto de una anónima ofrenda.

La tempestad los sorprendió sin defensa, sin amparo. La centella, azarosa y fatal les arrancó la vida, como a las hojas de los árboles, como a las ramas...

Ahora a sus cadáveres rendían los honores de la seguridad y de la custodia el juez y la Guardia civil. La ley y la sociedad los amparaban con todo rigor y con toda eficacia, conmoviendo a Vilamoura trágica un instante, que pasó como la tormenta. Solamente las campanas, con insistencia, tañían doloridas y quejumbrosas, a muerto... por unas pobrecillas plantas silvestres que el sol tostó, abatió el viento, pisotearon los hombres, mordisquearon las bestias y, ni siquiera llegaron al estío.

Como víspera de San Juan la aldea se revistió de paganismo, para preparar la noche solemne del culto al agua. Las mozas desparramáronse por la campiña; vuelven trayendo brazados de maravillas doradas, lucientes amapolas, *fiunchos*, margaritas, helechos, yerba de *Nuestra Señora*, plantas de los montes y flores de los valles,

aromasas, olientes, que depositan en una vasija llena de agua, y a las doce de la noche ponen al *orbollo*. Con esa agua de perfumes audaces, atrevidos y salvajes, al día siguiente han de lavarse todos, como ablución santa, porque es agua milagrosa, de portentosa virtud purificadora.

Noche de inconsciente paganía. En lo alto de las montañas, en los caseríos del llano, en donde hay un hogar, llamean las hogueras. Los ágiles rapaces saltan repetidamente, gallardos y atrevidos la cabellera de fuego, y las garridas mozas, de mansos mirares y coloreadas mejillas, desnudos los brazos, saltan también. Pudorosas recogen las faldas, pero la vista de indiscretas y atrevidas curvas arranca risotadas a los mozos.

Antes que la hoguera se extinga el *petrucio* entra en las cuadras, interrumpe el lento rumiarse del ganado y con santa unción lo conduce fuera, para hacerlo desfilarse ceremoniosamente alrededor del fuego, porque así quedará preservado de embrujamientos y maleficios.

Suena la hora del departamento sideral y, aun cuando no lo ven los ojos ni lo oyen los oídos, los campesinos presienten con espíritu ancestral un espectáculo que nadie presenciara, pero que todos afirman, como si lo atestiguaran conjuntamente los cinco sentidos, transmitiéndolo por artículo de fe de los pasados a los presentes, y de éstos a los venideros.

Las *hadas*, las *doncellas*, las *damas* y las *vírgenes*, de formas y figuras sutiles que viven en las márgenes de los ríos y en las orillas de las fuentes, salen de sus invisibles y misteriosas moradas y van a guardar los tesoros ocultos, pues temen que los codiciosos se arriesguen en esta noche, propicia para desconjuros, a arrebatárselos, valiéndose de magias en que colaboran santos y diablos.

—Tan cierto—afirmaba una velliña en un corro, en donde todos se apiñaban junto a las brasas humeantes de la *lumeirada*—, como que un abuelo de la señorita Arminda, la del Pazo, pagó con la vida el querer hacer un *desconxuro* en un día como el de hoy.

—Cuenta, cuenta, tía Andresa, solicitó la rapacería, que se apiñó cercana a la mujer.

—Sí, vos lo contaré, que con saber non perdéis nada. Pues, amiguiños del Señor, don Álvaro, que Dios tenga en descanso, era rico, muy rico; dueño de muchas tierras, de rendas, de ganados, pero como nadie está contento con lo que tiene, dejóse tentar por el diaño, y el señor de Moscoso pasaba la mayor parte del tiempo en buscar *tesouros*.

Un *frade*, muy amigo suyo, le dió noticia de que tópara una *cova*, en donde había un gran tesoro que había que desconxurar la víspera de San Xuan después de las doce de la noche. Era ésta moi obscura, no había luna, y la cova estaba arrodada de piñeirales muy espesos. Juntó el señor mucha gente de criados, caseiros y rendeiros y aló se foron, con el frade. La cova era grande y fonda, y ponía tanto medo, que a todos se les apertaba el corazón. Encendieron hachas de pino, bien seco, fachucos de palla, y don Álvaro, que a valente no le ganaba nada, iba delante. Anduvieron un anaco y, como salidos de las paredes unos pájaros, más grandes que corvos, comenzaron a *voar* y les apagaron las luces y les dieron con las alas en los ojos, y ellos tomaron tal miedo que cayeron todos sin sentido.

—¿Y morreron allí?—exclamó un rapaz preguntón.

—Salir, salieron con vida—continuó la velliña—, y contaron que del otro lado de la cova había un río, y en

las orillas mujeres y hombres muy guapos, vestidos como reyes, con trajes de seda, y que bailaban alrededor de montones de oro, muy alegres. Cogieron mucho susto y no se atrevieron a pasar el río, y les tomo a todos un aire tan ponzoñoso, que ninguno quedó con vida en aquel año, y el fraile quedó ciego.

Una ráfaga de superstición creyente pasó por sobre aquellos espíritus, abiertos a lo extraordinario.

En el corral del Pazo de Moscoso hicieron los criados una hoguera, amontonando haces de ramas verdes de laurel, de mirto y de pino, que crepitaban, dando secos estallidos al arder. También sacaron el ganado de cuerna y lo pasearon alrededor del fuego. Desde el patín Arminda y Ramón miraban con curiosidad aquella práctica supersticiosa. Este, callado, pensaba y reflexionaba sobre lo que veía: "Es curioso. Religión y Ciencia coinciden en censurar estas creencias y, sin embargo, ¿quién acertaría a señalar el punto en qué, para estas almas campesinas, termina la religión y comienza la superstición? ¡Andan tan confundidas!" Y al ver en un extremo de la balconada jarros y palanganas llenos de rosas, hojas y yerbas perfumadoras, preguntó a Arminda:

—¿También tú crees en estas cosas?

—Yo no creo. Pero mañana veré bailar el sol, me lavaré con el agua aromatizada por esas flores... y no me parece pecaminoso que el ganado dé una vuelta alrededor de esa "cachela" (1).

—¿Es que tú crees en las brujas y en brujerías?

—Como dice el bendito párroco de Valvello, nadie

(1) Hoguera.

debe creer en las brujas, pero haber las hay, Ramón, y brujerías... también.

—Tienes razón. ¿Acaso no soy yo un embrujado?

—¡Jesús! ¿Te echaron mal de ojo?

—No. Fué *bien* de ojos. Pregúntaselo a los tuyos y... ¡si son sinceros...!

—¡Ay hombre! Yo que imaginaba que las meigas eran unas viejas rugosas, desdentadas, con la nariz corva y la barba en punta, los ojos como cabezas de alfileres...

—Así son las brujas, pero no las "brujiñas". Y tú eres una brujiña, Arminda, y las brujiñas hacen hechizos con el bien. Luego añadió, sonriente y zumbón:—Y a las doce en punto, ¿pondrás un vaso lleno de agua al sereno, con la clara de un huevo, para que mañana te diga el oficio de tu novio?

—Eso no, porque ya lo sé.

—Y ¿cuál es? Porque posiblemente no lo sabe el propio interesado.

—Por ahora, amante, amante y amante... de su madre, de su tierra y de una rapaciña...

—Una rapaciña, una miaja "meiga" y algo hechicera, que con su corazón encantó el mío...

—¿Estás tú seguro de no haber embrujado también a alguien, de no haber causado "bien de ojos"?

—¿A tí acaso? ¿Lo sientes?

—Embrújame, embrújame más, meiguíño de mi corazón.

En tal hora de las doce, en el arrabal, de la casilla del peón caminero, salió una fervorosa y pagana procesión del dolor. El hijo encanijado, hético, resellado por la anquilosis en las rodillas, fué llevado en brazos de la madre hasta la fuente. Detrás el padre. Van, sin temor a

los encantos que puedan salir, en busca del agua, que en aquel día y en aquella hora es esperanza y milagro, que los que sufren ansían. Un gran caño de piedra vierte gorgoteante un grueso chorro. Desnudaron al doliente niño y sus carnes se estremecieron al contacto directo del aire, frío para un cuerpo febricitante. La angustiada mujer acariciaba mimosamente al hijo, ponía besos en los pómulos huesudos, y el padre, silencioso, oficiaba como sacerdote de un culto. Con el cuenco de sus manos juntas, recogía agua que deslizaba por la piel del rapaz. Cada ablución era un latigazo, y aquél gemía quejumbrosamente.

—¡Basta, non mais, mi padre!

—Cálate, neniño, que es para te poner sano, pues esta *auga* es como bendita y no hace mal.

—Anque morra, non me mollen mais.

Pero hasta que el rito supersticioso se consumó escrupulosamente, con rudeza de remedio cruento y con fervor de plegaría, los padres no dieron por terminada la ceremonia.

Como una desgarradura silbante rompía el silencio de la noche plena el *aturuxo* de algún mozo. Por una *gándara* sombría un hombre con el palo al hombro, como quien conoce bien el camino, marcha despreocupado y ligero. Suena el ruido de unos golpes atropellados, de un cuerpo que cae y la sombra de unos bultos que se mueven, deslizándose por entre las crecidas mieses.

Es la albada; aún no pían los pájaros. Por todas par-

tes se ven señales de que la noche pasó bajo la influencia de lo invisible. De los balcones, de las ventanas y de los patines cuelgan los vestidos, guardados en las huchas, para que el *orballo* destruya la polilla; los árboles atacados de las hormigas, aparecen rodeados de cuerdas de paja, como eficaz remedio: un roble ostenta pendiente de una de sus ramas roídos harapos de un sarnoso, que se restregó bien el cuerpo en el tronco; algún centenal conserva las huellas de otro sarnoso que allí durmió desnudo. Por aquí y por acullá mozas y nenas cloróticas, de caras pálidas, soñolientas aún, bajan al valle, trayendo en las manos jarros de barro vidriado, con los que van antes que el sol se bañe y las brisas mañaneras resbalen por la superficie a recoger la flor del agua, tesoro medicinal, que les devolverá la color. Hasta la fuente *dos salgueiros*, en donde las mociñas beben como si tuviesen sed de enfermas hidrópicas, llegan los rumores de un grupo de mozas que amparan y sostienen a un rapaz recio, de baja estatura, ancho de pecho. Tiene la cara ensangrentada, mostrando negros coágulos en la cabeza descubierta, unas heridas tumefactas parecen los labios de monstruosas bocas, desiguales, de las que aún brotaban unos hilillos de sangre.

—¡ Ay, Jesús! ¡ É Goros!—dijeron al reconocerle. Era Goros, el secretario, alma y acción de la “Xunta dos Homes”.

Lo sentaron al pie del manantial y, con pañuelos mojados en el agua las rapazas le lavaron, y sobre las heridas le pusieron berzas tiernas..

—¿ Quién fué? ¿ Cómo fué? ¿ *Quen che dou, Goriños?*
¿ *Foi* a traición? *

Todas querían saber, preguntaban a la vez, deseaban pormenores del suceso.

—Encontrámoslo tumbado, en el camino de la *gándara*, sin sentido, parecía muerto. ¡Qué susto!—explicó una moza de cara lánguida.

—No sé, no sé nada—respondió Goros—. Yo venía de arriba, de parrafear con Rosa... y no me acuerdo de más nada... Un *tombo*, aquí—señalando en la cabeza— y hasta que éstas me toparon.

—¿Duélete?

—Doler, no me duele, pero me siento *canso*.

—Haberá que dar parte al pedáneo é terás que ir al *médeco*.

Las autoridades, con parsimonioso y medido interés oficial, comenzaron a instruir diligencias. Escribieron pliegos, muchos pliegos, en rancio papel de oficio, hasta que sintieron calambre en los dedos los amanuenses: inquirieron, interrogaron... Nada. El médico forense dictaminó escrupulosamente sobre las dimensiones de las heridas, los livores y contusiones reconocidas y formuló la conclusión de que por las distintas formas de aquellas, los agresores habían sido dos. La Guardia civil paseó incansable durante unos días por el monte, por el valle, visitó los caseríos y llegó a comprobar, según atestado del cabo Sande, que en la tal noche estuvieron bebiendo en el mesón del Derreado, hasta altas horas, Xan do Laberco y Antón Pedreira, renteros de don Atilano, incondicionales suyos. Nada. Verdad que eran aficionados al aguardiente y al vino del país y no torcían el morro ante un vaso del tinto zamorano o del blanco de Alicante. Pero eran hombres de orden, que pagaban puntualmente las contribuciones y los impuestos sin recargos, oían misa,

satisfacían los foros y mataban un cerdo bien cebado. La autoridad judicial, vencida, ordenó un alto en la escritura y descansaron las plumas cuando a Goros le dieron por curado.

Pocos días después las cepas de los viñedos de Pedreira y del Laberco aparecieron tronzadas por el pié. Una tempestad de venganza, represalias u odios, más destructora que las que forja la naturaleza. Las vides, con los sarmientos mústios y los racimos ya florecidos y en formación, allí estaban, decapitadas por alguna cuadrilla de furias, y contempladas por las miradas indagadoras y las caras desalentadas y temerosas de los lugareños cercanos. Las esposas y los hijos de los dañados maldecían, entre lloros y suspiros.

—¡Que Dios lo hiciése con *pedrisco* o con rayos, con agua o con sol, bueno! Es Dios y... ¡Pero los hombres, los vecinos, que tienen un alma que salvar! Una muerte era poco para castigarlos. ¡Así ardan en los infiernos!

A cada instante llegaban más gentes. Advertíase en todos una emoción dolorosa; a los silencios meditativos sucedían palabras de fuego, como antorchas de indignación, amenazas incoherentes, extravíos de justicieros rápidos, determinaciones alocadas, cuchicheos, apartes. Las miradas penetrantes, ansiaban fuerza para registrar y ver las almas, para descubrir al malhechor.

Creyentes fervorosos en todo, aquellos campesinos, consternados, alentaron esperanzados, al ver que apareció por el camino el señor juez, empuñando un bastón de falsa caña, adornado con unos cordoncitos y unas bellotitas plateadas; le seguía el escribano, y a ambos, el alguacil, portador de un tintero de asta, papeles y un grueso libro de leyes. ¡Cómo crecieron las desmayadas

esperanzas de la gente congregada después que, entre un carpintero, requerido expresamente por el justicia, y un rapaz entendido ya en lectura de números, midieron con un decímetro la finca por los cuatro vientos y quedó acreditado en el papel de oficio, que tenía tantos metros y tantos centímetros por cada lado! ¡Y cómo la esperanza se infló al observar cómo el propio juez dirigió su escrutadora mirada acá y acullá, e hizo constar cuántos caminos había hasta la viña devastada y a dónde conducían! ¡Y más al descubrir la huella de un pié, que, después de medida, por tres veces, dió la de cuarenta centímetros de largo y diez de ancho! ¡Y sobre todo, cuando el más exigente pensaba que ya no podía pedirse más, aún el señor juez tomó el libro de las manos del alguacil, lo abrió, leyó y dijo no se sabe qué al escribano! Entonces, perjudicados, testigos y curiosos, si no temiesen turbar la seriedad del acto tan solemne, seguramente hubiesen prorrumpido en un aplauso, pues está arraigada en los campesinos la creencia de que las leyes son cosas sublimes, de donde se derivan bienes y males y algo zahoríes, que descubren lo más ignorado y secreto.

En su fuero íntimo las reputan tan eficaces, por lo menos, como el libro de San Cipriano para encontrar los tesoros ocultos.

No obstante tan minuciosa intervención judicial, todas las pesquisas fueron infructuosas. Los vecinos, los próximos y los lejanos, según su propio testimonio, la noche del suceso no pasaron insomnio, todos durmieron como benditos, ninguno trasnochó ni se movió de su casa, como no fué para *tornar* el agua que les correspondía en los riegos comunales. Pero unos y otros, respectivamente, probaron que tal noche ni pasaron por allí ni te-

nían necesidad de pasar. ¡ Poca prisa que tenían al levantarse. aún cansados de las fatigas del día, para aprovechar bien las horas del riego para los prados! ¡ Y con la sequía ya tan larga!

Nada se aclaró y quedó aquel hecho, como uno más, de tantos confiados a la retribución privada, merced al azar de una sospecha.

Ni tan siquiera tuvo el Juez oportunidad para cumplir la penosa obligación de llenar preventivamente la cárcel con detenidos.

La mujer de Predeira no se conformaba con el fracaso judicial. Para ella había alguien que, sin tantas zarandajas de escritura, le mostraría la verdad, clara como el agua de la fuente, y en su magín bullía la idea de acudir al auxilio de una *naipeira* de mucha fama, que vivía en una aldea próxima, y, al anochecer allá se fué, recatándose para no ser vista. ¡ No le fué alguien luego con el cuento al señor cura y la avergonzase! En la casucha miserable, de piedra pizarrosa, en donde vivía Xuana de Entrimo, entró, haciendo antes la señal de la cruz.

—Pase adelante quien sea—respondió al permiso que solicitó la visitante, una voz chillona y desapacible, que salió del cuerpo retorcido de una vieja, con las guedejas enmarañadas, seca, como un roble muerto, de espinazo combado y mirada de buho.

—Vengo a que me *bote* unha man delas, por causa de una novedad que nos pasa—expuso la Pedreira.

—Vienes en buen día, pues hov no me estrené—dijo la *sabia*, y metió la mano en la faltriquera, sacó un cuerno de escarabajo una cabeza de ajos y una baraja abarquillada y mugrienta. Cerró los ojos, quizá para invo-

car algún demonio en su auxilio, y ofreció los naipes a la consultante, para que cortase con la mano izquierda, y sobre la artesa los fué extendiendo en varias filas y pronosticó así:

—El rey de oros, que es un hombre rico y poderoso, te tiene buena ley. Aquí vienen mujeres, que son las sotas de bastos y de copas, con hombres en compañía, que esto significan los reyes de bastos y de espadas, gente de a pie, que busca caminos cortos y a orillas de aguas, pues aquí sale el dos de espadas. Se paran en este lugar el cuatro de copas y... bastos, más bastos y espadas quieren decir que hacen estragos.

—Ben cho decía eu. Foron moitos—comentó la Pedreira, y sacando del pecho un pañuelo, en una de cuyas puntas, anudada, llevaba el dinero, puso en las huesudas manos de la *adivina* unas cuantas monedas.

Con aquellos certeros datos la mujer pareció satisfecha y cavilosa, mascullando entre dientes, repetía al volver a su casa: “Caminos cortos... ¡Claro, vinieron por el atajo!... Orillas de aguas... Bien se vé. De la banda de acá, del río... Con hoces y con *machados*, eso bien lo *amostran* los tocones. Y mujeres y hombres... ¿Sería...? Puede que fuesen... También pudo ser...” Y cuando intentaba concretar en cuerpos y en nombres, los naipes enmudecían, y, sin embargo, creía poseer la mejor y mayor parte de la verdad. En su alma anidaron desde aquel día rencores imprecisos, cortantes como hoces, que tan pronto enfilaba contra un convecino como los dirigía contra otro.

Asorey, al conocer el atentado que sufrió Goros y la devastación causada en las viñas del Laberco y de Pedreira, sospechó que tales hechos eran consecuencia de

la actuación de la "Xunta dos Homes". Goros, pensaba, fué la víctima del mando que instintivamente se enfurecía y se debatía al sentirse desacatado y discutido. Los daños de los viñedos representaban la ira, en que se trocaba la paciencia, contenida durante muchos años. Acaso lo uno y lo otro, se decía a sí mismo, sean sucesos explicables, pero su ponderado y pulcro espíritu repugnaba la venganza. Aspiraba a que la lucha redentora en Vilamoura se desarrollase en un plano de ciudadanía, garantizada por la legalidad, olvidando que la ley, en manos de don Atilano y demás consortes caciquiles, servía para ejercicios de prestidigitación. Era un romántico, que tenía ojos y no veía. Cuántas veces aquellos campesinos, perseguidos y abrumados por injustas y crecidas cuotas del impuesto de consumos fueron en reclamación clamorosa al Ayuntamiento, llevando en las manos los escritos de agravios y oyeron cómo el señor alcalde, con espíritu razonable y equitativo, les decía, sentenciosa y patriarcalmente:

—Tenéis más razón que San Cristóbal, si se quejase de que siempre está con el mundo sobre las costillas, sin poder descansar. Pero aquí ya no podemos hacer nada, pasó el plazo para reclamar. ¿No es verdad, señor secretario? Vós no os fijáis en que las leyes dan poco tiempo para estas cosas, y los que las hacen no saben que los labradores tienen poco vagar. Ahora mandaremos los papeles, bien recomendados, al señor gobernador, para que *vos atenda...*

Y el gobernador atendía a don Atilano, que sabía convencerle de la sinrazón de aquellos reclamantes, chinchorreros que importunaban a las autoridades, ¡como si éstas no tuvieran más que hacer justicia!

Claro, se decía Asorey, que bien aquilatadas estas cosas, justificaban todas las violencias, más a él, aun en los tiempos en que redactaba escritos demoleedores en los diarios republicanos y en que era creyente en anteproyectos de conspiraciones que siempre fracasaban, por la impertinente e indiscreta intervención policíaca, le daban bascas las revoluciones epilépticas. Por alto sentido estético y por flojedad de estómago. No había presenciado, afortunadamente, ninguna; mas, por la lectura de las grandes y pequeñas tragedias históricas, se imaginaba que los hombres a tiros, o a sablazos y puñaladas en la cara, tripas al aire, charcos de sangre, cuerpos corrompidos y malolientes, era espectáculo asqueante. Y menos caballerosa le parecía la acción de esas misteriosas manos negras o manos blancas, que en las sombras hieren o matan, dejando sujeto con el puñal un papelito.

Bajo esta impresión de desagrado entró en el local que ocupaba la sociedad. Una salita baja, de paredes encaladas. El ajuar, austero; al fondo, una mesa con un tintero y unos periódicos, detrás unas sillas de paja, en el testero un estandarte rojo, en cuyo centro habían bordado dos hoces cruzadas; unos bancos largos, de madera de pino, apilados unos sobre otros, dejaban libre el espacio. En uno, próximo a la mesa, sobre la que pendía una lámpara eléctrica, sentados algunos *homes* de la Junta.

Saludó Ramón al entrar y todos, llevándose la punta de los dedos al ala de los sombreros, sin quitarlos y sin levantarse, contestaron:

—Buenas las tenga *usté*.

Asorey les habló del suceso de la tala, del disgusto que

le produjera, y recriminó severamente a los autores, fueran quienes fueran.

—*Parece cosa del diaño*—dijo uno de los oyentes, calmoso y cachazudo, a tiempo que cortaba de un cigarro tabaco, que refregó entre las palmas de las manos—. Y al *diaño* hay que dejarlo—concluyó.

—No hay que tomar las cosas tan a pecho, don Ramón—añadió otro—. Esto le es como el *auga* cuando se desmanda en una *chea*. Al salir hace algún daño; se lleva algunas tierras, pero en cambio le hace bien en otras. Parir sin *dolor* no le puede ser.

—Es que ciertos procedimientos no son humanos, son tiranías repulsivas—comentó Asorey.

El maestro de escuela, que desempeñaba el cargo de vocal, y que en pié, con las manos en los bolsillos, estaba frente a Ramón, argumentó:

—No niego su razonamiento, pero yo he leído que de las grandes tiranías nacieron las mejores libertades.

Y sin que Asorey replicase, ni tuviese tiempo para ello, un labrador de gesto socarrón, larga experiencia y que ejercía allí el cargo de tesorero, dijo:

—Mire, don Ramón, las vacas, aun las más mansas, no le tiran del carro si no les ponen el xugo, y hay que *levar la aguillada* en la mano, *pra* que la vean. Y al *Laberco* y a *Pedreira* no le hay que tener tanta lástima. Puede que le fuese la mano de Dios... Ese viñedo era de una pobre mujer que murió hace años. El marido fué a la *Amérecia* y allá dejó los *hosos*, y la viuda, sola, fué descuidando las tierras, y ¡claro! cada cosecha daban menos, y como no tenía ganado, ni abono, ni brazos, cada sementeira era peor. A los domingos aún le echábamos una mano algunos vecinos, para arar y ras-

trojar, pero la pobre mujer no trabajaba mucho, que las muchas penas quitan las ganas de todo... Y dejó de pagar la contribución y el consumo, y la cédula, y ¡ya se sabe!, estas deudas medran como el lume... y le embargaron, y ningún vecino fué al remate. Y cuando en la última subasta se vendieron las fincas, por un anaco de pan, las mercaron en compañía el Laberco y Pedreira. Y ¡claro! la pobre Xuana da Ponte tuvo que andar al jornal, y luego a pedir una limosna, y despois a morir... Y puede que a Dios no le pareciese bien lo que entonces hicieron el Laberco y Pedreira, y ahora... Esto es un decir, ¿sabe, don Ramón? Porque yo con el diablo no hablo, y Dios no me cuenta sus cosas... Pero uno, a las veces, forma cavilaciones... Claro que ellos han de tener mucho sentimiento, pues a nadie le gusta que le deshagan su trabajo y le acaben lo suyo. Y los viñedos bonitos, estaban muy bonitos. Daba xénio velos. A verdá é que hastra ponerlos así hay que hacerles la cava, la poda y el *coido*, que acaban con los cuerpos... Verdad es que también el *diaño*, o quien fuese, pudo cortárselos antes... cuando tenían los sarmientos viejos, y no ahora, tan llenos de hojas y de racimos... Lo menos daban este año ocho pipas... ¡Las cosas vienen así!...

—Porque los hombres lo quisieron—replicó desabrido Ramón.

—O porque Dios lo mandó, que sin su voluntad no se hace bien ni mal—contestó el labriego.

Pulleiro, que oyó atento, quiso poner el punto final a la conversación, y dijo:

—Desengáñate, Asorey, hoy, en todos los órdenes, las cataplasmas y las tisanas están desacreditadas; hay que

cortar y sajar. Los médicos perdimos en importancia y el porvenir es del cirujano.

Aún duraron los comentarios sobre el suceso mucho tiempo. Juicios temerarios unos, y lógicos otros, expuestos con cautela y en secreto en la intimidad de los hogares, aventuraban la posibilidad de quién o quiénes pudieron ser los autores. Como la madurez de las mieses estaba próxima, el recelo hacía que los campesinos vigilaran de noche sus *veigas*. Un odio teórico acrecentábase de día en día. En las paredes de las casas, escritos con carbón, aparecían letreros que decían "¡Mueran los agrarios!" Y no sólo en las paredes, en los troncos de los árboles, en las mesas de mármol de los cafés, y hasta los rapaces al salir de la escuela, daban vivas y mueras, inflamados por la división, cuyo pus extendía la desconfianza, que irradiaba desde la villa a las aldeas y lugares, para atribuir los hechos más naturales y corrientes a obra de malicia humana. Si una vaca cojeaba o se ponía inapetente, si una planta aparecía pisada o una rama tronzada, una reguera cerrada o abierta por descuido u olvido, nada se atribuía ya a las *meigas*, ni a los animales, ni al viento, ni a la falta de memoria, sino al enemigo oculto, feroz y vengativo, contra el cual eran impotentes las autoridades y las leyes.

Si veían serio al vecino o al conocido, interpretaban su seriedad como una delación interna, y si sonriente, pensaban que la sonrisa era burla, exteriorizadora de complacencia íntima. Cada uno consideraba a los demás como enemigos, y todos se temían con disimulo. La paz aparente estaba en los cuerpos; en los espíritus se libraba una guerra despiadada, de rencores contenidos. Una ráfaga infernal envolvía a las gentes de Vilamoura.

XII

Fermín Pérez del Perezal era, cuando lo conocimos en Madrid, lo que entonces se llamaba un “gomoso”, sinónimo de lo que hoy se llama un “pollo bien”. Licenciado en Derecho, merced a su constancia en perseguir la obtención del socorrido título y a la benevolencia de sus profesores, movidos, casi siempre, por el deseo de complacer a algún personaje influyente, llegó desde una provincia a la Corte poseído del afán de triunfar, fuése como fuése.

Conocedor experto de las matemáticas elementales, gracias a ellas se comportó como prudentísimo mozo de cálculo, huyendo cuidadosamente de penetrar en las matemáticas sublimes, persuadido de que si les tomaba afición podría acabar de modo fatal en ser un poeta de los números.

Espíritu trepador, dueño de media docena de trajes y de una ignorancia enciclopédica, aprendió a inclinar con cierta humildad, no exenta de cortesía y vulgaridad, la tercera parte superior de la espina dorsal ante los caballeros, a doblar galantemente la cintura para besar la mano de las señoras, y fué un ángel de los salones y de los *halls* madrileños.

Un modesto cargo de oficial de un Ministerio, destino que no desempeñaba, pero cuyo sueldo cobraba clandestinamente todos los meses, con otras ayudas que llegaban en forma de giros de la casa paterna, le permitían aparentar reciedumbre económica. Utilizaba un ingenioso equívoco para poner en sus tarjetas como domicilio la sugestiva dirección de "Hotel Roma, Caballero de Gracia", y allí hacía dirigir la correspondencia, allí recibía a sus amistades, y por aquella linoleada escalera subía hasta el modesto pisito abohardillado, en el cual la mujer del conserje del hotel tenía una casa de huéspedes. Eso le servía para entrar y salir como pollo en la caponera, en la sala de espera del "Roma".

Esta pueril y disculpable vanidad le costó la cesantía. Acababa de ser nombrado Ministro del ramo D. Juan Navarro Reverter, y necesitaba disponer de unas cuantas credenciales, y como era de rigor en tales casos, llamó al Jefe del personal, para elegir, con el libro a la vista, las víctimas del acostumbrado herodianismo burocrático... "Fermín Pérez del Perezal, auxiliar de la clase de quintos; domicilio: Hotel Roma", leyeron, y rápidamente su Excelencia dijo: "Ese, ese... cesante. ¡Un hombre que vive en el Hotel Roma! ¡Es un cargo de conciencia el sostenerlo, y no quiero gravar la mía!"

Atrevido sin llegar a audaz, dotado de viveza ratonil, Pérez del Perezal no se acobardó ante aquella inesperada resta e inmediatamente pensó en sustituirla con una suma mayor, que no sólo la contrapesase, sino que la superase.

Un día, para todos los demás habitantes de la villa y Corte nublado y de lluvia, y para él de sol luciente, logró interesar el corazón de la hija de un mándón polí-

tico. "¡La he visto y me ha mirado!", se dijo, y no afirmó como el poeta su creencia en Dios, pero sí en el cocido seguro y en el bienestar vitalicio.

Cartitas que van y vienen, paseos por la calle, escolta a distancia, presentación y... oposición ruda, tenaz, del padre, don Silvestre del Campo, y protección y amparo decidido de la madre, doña Esmeralda de Díaz.

Antes de ser ministro, don Silvestre era un sol constantemente eclipsado por su esposa, y su oposición sería nula. Dócil, manso, con mansedumbre impecable, era un eco mudo de la voluntad de su esposa, aunque ésta afirmaba que en casa no había más voluntad que la de su marido, voluntad que ella usaba por sustitución, quizás porque a él las ocupaciones políticas no le dejaban tiempo.

Que ¿cómo había llegado a ministro? Pues por la misma razón por la que se llega a alcanzar un metro cuarenta de estatura, se cumplen años, nacen los dientes y crecen las uñas. En él, como en otros muchos, fué un fenómeno natural, como el ser rubio o moreno.

Don Silvestre era una porción del montón de yeso humano, que la jerga política llama partido, y que moldea el jefe a trocitos, y de donde salen senadores, diputados, alcaldes, etc.

Desde que ingresó en la política militante ocultó cuidadosamente las ideas luminosas ante el jefe, practicando la vieja filosofía de un gallego zumbón y, ¡quién sabe si lector! de aquél su paisano, gran humorista y gran escéptico, natural de Tuy, que se llamó Francisco Sánchez, maravilloso autor del *Quod nihil scitur*.

"Nunca se le ocurra a usted, aconsejaba don Pedro Seoane a los jóvenes aspirantes a políticos, si tiene una

idea genial, exponerla delante del *grande hombre*. ¡Está usted perdido si tal hace! Si la idea es útil, buena y siente usted la necesidad de parirla, porque ha llegado la hora de la oportunidad, hable así: "Como usted ha dicho en una ocasión..." Y, créame, si la idea le parece bien, no negará la paternidad."

Los amigos de don Silvestre aseguraban, quizá con reservas mentales, que tenía talento. Algunos llevaban su entusiasmo a afirmar que acercándose a su cabeza se oían bullir gorgoteantes las ideas, pero que era tan pulquérrimamente modesto, que cuidaba que ni siquiera rezumasen. La más benévola de las presunciones nos inclina a creer que tal afirmación era una verdad. Hay en la vida, sobre todo en la pública, muchas personas que al nacer ponen un precinto al cerebro, no lo rompen jamás y, sin embargo, tienen un crédito social muy amplio de talentosos, lo cual es muy razonable, porque a nadie se le ocurrirá negar que en las cámaras acorazadas del Banco de España hay miles de millones en moneda, aunque al público no se le muestren. La virtud externa, la política, la milicia, se alimentan de presunciones, y algún día hemos de defender la tesis de que las presunciones son base fundamental de la felicidad humana.

En los días de gran debate parlamentario, en víspera de crisis, don Silvestre se hacía el enconradizo con los reporteros, afanosos de recoger impresiones, y fingiendo que le iban a interrogar, deciales: "A mí no me pregunten nada; la rigurosa disciplina reserva la opinión para los jefes, y yo soy, ante todo, hombre disciplinado." Así lograba, aunque negativamente, figurar en la publicidad política y que su nombre sonase. Si acontecía algo

malo no lo compartía, y si era algo bueno, reclamaba su parte, como precio de su inédito criterio.

El señor del Campo sentía correr el derecho por sus venas. Los desaciertos de los justicias no le llegaban al alma, ni rozaban su lapsa moral, pero aceleraban la circulación de la sangre, le congestionaban y le encendían el pelado cráneo. Especializado en los problemas jurídicos, apuntó a la cartera de Gracia y Justicia, con la misma constancia con que un jugador de ruleta apunta al encarnado. Alguna vez ha de salir y... jugando siempre...

—Bueno, y ¿qué programa tiene usted respecto de ese departamento?—le preguntó en cierta ocasión el jefe, cuando se barruntaba la hora del poder.

—Economías, suprimir personal, sin violencia, por innecesario. Y abrir los ojos a los litigantes. Para ello tengo una fórmula que une a su simplicidad metafísica una eficacia de remedio heroico. Colocar en la fachada de cada edificio de juzgado o Audiencia un letrero, con letras muy claras, muy gordas, que diga, en castellano: "Errar es propio de los hombres..." Y con esta advertencia tan sabia, tan cautelosa, tan real y tan prudente, sólo pleitearán cuatro desgraciados, a los que promovería inmediatamente expediente de incapacidad mental el Ministerio fiscal.

La cosa no era ninguna tontería, pero el partido, que no estaba a la altura del ministro, la acogió con desagrado, y también la combatieron furiosamente las oposiciones.

Don Silvestre, ministro, no se explicaba la oposición a su programa. Pescar con cebo, decir al litigante que la justicia es la perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo, no tiene mérito alguno. Pescar sin cebo, ilus-

trando al pleiteante, acerca de que no basta la buena voluntad, sino que, además es menester el acierto, o sea que la divina paloma baje y descienda, lo que no sucede siempre, porque la pobrecilla a veces anda por otros lados muy ocupada, eso me parece lo más leal. "Mi idea, como de sentido común, tardará en abrirse camino, pero se lo abrirá", concluía resignado...

Otro proyecto de su personalísima fabricación cerebral estuvo a punto de prosperar, pero se interpuso una crisis inesperada, que lo sepultó en los anaqueles del archivo ministerial. Fué lástima que se malograra una reforma cuya plantilla de originalidad pudo dar fama imperecedera más allá de los mares y de los Pirineos al señor del Campo.

La idea tenía más de modificación simbólica que sustancial. Corta y ceñida, como las buenas estocadas tau-rinas, se limitaba a graduar los emblemas de los Juzgados y Tribunales.

Alguna vez el selecto espíritu crítico de un gran político había señalado la anomalía de que el símbolo de todos los Tribunales y Juzgados fuese la balanza, igualando en importancia lo que era desigualmente importante.

Quiso acabar de una vez para siempre el flamante ministro con tal irregularidad, y proyectó que los Juzgados municipales y de primera instancia tuviesen por emblema la balanza; las Audiencias, una romana, y el Tribunal Supremo una báscula, con lo cual se establecería una ecuación entre el peso y el instrumento de pesar.

Él no se explicaba satisfactoriamente cómo tantas generaciones pasadas, tantas y tan diversas situaciones políticas, tantos y tantos gobernantes no habían pensado en

resolver una dificultad tan sencilla, y tampoco comprendía cómo se arreglaron durante siglos las Chancillerías y las Audiencias, la Cámara de Castilla y el Tribunal Supremo para pesar los grandes y enormes intereses en minúsculas balanzas.

¡Y pensar que si no fuese por aquella malhadada crisis la dificultad estaba a esta hora resuelta!...

Desde que don Silvestre vistió la casaca bordada y ciñó espadín, quiso recobrar las prerrogativas conyugales.

—Esos amores, como cosas de la mocedad—dijo a su esposa al enterarse del galanteo de Pérez del Perezal—podré tolerarlos, hacer la vista gorda. ¿Boda? Nunca... ¡Un yerno delgado como un fideo! ¿A dónde vamos a parar? ¿Qué se puede esperar de un joven así?

Porque don Silvestre, entre otras aún más interesantes genialidades, tenía la de creer con fanatismo en el éxito de los hombres gordos, quizás para armonizar los que él lograra en la política con la posesión de un abdomen inflado, albergue suntuoso de las ideas que no generaba su diminuta cabeza. Y las que no le cabían en su panza, aseguraban los maldicientes que las guardaba en la ventruda y espléndida convexidad de un pariente que hacía menesteres de secretario particular. Por cierto que ambos murieron de hinchazón.

Pero Esmeraldita empalidecía y aspiraba consecuentemente a la felicidad de un casorio, que la impaciencia, más que la edad, le parecía que se retrasaba. Fermín ansiaba el medro y la fortuna. Tal sublime coincidencia de tan humanas aspiraciones no precisaba para su consagración indisoluble más que el consentimiento paterno y una bendición. Tuvo que rendirse el espadín de don Silvestre ante las seguridades con que su esposa le prometió que el fu-

turo yerno engordaría, tendría curvas amplias, pues había antecedentes familiares, averiguados, después de maternal y escrupulosa investigación.

Los novios, previos los indispensables preparativos de arreglar la dentadura y encargar ropa nueva, oyeron una tarde leer la epístola de San Pablo, y a un señor Obispo, que vaticinó en elocuente plática la felicidad que les esperaba.

Coincidió la boda, acreciendo la dicha y los regocijos conyugales, con el de unas elecciones para Diputados a Cortes, y el novio fué obsequiado con la designación de candidato oficial por Vilamoura. Con arreglo a los más elementales cánones del consuetudinario manual del perfecto aspirante, y además diestramente aconsejado por su flamante papá político, Pérez del Perezal, decidió realizar una visita al distrito y honrarlo, haciendo de él cámara nupcial. Y allá fué, consignado al indispensable don Atilano, encargado de facilitar alojamiento digno y de oficiar de Montero de Espinosa del futuriño representante.

Mucho *chinchín* de tres bandas de música, gaitas, bombas, arcos de laurel y mirto, iluminación, globos serios y grotescos y otros excesos; de todo hubo en el recibimiento del nonnato diputado, que la providente mano del Gobierno adjudicó a los vilamoureses. Las incontenidas exaltaciones locales y la inspiración llegó al extremo de que el director de la banda municipal compuso, por su personal fabricación, un pasodoble titulado *Me se pierde el gusto*, en honor del forastero, composición que mereció los honores del aplauso.

Cayó bien en el distrito el nonnato parlamentario. Homenajes, recepciones, banquetes, excursiones, visitas, y vítores. Todos estaban conformes en alabar el sistema

político en que para guiar un coche de punto se precisaba una licencia de pericia, y para ser diputado, luego director general, más tarde subsecretario y, lo más antes posible, ministro, no se exigiese permiso ni garantía alguna. Y aún había quien injustamente acusaba a España de antidemocrática. ¡ Infelices ! ¡ No sabían lo que decían !

Triunfó, como era natural, en quien tantas simpatías había despertado en el distrito, Pérez del Perezal, y es lógico que triunfase en una comarca dócil, en donde nadie se atrevía a cargar con la enorme responsabilidad de turbar la luna de miel de unos desposados, que unían a sus propias facultades el indiscutible y formidable apoyo del ministro de la Gobernación.

Y bien pronto correspondió el ilustre parlamentario a la confianza de los electores, que le habían entregado el acta, con sumisión de foratarios, que satisfacían una prestación personal.

Las credenciales, consignadas a don Atilano acusaban interés en el representante de una nación providente. Guardas jurados, que nada juraban ni guardaban; carterías rurales, repartidores de telegramas, que nadie expedía ni recibía, porteros y conserjes de oficinas provinciales y centrales, oficiales de esto y de lo otro, la villa se fué despoblando, hasta el punto de que el barbero del partido escribió al Diputado una donosa carta pidiéndole una credencial, ya que por haber repartido tantas a los demás lo había dejado sin clientela. Y el barbero fué colocado en un Ministerio... para rapar las barbas al papel.

Otros milagros propios de los diputados de la Nación, realizó Pérez del Perezal, alguno tan famoso que podría

figurar sin reparo en un expediente de canonización, si en vez de ser el autor un miserable pecador, fuese un dechado de virtudes.

De un abogadillo das *silveiras*, zángano, inepto y tan holgazán, que jamás trabajó entre comidas, porque lo creía antihigiénico, hizo un empleado. Su nombre de Domingo le servía de exculpación para no ocuparse en nada.—“Yo no debo trabajar—estoy, creo, en mi derecho—, pues los *Domingos* se han hecho, ¡solo para descansar...!” Tan extrañas convicciones fueron vencidas por el diputado por Vilamoura, que logró colocarlo en el Ministerio del Trabajo.

Después de este esfuerzo del primerizo en estas lides de la alta política, Pérez del Perezal descansó y se convirtió en un aditamento del escaño que ocupaba, sin entender ni cuidar de amparar y defender los intereses de aquella tierra, que no se había opuesto a que tomase su representación. ¡Pequeñeces y malquerencias! No era para tanto la polvareda que, un día, levantó la prensa regional y anticaciquil, porque a Pérez del Perezal, asiduo y puntual espectador de las sesiones del Congreso, se le ocurrió no asistir en ocasión en que se discutía la libre importación del maíz. Bien, bien justificada estaba su ausencia, por haber tenido que asistir a una “garden party”, que se celebró en honor de un príncipe extranjero, reputado como árbitro de la elegancia, y de quien tuvo ocasión de tomar ligeros pero interesantes datos, sobre unas corbatas que traían preocupada a la selecta juventud que sabía vestir.

Este nimio suceso fué motivo de apasionados comentarios entre los ociosos concurrentes a los dos cafés, que

compartían el negocio de servir achicoria hervida al baño maría a los vilamourenses.

Los furibundos enemigos de don Atilano censuraban a Perezal:

—Lo tenemos muy merecido, por representar el distrito un *cunero*—gritaba uno con exaltación y, añadía: Estamos como en los tiempos en que Zamora hablaba en las Cortes por Galicia.

—Los diputados no hacen nada, no sirven para nada, son como el musgo en la corteza de los árboles, un adorno que chupa la savia—afirmaba radicalmente, otro.

—No hay que exagerar, ¡porra!—decía el Coronel, con ánimo conciliador. Hay muchos diputados que hasta razonan y algunos, según he oído, se ocupan de cosas serias.

Los amigos del diputado, con la ponderación y ecuanimidad del que está en posesión del mando miraban el hecho desde la altura.

—Pequeñeces de la prensa anticaciquil, que aprovecha lo más baladí para hacer ruido—aseguraba el portero del Concejo.

—Como si los diputados no tuviesen que ocuparse más que de los intereses del distrito—argumentaba el Alcalde, reforzando el razonamiento de su correligionario y subordinado.

Y el Bichito que, en su calidad de único periodista local tenía perpetrada una biografía apologística de Pérez del Perezal, afirmó:

—¿Qué más se puede pedir a un joven de veintiocho años, que hace siete meses fué diputado por primera vez, y ya Estados como Francia e Italia le han condecorado?

Algunos y positivos méritos, bien notorios reunía Pérez del Perezal. Nadie podía superarle en escribir cartas untuosas y finas, con palabras que brillaban como suelo encerado, ni a guardar con más elegante desenvoltura en el bolsillo trasero del pantalón la llave del gabinete del Ministro.

Y debían estar en lo cierto y atinado quienes así discurrían, cuando meses después, al producirse un cambio ministerial, el nuevo Gobierno, rindiendo tributo de reconocimiento a las altas dotes y no bajos servicios de Pérez del Perezal, no quiso privarse del utilísimo concurso de su oposición y dejó sin encasillar el distrito de *Vilamoura*.

XIII

A "Xuntanza dos homes de Vilamoura" se preparaba para oponerle un candidato, pero tal oposición era una oposición heterodoxa, no reconocida, porque dentro de los rígidos principios gubernamentales, mayorías y minorías parlamentarias tenían que llevar las marcas de fábrica registradas en el Ministerio de la Gobernación.

Y comenzaron los preparativos de la lucha. Asorey fué designado candidato heterodoxo, que suponía resistir todo el desaforado y legal poderío de la organización oficial. La Vilamoura rebelde planteó la lucha democráticamente, en las plazas públicas, en los campos de las ferias, en los locales pobres de los centros agrarios, con arengas y discursos, mítines y reuniones.

Para ayudarle en su tarea venían de la capital rapaces universitarios y cultos, de espíritu afinado, nervio sensible y cerebro fecundo. Al igual de los luchadores a pecho descubierto, que aspiran a tomar una posición de frente, sin flanquearla ni rodearla, peroraban a las masas de labriegos, tocando todas las cuerdas, en las que podía suponerse sensibilidad.

La tierra, tan deseada, tan ambicionada por los campesinos, para poseerla como dueños, era tema obligado. "La tierra debe ser libre, y nuestra tierra está gravada

por los foros, participaciones de tercios y cuartos de los frutos que no podemos redimir. Redención forzosa, que-remos.”

Y los campesinos sonreían, asentían con inclinaciones de cabeza y volvían a sus lugares comentando: “No, eso está bien hablado. ¡ Si nos lo hicieran bueno!...”

Otro día tocaban a la dignidad y les decían: “Es vergüenza para Vilamoura que Galicia, paridora de hombres, que por buenos y talentudos, exporta los que le sobran, tolere paciente, sin sonrojarse, de que en su nombre los pidan prestados a otras tierras, para que os representen en las Cortes.” Y la mayoría de los oyentes encogían los hombros; no entendían o fingían no entender. Allá, en sus hogares, en la intimidad, decían: “¡ Boh! Diablo por diablo, tanto nos dá. El caso era acabar con el infierno”.

En otras reuniones los alentaban a la unión, a formar un frente único: “Sufrís las persecuciones de los caciques, soportáis sus mandatos injustos, sus tiranías, sus venganzas, y en vez de juntaros la desgracia común, os divide el odio, que cultivais con esfuerzo, y dejais en barbecho el amor al prójimo.” “Sí, sí, decían los oyentes; que vengan ellos a vivir aquí y... ya verán. Al que se vuelve miel lo comen las moscas.”

En la campaña tomaba parte, a veces, algún sacerdote de espíritu independiente, verbo apocalíptico, que desde la tribuna interrogaba a la multitud: “¿ Verdad que sois católicos?” “Sí...í...í...”, respondían sinceros los oyentes. “¿ Estáis con Dios?”, seguía preguntando. “Sí... sí... sí. Pues entonces estáis con nosotros, porque nuestra causa es la de la Justicia, la de Dios. Pero, después que los oyentes se dispersaban, cuando camino abajo o

camino arriba, comentaban las peroratas, no faltaba alguno que sentenciosamente dijese: "El señor cura bien habló, sí. Eso de Dios está bien... Demás está la pregunta... Nosotros estamos con Dios. Pero, ¿nos hizo algún mal el diablo? Y entonces, ¿por qué nos hemos de meter con él? ¿No vos parece?"

Y en estos sutiles distingos, recelos y desconfianzas había de formarse el ambiente electoral.

Ni Pérez del Perezal ni don Atilano perdían el tiempo en romanticismos.

Por experiencia sabían que la verdad legal, la única que prevalecería, había de fabricarse en las covachas burocráticas, en la capital de la provincia, y si le faltaban retoques y perfiles ya se cuidarían de dárselos allá en Madrid, en donde artistas especializados en estos complicados menesteres lo harían con mucha formalidad.

Días antes de la elección Vilamoura se engalanó para recibir a Pérez del Perezal. Vigilados por el capataz, los peones camineros rellenaron los baches de la carretera. Unas cuantas mujeres barrieron con escobas de *xestas* las rúas más principales; otras fregaron los mugrientos suelos de la Casa Consistorial, y hasta se dió cuerda al reloj que la coronaba. El alcalde dió un bando prohibiendo que los cerdos y las gallinas circulasen por la vía pública a la hora de la llegada del ilustre huésped, y ordenó que interín permaneciese en la villa se ensebasen cuidadosamente los ejes de los carros, para evitar la molestia de los chirridos, y que los perros se amarrasen a los "cepos". Todo lo animado y lo inanimado se puso a contribución, en señal de homenaje al político agraz. Los cafés y las tabernas cometieron la calaverada de tener abiertas sus puertas después de las diez de la noche...

De la alta montaña, de la media montaña, de la ribera, llegaron hombres que se decían alcaldes de tal o cual parte, jueces de paz que tenían puesto definido en la lucha, sacerdotes que manejaban y conocían maravillosamente la ley electoral y no atinaban a leer el *Perrone*, cazurros que oficiaban de secretarios de Ayuntamientos, ricachos, labradores de pantalón largo y campesinos de polaina... En la diminuta estación del ferrocarril todo estaba dispuesto con arreglo al protocolo y a las fórmulas de una cancillería rural, para esperar al ilustre viajero. En un extremo del andén la banda municipal; en el centro, don Atilano, acompañado del Alcalde, los dos guardias municipales y el resto del elemento oficial; en el otro extremo el cohetero, con la mecha humeante en la mano; detrás, apiñados, sin distinción, amanuenses, caciques, sub-caciques, chiquillos y curiosos. En dos largas filas, aparentemente muy formalitos, se alinearon los alumnos de las escuelas públicas. Todos tenían las caras recién lavadas y vestían las ropas domingueras. Las niñas, orgullosas, con innata coquetería, mostraban melenas y trenzas peinadas con alifio de lacitos; los niños, inquietos y chillones como abejorros, se empujaban, se pellizcaban unos a otros, celebrando con risas, o rechazaban con protestas tales travesuras. Los había muy seriecitos y formales, que sólo hurgaban la propia nariz, muy urbanamente, con el dedo meñique.

El tren aquel día resopló heroico y entró en la estación con velocidad de ferrocarril. Estalló una bomba; los desacordados instrumentos de los músicos lanzaron al aire un violento pasodoble; la diestra de don Atilano levantó el sombrero en alto; sonó un viva descarado y fuerte, contestado por otros vivas débiles y vergonzos-

sos; desde la ventanilla de un coche de primera clase, Pérez del Perezal saludó y sonrió; la chiquillería docente, a una señal que el maestro hizo con el dedo índice, chilló a coro, con vocecitas aflautadas, el himno al árbol.

Una ráfaga de felicidad oficial llegó hasta el fondo de los corazones de aquellas gentes, que culminó en placentero deleite cuando poco después el candidato se ofreció a la admiración del público desde el balcón voladizo de la Casa Consistorial.

Era una realidad conmovedora aquel rapaz joven, saludable, doctorado en Alcubilla, gestionando y defendiendo un acta de diputado, como si fuese ya sesudo varón, dispuesto a tomar sobre sí las responsabilidades del legislador. Un directo y cabal descendiente el *fortem virum* de Horacio.

La insaciable multitud quiso enfervorizarse con la voluptuosidad de la palabra, y a los gritos “¡Que hable, que hable!”, el ilustre huésped habló. Aquel inimitable: “Señores, yo no soy orador...” merecía esculpirse por el tono, la voz y el gesto con que fué expresado, sublimizando la forma. El fondo, lleno de promesas y vacío de ideas, fué una demostración contundente de la modesta y sincera afirmación inicial. El resto de sus breves palabras tuvo gran importancia, pues se encaminaron a demostrar que aunque él no era gallego había aprendido a conocer a Galicia cuando estudió Geografía en el Instituto, y desde entonces no había olvidado que estaba dividida en cuatro provincias, que tenía un río que arrastraba agua y oro, y montañas, y valles... La emoción aprisionó como una tenaza a Pérez del Perezal, cuyo

estado psicológico apreció el sutil público que era momento oportuno para aplaudir, y aplaudió.

Aquella noche, en el local de la "Xunta dos Homes", había concurrencia y rebullicio. Incondicionales, adheridos, adeptos y hasta espías disimulados recibían instrucciones escritas a máquina en papelitos que guardaban sin leer. Notábase que aquellos hombres cautos y recelosos no sentían la convicción íntima del triunfo y pensaban en las consecuencias de la derrota.

Asorey en su casa, acompañado del coronel, de ché Cosme, de Pulleiro y de unos cuantos entusiastas escritores, llegados de la capital de la provincia, más hábiles y diestros con la pluma que expertos en lides electorales, formulaban juicios optimistas, cuando la criada anunció:

—Un señor de Madrid pregunta por usted.

—Que pase.

Gorra de seda en una mano, en el antebrazo un bastón grueso de cayada, terno flamante de lanilla, entró el señor Manuel el *Bigotes*, en alma y cuerpo. Campanean-do el tórax, se dirigió a Asorey, extendida campechana-mente la fuerte diestra:

—Pues aquí estoy, don Ramón, para lo que se ofrezca, que voluntad y unas pesetas no faltan. Leí en los diarios que usted se presentaba candidato, y voy y le digo a la Raimunda, que desde hace treinta y seis años hace las veces de la costilla que el primer carnicero y padre Adán me cortó: Te haces cargo del mostrador y del cajón, porque en este instante me doy el cese como *director* de esta tu antigua taberna, hoy bar-restorán. Y sin más fuí a la estación del Príncipe Pío, vulgo Norte, *interin* la señora hizo mutis, cogió las llaves y se fué al fogón a pre-

pararme una merienda, como si ambos fuésemos a la Pradera. Por la tarde le dije, digo, dice: Cualquier novedad me la comunicas a Galicia, Vilamoura, lugar de Fonte do Abade, hotel u fonda... y caí en la Coruña. Allí me enteré por la *Voz* que muchos amigos se disponían a venir acá, pero me entró un no sé qué y reflexioné: Y yo ¿de qué puedo servir a don Ramón? Y allí pensaba seguir. Pero al otro día tomé el auto para Vigo, y al leer en el *Faro* y en el *Pueblo Gallego* que la lucha era seria, me dije: Pues ya que estoy cerca, voy allá, saludo a don Ramón, me ofrezco y... aquí estoy... servidor de *usté* y de la causa...

—Gracias, señor Manuel—contestó Asorey. Presento a ustedes—prosiguió, dirigiéndose a sus contertulios—a un madrileño legítimo, sin mezclas, de pura cepa chamberilera, de sentido liberal...

—Estimando que se diga la verdad, don Ramón; pero añada *usté* que aquí dentro—dijo golpeándose el pecho—hay un corazón sin cierre, sin persianas, sin puertas, abierto siempre. Como que estuvo plantado en el Hospicio y lo cuidaron las Hermanitas. Y no crean ustedes que soy un clerical, no. ¿Para el clero?, ni tanto así—añadió sonando la uña del dedo pulgar contra un diente. ¿Para las Hermanas de la Caridad?, todo, todo. Como que dejé de ser *lerrusista* desde aquello de Barcelona. ¡Mire *usté* que ir contra monjitas que ponen el biberón en la boca de chiquillos que no son suyos, les limpian las asentaderas, los lavan y además los besan! ¡Vamos! ¡Se conoce que ellos no necesitaron caricias, o les sobraron! Por eso ahora soy de “Don” Menéndez Pallarés, un gran patricio, no despreciando.

Asorey, para contener la palabra desbordante de el *Bigotes*, le dijo:

—Usted, amigo Manuel, sin duda vino aquí para presenciar la lucha electoral de un correligionario, y yo, con toda lealtad, debo decirle que no presento mi candidatura como republicano, sino como gallego. Aquí no quieren, ni yo tampoco, saber nada de repúblicas ni de monarquías, ni de partidos. De galleguismo nada más.

—Está bien eso, don Ramón, porque yo también soy, primero y antes que todo, madrileño, castellano, y después... lo que sea. ¿Y sabe *usté* que es bonita su tierra? Me gusta más que la Moncloa, más que la Casa de Campo y que el Pardo. ¡Si ustedes tienen árboles y flores por todas partes! ¡Cada piedra del monte es una maceta! Y casas, muchas casas en los picachos y cerros altos. ¡Bien se ve que ustedes, siempre sobresalientes en todo, edifican en las cimas, para adelantar camino para el cielo! Bueno, don Ramón, pues le repito que aquí estamos con la voluntad y con todo... y me retiro.

—Agradecido, Manuel, agradecido, y ahora se retira usted por un momento para dejar el bastón en el cuarto que le destino para descansar y dormir...

—¡Don Ramón!... El señor Manuel, el *Bigotes*, ya tiene tomada habitación en la fonda.

—Sí, pero la maleta ya está aquí, y usted en su casa.

—Don Ramón, que es mucho honor, pues yo no soy más que el señor Manuel el *Bigotes*.

—Bueno, pues aun cuando no fuese usted más que el señor Manuel el Rasurado, o fuese el señor Manuel el Barbudo, aquí se quedaba usted.

Maripepa, curiosa y que además tenía ganas de

demostrar al forastero la sincera hospitalidad del campesino gallego, entró e intervino:

—¿Pero, luego, usted no es el que le llevó al tren a mi Ramonciño la merienda, en una cesta, tan bien preparada de todo? ¿Y no es usted el señor Manuel, a donde o meu filliño, iba a que le dieran de comer a gusto, unas carnes, que aquí dice no se las sabemos poner tan ricas? ¿Y pensaba que íbamosle a dejar salir d'aquí? No lo imagine siquiera. Usted le dió de comer bien a Ramón—concluyó sonriente—y en pago nosotros le daremos de comer mal. Pero ; con una tan buena voluntad!

—Don Ramón; ya que ustés mandan... firmo y rubrico—y con la mano trazó en el aire, con una facilidad que no podría desplegar sobre el papel, unos imaginarios signos escriturarios.

El día de la elección comenzó con un inusitado madrugón en Vilamoura; el cura dijo la misa más temprano; al rayar el alba se veían hombres soñolientos, que con papeles en las manos o en los bolsillos, salían de sus casas y entraban un momento en las tabernas; por los viejos caminos galopaban jinetes en bestias peludas, y por las carreteras sonaba el rodar de coches pesados y el bocineo de algún automóvil; parejas de la Guardia Civil ambulaban con el fusil al hombro por aquí y por allá; partidistas encargados de recoger o de fiscalizar la voluntad popular iban a cumplir sus serias obligaciones; por las veredas rurales caminaban en pequeños grupos hombres endomingados, con vestidos pardos y negros. Próximos a la entrada de las casas, que según la jerga oficial se habían convertido en colegios electorales, agentes inquietos ofrecían candidaturas, y un poco más allá rebanadas de pan y copas de anís.

Los ciudadanos discuten, disputan y vocean. En un rucio de lento andar llega el Notario de Penaroxa, ante quien todos se descubren respetuosos, y penetra en el local en donde la mesa está constituida. Saluda al presidente, que con el sombrero calado no le contesta; pero previo un ligero aparte con un escribiente que tenía a su lado, comenzó a interrogar al funcionario.

—Bueno, y usted, ¿quién es?

—El Notario de Penaroxa, habilitado para dar fe en esta elección.

—¿La credencial?

—Aquí está—y entregó un oficio que el presidente leyó o fingió leer con el auxilio de unos lentes.

—¿El título?

—También lo traigo—y mostró un papel grande, que tenía la firma del Rey.

—¿La medalla?

—A la vista, pendiente del cuello la tengo, señor presidente.

Aquello iba mal, porque el Notario estaba pertrechado de todos los documentos e insignias. Una cabeza asomó por detrás de la del presidente, puso los labios muy cerca de su oído y murmuró algo, que sirvió para que prosiguiese en sus preguntas aquel severo y curioso interrogador:

—¿La fe de vida?

—¿Cómo? Yo soy mi propia vida y mi propia fé—respondió airado.

—No basta, porque yo he oído en estos días que el notario de Penaroxa había muerto. ¿No lo oyeron ustedes también?—añadió dirigiéndose a otros, que respondieron afirmativamente.

El notario, anonadado, protestó y dijo:

—Es posible que el mal olor de esta cuadra no sea del establo, si no mío, que estoy muerto, sin enterrar y putrefacto. En la duda no me atrevo siquiera a levantar un acta.

—Esto sería una cuadra ayer. Hoy es un colegio electoral, y no se puede tolerar insultos, señor presidente— exclamó un elector celoso de los prestigios ciudadanos.

—Órden, órden...

El notario sintió escarnecida su función y huyó, convencido de que aquel escarnio ilegal y delictivo contaba con la fuerza de la costumbre y la asistencia protectora del Poder.

Corrían coches tirados por jacos lanudos, automóviles alquilados en la capital, jinetes en caballos relinchadores, por carreteras y caminos; en las tabernas y en los mesones entraban y salían los hombres y los mozos, después de beber una copa de aguardiente o un vaso de vino que ya estaba pagado.

Pulleiro sufrió aquel día las amarguras de la ingratitud. El médico entusiasta, desinteresado, que acudía presto a todo llamamiento del dolor, el hombre exaltado en tiempo de epidemias, cuando el terror cundía como fuego en pajar, que otrora recibió bendiciones, al salvar con su ciencia y confortar con cariño a centenares de enfermos, ahora rehuían con disculpas los llamamientos que hizo a los campesinos para atraerlos a la causa de Asorey. Él, bondadoso, los justificaba: "Yo sembré en tierra fecunda, pero el miedo al cacique heló la semilla. No son desagradecidos; son cobardes en política. Temen al impuesto, distribuido arbitrariamente, no por ellos, sino porque les arrebató su pequeña hacienda."

Al mediodía reclamaron con urgencia sus servicios profesionales para asistir a unos heridos en el colegio de las *Barrosas*. El "própio" que trajo el recado le fué informando por el camino.

—Vamos, cuenta, ¿qué pasó?

—Como pasar, no pasó nada, señor. Si no fuera por el aquel de la elección y porque se valieron de eso para hacer trampa, pues la cosa *ainda* le tuvo gracia.

—Acabará, hombre...

—Es que me dá la risa, señor. Pués que cuando el colegio estaba lleno de electores para votar, comenzaron a *zoar abellas*; unas por aquí, otras por allá, picada a éste, picada al otro. Los hombres las sacudían con los sombreros, pero los animales, *atoleados*, clavaban los aguijillos como condenados, y cada vez más y más, un enjambre entero, que entraba por un agujero de la puerta que da al corral. No valía espantarlas, porque ¡eran tantas! Los presidentes de la mesa envolvieron la cara con grandes *panos* y metieron las manos en los bolsillos, y los electores huyeron, sin votar... Los contrarios de don Ramón reían con burla, y para mí que las abejas las soltaron allí adrede... Hay una porción de hombres y mozos con la cara hinchada, que *rabea* de dolor...

—¿Suspendrían la elección?

—Nada de eso, señor. Allí quedaron los de la mesa, para hacer lo que les diése la gana. Pero el caso es que no pudieron, porque las abejas se fueron "pousar" en la urna y nadie se atreve a tocarle. ¡Já, já... já, já!...

—Aunque mirado en el fondo, el caso más es para indignarse que para reír, ríe, hombre, ríe, porque un filósofo, cuyo nombre no te diré porque no sabrías pronunciarlo, lo olvidaría, y, además, no te importa, dijo *que*

reir es más digno que llorar. Yo también me río, pero avivemos el paso. Y Pulleiro picó suavemente con la espuela a la robusta yegua que montaba.

Al caer de la tarde todo era bullicio, ir y venir de hombres, correr de aquí para acullá. Los curiales y amanuenses asalariados por don Atilano llevaban y traían órdenes de los pueblos inmediatos, y de las aldeas llegaban mensajeros calenturientos por el entusiasmo y el vino, trayendo las nuevas del triunfo de la candidatura oficial; el telégrafo transmitió por cintas azules los éxitos alcanzados en los otros ayuntamientos del distrito, y cada noticia se celebraba con disparos de bombas y cohetes, música, embriaguez y cinismo.

En la Plaza Constitucional se comentaba el triunfo con vocerío, y en las tabernas se celebraba con jarros de aromático ribeiro.

Un ruido callejero se desbordaba en vivas clamorosos.

—¡ Viva don Atilano!... ¡ Vivááá!...

—¡ Viva nuestro diputado!... ¡ Vivááá!...

—¡ Viva Galicia!... ¡ Vivááá!...

Y no advertían la contradicción entre vitorear a su tierra, después de haberla ahogado en las urnas electorales.

Todo llegó a conocimiento de Asorey, que desalentado, con más compasión que iracundia, comentó:

—Triste signo el de los pueblos que no sólo eligen sus verdugos, sino que lo hacen con entusiasmo.

—Ese acta es robada, es falsa.—gritaban indignados sus amigos, a lo que él replicaba:

—Pero la moneda falsa a veces pasa como legítima, y entonces sirve hasta para comer.

Pérez del Perezal había triunfado. Vilamoura tejió

una vez más una corona de violencias, de coacciones, de falsías y de ficciones legales para colocarla sobre las sienas de aquel forastero, que tenía fortaleza suficiente para no inclinar la cabeza ante un peso tan enorme.

Los odios locales, los rencores y las incompatibilidades se agudizaron. La depresión del desengaño y de la ilusión esfumada se infiltró con pesadumbre abrumadora en los socios de la "Xunta dos Homes", cavilosos y asustados ante la temible reacción vengativa de don Atilano. Los hombres, a pesar del vino ingerido, sentíanse vencidos por la cobardía y contritos por el arrepentimiento de lo que consideraban locura. El que manda siempre puede, comentaban, y al que se rebela contra el que manda le espera el daño.

Ahí está el diablo para atestiguarlo. Por haberle hecho "cara" al Señor lo lanzaron a los *profundos*.

No lo decían, pero en su íntimo pensar guardaban cierto rencor para Asorey, por haberles aconsejado aquel ensayo de aventura política. Con las palabras fanfarroñas disimulaban el temor y decían: "Aunque quedemos por puertas hemos de volver a la *loita* (lucha), y alguna vez venceremos".

La exaltación viva, más viva por la derrota quizá que con la victoria, se había refugiado en las mujeres, cuanto más dulces para el querer más bravas para la pelea.

—¡Ay, si nosotras fuéramos hombres, si tuviésemos voto! ¡Madre que nos parió! ¡Ni don Atilano, ni cien como él! ¡Ni todos los señorones de *Madri*! ¡Burlarse de nós, como burla hicieron de vosotros!—decían, increpando a los maridos.

Los inexpertos electoreros, amigos de Ramón, en las primeras escaramuzas electorales, que consistían en la

captación de los votos, creyeron que la ciudadanía política era cosa de los hombres, y cerca de éstos actuaron. Pero en la mayor parte de las casas a donde llegaban oían esta cantinela:

—¡ Boh! Non sei pra que se molestan. Non lle está a dona.

Y al replicar:

—Eso no nos importa, venimos a buscar al señor fulano, o al tío zutano, les contestaban:

—É que n'esa casa manda Bayona...

Hasta que les explicaron que hogar en donde manda Bayona está la autoridad pantalonil en baja.

No piensen los lectores que se trata de la vulgar dictadura femenil, ridícula y absurda, sino de un mando dulce, un gobierno de los mejores, porque la mujer gallega, por su entendimiento, ponderación y claridad de juicio, prudencia y cautela, es superior al hombre y lo mejor, lo óptimo de la raza. Oye el marido a la mujer, consulta su parecer y su opinión es un dictamen del que no se separa, al contrario de lo que suelen hacer los Gobiernos, que oyen, pero no escuchan a los organismos a quienes consultan.

Las del Pazo no habían ocultado sus simpatías en la contienda política. Criados que fueron y conservaban la lealtad al trato hidalgo, arrendatarios que creían deber a los amos, además de la obligación de pagar la renta, el de pedirles consejo, antiguos exforeros, que habían redimido sus tierras, acudieron a la señora de Moscoso en consulta.

—Y a *vosté*, ¿qué le parece? ¿Iremos con don Atilano, o con los nuevos? Uno caviló mucho, y la *parienta* también tiene su parecer, y... ¡claro!... Ella bien dice,

pero un hombre siempre es el que tiene que dar la cara, y luego, si no salimos con ben, vienen las *vingas* (venganzas), y no podemos echar la culpa a nadie... Uno, ¡ya sabe!, tiene sus compromisos, y *destonces*... ¿Que me dí, doña *Pelegrina*?

—Hombre, te agradezco que me pidas consejo, pero, ¿qué dice tu mujer?

—¡Eh! Señora, las mujeres bien hablan, y mi *Xeroma*, gracias a Dios, buen sentido no le falta y... puede no acertar y...

—Vamos claros, Manuel. ¿Tú vienes a pedirme un consejo o a que yo adivine quién va a triunfar en la elección?

Rió el hombre, rascó, por rascar, la cabeza y contestó:

—Eso sí que sería lo mejor. Vosté dirá que para eso están las *naipeiras*, y vosté no lo és. Yo vengo por el apego que siempre tuve a la casa y porque dos parecen valen más que uno, y la *Xeroma* también me dijo que viniese y *destonces*...

—Yo no te aconsejo nada. Si yo fuese hombre, iría con los de la "Xunta dos homes"...

—Luego *vosté* dice lo *mesmo* que mi mujer. Pues *destonces*, sea lo que Dios quiera...

Pasaron pocos días, que fueron los suficientes para que la legalidad adquiriese la solidez del cuarzo.

Encarnó la legalidad en una junta, que a juzgar por lo numerosa y lo bien trajeado de los señores que la formaban ofrecía las máximas garantías. Reunida en un salón, en cuyo testero, y bajo deslucido dosel colgaba un retrato cromolitografiado de un rey que ya no reinaba, porque hacía treinta años que había muerto; las paredes, cubiertas de falso damasco; en el centro, un señor,

y ante él montones de sobres repletos en la mesa; en el fondo, guardias civiles, con el cañón de los mausers en las manos, y muchos guardias de seguridad con barbas crecidas y botas lustrosas. En un estrado docena y media de señores, con camisas limpias, embutidos más que sentados, en sillones rojos. A juzgar por lo externo, allí estaban representadas todas las opiniones: unos eran gordos, otros delgados, enjutos algunos; los había de peinadas cabelleras y de calvas relucientes; rasurados, con bigotes caídos, con bigotes enhiestos o ensortijados; de barbas a lo flamenco y a lo judaico, morenos, rubios...

Era su cabeza presidencial un funcionario, legalmente meritísimo. Después de obtener el título que le daba derecho para conquistar la más elevada cumbre del foro, prefirió aceptar modestamente el ingreso en un alto centro jurídico, para desempeñar la delicada función de poner el sello en las sentencias ejecutorias, y aun cuando con frecuencia lo ponía al revés, un buen día un Ministro lo lanzó desde la *Gaceta*, por Real decreto, a hacer justicia. Y la hizo, porque la constante voluntad de dar a cada uno lo suyo le asistió siempre. ¿Que no pasó nunca más allá del propósito? Él puso lo que tenía, y en conciencia no podía pedirle más.

Todos ellos eran almas gemelas, espíritus parejos, que con uniforme criterio refrendaron la elección de Pérez del Perezal.

Los valedores de la candidatura de Asorey discursaron, analizaron vicios e informalidades, protestaron de atropellos y violencias, pero todo fué en vano. El presidente, con cerril resistencia, todo lo rechazaba, secundado por los vocales, que asentían con mudas cabeza-

das, a las que las leyes políticas reconocían profunda eficacia legal.

—¡Abandonémos esto, porque las rocas no se derriban con razones!—deciales Asorey.

Para intentar que el buen sentido retornase a aquella junta, un abogado verboso, propugnador de los derechos del candidato derrotado, para ganar horas y prolongar la inacabable sesión, fingió sentirse enfermo y suplicó comedidamente al presidente la suspensión del acto.

—Ya resolveré, pero antes le reconocerá a usted el médico forense.

Dió un respingo, como si le hubiese picado una avispa, el letrado y airado exclamó:

—¡El forense a un abogado de este ilustre Colegio!...

Y el presidente, bajo cuya rubincunda y plácida faz y grasiento abdomen ocultaba una insospechada iracundez, respondió:

—¡El forense, sí, y la autopsia, si es preciso!

XIV

Pasaron unos días desde la elección y remansó la extraordinaria fervilidad de la villa y del agro. Los triunfadores recobraron la tranquilidad de la posesión inquieta por el temor que inspira siempre lo imprevisto, y los vencidos, además de sentir la depresión moral de la derrota, estaban acobardados por el miedo a las represalias. Había sido aquella la primera vez que en el largo dominio político de don Atilano le disputaran el mando, y aquél, para no perderlo, era de esperar que, como hacen siempre caciques y tiranos, lo extremaría.

En Vilamoura todos los excesos legales de una elección terminaban con un banquete, que merecía calificarse de mónstruo, no sólo por la índole de los comensales, sino por la abundancia de comida. Y también esta vez el Casino "oficial" abrió sus salones, y a la hora de los brindis se dieron los últimos vivos al jefe, y salieron de los labios de algunos alcaldes, concienzudamente borrachos, los postreros mueras al enemigo, vivas y mueras que la chiquillería, husmeando desde fuera, aplaudía, reía y celebraba, sin distingos. Fué una fiesta cordial, de simpática compenetración de ideales, según dijo al siguiente día la prensa provinciana. Y eso que el diligente corresponsal omitió que, al final, los comensales, que ya sola-

mente bebían, cantaron a coro, forzando las lenguas estropajosas y las gargantas enronquecidas por el alcohol, el himno de

Arrión entró en Madrid
 con la espada ro...tá,
 defendiendo la Constitución,
 beba usted una co...pá,
 vuelva usted a beber...
 Beba usted otra vez...
 Que corra de mano en mano
 la copa y la botella...
 Que corra de mano en mano...
 Hasta dar fin con ella...

Y el canto como *espuela*, pues así denominan a la última libación en Vilamoura, fué repetido tantas veces cuantos eran los asistentes al banquete.

Don Atilano y el Recaudador, interin los demás cantaban, se aislaron en un rincón y conversaron sobre algún interesante problema.

Al promediar la mañana del siguiente día el *Pousa*, reputado agente ejecutivo del recaudador, acompañado de dos hombres y de un guardia municipal, llamó batiendo con insolencia el martillo del portalón del Pazo:

—¿Está doña Peregrina Somoza?—preguntó a la criada, y al oír la respuesta afirmativa de ésta, añadió con imperiosa sequedad:—Pues que baje.

Pousa, marrullero, astuto y ladino, era para los campesinos el Antecristo, algo mucho peor que la peste y el hambre. Les inspiraba terror. No veían en él un agente, sino un ladrón legal que entraba en las casas, registraba

las arcas y se llevaba dinero, o una res menor, o una res mayor. Y, además, el gran pícaro siempre reclamaba una cuerda, que nunca devolvía. ¡Así lo ahorcasen con ellas! Insensible y frío como un sepulturero, ni le incomodaban ni le conmovían las lágrimas, ni le impresionaban las maldiciones. No obstante su modestia, era uno de los más fuertes puntales del orden social en Vilamoura. Robaba lo que buenamente podía, y era el enemigo más formidable de los dos únicos comunistas que por ferias y tascas predicaban teóricamente la abolición de la propiedad, incapaces de arrebatársela prácticamente a nadie.

Y siempre que había que embargar, se llevaba lo mejor: el cerdo, ya cebado, o la *xuvenca* más lucida. ¡Condenado! ¡Qué ojo tiene!, decíanle. ¡Y qué habilidad para no devolver ni una peseta, fuese el débito de uno o de diez! Sus cuentas eran descendientes directas de las del Gran Capitán. Entre depositar lo embargado, gastos de manutención, venta y otras menudencias, no quedaba de la res, en favor del deudor, más que el recuerdo. Ése fai as contas con tenedor, afirmaban algunos. Así le salían cuadruplicadas.

Su presencia en una puerta era presagio de tragedia, y atrajo a los transeuntes que iban para acá o para acullá, que se detuvieron curiosos y distanciados. Los rapaces callejeros que aún no lograron entrar en la escuela por falta de local suficiente, se apiñaron junto al portón.

Seguida del criado descendió por el patín la señora de Moscoso.

—Felices los tenga usted—saludó con sorna el agente. El guardia municipal alzó la mano, en la que tenía un

flaco junquillo, hasta la altura del astroso y abollado kepis; los testigos se quitaron respetuosamente los sombreros.

Doña Peregrina respondió cortés y esperó. Desplegó Pousa unos papeles resobados, colocó sobre la nariz unas antiparras y dijo:

—Pues aquí vengo, como agente de la Hacienda, a hacer un embargo, visto que usted no pagó y tiene un débito por contribución de cuatrocientas tres pesetas y ochenta y un céntimos: Por cuotas... tanto. Por recargos de primero y segundo grado... tanto. Por apremio... tanto. Total, cuatrocientas tres ochenta y uno.

Cruzáronse miradas los que presenciaron la escena y los testigos se disculparon:

—Nosotros, señora, dispense, venimos aquí a la fuerza, pero no de bueno a bueno, pues le tenemos ley a la casa...

—Gracias; cumplís con el deber de la obediencia, y basta. Y ahora, que cumpla con el suyo el agente. Pasen ustedes.

—Pasemos—dijo Pousa, y entraron, cerrando el portón, que veló la no satisfecha curiosidad del público.

Comenzaremos el embargo por las alhajas, si no hay dinero, como manda la ley—afirmó el agente, mirando para la señora de Moscoso, que empalideció al oírlo. En los últimos repliegues de su espíritu sintió como si una garra de mónstruo lo hiriese. ¡Las alhajas! ¡Los recuerdos, la efeméride materializada en pedacitos de oro o de plata, esmaltados con piedras menudas, blancas, rojas, azules! ¿Aderezos, pendientes y pulseras que había posado sobre los pechos de señoras, muy señoras, que habían adornado sus orejas y ceñido sus muñecas, pasar a

las manos de Pousa, y luego... a las de la alcaldesa o de la recaudadora? Eso equivaldría a echar un borrón sobre las ejecutorias, los timbres y los escudos de los Moscoso y de los Somoza. ¡Ah, no! Eran depósitos sagrados que pasaron de unos a otros, para legarlos a los que aún viniesen.

—Pousa, acompañeme usted—dijo doña Peregrina—, y estos señores pueden, si gustan, esperar aquí. Siéntense.

Subieron ambos y hablaron. Convincente y persuasiva debió estar la de Moscoso, y persuadido y convencido bajó el agente al poco rato para embargar la *vaquiña Marela*.

Le abrieron el establo y el dócil animal presintió algo malo y resistía salir. ¡Ven Marela! Y la vaca estiró el cuello, abrió los ojos mansos y lanzó un mugido quejumbroso. Hubo necesidad de empujarla, y cuando sintió que las extrañas manos de Pousa le tocaban las astas, no se humilló, sino que se revolvió inquieta, y nuevamente mugió lastimera.

Allá, refugiada en su camareta, Arminda lloraba con angustiosa pena. ¡La *Marela*, su *Mareliña*, llevada como prisionera! Ella, la *pobriña*, no tenía la culpa de que la contribución no se hubiese pagado. ¡Qué había de tener! Buenas azumbres de leche dió todos los días, y bien tiró del carro y del arado cuando le mandaron. ¡Qué culpa tenía de que la leche la regalasen sus dueñas en caridades a enfermos necesitados! ¡Que la vendiesen, como hacían todos, y así no les faltaría el dinero! No, no, la *Marela* no debía ser la responsable de que sus amas tuviesen un corazón como la manteca, que lo mismo sirve para el pan de trigo que para el de centeno. Y sin embargo, iban

a convertirla en dinero, quizá llevarla al matadero, descuartizarla y arrancarle la piel. ¡Pobriña! Y Arminda sentía la congoja de más intenso llanto. ¡Qué me importan a mí las joyas, ni que hayan pertenecido a este o al otro de mis parientes! A mí ni los pendientes, ni los aderezos, ni los broches, ni las sortijas, ni las pulseras, por más que las mire y las remire, me dicen nada al alma. Son cosas frías y muertas que brillan y tienen luces, pero también dicen que brillan y dan luz de noche los huesos de los muertos. ¡Ay, la *Marela*! Me conocía, agradecía mis caricias cuando le pasaba la mano por el testuz o por las ancas, toleraba, resignada, que le apartase el becerrito... ¡Dentro de su piel hay una vida y un corazón! Las alhajas no sienten ni tienen vida, y lo mismo da que adornen a una persona que a otra. ¿Y los enfermitos que se alimentaban con la leche de la *Marela*? ¡También ellos sufrirán para que sigan encerradas en sus estuches las alhajas! ¡Dios mío! Ahora, ahora comprendo mejor los extremos a que conduce la vanidad. Quizá esta lección me la habéis dado para ejemplaridad de mi alma. Yo os prometo, Señor, que esas alhajas jamás las pondré. Para mí tienen ya los lutos de esta pena que me ahoga, de esta congoja que me mata. Y si los pobres enfermitos a quienes la *Marela* daba su alimento empeoran o mueren... esas alhajas tienen la culpa. ¿Ponerlas yo en mi cuello o en mis dedos? Pareceríame que llevaba diminutas hachas de asesinos o garrotes de verdugos.

Pousa pugnaba en el corral con la *Marela*; ésta sentaba fuertemente las pezuñas en el suelo y se resistía a caminar. Solamente ante los fuertes tirpnes de la cuerda y el estímulo brutal de un aguijón, pudieron aquellos

hombres llevársela. Aún mugió quejumbrosa y lastimera. El animalito no comprendía que, en la afinada civilización moderna, cuando los campesinos no pueden pagar los tributos, las leyes hacen efectivos sus derechos sobre las vacas. Pousa podría explicárselo, pero el hombre rebosaba satisfacción con el producto de aquella rapacidad, y no tenía ganas de dar una lección de legalidad al animal.

Al pasar con su presa por delante de la casa de Maripepa, ésta, al ver al agente, santiguóse, en señal de asombro, y dijo:

—¡Ay, Jesús! ¿E non e a *Marela* da señorita Arminda? ¡Arrenégote, diaño! ¿Pra onde vai, señor Pousa?

—¿Quién, la vaca o yo?

—¡Boh! Usté ya lo sé fai tempo que va para el infierno. Pregunto por la *Marela*.

—Embargada, y a donde la lleven. Mañana a la feria de Nadelíña.

—¿Embargada?

Y se metió en la casa, y haciendo mil conjeturas sobre los motivos de aquel embargo, dió cuenta del hecho a Ramón:

—¡Ay, hombre, te me extraña bien que dejasen embargar la *Marela*! Con el cariño que le tenía la señorita Arminda. Si yo fuera ti esa vaca no dejaba que la llevase nadie en la feria.

Empalideció Asorey y sin responder a su madre gritó, llamando al criado:

—¡Farruco!...

Al aparecer éste ordenó:

—Mañana vamos a la feria de Nadelíña.

—¿E logo, vamos a vender a xuvenca?

—No sé si a comprar, a vender o a hacer justicia.

—Vosté está nos seus cabales, e dispense que llo diga. ¿Xusticia n'nuha feira?—objetó el criado, con respetuosa franqueza.

—¡Oh! Tantas veces se hizo feria de la justicia, que no tiene nada de particular que alguna vez se haga justicia en la feria—respondió con amargura Asorey.

—Non comprendo, pero cando vosté lo di...

—Mañana lo comprenderás.

—Bien, pues a la obediencia de usted...

Alborada de mañana estival, de despertar temprano en la aldea. En Nadelniña el ambiente huele a fiunchos, a tojos y xestas, a madre selvas y saúcos.

La niebla *corre* y se deshace huyendo del sol. Por la carretera real, por los caminos provinciales, por las corredoiras, empedradas de guijos redondos y pulidos, por veredas y congostras, barrizas y húmedas, van llegando, guiados y conducidos por los campesinos, vacunos mansos, inquietas caballerías, remisas y tercas cabras y resignados corderos. Traficantes revestidos de holgadas blusas, montados en retozones y pequeños caballos, trotan altaneros; las camionetas automóviles, ocupadas por *regateiras*, levantan polvoreda, atemorizan y espantan con sus bocinas al ganado, arrancando grandes maldiciones a los viandantes, que de mala gana ceden el paso; carres con mulos en reata caminan lentos. Mujeres, muchas mujeres traen de la cuerda vacas de vientre inflados por el atracón de yerba recién ingerida; algunas hacen caminar, sujetos por las patas traseras, a cerdos remo-

lones, que gruñen; las más portan, pendientes del brazo, pequeños cestos con huevos, o en la cabeza, repletos de grano, *foles* que fueron piel de cabrito o de cordero.

Los taberneros y tenderos de Nadeliña colocan en las puertas de sus tiendas, situadas en la carretera eje de la villa, las muestras de sus mercancías.

Es día de feria, día de fiesta, de tráfico, de lucros y ganancias esperadas cada quincena, día de bullicio que altera la cotidiana quietud.

Falsos plátanos, acacias carcomidas, álamos negros, tirados a cordel, delimitan y dividen en alamedas el campo sin aceras, en donde se celebra la feria. Calles rectas, paralelas unas y perpendiculares otras, semejan los primeros trazos de un barrio en espera de los edificios. Unos cobertizos sostenidos por delgados y toscos apoyos de pizarra son la única edificación permanente. La vida se iniciaba aquel día en el villaje rural con ritmos de trajín, de lucha, nada reposaba; las ventanas de las casas más urbanas se abrían para recibir el aire purificado y las rústicas viviendas franqueaban sus puertas; humeaban ya las chimeneas y los tejados; los refajos colorados, los pañuelos rojos y anaranjados de las mujeres destacaban en el fondo verde de los prados y de las *veigas*, como si fueran gigantescas amapolas o doradas maravillas; por las vías rústicas caminaban apresuradas las menudas vaquiñas, seguidas por un rapaciño descalzo, cubierto el cuerpo con una camisa ennegrecida por el polvo y el sudor.

En los lugares más frecuentados, a la entrada de la feria y en las márgenes de la carretera, iban situándose los pordioseros errabundos. Aquí un hombre baldado, envuelto en trapos, como una momia; más allá un *man-*

gante, que exhibía llagas provocadas por *cáusticos*; una mujer enlutada con una caterva de rapaces huérfanos; un ciego, otro ciego, un manco que perdió la mano barrenando en las minas; viejos y viejas encorvados, apoyados en palos... Con voces destempladas, a gritos, decían rosarios de súplicas, insistentes salmodias, repetidas, interminables, clamando por una limosna.

En las calles del campo de la feria la actividad se acentúa; bajo los cobertizos abren los fardos y colocan sobre un mostrador de piedra, paños y telas, brillantes pañuelos de seda de vivos colores, percales listados, moteados, floreados y *rameados*. En otras calles mujeres traficantes levantan sobre cuatro palos, con rapidez y desenfado, toldos, bajo los cuales tienden cuerdas que sostienen cintas, encajes baratos y puntillas caseras; las panaderas se colocan detrás de las cestas llenas de molletes de pan de trigo; una senda está ocupada por vendedoras de frutas, en caravelas cubiertas con paños; fresones rosados, fresas rojas, cerezas blancas y negras, peras de San Juan; en otro camino montones de pucheros, cazuelas, ollas y tarteras de barro, fabricados en Buño, ofrecen la muestra de la sencilla y tradicional cerámica; hay puestos de quesos, requesón y mantecas; chocolate, arroz, garbanzos y pimientos. La improvisada ciudad mercantil está levantada; suenan los primeros pregones de los vendedores, pero las transacciones se retardarán.

Los feriantes, como si estuviesen allí indiferentes, por curiosidad solamente, van de acá para allá, miran de reojo para los puestos, tocan o palpan alguna mercancía y ni preguntan ni responden. Recelosos y cautos observan, nada más. Pasman ante la jaula del pajarito sa-

bio que se desengayola, dá unas vueltecitas por un diminuto estrado, coge con el pico uno de los horóscopos multicolorados y recibe como premio un grano de alpiste. Se conmueven en apretados grupos alrededor de un ciego que defiende los ojos con unas gafas verdes y cubre el cuerpo con capa parda y la cabeza con sombrero de luengas alas. Con un arco hace chillar la única cuerda de una caja de violín, atada con alambres y cordeles. A su lado una rapaza cacarañada, desaliñada y mugrienta, sostiene pendiente de un palo en cruz un telón en el que un pintor dibujó con colores de sangre y livor, ocho episodios de un terrible crimen, con la agravante de un romance que cantaba así:

“En la ciudad de Acapulco,
provincia de Guatemala,
habitaba una familia
modelo de paz cristiana...”

Bullen inquisidores los ojos y mueven ligeras las piernas las gentes. Pasan señores abades con balandranes deslucidos, el color verdoso, sombrero flexible y resonante espuela en el pie derecho, seguidos de amas *repoludas*. El notario, que se exhibe ofreciéndose con rollo de papeles debajo de la axila izquierda; los prestamistas, que inquietan por sus deudores para cobrar los réditos de las *obligas*; los “moinantes”, que buscan escrupulosamente la víctima. Humean ya las calderas con el goso pulpo curado; apesta el aceite maloliente de las freidurías de sardinas y de las churrerías. El sol, filtrándose a través de las ramas de los copudos árboles, iluminaba aquel magnífico cuadro de inquietas y móviles figu-

ras, de vestimentas de vivos colores, que suben, bajan, cruzan, miran, tropiezan unas con otras, sonríen, saludan con frase parca, disimulando para que nadie les conozca la ventaja que persiguen. En el fondo del campo, en una pequeña explanada, allanada y polvorienta, se agitan las yeguas mansas, los potrillos saltones y asustadizos, los jacos retozones, que molestos por las impertinentes picaduras de las moscas no daban descanso a los cascos.

Los compradores les abren los belfos, les miran los dientes, tiran del rabo y les dan con la vara cimbradora un golpe.

Ante un caballo flacucho, sujeto por el ronzal, se para un trajinante.

—¿Cuánto vale?

El dueño, un vejete de ojillos vivos, tira sobre la frente el ala del sombrero, se apoya en la vara, cruzadas las manos y en vez de responder, pregunta:

—Y osté, ¿cuánto da? ¿Vale ochenta pesos? Mírelle as patas, que comen el camino.

—Bien se vé que no come otra cosa, por eso está tan flaco.

Por este lado, en sombrizo espacio, se agrupa el ganado de cornamenta, humillada la cerviz, reposado, pacífico.

—Este becerro escorna—repara un comprador, señalando con la vara a un ternerillo.

—¡Ay, señor, non lle quite o creto, antes de tempo, que ainda lle está solteiro!—replica la moza que lo cuida.

Por la carrera en donde las vendedoras de frutas, sentadas sobre *croyos*, tienen sus mercancías, una ofrece y pondera la suya:

—Léveme estas cereixas, que lle son dulces como mel.

—¿Si mas fías?

—Ay, hom, sintocho ben; pero miña nai non me ensinou a fiar mais que ca roca.

Una rapaza prueba unos pendientes de filigrana portuguesa en un puesto. Toma unos, pesa otros, mira y remira meditativa, los pone en la palma de la mano y, al fin, sin pronunciar palabra, los deja.

El tendero, molesto y agresivo, dice:

—¿Seica no los encuentras de tu medida? ¡Como tienes las orejas tan grandes!

—Las mías serán grandes para persona, pero as de vosté son pequenas para burro—replicó, amoscada, provocando con su agudeza, risotada en los oyentes.

Una señora, que sin duda busca una ganga en la feria, interroga a una vendedora:

—¿Cuánto quiere por ese par de pollos?

—Veinticuatro reales.

—¿Me los deja en ocho?

—Veremos, pero ¿me los va a pagar al contado, o a plazos? Porque si va a ser en plazos me dará algo más, por los réditos.

Un hombre de calzas y chupa reniega, maldice, jura, clama y protesta. Le robaron veinte pesos.

—¡Así se le vuelvan *solimán* al ladrón!

La Guardia civil trae preso a un mocito sospechoso. Por de pronto, como medida de urgencia, le aislan. Después, ya veremos.

A un convecino que pasa le interroga otro:

—E logo, ¿cómo pasa o gando?

—Baixo, moi baixo, e o *millo* alto.

—¡Rayo que fenda os Gobiernos!

Asorey y Farruco entraron en la feria y buscaron un traficante que adquiriese la *Marela*, que allí estaba, extrañada, mugiendo por su establo, por su prado, por las voces acariciadoras de Arminda. Por cinco duros más que cualquiera la vaca es mía—insinuó Ramón, y se fueron a comprar cintas, baratijas y un cesto con rosquillas de Silleda. El sol en su máxima esplendidez proyectaba toda su luz sobre el mercado; los animales languidecían por hambre y sed; los feriantes refugiábanse en tabernas y mesones, comían al aire libre trozos de *molete*, regados con jarros de vino flojo; los mozos y mozas en corrillos reían y cantaban. El tráfico decae. En automóviles, en coches, en caballos llega el señorío de las cercanías, ocioso, que ni compra ni vende, sino que curioseá sin objeto y sin rumbo.

Las señoronas pasean por la carretera, reciben los saludos de los conocidos, y los señores se adentran en el mesón de Pepe de Salceda, para tomar un refresco. Un vaho ahogante de vino, de humo de cigarros, de víveres rancios, que rezuman y sudan, de condimentos, guisos y frituras llena el vasto espacio, que es a la vez tienda y taberna, comedor y centro de chalanerías. Chirrian constantemente las *billas* de las pipas de vino, al abrirse para verterlo en jarros y vasos, tintinean las bolas cascabeleras de las botellas de gaseosas, después de que lanzan un estornudo; suenan secos los tapones de los cascacos de cerveza; la gente habla, barulla, gesticula, grita interjecciones puercas; los labios lacios y ennegrecidos de los borrachos barbotean blasfemias; las mozas de servicio que llevan o traen viandas protestan o ríen de los achuchones, pellizcos y encontronazos con que las obsequian los concurrentes.

Por una escalera que conduce al único piso suben y bajan hombres sudorosos, congestionados. Van y vienen a la *partida*. Barriños y Carril, arriba, sobre una mesa cubierta con un mantel de bayeta encarnada, tallan tres mil pesetas. Silenciosos se agrupan alrededor del tapete los jugadores; ahora sale la carta y se oye un rumor y el chocar de monedas... Una voz protesta y reclama una postura. Pasan aires de disputa... Y otra vez el silencio... ¡La carta! Y otra vez se oye el tintineo de las monedas... Dos manos diferentes van a posarse, a la vez, sobre una *postura*. Se miran el señor juez municipal de Lamas y el señor ecónomo de Trasponte. Aquel dice quedo al oído de éste:

—Es un muerto, señor cura, y para levantar el cadáver, la Justicia; después la Iglesia. Y una de las manos, convencida, pudorosa y prudente, se retiró.

Candelaria, la criada del mesón, entró sofocada, corriendo y apartando a todos, dijo algo a Carril, que atropelladamente guardó las barajas, mientras Barriños se metía el dinero en el bolsillo, y todos, a la desbandada, se precipitaron a las escaleras y al balcón del corral. Pronto renació la tranquilidad. Fué una falsa alarma... La Guardia civil vigilaba tranquila y celosamente la carretera.

Pepito de Curros, pálido como un desangrado, no volvió a subir; se arrimó a la pipa de vino más grande y pidió que le sirviesen del blanco *alvaríño*.

—Parece que perdiste—le dijo uno de los bebedores.

—Sí, hombre, sí perdí. Hasta con el susto perdí la voz y no tengo ganas de hablar.

—¡Esa Candelaria! Yo pienso que lo del aviso te son

combinaciones de Pepe de Salcedo y de Barriños. ¡ Como gana la banca! A ver si vos asustábais.

Fuera suenan las bocinas de las camionetas, cargadas de jaulas de gallinas y pollos sedientos y de cajas de huevos; llaman por las *regateiras*. Pasan señoronas seguidas de criadas, con cestos repletos; las tiendas de la feria van enfardándose, carreteras y caminos se llenan de viandantes, restallan los látigos de los carreros, atruenan los motores de los autos, los mugidos de los bueyes, los relinchos de los caballos, el cacareo de las gallinas, el balido de las ovejas, el gruñir de los cerdos; van al aire las imprecaciones, los gritos y los cantos de los hombres; es la feria que muere, desparramándose el trajín por los caminos, lento, fatigados los feriantes, cansadas las bestias. Estos van pensando que no obtuvieron todas las ventajas ambicionadas o apetecidas en sus ventas o en sus compras, en sus cambalaches y trueques, planean desquitarse otro día de las rozaduras y de las espinas del engaño. Los animales, tristes, como niebla montañesa, presienten cambios de aposento y de dueño, o fines trágicos.

Sujeta por la cuerda, en las extrañas manos del traficante de ganado, la *Marela* mugía de dolor, buscando con sus mansos ojos figuras conocidas, estirando y abriendo las orejas, para recoger las perdidas y ansiadas voces acariciadoras de Arminda, del criado. Resignada, humillaba el cuello, y la cabeza parecía colgar mística.

—¡*Marela, Mareliña!*—gritó Farruco, que con Asorey aparecieron. Y la vaquiña columpió el rabo, alzó la cabeza y mugió, como diciendo—“aquí estoy”...

Pagó Ramón el importe de la compra, gratificó con largueza al tratante, y el criado tomó la cuerda del ani-

mal, al que pasó cariñosamente las manos por el lomo. ¡Anda, *Marela*!

Caminaron los tres y antes de llegar a Fonte do Abade, descansaron en una robleda, cuyo suelo ofrecía corto y verde pastizal. Pacía la vaca, y Ramón y Farruco sacaron de un paquete trenzas coloradas, trencillas azules, cintas blancas, toscas y duras, y atáronle lazos en el cuello y en la cornamenta, engalanándola con pequeños cascabeles.

La noche era oscura; la aldea dormía en el silencio. Cautelosamente aproximáronse al portón rústico del pazo y ataron por la cuerda la *Marela* al férreo y pesado llamador, huyendo a esconderse para presenciar el suceso. La bestia desasosegada e inquieta al estirar y aflojar la cuerda hacía sonar solemnes y acompasados aldabonazos, mugía prolongadamente. El perro, alerta, ladró y su ladrido fué repetido por los perros de otros caseríos. En el balcón apareció un bulto y se oyó la voz de Arminda:

—¿Quién es? ¿Quién llama?

Otra vez mugió la *Marela*, y pronto se abrió la puerta; con un farol la criada, alzándolo hasta la altura de la cabeza, reconoció la vaca:

—¡Señorita! ¡Ay, Jesús me valla! ¿E non é á *Marela*? E tráelle lazos na testa é nos cornos, como cando les dan premio. ¡Si parece un milagro! No, fuxir non fuxeu, porque está atada ó chamador.

Arminda, conmovida, dejó que las lágrimas que asomaron a los ojos resbalasen por las mejillas, y exclamó:

—¡Ramón...! ¡Ramón!

Asorey y Farruco se alejaron quedos y ya lejos, habló éste:

—Mucha alegría le ha de ter la señorita Arminda,

Yo me percaté que el vender la *Marela* le dolió como si le arrincaran tiras del corazón. Aún m'acordo que cuando nació la *cuxa*, andaba yo allí al jornal y ella le echó una manta vieja, porque era noche muy *crúa*, de *xiada* y el alento de la madre no le *quentaba* bastante. Y todos los días, en cuanto empezó a comer, pues bocados de pan de trigo, que aun no lo comemos los homes, y berzas, bien fresquiñas... Y a mayores la delor de que el hijo del *Legoeiro* y el tío Marcos ya no tendrían el *leite* a diario... y morrerían... ¡Probe señorita! No, ella no decía nada; pero ayer su cara bien amostraba la pena, d'esas penas caladas, fondas, que parten el alma. ¡Ay, don Ramón, vosté como non sabe ó cariño que n'aldea tenemos al gando, no se percata del bien que hizo! Les toma uno mucha ley, *Marela*, ven, y la *Marela* se deja desinflar las ubres y llena un jarro de leche. *Marela*, ven, y se le pone el *xugo* y *turra* del arado y hace unos *regos* muy derechos. ¿Y tirando del carro costa arriba? ¡Y cuando uno vuelve del monte o de la chousa con el gando, es como traer una buena compañía! Mire, la verdá es que para un labrador no le hay nada mejor que el gando, no despreciando a nadie...

Entraban en una estrecha corredoira, un camino encajado entre los altos desniveles de las tierras que lo delimitaban. Los arbustos y los frutales cruzaban las ramas, formando túnel; silveiras de ramas largas, flexibles y combadas, pendían abundosas de los altos muros; más que obscuro, el camino era negro y temeroso.

Una voz ronca, gemidora, imploraba y se oía, claramente:

—¡Por Dios, deixénme, non me fagan mal! Eu son un bó home. ¡Malas sonas que me botaron! ¡Solténme!

Asorey y Farruco apresuraron el paso y aquél empuñó una pistola hasta llegar al lugar de donde partía la voz. El Nachiño, el curro, de fama de valentón, terror de fiadas y romerías, árbitro de la paz entre los mozos de Fonte do Abade, de espaldas a ellos, clamaba aterrado porque le soltasen unos formidables e imaginarios enemigos que lo sujetaban por un extremo, suelto, de su faja colorada, enredada en las espigas de las zarzas.

—¡Animo, que aquí estamos!—dijo Asorey, reventando por soltar una carcajada, y añadió—vuelve la cara, hombre, no vayas a perder tu valentía, Nachiño.

Recobró éste la serenidad ante el inesperado auxilio, y al no ver a los que suponía le agarraban, preguntó:

—¿Onde van?

Ramón, acentuando con fingida candidez las palabras, interrogó a su vez:

—¿Quiénes?

—Os que me agarraban po la faixa—respondió el mozo.

—¡Velos ahí están!—afirmó Farruco, señalando a las zarzas, a la vez que de un fuerte tirón recobró la faja.

El mozo avergonzado, corrido, intentó unas explicaciones.

—No crea don Ramón, que pensé que eran hombres, porque si non, con ésta—y sacó una navaja—*baleirólles* o *bandullo*. Maginéime que eran algús defuntos da Compañía, que disque anda por aquí. E a min homes, vóteme usted os que queira, pero cas almas en pena non me gustan chanzas.

Con chungu, Asorey le contestó:

—Eso por descontado, Nachiño; ni nadie se atreverá a

pensar lo contrario, de un valiente de tan bien ganada fama, como tú. ¿No es verdad, Farruco?

—Cierto, señorito. Estos caminos son muy *medoñentos*. Como foron as silveiras as que o prenderon, danos risa. Pero ten razón ó Nachiño, ¿é si foran os da Santa Compañía, que turraban dél para que lles rachase ó hábito? Como él non s'atrevía a mirar pr'atrás, non podía saber si eran silvas ou almas en pena. Non le tiene duda, don Ramón.

—Y debemos alegrarnos—añadió éste con ironía—del feliz final de esta aventura. Porque, fíjate bien, Farruco, si los que sujetaron a Nachiño por la faja fuesen hombres, ahora tendríamos que ayudar a levantar ahí dos cadáveres, por lo menos, porque los habría destripado. Y si fuesen almas en pena también el pobre se hubiese visto comprometido con rezos, responsos o cosa por el estilo. Afortunadamente unos pequeños estropicios en la faja y nada más. Puedes estar tranquilo, Nachiño, que no fué hombre alguno el que te venció.

—¡En buena hora lo diga!—corroboró el mozo—desentendiéndose o no entendiendo la ironía de Asorey.

Pisaban ya el valle llano y Farruco chupó alentoso del cigarro, cuya lumbre se debilitara, y parándose, dijo:

—Pues un caso más chusco pasó fai tiempo en la Luaña, cuando yo andaba por allí al jornal. Lo pusieron hasta en los "papeles". Por delante y muy cerca de la Iglesia y del cementerio había un camino, y una noche al atravesarlo un paisano vió que desde el atrio una mano blanca, como de muerto, le capeaba, llamándole. Echó a correr asustado, porque alma en pena debía ser, y al llegar a su casa se metió en la cama muy maliño. Y no fué él sólo, si no a todos los que por allí pasaban de

posto el sol, a quienes la mano blanca chamaba. Los vecinos de Luaña daban vueltas y arrodios para ir de noche al lugar. Al fin el señor Párroco, la guardia civil, el Juez de paz, el Pedáneo y unos testigos acordaron ir una noche al desconxuro y, dende lejos, el señor cura rezó todos los responsorios y la mano, desde la misma puerta de la Iglesia capeándoles para que se achegasen. Y nadie se achegó. Ni los guardías, pues decían que ellos no tenían que prender más que a los malhechores y que el capear con la mano no era hacer mal. ¡Con no hacerle caso! Y así estuvieron hasta que crareó el día y destonces la Guardia civil, moi valentemente por certo, puso los cochilos en los fosiles y se foron achegando, poco a poco, mentras el señor cura y el señor Juez y el pedáneo y los testigos rezaban. Y gráceas a los guardías, que así que acabaron de achegarse, vieron que no había tal mano, ni tal capear, que todo era una mala figuranza, que hacía un papel del robo de una besta, que se le caíran las obleas de las puntas de abajo y con el vento se movía. Pero lo que decía el señor cura:—"Non se perdió nada, pues así como vedes que fué un papel, poido ser un alma en pena". La vida de noite en las aldeas le es muy medoñenta, señorito.

—Bien, pero ya hemos llegado a nuestro rueiro y se acabaron las medoñas. Aquí todos son hombres, y a los hombres no les tenemos miedo, ¿verdad, Nachiño?

En el Pazo, la inesperada aparición de la *Marela*, fué llamarada en aquella noche obscura en el cielo y en el corazón de Arminda. Espiritu fértil para la ternura y

el llanto, un agua traía otra agua, y las lágrimas, silenciosas palabras del alma, caían unas sobre otras, desde sus ojos, como cuentas de un rosario de cristal.

—¡Vaya, señorita, non chore mais, y déjeme entrar a la *Marela*—dijo la criada. Y poniendo en el suelo el farol, desató la cuerda del llamador, y la vaca libre pasó al corral, agitando el rabo, erguida la cabeza, contestando con mugidos a los aullidos del palleiro, que frente a ella saltaba contento, al cacareo de gallinas y gallos interrumpidos en su sueño.

Arminda acariciaba al manso animal, pasaba y repasábale la mano por el testuz, examinaba los cintajos, hacía sonar los cascabeles de latón. Desahogada la ternura, ahora la gratitud y el placer la hacían sonreír.

—Mesmamente parece cousa de milagro. Pra min, en esto, le anduvo la mano de don Ramón. ¿Non pensa usted así, señorita?—comentó la criada.

Sí que lo pensaba callada, conmovida y enternecida, por la delicadeza del regalo. Sin embargo, allá en el fondo de la dulcísima sensación que acababa de gustar aparecía un débil amargor. ¿Podía, debía aceptar aquel presente, llegado en forma tan misteriosa, pero en donde se advertía el sello inconfundible de los nobles actos de Ramón? Ella, sí, sentíase propicia a admitirlo, a aceptarlo y a agradecerlo, sin reparos, sin escrúpulo alguno. ¿Qué diría su mamáña? ¿Y las gentes, cuando lo supiesen, y pronto lo sabrían? Para ella eran cosas del corazón, generosidad del alma. Los extraños aquilatarían con la frialdad del examen meticoloso, morderían con la ferocidad de la murmuración.

Al siguiente día, en la cotidiana entrevista con Ramón, decidiría. ¿Enfadándose, por no haberle comuni-

cado su propósito? Sería una injusticia, pues tampoco ella nada le había noticiado de la venta. Bueno, Dios diría.

¡Qué perezosas fueron las horas desde entonces, qué lento su caminar, hasta el deseado momento! ¡Bien se conocía que ellas no tenían novio, ni sentían impaciencia, ni llevaban el peso de la ansiedad, si no ya se darían más prisa! Al fin, el tiempo, monótono y rítmico para quien tiene un sólo pensamiento, trajo compasivo la hora anhelada, y Asorey llegó, prevenido, con serenidad, ante Arminda, que abrió el capullo de sus labios en los que floreció una sonrisa.

—Gracias, Ramón, gracias, y en esta palabra pongo todo el corazón, si alguna parte me queda que no fuese ya tuya. Tu delicadeza en la forma de rescatar y devolvernos la *Marela* es digna de tí. Disimularía mis pensamientos si te ocultase que tu acción fué ayer, en mi alma caldeada, un rocío bienhechor. Pero no debemos aceptar.

—No exageres, Arminda. Cuantos reparos se te hayan ocurrido a ti los he pensado yo antes... Mi intento es que no se interrumpa una obra de caridad, que sin que nuestras conciencias nos acusasen, no podemos interrumpir... Esos dos pobrecitos enfermos a quienes la *Marela* da alimento. ¿Quién sin temor a ser tachado de cruel y de inhumano puede atravesarse en el camino de la caridad? ¿Los prejuicios sociales...? ¿El qué dirán...? Si bondad era la tuya auxiliando a esos enfermos y si bondad es la mía reintegrándote los medios de que el auxilio no falte, o dejamos de ser buenos para que triunfen los prejuicios y el qué dirán, o nos decidimos a seguir siendo buenos, para lo que no necesitamos más que

poner el valor que nos falte o reforzar el que flaquee en nuestras almas.

Ramón al hablar así se expresó con vehemencia, poniendo en sus palabras sinceridad y pasión.

—Posiblemente tienes razón tú, Ramón. Pero los comentarios en la villa...

Asorey, poniendo en sus frases reposo y dulzura, le interrumpió:

—Si nosotros viésemos que a un anciano—por ejemplo, el tío Marcos y a un niño, supongamos el hijo del Legoeiro—le acometían cualquiera de los vecinos o todos juntos, ¿no acudiríamos en su defensa?

—Sí, no lo dudes—respondió Arminda.*

—Pues los comentarios, las murmuraciones, hasta las calumnias, si quieres, que consideras como obstáculos para no aceptar la *Marela*, son agresiones a la vida de esos dos infelices. ¿Los dejamos morir, apedreados por los prejuicios?

Antes de que Arminda tuviese tiempo a contestar entró su madre, y dirigiéndose a Asorey, dijo:

—Sin escucharla de propósito, he oído vuestra conversación y voy a contestarte yo, Ramón. La negativa de Arminda era reflejo de la mía, con quien había consultado. He cambiado de parecer. Aceptamos, Ramón, aceptamos. Que se sepa, que se divulgue. También es caridad dar carne a las fieras.

—¡Pobrecillas! — comentó irónicamente Asorey.— ¿Qué sería de ellas sin tener carnes que morder, sangre que chupar, miembros donde clavar las garras o dejar la ponzoña? Y las fieras humanas se nutren engullendo la golosina de las honras, el manjar de las reputaciones y el exquisito bocado de las famas. ¡Son tan tragoncillas!

Y ninguna se muere de indigestión, ni enferma de empacho. A veces, cuando oigo murmurar, siento ganas de decirles con tecnicismo franciscano: "Hermano murmurador, hermano maldiciente, hermano calumniador, cóme, llénate, cébate aquí, en mi honra."

—¡Ah, Ramón! ahora comprendo que la caridad sin esfuerzo, sin sacrificio no es tal caridad. Desde hoy el servicio que prestamos a los pobres enfermitos nos cuesta, como precio el ofrecer pasto a la murmuración—exclamó con fervorosa convicción, Arminda, placentera porque su novio triunfase y su gentileza, tan oportuna como delicada, no fuese rechazada. A mí, pensaba, el corazón me había inclinado favorablemente a aceptar; ¡pero como no siempre andan acordes los sentimientos y los pensamientos!

—¿Se puede pasar?—preguntó la voz de Clariña—y antes que la respuesta se diese y el permiso se otorgase, ya estaba dentro de la saleta. Y habló: Vengo de llevar la leche al hijo del Legoeiro y al tío Marcos, porque ¡como ustedes vendieran la *Marela*... Y para que no les faltase...! Pero ya oí que la vaca volvió... Me alegro y lo siento, porque la señorita podrá seguir haciendo su caridad y yo no podré hacer la mía.

—¿A quién lo oiste?—interrogó Arminda.

—En la plaza, al pasar, a los de la curia, a los paseantes de siempre. Unos decían que un fantasma había dejado la vaca en el corral, otros que don Ramón la había dado en aparcería a ustedes, que si eran las arras, como en tiempos de no sé quién, en fin, rábía, mucha rábía, envidia, mucha envidia. Yo me enfadé, sobre todo cuando Xeromo, el escribiente del Nogalla, me dijo burlón.—Dáale expresiones de nuestra parte a la *Marela*, que nos



acordamos mucho de ella. Entonces se me subieron los colores a la cara, me descaré y contestéle: Ay, también ella les tiene a ustedes mucha ley, pues siempre que levanta el rabo para hacer algo, muge, como diciendo: Para ustedes... Volví la espalda y nada replicaron.

Rieron todos y Arminda pareció reconvenirla cariñosamente al exclamar:

—¡Pero, Clariña!, ¿cuándo perderás de las tuyas!

—Señorita, el que no quiera mojarse los pies, que no los meta en el agua. Ellos los metieron...

Para los dos enamorados fué aquella una tarde de plácida felicidad, en que los corazones se mostraron en conjunción de querer. La creencia de que ni hay dicha completa ni muy duradera en lo humano anidada en el alma de Arminda, le hacía exclamar:

—Tengo miedo, Ramón.

—¿A qué?

—¿No te ha ocurrido a ti, en uno de esos días en que el cielo es todo cristal, el aire caricia tierna, pensar que aquello pasará y aparecerán las telarañas de la bruma? Pues temo que en nuestro cielo puedan aparecer nubes. Tengo miedo, mucho más miedo que a las tempestades de las nubes a las tempestades de los hombres.

—Tu firmeza y mi firmeza nos ponen a salvo—dijo Asorey.

—No dudo de la mía y tengo fé en la tuya.

—Entonces, ¿fantasmas? Pues ni de lejos ni de cerca hay que temerlos.

XV

Niní hizo que llamasen a Jesuño, para que le escribiese unas cartas a máquina. Acudió obediente el rapaz quien al verse en presencia de la señorita sintió que su cobardía se trocaba en anulación de todo su ser. Palió, enrojeció, ganas le daban de romper a carcajadas nerviosas o de llorar. Cerca de él, sonriente, oliendo a perfumes finos, estaba Niní, la señorita Niní. Porque el infeliz, no obstante el amor que sentía el corazón, con la cabeza guardaba todos los respetos y distancias sociales. No quería a Niní, si no a la señorita Niní y quizá en su ligero extravío mental la quería... por eso, porque era la señorita, porque era un imposible para él, un sueño irrealizable.

—¡Hola, Jesús!

—Para servir a usted, señorita Niní.

—Te llamé porque tengo que contestar una porción de cartas, de postales y de tarjetas recibidas con ocasión de mi cumpleaños y, la verdad, no me siento con ánimo para *plumear* tanto. Como tú eres todo un señor mecánógrafo, pues, traeremos aquí la máquina de papá... y yo te dictaré.

—Está bien... Lo que usted mande... Yo... Yo... a su disposición...—afirmó balbuceante.

Ordenó Niní a una criada que trajesen la máquina y

comenzó a dictar cartas a Jesusiño. Sentada frente a éste, cruzadas las piernas, revestidas por medias de gasa, adoptaba posturas desenvueltas, que turbaban al mecanógrafo. Alguna vez se levantaba y, para comprobar si algún apellido lo había escrito correctamente, se colocaba detrás de Jesusiño, se encorbaba hasta aproximar su cara a la de éste, causándole tal emoción que pensó en salir corriendo y huir.

—Descansa un momento. ¿A ti te gustan las flores, eh? Pues voy a regalarte una de estas rosas.

Y cogiéndola de un búcaro, la olió, la acarició con los labios y desplegando hábil coquetería se la colocó en el ojal de la chaqueta.

Jesusiño ni se atrevió a levantar los ojos y sólo acertó a decir:

—Gracias, señorita.

Recogió ávido el hálito tibio de Niní, respiró los purísimos perfumes que se desprendían de los cabellos y de las ropas, perfumes que le recordaban rocíos mañaneros, aromas de campo, de jardín, pareciéndole como si una riada de dicha le anegase los sentidos o un mareo grato invadiese su cabeza. Ante los ojos de Niní, que le miraban inquietos y la sonrisa de sus rojos labios, se sentía sugestionado, como esasavecillas que atraídas por fuerzas poderosas e invisibles van a caer en la boca de las serpientes.

—Ahora en este papel, vas a escribir lo que te voy a dictar; pero de esto no has de decir nada a nadie, porque no volvería a llamarte, te retiraría mi afecto, te regañaría y tú no querrás que yo te riña y... además, al saberlo papá... pues podría castigarte, y ¡Dios sabe lo que sucedería!... Tú, desde hoy, vas a ser mi secretario,

y los secretarios ya sabes que tienen que guardar secreto.

—Por mí nadie sabrá nada.

—¿Sea lo que fuere?

—Sí, señorita.

—¿Aunque te parezca que puede disgustar a algún amigo?

—Sí, señorita Niní.

—Bueno, pues escribe: “Quien la quiere bien y conoce sus rígidos principios de moral y su acentuada religiosidad, cumple con un deber de conciencia al advertirle algo que usted ignora.”

“Me duele del disgusto que voy a causarle, pero quedo convencido de que agradecerá la noticia que le comunico.”

“Su señor padre—q. D. h.—que era un caballero, tenía la debilidad de galantear a las mozas, llegando con muchas a intimidades comentadas que hicieron sufrir mucho a su madre.”

“Una de las últimas aventuras fué con Maripepa, aventura con consecuencias, que cuando ya no podían ocultarse, se encubrieron casando a la madre de Asorey con un casero de confianza de don Alvaro.”

Jesusiño suspendió el tecleo, se atrevió a elevar la mirada hasta los ojos de Niní y tímidamente dijo:

—¡Ay, señorita, yo nunca oí tal, y mire que en Vila-moura todo se sabe y todo se dice!

—¡Pero, Jesusiño!—comentó Niní, sonriente, acercándose mucho al escribiente, dándole una palmada en el hombro.—¿Pero no comprendes que se trata de una broma?

—¡Ah...!

—Sigue. “Pocos meses después nació Ramón Aso-rey...”

—¡Dios me valga!—exclamó Jesús, apartando las manos de la máquina y agarrando nerviosamente el papel puesto en el carro, con ánimo de romperlo. Pero, antes de que pudiese hacerlo, Niní, imperiosa, con ira en los ojos y en las palabras, exclamó:

—¡Cuidado, Jesús! ¿No quieres ayudar a una broma? Pues lo harás, como si fuese cosa seria. Vamos. A seguir y a concluir.

“Entre éste y usted hay la misma sangre, para ante Dios, aunque ante la ley sean extraños. Usted, creyente, no querrá ser la víctima de una unión repugnante a que la quieren conducir egoismos sin escrúpulo.

Un leal amigo.”

—Ahora el sobre. “Señorita Arminda Moscoso.—Vilamoura.”

Jesusiño sintió que un latir febril le batía las sienes, que los pulmones se contraían por falta de aire y luego se dilataban buscando respiración, que una intranquilidad se extendía por todo su cuerpo, y con palabras incoherentes, habló como si estuviese solo:

—Que Maripepa... Que la señorita Arminda... Que don Ramón... ¡Dios mío! ¡Pero si eso no es verdad!

Niní clavó en él sus ojos airados, como agujijones de avispa y dijo:

—Basta de comentarios y exclamaciones, Jesús. Si algo dices de esto, ¡ay de ti! Tu madre, tu casa... Se lo diré a papá y... No quiero que te vayas disgustado... toma.

Puso un duro en las manos de Jesusiño, que sintieron

sensación de escaldadura y pensó que eran los dineros de Judas.

Al salir de la casa y encontrarse en la calle sentía ganas de llorar, de maldecir. Pensó en correr a casa de Asorey y contarle todo. Pero las amenazas de Niní, el poderío de don Atilano le acobardaban. ¿Quién era él, infeliz, para oponerse a la voluntad del cacique? Lo encarcelarían por calumniador, perseguirían a su madre. No tenía más remedio que disimular y esperar en Dios. Y se encaminó hacia la iglesia, donde no había nadie, rezó ante la Virgen y echó en el cepillo de limosnas las cinco pesetas que le había dado la Roja.

Eran tan pocas las cartas que recibía Arminda que aquella que le acababa de entregar el cartero, escrita con letra de máquina, le sorprendió. Los parientes de su padre, solían corresponder de tarde en tarde, en Año nuevo, cumpleaños y onomásticos y escribían con su propia letra, con escritura de pluma, que tiene más intimidad.

Miró y remiró el sobre y se fijó en el matasello. De la capital.

—¿Quién me escribirá? Y con mezcla de curiosidad y de temor lo abrió y desplegó el papel. Después de leer el insípido preámbulo, al llegar a lo sustancial del anónimo dictado por Niní y escrito por Jesusiño, cada palabra penetraba como ponzoña en su alma. Palideció, se agarró a un mueble para no caer, al sentir que la vista se nublaba, y que como rueda loca, daba vueltas el cerebro y las piernas flaqueaban. De momento quedó en

un estado de extravío, de estupefacción y de inconsciencia; pensamiento y acción se paralizaron. Pronto apareció la primera explosión de dolor. Con lágrimas y suspiros, ayes y rezos interpretó la sonata musical de las ilusiones caídas, del amor roto, del afecto quebrantado, y reaccionó su espíritu. Herido su amor propio, revivió pujante el orgullo de casta y guiada por el apasionamiento, decidió romper con Asorey, arrojarlo de su corazón, sin darle explicaciones, que creía la humillaban. Cerró los ojos y allí, ante ella, engolados unos, revestidos de sedas, púrpuras y encajes, otros; los guerreros con sus férreas armaduras, las damas con rostros de beatitud, aparecían los antepasados constituídos en Tribunal para condenarla si incurría en debilidad. En último lugar su padre, el Moscoso galante, con la cara apenada por el arrepentimiento, como si le dijese:— “He amado mucho, he pecado mucho, gasté mi vida de tanto amar y tú, pobre hija, sufres la pena.”

—No, no—pensaba Arminda—mi padre no es culpable, ni yo puedo acusarlo. El culpable es Ramón por haberme ofrendado su corazón, culpable Maripepa, que traicionó a mi madre y con la traición preparó mi desgracia. ¡Cómo se habrán mofado de mí en la villa! ¡Ah! ¡y si no es por la piadosa persona que tuvo la caridad de hacerme conocer la verdad, quizá se consumase una infamia, un crimen nefando, horrendo, que traería sobre mí burlas y desprecios, el pecado y la condenación eterna. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Gracias, Virgen mía, gracias, por haberme librado de la maldición que iba a caer sobre mí! El dolor se había colocado en segundo plano y delante estaba la fortaleza. No más llanto, pensaba, que es in-

gratitud llorar cuando se recibe un tal beneficio como el que acaba de otorgarme el Señor. Luego decaía la resignación, se rebelaba, dudaba de su fortaleza. ¡Que tenga yo que ser el verdugo de mi misma pasión! Yo, yo he de ser quien pisotee mi amor, despedace mis alegrías, desgarre mis ilusiones, como si fueran telas viejas e inservibles. ¿Tendré valor? ¡Sí! ¿Podré resistirlo? Mi alma preparada siempre para la indulgencia y para el perdón, ¡cuánto va a sufrir! porque tiene que condenar. Todas mis esperanzas destruidas como castillos en el aire, caídas como esas pobres hojas secas que una ráfaga de viento lleva y otra ráfaga de viento trae. ¿Y este pobre corazón que se había acostumbrado a caminar en compañía? ¡Otra vez solo! Mirando a la imagen de la Virgen enmendó su pensamiento. ¡Ah, solo no, Virgen mía, que tengo el tuyo, lo busco, lo deseo, ansío merecerlo!" Y un arranque de piedad hizo brotar nuevamente el llanto, un llanto silencioso, recatado, sin gemidos. Parecíale que el alma había quedado sin apoyo, que estaba suspendida sobre un precipicio, que iba a caerse y romperse y que la empujaba Ramón, cuya imagen era una figura de pesadilla, que no acariciaba en su corazón, sino que lo mordía y lo torturaba hasta hacerle sentir las angustias de la muerte. "¡Cruel! Como en las leyendas y en los cuentos que referían los jornaleros y los criados en las noches invernales, cuando todos se reunían en la amplia y señorial cocina, Asorey había copiado el engañoso proceder de las hadas y de los encantadores. Con palabras suaves como brisas, poco a poco la encaminó hasta el lugar en donde le mostró su alma, luz espléndida, quereres, promesas, que eran montones de oro para sugestionar el espíritu, codicioso de amor, y

después, cuando ya estuvo bien confiada, para martirizarla desencadenó los terribles gigantes, que le mostraban el corazón prometido, se lo acercaban a las manos y cuando iba a tocarlo huían riendo, o se lo aproximaban a los labios y, en el momento en que ya iba a besarlo, lo retiraban y soltaban carcajadas burlescas. Y en cambio en el corazón de ella habían clavado una espina que punzaba, adentrándose heridora cada vez que recordaba a Ramón, y lo recordaba siempre, porque no lo había olvidado nunca. Aquello no fué amor por parte de Ramón. No. Fué un engaño, una traición. Tan humilde, tan mimoso cuando le di paso al santuario de mi alma, y ahora agarró mi corazón, lo estruja y lo sacude sin piedad. ¡Y yo, murmuraba, que creí que lo que más hacía sufrir eran las privaciones, el dolor físico que atenaza el cuerpo, el hambre de los que pordiosean, el frío de los hogares pobres en las cruentas noches invernales! Pero ahora comprendo que el mal más grande son los pesares, que aullan como lobos allá dentro, que muerden en las almas y en los corazones. ¡Dios mío! ¡Parece como si dentro del pecho se derrumbase algo, se desmoronase alguna cosa y los escombros cayesen sobre el corazón y lo aplastasen! Y lo peor es que, por lo visto, los pesares no matan de pronto, sino que hilan la muerte poco a poco, lentamente, como el lino de las ruecas, afinándolo y retorciéndolo. Para mí era un día claro, de sol, sin nubes, y de repente se trocó en lluvia azotante, en obscuridad, en tormenta inacabable. ¡Pobre corazón mío! Por la mañana, como el heno en el prado, verde, erguido; por la tarde, la hoz que lo siega y lo trueca en yerba muerta.”

Estas reflexiones, en las que la cólera, la resignación, la desesperación se mezclaban, poco a poco se desvane-

cieron en tristeza, al pensar en la soledad a que retornaba. Pero una soledad bien distinta a la de antes de conocer a Asorey. Aquella era de ansias, de esperanzas, inconcreta, sin forma, como las neblinas, anhelo grato, y la soledad de ahora era de desengaños, de ilusiones quebradas.

“Mi madre no debe saberlo, porque si lo supiese no consentiría mis relaciones con Ramón, ni hubiese pedido a su tío Tomás el dinero que debemos. Y si no lo sabe, ¿para qué decirselo? Le causaría un dolor con el recuerdo de la afrenta. ¿A Ramón? Tampoco. Quizá también él lo ignora, y ¿para qué causarle una amargura! Querrán saber, me preguntarán, y ¿qué diré? Con mi madre me disculparé de que lo he pensado bien, examiné mi corazón con detenimiento y que estoy convencida de que la simpatía que tengo por Ramón no es amor, que fué una ilusión en que sentidos y alma se engañaron. Y me mostraré contenta por el afortunado desengaño, y reanudaré mi vida de soledad, sin esperanzas; viviré de recuerdos y...” Agotada la firmeza de voluntad que acababa de poner en el razonamiento y en el propósito se desbordó en llanto desfallecedor y acongojante.

Llegó Ramón, feliz y confiado como siempre en su amor correspondido, sobre el que había planeado una vida sin nubes, sin amarguras, plena de dichas.

Arminda, atenta a su llegada, le salió al encuentro y lo recibió asustada, como pajarillo, y ni siquiera correspondió a estrechar la mano que, como todos los días, buscaba la suya.

En la cara de Asorey se marcó la sorpresa que tan frío recibimiento le causaba, y presto iba a interrogar algo, cuando Arminda, sin darle tiempo, con voz temblo-

rosa, acentuando las palabras y poniendo en ellas sequedad y dureza, dijo:

—Esperaba ansiosa, Ramón, que llegase usted para decirle que por razones que ni yo puedo exponer ni a usted convendría conocer, debe dejar de venir a esta casa. No olvidaremos las atenciones recibidas, ni faltará la gratitud para ellas...

—Pero—arguyó Asorey—ese tono... Quiero saber... tengo derecho, aunque no sea más que por cortesía, a que me digas...

—La cortesía y el derecho fracasan en esta ocasión, para dejar paso a la fatalidad. No insista, Ramón, porque sería inútil. Lo piadoso, por parte de todos, en este caso, es el silencio y el olvido.

A olvidar. Ramón quedó anonadado; mazazos en la frente, desgarraduras en el corazón, vacíos en el alma, todo lo experimentó en un instante, pasado el cual ya Arminda no estaba en su presencia. ¡Aquel *para siempre*, pronunciado con firmeza en la fuente de la Ermita, roto de un inesperado y brutal hachazo! ¡Arrojado del Pazo, en donde entrara llevando en la mano el amor! ¡Borradas las palabras, las protestas del querer! ¿Por qué? Atenazado por los dolores morales, aturdido, sintiendo fiebre en el cuerpo y brasas en el espíritu, buscó el refugio de su casa, y en ella la soledad, para atormentarse con interrogaciones que se amontonaban confusas. ¿Es que Arminda, veleidosa, entregó a otro su corazón? ¿A quién? ¿Cuándo? No, no; esto no pudo ser. ¿Es que revivieron en ella los prejuicios sociales y triunfaron, prevaleciendo sobre los sentimientos? Y entonces, ¿aquella hoguera en aquél día? ¿Una farsa?

Como el náufrago a merced de las olas en mar embravecido, iba Asorey de una interrogación a otra, sin vislumbrar la verdad. ¡La fatalidad!, habíale dicho Arminda. Sí, pero la fatalidad no es algo abstracto, sino que se concreta en hechos, a veces en personas. ¡Quién sabe!

Luego, como el que adopta una decisión, recordó: ¡A olvidar!, me dijo. ¡A huír!, digo yo. Huír de la tierra, volver al aturdimiento de las ciudades populosas, al vértigo. No hay más remedio. Aquí ya no puedo vivir. Desde ahora soy un hombre que lleva dentro de sí un drama, que se representa atormentador, a todas horas, sin dar sosiego ni tregua a las emociones. Lo veo, lo veo... Yo soy el actor y el espectador. Se levanta el telón. Un corazón, ansioso, vislumbra un albergue; pide refugio y se lo dán, lo cuidan y lo miman. Cuando el corazón, gozoso, vivía tranquilo y confiado, alguien asaltó el albergue, cogió el corazón, lo estrujó, lo pisoteó, y el dueño del albergue se presentó para decirle: ¡Véte, fuera de aquí! ¡Olvida, cúrate! Y yo soy el corazón que sufre al sentirse pisoteado y estrujado, y soy el espectador que padece con la representación. ¡Hála, pues, a pasear el drama!

Y en aquella noche de insomnio formó el decidido y firme propósito de marcharse de Fonte do Abade, con su viejiña, instalándose lejos, muy lejos.

Y la intensa vigilia dejó en su cara huellas que Maripepa advirtió con maternal instinto, por lo que preguntó a su hijo:

—Seica, ¿no estás bueno, Monchiño?

—No me siento bien, mi madre, y es que esto no me prueba a la salud. Habrá que irse.

—¿Es que te cansas ya de esta vida y de tu madre?

—*Mi mai*, ¡por Dios!, no diga eso, que me hace llaga en el corazón. Yo no me canso de usted, que es para mí todo, todo, y acaso ya lo único que hay en el mundo. Su calor, sus mimos, sus abrazos y sus besos. No, madre; me canso de las miserias, de las murmuraciones. Me gusta la actividad franca, vencer dificultades; pero esta lucha sorda, en que recibo pedradas y no sé quién tira las piedras, estos enemigos que parecen sombras y como sombras aparecen y se desvanecen, no puedo, madre, no puedo. Nos iremos los dos. Yo aquí me ahogo.

—No digas eso, ni en broma. No te hay madre que ahogue a un fillo, y esta terra también es tu madre. Y ¿para onde quieres que nos vayamos?

—A Madrid; vida independiente. Solicitaré el perdón de la condena.

—Luego ¿allí no hay miserias, ni murmuraciones, ni las gentes hacen mal?

—Miserias hay; pero están ocultas, no se sienten ni se tocan de cerca como aquí. Se murmura, se despelleja, se hace trizas al prójimo, pero es a la gente que bulle, que vuela alto, y yo, ¡como ando a rás de la tierra! A los pequeños, a los que vivimos vida modesta, no nos hacen mal. Y si nos lo hacen alguna vez, no nos duele tanto, porque allí todo hombre es un extraño para los demás hombres.

—Pero, ¿cómo es aquella tierra? Yo te tengo oído a los *probiños* que van allá a la *sega* que no hay castaños, ni *carballos*, ni prados, ni regatos, y que la tierra es roja. ¡Jesús, qué cosa más fea! Debe dar mucha *tristura non ver* los árboles, *nin* la agua. Dijéronme también que allí casi nunca lluevè. ¡Ay, Dios mío! Nuestra *auga*, tan

criadora... Y que non hay montes, y todo es *terra chan*.

—No le importe madre. Eso es en el campo; en Madrid hay agua en abundancia, dentro de las casas, árboles en las calles...

—Sí, pero, *filliño*, yo cuando voy a la vila y estoy allí dos días, paréceme que no estoy en lo mío, que *toléo*. Cuando no veo salir el sol por la cima del Castro, no te me parece mi sol. Yo no te puedo vivir sin las gallinas y los pitos, sin las vaquiñas, sin los cochos... También tengo por oídas que allí las cociñas te son de ferro, como una cómoda, sin *lareira* y, ¿cómo se pueden quentar? Un lume sin llamas, y sin brasas, y sin olores de tojo, te debe ser muy triste. ¿Y la fala? ¿Cómo yo voy a hablar con gentes que no me comprendan? Y luego, ¿*morrer aló* sola? Aquí, en el camposanto, están mis padres, y mis abuelos, y tu padre, y Tomás, que tanto bien nos dejó. ¿*Aló* sin compañía ninguna? ¿Y quién me iba *alumear* allí el día de los Santos, ni a rezar un padre nuestro por el alma? Te *son* ya muy vieja pra acostumbarme. Los carballos viejos no te se pueden trasplantar. Mueren. Pártesme el corazón si te vas, Monchiño, pero, ¡non podo, filliño, non podo!...

Y rompió a llorar, acongojada, más por la idea de morir fuera de su hogar, que por la separación de su hijo. Y como si quisiese librarse de alguien que la secuestrara para arrebatlarla de su "lugar", aún prosiguió el monólogo de protestas:

—¡Ay, non, non. *Morrer aló*, non. Yo te quiero fillo, que por mi agonía y por mi muerte toquen las campanas de esta iglesia, que ellas saberán por quién tocan; que la madera de la caja sea de estos piñeirales, que la cruz de mi sepultura sea de piedra de estas canteiras,

que los *vermes* que coman mi cuerpo sean de acá. Non, non, morrer aló, non. La voluntad de Dios te me dió tierras propias para que no tuviese la pena de mudarme, como esos *probes* que non las tienen de *seu* y trabajan en las *alleas* y non saben onde morrerán. Los labradores *tenémoste* las raíces del alma en la tierra, y están fondas, muy fondas. Arrincarlas debe doer moi-to. Non te semos como el vento, para ir d'aquí prá aculá. Donde Dios nos puso al nacer debemos morrer.

Ramón se conmovió al oír la sencilla y sentida protesta de su madre, que parecía una rústica profesión de fe, dictada por el inextinguible amor a la naturaleza de los nativos de la tierra gallega, por el contacto en que viven con aquélla, y no insistió.

—Bien, madre, iré solo, y así dejaré aquí la mayor parte de mi corazón, con usted. Yo, para vivir por allá, no lo necesito todo. Quizá cuanto menos lleve, mejor. Es un mal equipaje para viajar entre gentes extrañas, que generalmente no lo tienen, y si lo tienen no lo usan.

—Oye, filliño, pero yo te pido que vengas todos los años. Cuando lleguen las anduriñas que anidan en el balcón, yo te escribo. Ello es señal del buen tiempo, y luego, si quieres irte, te vas... cuando ellas se marchen, porque viene la invernía. Así tendré dos alegrías, por verlas a ellas y poder abrazarte a ti. Yo aquí, oyendo cuando las mozas canten, como cantaba yo cuando era rapaza:

N'esta vila, corazón,
n'esta vila, n'esta vila...
Noutro lado non...

Nada contestó Asorey y monologó, allá, mudamente, sin palabras, en las reconditeces del pensamiento:

“Tiene razón mi madre. Ella en este lugar, aquí; de tierra de estos *eidos* nació y tierra de estos *eidos* quiere volver a ser. También yo forjé ilusiones para arraigar acá, pero todo, todo parece que ha conspirado para expulsarme. El viento que parecía me acariciaba, ahora me sacude áspero y fiero; los campos que me atraían con fuerza de imán me rechazan y me repelen; los huertos que me reían, solo me dicen quejas; los pájaros que gorjeaban trinos alegres, ya no pían más que cantos monótonos y tristeros; las florestas, las arboledas, los castañares y los piñeirales, no suenan sus cuerdas amorosas, sino que gimen quejumbrosos; el cielo cada hora más gris, nuboso y ceniciento, como mi espíritu, parece que baja para aplastame; la lluvia tiene la insolencia y la crueldad de duro azote; el sol me parece más blanco y más débil, como si una anemia le fuese robando el color; los ruidos y los gritos campestres se me antojan ayes y quejidos.”

La decisión estaba tomada. Ausentarse de allí, huír, cuanto más pronto, mejor. Bien le adivinó su madre cuando le dijo:

—Ramón, Ramonciño, tú no te marchas, tú quieres huír de algo. No seas loquiño, que el tu mal se cura aquí y non allá. Te es mal de corazón...

Por eso, por ser mal de corazón había que huír. En estas luchas no se pelea cara a cara; hay que volver la espalda al enemigo.

Y se sentía empujado a ausentarse, cuando la aldea le parecía nido de familia y nido de amores, cuando ya, de nuevo, la tenía metida en las entrañas, como un en-

sueño, y se había congraciado con las personas y con las cosas. También él, aunque lo callaba, pensaba como su madre que aquel lugar que fué cuna de los suyos y cuna de él mismo tenía misteriosos encantos; los desiertos y los poblados, las piedras, los muros, los montes, altos, rocosos y desnudos, y los bajos, vestidos de xestas, de tojos, de uces, de pinos, de robles; los riachuelos encajados en cauces de juncos, azucenas trepadoras y bordeados por álamos y sauces; las noches rumorosas del estío, y las medrosas del invierno se habían adentrado en su alma. ¡Hasta en aquel cementerio, silencioso, los muertos, cobijados alrededor de la iglesia, debían descansar mejor! Pero, aunque ocultas, había babas, falsías y ponzoñas que rehuír. “¿Qué voy a hacer yo aquí? ¿Vivir y morir, como uno de esos cometas efímeros que aparecen en el espacio, los conocen solamente los meteorólogos y desaparecen para siempre? Aquí no puedo trabajar. ¿En qué? No conozco la agricultura, ni la ganadería, y no me siento con la vocación suficiente para ejercer la profesión de abogado rural, ser un beligerante interesado y retribuído en las miserias de la localidad. Lejos, en otro ambiente más amplio, trabajaré para crear algo; me abriré por mi propio esfuerzo un camino que me procure una posición independiente de la fortuna heredada, codiciaré el trabajo, el medro personal; buscaré el lucro y... ya veremos. Desaparecido un objetivo en mi vida lo sustituiré con otro. Verdad que aquél era ansia natural del corazón y éste será anhelo artificioso del cerebro. La vida hay que aceptarla, no como se desea, sino como se presenta. Es metal durísimo que no puede moldearse a gusto de cada cual, como la arcilla. Volando bajo, los menos infelices son los que aciertan a

plegarse y adaptarse a todas las asperezas que la vida ofrece, para que no les hieran. Los que vuelan alto remontan los obstáculos, pasan por encima de ellos o a su lado sin rozarlos. Ahora yo tropecé, me herí, y tengo necesidad de disciplinar el alma y fortalecerla para curar la infelicidad que sufro. Además, aquí, en Vilamoura, mi dolor aumentaría, crecería como planta bien cuidada. Necesito comunicarlo, expansionarme, porque la expansión parece que libra del exceso de pena para que el corazón no estalle. El sufrimiento moral incomunicado se solidifica, es como cuarzo puntiagudo que hiere allá dentro.”

Y fué en busca de Panduriño, médico también del alma, en cuya amistad volcó sus pesares, y al que confió sus propósitos de marcharse de Vilamoura.

—¡ Monchiño!—exclamó Pulleiro, estrechándole con efusión la mano—, aunque parezca una paradoja, cuando dos corazones quieren huír uno de otro, se vuelven a encontrar más fácilmente. Y os encontraréis, porque en todo esto creo que anda algún encantador, que os extravió a Arminda y a ti en medio de un bosque, y ella grita, ¡ Ramón...on...on! Y tú clamas: ¡ Arminda...a...a!

XVI

Pasaban y pasaban los días. Los campos estaban rasos. Las hoces habían rapado las verduras, y las tierras descansaban de las fatigas, para volver a ser fecundadas. Los árboles iban despojándose de sus vestiduras, y las hojas, pálidas, desprendíanse lentas. A veces una ventisca abatía troncos y ramas, apresuraba el despojo y dejaba ver los nidos abandonados. La lluvia encharcaba las veigas y el pobrecito sol, aunque bajaba cada vez más, aproximándose a la tierra, no daba ya calor para secarlas. La niebla acortaba las mañanas y anticipaba los atardeceres. Vahos de humedad bajaban de los montes, cercaban los ríos, envolvían a los prados. Humeaban mucho los hogares, y el trajín campesino era intenso, preparándose para la invernada.

Asorey sentía que su pasión, no decaída, le pesaba como un invierno del alma. Maripepa, acostumbrada a la compañía de su hijo, pensaba con pesadumbre en la posible separación, con la que sólo transigía en apariencia.

Observaba la tristeza no disimulada de Ramón, y que cuando su cara no reflejaba tristeza mostraba indiferencia, y al darse cuenta de que había interrumpido de pronto las visitas al Pazo, confirmó la sospecha de que allí estaba la causa o de allí provenía el mal.

Primeramente esperó, confiada, en que las aguas volvieresen a sus cauces. “¡Boh!, pensaba. ¿Riñas de enamorados? Son como agua de Mayo en las tierras. Aumentan el fruto.” Pero cuando vió que el aislamiento de Ramón persistía, se propuso indagar cautelosamente lo que hubiere ocurrido. ¿Sabrá algo Clariña? Y la interrogó, con ese estilo peculiar de los campesinos, que estriba en preguntar por todo, menos por lo que desean o les interesa saber.

—¡Vaya, mujer, no pases así por delante de esta casa, sin parar, que aun el sol, con ser sol, para delante de las puertas!

—Llevo mucha prisa, tía Maripepa, que voy a un mandado.

—También el sol te tiene que hacer su camino y más se para. Y luego ese Cosme, ¿qué hace, que no se casa? ¿Es que *agarda* a que te pongas más guapa? Pues ya eres *abondo*.

—Gracias.

—Es la verdad, filliña. Y ¿qué novedades hay por el pazo?

—Novedad, ninguna. Allí las novedades son las alegrías, y esas hay pocas.

—La vida te es todo una *tristura* desde que nacemos. Ya véis, sale el sol tan *ledo*, y cuando te das cuenta, ¡pum!, ya está encima la noche, tan *morriñenta*. Viene el verano con los prados tan verdes, las veigas tan bonitas y... ya está la invernía mostrando su cara fea detrás. Echáis una risada por cualquier cosa y, en un ¡amén Jesús! aparece un dolor para llorar. ¿Y la señorita Arminda?

—Mire, tía Maripepa, de mí para usted. Yo no le sé

que pasa, pero de algún tiempo a esta parte le está *murcha*, como una flor sin *coido*. Cuando le preguntan qué tiene o qué le duele, calla, mira para el cielo y ni una palabra. Yo no sé... A veces me hago figuranzas... Bueno. Las almas son como arcas cerradas, y no se vé lo que hay dentro.

—¿Y no te dijo a ti algo, no te contó?...

—Ni a doña Peregrina, que la pobre está muy acobardada. Además, don Ramón, que antes iba por allí... Claro, que eso nada tiene que ver, pienso yo, pero...

—¿Tú sabes algo, Clariña?

—Así Dios me salve, no le sé nada. A lo mejor figuranzas que se hace una... Vaya, ¡adiós, tía Maripepa! ¡Hasta más ver!

—¡Adiós, rapaza, y di a la señorita que tengo de ir a verla.

Fracasada la averiguación, Maripepa se decidió a visitar al coronel Porrás, para que éste explorase a Asorey.

—He notado desde hace tiempo—díjole aquél—un cambio en el modo de ser de Ramón, pero no le di importancia. Oí también comentar que su hijo dejó de frecuentar el pazo, y no se sabe quién hizo correr la noticia de que los amoríos con Arminda, que tan bien comenzaron, los truncó un suceso grave, gravísimo...o...o, según frase del Bichito. Por supuesto que yo no creo ninguna de esas paparruchadas. Ni en Vilamoura pueden suceder cosas graves, ni menos entre una joven tan discreta y virtuosa como Arminda y un caballero como Ramón. Paparruchas, ¡porra! Hablaré con él, Maripepa, y... veremos.

—Quiérese me marchar, don Álvaro... Dejarme sola,

cuando ya me había hecho a la idea de que lo tendría aquí para lo que me queda de vida. Otra vez por ahí, por el mundo, sin necesidad, porque con cuidar de lo que tenemos... Y lo peor es que lleva *ferida* el alma. Él lo niega, pero yo se lo conozco. Para mí que le anda el diablo en todo esto. ¡Arrenégote!

Por la tarde el coronel y Ramón paseaban por el camino provincial despaciosamente, silenciosos, después que habían agotado el tema de los lugares comunes.

—Me dijo Pulleiro que se proponía usted ausentarse—afirmó don Álvaro, y prosiguió:—Ciertamente que no me explico qué sacará usted de ese viaje.

—A otro que no fuese usted, coronel, le diría que, reducido el viaje a cifras, nada. Pierdo. Pero me procurará placer espiritual y acaso ideas nuevas o desconocidas por mí, que acrezcan el menguado caudal del entendimiento...

—Si ese es el propósito, bien está, y lo alabo. Mas paréceme que usted va huyendo de algún nublado, y a esperar lejos que vuelva el sol.

—Mi coronel, voy a ser franco con usted, no sólo para rendir un homenaje a su leal amistad, sino para aliviarme de algo que me róe, me araña, me muerde y me desgarrar el corazón y el alma. ¿Nublado, dijo usted antes? Cerrazón completa, obscuridad y negruras, amigo mío.

Usted sabe cuándo nació mi amor por Arminda. Ni usted ni yo sabemos por qué nació, pues las cautividades del corazón tienen orígenes misteriosos, que ni el más sutil psicólogo puede precisar. ¿Fue una sonrisa, una mirada, la melodía del hablar, la modestia del conjunto? Acaso cada una de esas cosas, y todas. ¡Qué más

da! Lo cierto es que comenzamos a querernos; el cariño creció entre placideces, sin sobresaltos, sin querellas, pero un día, una tarde, en un instante, todo se vino abajo. ¿Por qué? Ni me lo explicaron, ni intenté averiguarlo. Arminda me dijo que las razones era mejor no conocerlas. Y al decírmelo comprendí que no era que su amor muriese de repente, porque así no mueren los amores, sino que acaban por consunción, por debilidad. Y aun a través de la sequedad árida de sus palabras, sorprendí el cariño vivo... ¿Por qué, entonces?... Ya vé usted cómo no es un nublado pasajero.

—Conocidas la discreción y la prudencia de Arminda es inexplicable. Alguien crée que en ello anda el diablo. Yo sospecho que es la serpiente, amigo Asorey.

—Pues ya soltó el veneno, mordió...

—¿Y por eso huye usted? ¿Espera dejar aquí el mal? Éste irá con usted, le acompañará, es un bagaje del que no podrá desprenderse, le atenazará dondequiera se halle, será sombra que proyecte su propio corazón. Se duele de que le faltó un cariño, y quiere usted sustraerse al de su madre, hiriéndola... ¿Egoísmo? ¿Injusticia? ¿Error solamente? Hay que reforzar, amigo mío, el sentido de la ponderación, que en usted se debilita. Antes me dijo que ni siquiera quiso investigar el porqué de la actitud de Arminda. ¿Lo hace usted por orgullo? ¿Es que no le parece caballeroso averiguar? Toque usted *diana* a ese juicio, que se ha dormido más de la cuenta. Supongamos un ingeniero que, después de abrir galerías y pozos, topase con rica mina, y cuando el negocio estaba en auge, un día desapareciese o se ocultase el filón. ¿Cree usted que debía abandonar la mina y marcharse a otro lado? El sentido común, la ciencia y su propio interés le aconse-

sejan que busque, que investigue hasta encontrar otra vez el hilo.

—Razona usted con lógica, y además la adereza con piedad. Yo mismo fluctúo, siento en el espíritu vaivenes que lo llevan de un lado a otro. Cuando predomina el dolor me entran ansias locas de huír, y cuando la reflexión se impone, deseo quedarme; pero aquél puede más que ésta, y a veces pretendo el imposible de la presencia y la ausencia. Quizá le parezca una cursilería, pero hay momentos en que deseo morir:

—¿Morir? ¡Porra! Eso no se puede decir más que atribuyéndolo a donceles románticos, en tiempos muy lejanos. Aunque parezca paradójico, el dolor es un gran estimulante de la vida. Cuando nos aqueja una enfermedad duplicamos y multiplicamos los cuidados, llamamos al médico, para que nos aconseje y vigile, tomamos los brebajes que confecciona el Conejito para estimular el organismo. Reposo, silencio. Gustamos que los que nos rodean nos prodiguen palabras amigas, frases dulces... Y el dolor moral reacciona contra la petrificación, contra la parálisis, se desborda en palabras y busca el consuelo. ¿A que se siente usted ahora, después de este desahogo, más animoso?

—Indudablemente que un amigo leal puede servir de válvula de seguridad para un corazón que parecía iba a estallar.

—¡Compadezcamos también a quien quizá sufre tanto o más que usted y no tiene un amigo!

—Piensa usted que Arminda...

—Fué usted quien lo indicó antes, al decirme que adivinó que el amor en ella no había muerto, y, sin embar-

go, rompió la relación con usted. Entonces no me parece juicio temerario suponer que sufre... y calla.

—¿Por qué causa, entonces?

—¡Ah! *That is the question*, que dicen los ingleses, o ahí está el *busilis*, que decimos nosotros.

Y poniendo las manos cariñosamente sobre los hombros de Asorey, añadió:

—Por de pronto deje usted en suspenso ese propósito de marcharse. No vaya a correr tras una solución que puede ser una quimera, y deje aquí la realidad.

—Mi marcha aún no es inminente, pues tengo que cumplir la voluntad de mi tío Tomás, respecto a celebrar una misión, y no quiero estar ausente, para no dar lugar a interpretaciones arbitrarias.

En aquel momento se ponía el sol, y un ambiente de languidez envolvía la campiña y se adentraba en las almas, cohibiéndolas a la meditación.

—Contemplando la puesta del sol—dijo el coronel, parándose y fijando la vista en poniente—muchas veces he pensado, amigo Asorey, que la idea del descubrimiento de América se labró en una inteligencia de nuestra tierra. Yo me imagino al hombre viendo, con pesar, un día y otro día, cómo el sol traspone el cabo de Finisterre, se hunde en el mar, allá, lejos, en donde se pierde la línea del horizonte sensible, y la atracción de lo misterioso le empujó a la epopeya.

—Vamos, en busca del tesoro encantado, para satisfacer un afán codicioso—comentó Ramón.

—No, hombre, no. El oro lo veía correr aquí, purísimo, en las cuencas de los ríos y lo miraba con desprecio. Seguramente inspirado por un sentido místico, el de descubrir el secreto de aquel sol, cuya diaria desaparición

dejaba en su alma la herida de la melancolía. Esa ocul-tación que lloran los *alalás* aldeanos.

—De modo que, a juicio de usted, Colón...

—Colón, con *ene* o con *eme*, era un nostálgico del sol, como usted y como yo, que sintió el vértigo de lo misterioso y... corrió tras él...

Jesús Gueimundi, al día siguiente de haber estado en casa de Niní, no pudo levantarse de la cama. Una fiebre intensa lo tenía postrado y anidaba en su feble cerebro, dominado ya por el delirio. Alarmada, la madre fué a buscar al médico Pulleiro. Después de que éste tomó la temperatura al enfermo, observó las pulsaciones, le miró las pupilas, auscultó los sonidos del corazón y los pulmones, la madre, ansiosa, preguntó:

—Y ¿qué tiene, don Adolfo? ¿Es de cuidado?

No contestó el médico, quien interrogó a su vez:

—¿Qué le ocurrió a este muchacho? ¿Le dieron algún susto? ¿Tuvo alguna impresión fuerte?

—Nada, señor. Ayer volvió para casa tristón, acobardado. Se conoce que ya traía el mal. El *probiño* de vez en cuando, con las manos se apretaba la cabeza. Y luego toda la noche en un ¡ay! Y le desvarió mucho. Nombrando a don Ramón, a la señorita Arminda, a Niní, a don Atilano...

—¿Qué decía?

—Cosas sin sentido, señor. Unas veces le oí: “Yo no quería, pero la señorita Niní me obligó. Y es una calumnia... No, no... Que no lo sepa don Ramón, que le vá

a parecer mal... Pero don Atilano me castigaría..." Otras veces parecía como que lloraba, y le oí: "Pobre señorita Arminda... Y todo fué una ruindad, y Dios va a castigarme..." Y así toda la noche. Ahora es cuando está más tranquilo.

—Bien, pues esto es largo; hay que atenderlo mucho, y yo vendré todos los días.

—¡Ay, señor, en las manos de Dios, que siempre guía las de usted, pongo a mi Jesusiño!

—Entonces lo pondremos bueno. Ayudando Dios mucho, con muy poco que ponga yo, estamos salvados. Las medicinas del Señor son más baratas que ésta que voy a recetar.

Y arrancando una hojita del bloque de su recetario la puso en las manos de la madre desolada.

Salió Pulleiro pensando cuál pudo ser la causa de la fiebre cerebral que padecía Jesusiño, y recordando las frases vertidas en el delirio procuró coordinarlas, buscándoles sentido. No me ofrece duda, decíase a sí mismo. Por ahí anda el encantador que extravió a los enamorados Arminda y Ramón, separándolos.

Trascurrían los días y la fiebre consumía y quemaba a Jesús. El médico luchaba, poniendo a contribución ciencia y arte, para contenerla; pero el mal seguía su carrera, como caballo desbocado, inobediente al mando.

La madre del enfermo experimentó toda la gama del dolor: desesperación, esperanza, desconsuelo. Por fin un día el fuego febril, que había alcanzado máximo furor, comenzó a descender, lento, y Pulleiro formuló un pronóstico consolador, que fué como un rayo de sol en aquel hogar. Y cada día que pasó desde entonces trajo fortaleza para el paciente. La madre de Jesusiño, en las horas

de la convalecencia, contaba al hijo detalles de la enfermedad.

—Siempre, siempre estabas *baduando* con don Ramón, con la señorita Arminda, con la *Roxa*...

Jesús, al oirla, entristeciase, quedaba como caviloso y ensimismado, y un día dijo a su madre:

—Tengo un antojó, mi madre.

—Pues di, filliño, que cueste lo que cueste, aunque tenga que *empeñar* la mejor *leira* te lo he de cumplir.

—No cuesta nada.

—Y entonces, ¿qué es, di?

—Quisiera que me viniese a ver la señorita Arminda, pues tengo para mí que mientras no hable con ella y le diga lo que tengo que decirle no me pondré bueno.

—Tienes razón en decir que es un antojo, y no sé si te lo podré satisfacer. Y ¿no podrías esperar a te poner bueno e ir tú al Pazo?

—Madre, cúmplame este deseo. Mire que si muero sin hablarle, Dios no puede perdonarme.

—¡Ay, Jesús!

Y allá fué, con el deseo del enfermo y el ruego de la madre al Pazo de Moscoso, en donde encontró hospitalario recogimiento y la promesa de que, aunque, rogada, iría Arminda a cumplir la misericordiosa obra de visitar a Jesusiño al siguiente día.

Cuando aquél vió ante sí a la señorita de Moscoso, la sangre puso color en su pálido y demacrado rostro. Intentó decir unas palabras de agradecimiento y no pasó de un azorado balbuceo. Como si le cohibiese la presencia de su madre le rogó que los dejase solos.

—Tengo que pedirle perdón, y se lo pido, señorita Arminda.

—¿De qué? Vamos, alguna chiquillada. ¿Entraste en la huerta a coger fruta con otros rapaces? Bueno, pues que te aproveche y... perdonado.

—No fué eso.

—¿Serían las flores, que muchas faltaron? Perdonado.

—No, no fué eso. Yo le hice un mal. Bueno, yo no, pero como si lo hiciera... Me lo mandaron... Yo no quería, mas usted sabe que a los pobres a veces nos manda quien puede y... No le puedo decir el mal, porque... También le ruego que no diga a nadie que le pedí perdón, pues le podría pasar mal a mi madre... No le puedo decir más, pero... perdoneme. Fué mucho mal. Yo, sin que usted me perdone no puedo vivir.

—Bien, pues fuese el mal que fué, aunque me haya causado gran dolor, la Virgen sabe que de corazón te perdono, y le rogaré que ella te perdone.

—Dios se lo pague, señorita Arminda. ¡Cuánto bien me hizo al perdonarme!

—Bien pagada estoy. ¿Puede haber nada más grande en lo humano que recibir un daño y perdonarlo? Eso nos asemeja y nos eleva a Dios. Aún *debo* agradecer.

—Usted es una santa.

—Por lo menos sufro algo el martirio que, según lo reciba el alma, puede ser camino de la felicidad eterna o de perdición, pero santa... santa...

Puso los ojos en lo alto, como si los elevara al cielo, y pugnó por contener las lágrimas.

XVII

En el "souto" de Valvello, sombreado por castaños de bajos y corpulentos troncos, cuyas ramas robustas se extendían formando espeso y sombrero tordo, se celebraba la misión costeada con el legado que había dejado Tomás, el tío de Asorey.

Durante los siete días anteriores la concurrencia no fué tan numerosa, pero al octavo, que era domingo, señalado para la confesión general, de todas las parroquias inmediatas y de algunas bastante lejanas, hombres, mujeres y niños, con los estandartes de las cofradías desplegadas, y al frente párrocos y simples sacerdotes, acudían para oír la palabra de los simpáticos franciscanos, Padres Núñez y Ferrando, de mucha "sona" en toda la comarca, por lo sencillamente que predicaban y lo bien que sabían llegar a los corazónes del paisanaje.

Enfervorizándose con místicos cantos, entraron los feligreses de Fonteliña:

Labrador, si quieres
frutos del campo...
Los hallarás copiosos
en el Rosario.
¡Viva María!
¡Viva el Rosario!

¡ Viva Santo Domingo,
que lo ha fundado!

Más allá lejos bajaron por el monte los de Leirado...
La fuerte voz de bajo del señor Cura inicia, con tonos
de pasodoble, un himno resonante:

¡ Oh! Señora,
fiel pastora
de los valles del Edém.
Gozo santo,
dulce encanto
de los ojos que te ven.

Y el coro, con lenta majestuosidad, canta:

Tu cayado venerado
protegiéndonos está
y al sonido,
del silbido,
tu grey segura va.

Y venían también los de Fonte do Abade, los del Pi-
ñeiral, los de Vilamoura, entre ellos todos nuestros co-
nocidos, delante las mujeres, detrás los hombres. Las
niñas de las escuelas cantan:

Dios te salve... salve, María.
Llena eres... eres de gracia...

Y todos responden:

Santa María,
Madre de Dios,
ruega por nosotros
pecadores...

Y acentuándose el dejo de un *alalá* lento, como imploración agónica, y elevando el tono para que mejor fuese oída en el cielo, seguían:

ahora y en la hora
de nuestra muerte,
Amén, Jesús.

Alrededor de un púlpito colocado bajo un árbol dejaron las cruces y los estandartes.

Las mujeres se sentaron en el santo suelo, sobre los mantelos doblados; los hombres acomodáronse, arrimados al valo; el clero, en bancos, junto a la tribuna, y el señorío en sillas que habían hecho llevar, o en los humildes tallos que les ofrecían los vecinos de la feligresía.

Estaba allí casi todo Vilamoura. Faltaban don Atilano y su hija, ausentes en Vigo desde que comenzara la misión; el recaudador, el alcalde, el Bichito y otros espíritus fuertes.

El virtuoso hijo de la Orden de Asís, todo austeridad en el rostro, la mirada iluminada por el fuego de la fe, lanzaba ante aquella multitud palabras terroríficas de trueno, frases apocalípticas, que caían como piedras sobre los corazones sobrecogidos, aterrados, arrugados por el temor a la Gran Justicia.

“Tú, labrador, siembras calumnia con tu lengua, y con ella siegas la honra ajena. ¿Cómo quieres que Dios, que todo lo ordena, lo vé y lo dispone, ponga buen grano en la espiga de tus mieses y coseches buenos frutos? No. Eso sería dar bien por mal, hacer una injusticia, y Dios es absolutamente justo. ¡La cosecha se perdió! Clamáis entonces, contra las heladas que tulleron la granación,

contra el viento que abatió las plantas, contra el sol que las agostó, o contra la lluvia que las inundó. Quien malogró la cosecha fuísteis vosotros, que faltos de amor al prójimo atentásteis contra las honras, contra la tranquilidad, contra el sosiego.”

Y los oyentes rehuían mirarse, ponían los ojos en el suelo, por el camino de la conciencia repasaban en carrera desenfrenada sus actos y... lloraban y sollozaban, pensando en el día en que la ira caería sobre ellos, a zarpazos, para despedazar sus almas.

Todos, todos se sentían contritos y arrepentidos y, allá dentro, castigaban a los corazones.

—“Sí, la calumnia—decía mirando al Cristo que tenía en las manos el Padre Ferrando—es el pecado más aborrecible, el que más daños puede causar, como piedra que lanza la mano y no sabe a quién hiere. El calumniador es peor que el caníbal, antropófago que come los cuerpos humanos, porque el calumniador se alimenta con las almas de sus semejantes. La honra nos la da Dios, y una mala lengua puede quitárnosla. Se ceba en los hombres de bien, en las personas virtuosas, pero casi siempre deja rastro para descubrirla, como lo dejan los gusanos cuando pasan sobre las rosas...” “Calumniado Tú, Jesús mío, Cordero manso, que viniste al mundo para hacer bien y la calumnia Te subió al Calvario, Te hirió, Te escarneció, Te dió muerte, como a los viles, a Ti, que eres Dios.”

Y el fraile descendió del púlpito, quitó las sandalias y tomó sobre sus hombros una pesada y enorme cruz de roble, de más de dos metros de alto, y se encaminó por la corredera, para llevarla hasta el átrio de la Iglesia,

en donde iba a ser colocada en recuerdo de aquella santa misión.

Cuando las mujeres vieron al humilde hijo de Asís encorvado por el peso del madero, se enternecieron y lloraron, acompañándole como las Marías en el Calvario. Las lágrimas sustituyeron a las oraciones; suspiraban y gemían... ¡La Cruz, su cruz!

Atardecía. Al pié de cada árbol se improvisó un confesonario para los hombres. Cada pecho vació allí sus culpas y aun sus cuitas. El austero y bondadoso párroco de Valvello cubrió con el manteo la cabeza de Jesusiño y oyó su confesión...

Al día siguiente con el libro de rezos entre las manos, la cabeza caída, como un higo maduro, paseo arriba y paseo abajo, por una de las carreras del huerto rectoral, el señor Abad de Valvello leía y leía latines y más latines, se santiguaba con frecuencia, y de paso echaba miradas a aquella parra, que tenía un bien de Dios de uvas doradas.

—Ya lo sabían, ya, las condenadas avispas y los más condenados estorninos, que chupaban y se comían las más maduras—pensaba y decía para sí.—¡Bueno, el Señor ya supo lo que hacía cuando creó de la nada las uvas y los estorninos! Su mano está en todo. Él dijo que no faltaría alimento ni para los peces del mar ni para las aves del aire. Pero los pajarillos abusan y Dios no les autorizó para glotonerías. ¡Y cómo se atracan...! In nómine patri et filio et Spiritu Sancto. Amén... ¡Zás! ¡Ahí os va esa piedra, comilones! ¡Hace falta paciencia,

Dios Santo! Si no fuese por los sagrados cánones que me prohíben la caza y por el daño que me hace el ruido de la pólvora, compraba una escopeta y ¡pum! ¡pum!, no dejaba un estornino con pico.”

“Y que bien es cierto que Él baja en forma de Espíritu Santo inspirador a los púlpitos. ¡Vaya que lo de ayer, al predicar el Padre Ferrando sobre la calumnia! ¿Quién había de pensar que Jesusiño...? ¡Y esa pobre Arminda! ¡Vaya, vaya! ¡Y Asorey! ¡Bueno, un lío de padre y muy señor mío...! ¡Y yo, sin comerlo ni beberlo, en el medio, para deshacer este enredo! ¡Si no fuera por el sagrado ministerio a que me debo, a cualquier hora me meto en esto! El demonio, el demonio son las mujeres... Por supuesto, las malas, que las hay, Señor, las hay, como hay estorninos y avisvas que se comen las uvas.”

Sacó el pañuelo y con él espantó a un grupo de avisvas que estaban adueñadas de un racimo y huyeron. “Así fueran tan fáciles de ahuyentar las otras. ¡Mire usted, la Niní...! ¡Por eso Dios, que bien hace las cosas! Tomás, que paz haya, que deja legado para una misión, la misión que pone una calumnia en claro, que llevará la paz a unas almas, el sosiego a unos corazones, la dicha a unas familias. Y es que Él, que todo lo ve, sabía cómo iban a pasar las cosas y cómo todo podía arreglarse.”

“Sí, señor, veremos a la señorita Arminda y *ce por bé*, como si fuese en confesión, le contaremos todo, en secreto, porque a don Atilano tampoco se le espanta como aquel condenado y glotón estornino que está allí atracándose—y le arrojó una piedra.—No hay más remedio, porque ese Jesusiño, mientras por mi boca no

restituya la tranquilidad a Arminda, no creo que le sirva de mucho mi absolución. Además, el rapaz está tan arrepentido que si no cumplo lo que prometí, como es tan enclenque, podría enfermar otra vez... Y porque desde ayer parece que tengo una nueva carga sobre mí y... voy viejo. ¿Por qué pasarán estas cosas, Señor?"

Poco más tarde don Andrés entraba en el pazo de Moscoso, habló con Arminda y con su palabra y con la lectura de un apunte extraído de los libros parroquiales demostró que todo el contenido del anónimo era una patraña calumniosa.

—Nada, nada. Maripepa fué siempre una mujer honrada. Él, él lo afirmaba. Y lo demás, ¡con decir que Ramón Asorey nació diez meses después de la muerte de don Diego! Como que tú, Arminda, tienes medio año más que Ramón. Y ahora tú que tienes tanto talento, si por el engaño con que fuiste alucinada cometiste algún error reparable... a repararlo. Ya que a ti la bondad de Dios te hizo justicia, debes hacerla a..., quien sea...

Cuando el señor cura salió de casa de Arminda, el espíritu seco y sediento de ésta se fortificó al saber la verdad y su cuerpo revivió con la savia del consuelo.

El abandono y languidez que la dominaban desde el día fatal en que el ponzoñoso escrito envenenó su alma, se trocaron de repente en energía y ansia de vida, para reparar la suya y los destrozos que había causado en la de Ramón.

Ni un instante corrió por su mente la idea de la venganza, ni el deseo de conocer al autor del anónimo.

—Qué me importa—decía para sí—mi mayor venganza es el descubrimiento de la verdad y con ésta la derrota

del calumniador. Luego recordó aquel extraño perdón solicitado por Jesusiño y que ella le otorgó tan sinceramente, las frases incoherentes del rapaz, su exculpación... ¿Qué interés podía tener él en dañarme?—se preguntaba. ¿Acaso otra persona? ¡Bah! Sólo me importa el hecho y éste sirvió para que mi corazón contrastase su amor puro y fuerte en la piedra de la adversidad y del dolor. A mí me basta con la certeza de que entre Ramón y yo no hay obstáculo alguno que nos impida volver a querernos, es decir, yo volver, no, porque nunca he dejado de quererle. ¿Y él?

Ahora Arminda sentía el remordimiento de su injusto proceder con Ramón, de su impremeditada ligereza. “¿Por qué no indagué para descubrir la falsía?—decía acusándose a sí misma.—Pero yo no creí nunca que hubiera monstruos que se atravesasen en el camino de las almas y, sólo por placer, las hiciesen descarrilar o las empujasen al abismo, como empujaron la mía.”

La dicha retornó a su alma.

Todo le parecía ahora más cobijador; veía reflejada su alegría en los árboles, aun con la severa tristura otoñal, en el lánguido piar de los pájaros alborotadores, en la madura serenidad del sol, en la reposada quietud del aire. Imaginaba que las yerbas renacientes con la humedad, la festejaban y también en festinación mostraban sus galanos colores las últimas florecillas. Era el contento de su alma que, reflejado en las cosas, retornaba a ella, en colores, en luz y en sonidos. Encontraba el perdido rumbo de la vida, que ya no era incierto, si no que se enfilaba seguro. Ya no le parecía que su alma encarcelada en el cuerpo, gemía por desprenderse de la envoltura, ansiaba liberarse de las ligaduras, pues, por el con-

trario, se congraciaba el espíritu con la materia, anhelosa de vivir y de hacerlo dichoso.

Creía que acababa de nacer en aquel momento a la felicidad; que después de una noche larga, muy larga, negra, medrosa, de brusca tormenta, alumbraba un sol, que esparcía su dorada magnificencia por todas partes. Y la alegría quería salirse y expansionarse y, como pródiga incontinida, hubiera querido repartirla dadivosa entre todos los que la rodeaban.

Al ver a su madre en la saleta se fué a ella derechamente, y la besó muchas veces y la estrujó entre los brazos, se aproximó a la jaula del canario prisionero y le hizo unos mimos, bajó al corral y repartió puñados de maíz entre las gallinas, acarició al perro encadenado, e hizo sacar del establo a la *Marela* para que comiese en sus manos unas cañas de maíz.

El último en quien pensó, sin duda porque en su pensamiento era el primero, fué en Ramón. La alegría de bulliciosa y desbordada se hizo, de repente, serena y reflexiva.

Después de recibir la herida de la calumnia, ella con sus propios actos, lo hirió y... ¿qué hacer ahora? Esta interrogación surgió en su mente, como el caminante que marchando por fácil llanura se encuentra sorprendido por inesperada y profunda torrencera.

Arminda conocía, por Clariña, el propósito de Ramón de ausentarse y pensaba que dejarlo ir, víctima del engaño y del desengaño, era quizá perderlo para siempre. Y contra esta idea protestaba su corazón. Eso no. Ramón era suyo, muy suyo, y si un día tuvo que apartarlo de su lado fué porque creyó que lo exigían el decoro y la ley de Dios. ¿Lamarlo? ¿Escribirle? Eso era lo no-

ble, lo que le pedía el corazón, pero la costumbre y el uso social impedían que una mujer se dirigiese al que fué su novio, para reanudar el idilio. Y, sin embargo, ella había destruído las ilusiones de Asorey, le había causado un daño y, aunque estaba dolida y arrepentida, eso no era bastante, era menester restituir la tranquilidad arrebatada y, si era posible, reavivar la ilusión. Así de un lado al otro, como hoja seca que el viento lleva y trae, iba su pensamiento. ¡Ay! Si pudiese dar libertad a sus deseos, que las conveniencias sociales encadenaban, correría junto a Ramón, se postraría ante él, lloraría y le pediría perdón. Le contaría todo, todo.

Dominada por la inquietud que le causaba tan contrarios pensamientos como los que, agolpados y estrujándose unos a otros, asomaban a la ventana de su mente, se encaminaba al patín, cuando vió que se dirigía a ella Maripepa.

—Buenas las tenga usted, señorita Arminda. ¿Y doña Peregrina? Pues ya le tenía ganas de verla, pero como no anda una muy sobrada de tiempo y luego no faltan novedades que chorar... Porque ya sabrá que Ramoncillo me deja, otra vez, vuélvese aló, a esos mundos, y para una madre... ya vé... no tengo otro cariño y... Cavilo y cavilo y no sé por qué se marcha... Tengo miedo de que tenga el mal de no *acougar*. Otras veces pienso si tendrá por allá, por Madrí, alguna moza... y entonces pierdo el fillo para siempre y no tendré *netiños* que *arrojar*. Señorita—añadió, mientras lágrimas calmosas resbalaban por sus mejillas—yo que había soñado con tener un nieto *roxo*, como el neno que tiene la Virgen del Carmen, y que me espantase las gallinas, hiciese rabear al can, cogiese las flores y que cuando le fuese a

reñir me dijese: ¡*Aboliña!* ¡ Si hasta el *nome* tenía pensado!

La salmodia de la buena mujer conmovió a Arminda, y el supuesto de que pudiese ser una realidad aquella novia de Madrid, la hizo sufrir el amargor de los celos. Intentó consolar a Maripepa, de penas que ella compartía, y sólo acertó a decir:

—No te acongojes, Maripepa. ¡ Quién sabe si aun cambiará de parecer y se quedará! ¡ No hay que perder la esperanza!

—¡ Ay, señorita, si ustedes le dijeren algo, pues les tiene mucha ley y respeto...! Yo se lo pediré a la Virgen. Pídaselo usted también. ¿ A que a usted no se lo niega Nosa Señora? ¡ Yo, como le tengo pedido tanto... y tanto bien me hizo...! Porque él vendrá el domingo a despedirse de ustedes...

—¿ Ah, sí? Pues entonces veremos... Es tan milagrera la Virgen—y se sonrió.

Y el domingo Asorey, en visita de despedida, estrechó la mano de la señora de Moscoso y encaminábase hacia la escalera, pero Arminda, le dijo señalando el patín: Por aquí; saldrá usted por el huerto. Bajaron y allí estaba Clariña, engolosinando a la *Marela* con cañas de maíz.

Callados, en un instante en que Ramón cruzó su mirada, en la que había reproche y tristeza, con la de Arminda, ésta enfiló los ojos al suelo. Al pasar al lado de un rosal, en el cual había flores otoñales, cogió una, y, sin pronunciar palabra, la ofreció a Asorey.

—Gracias, Arminda. ¿ Es la flor que se ofrenda a los muertos?

—¡ Ramón! y al pronunciar el nombre puso Arminda

acentos de cariñoso reproche, de dulce reprobación. Y añadió: ¿No sientes partir?

—Siento y no siento. Temo ya enfermar del cuerpo como enfermó mi alma. Abrigo la esperanza de que el recorrer ciudades, con la fiebre del visitante, puede curarme. A veces pienso que quizá el mal no tenga remedio y entonces...

—¿Por que te vás?

—¿Lo sé yo acaso? Presiento que es la historia, o más exacto, una historia la que me expulsa, un pasado que no conocí... unos muertos que ya no son ni huesos, ni cenizas, sino nombres sobre un panteón... polvo... un orgullo... prejuicios que reviven... No sé, no sé...

—Te engañas, Ramón.

—¿Entonces?

La luz del sol que había traspuesto la cintura de los montes ponía *agarimo* en el atardecer; los pájaros piaban la última canción del día en las copas de los árboles; tenues sombras surgían del mundo misterioso; quietud y silencio; hora en que los corazones y las almas se comunican con suspiros.

Arminda miró a un lado y a otro lado, se aproximó a Asorey y quedamente dijo:

—Yo no renuncié a tu cariño por orgullo, si no porque me hicieron ver que eras algo vedado para mí, que yo no podía ser tuya y que tú no podías ser mío.

—¿Quien?

—No lo sé. No quieras saberlo. Fué la ruindad que pasó sobre mí, como las brujas, que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van, pero dejan el hechizo. ¡Cuánto sufrí, cuánto ha podido gastarse este pobre corazón!

—¿Sufrías del corazón? ¿Entonces el tuyo...? ¡Por-

que cuando los corazones no sufren es que están muertos!

La voz de Arminda, que más que voz parecía un murmullo, susurró suave:

—¡ Ramón!

Este, apagando la suya, dijo:

—¿ Es que puedo esperar?

—Quédate, Ramón.

—¿ Es que me quieres, Arminda?

—No me preguntes nada. ¡ Quédate, Ramonciño!

—¿ Y la ruindad que te embrujó?

—¡ Pasó...! ¡ La echaron... Ramón, corazón mío!

—¡ Vidiña...! ¿ Verdad que cuando la felicidad perdida vuelve, como ahora, en aluvión, se advierte lo angosto y mezquino que es el pecho para encerrar el corazón?

—¡ Mi almaña!

La noche imponía su solemne silencio para los decires tímidos y apagados de las dulces letanías amorosas, de las tiernas jaculatorias con que aquellos enamorados consagraron el encuentro definitivo de sus corazones.

FIN

